

MIGUEL VEGA ÁLVAREZ

EPISODIOS PERSONALES

Reminiscencias de la Guerra Civil Española



En mi 90 aniversario:

A María Saer Sanchez-Romero. Y Miguel
Vega Alvarer. A nuestro hermano Cristóbal
Vega Alvarer. Ya sus hijos y nietos. Le
regalamos este libro "Episodios personales". Rem-
iniscencias de la guerra civil. Todas estas
aventuras y desventuras. Después de 1941, fecha
en que nos conocimos Mary y yo, encuentro
fortuito, todo lo hemos compartido jun-
to, nuestro destino cambió. Magnífico en-
cuentro. Han pasado 64 años, y aquí estamos
recordando siempre la primera vez que nos vime-
os con alegría y nostalgia.

Con un abrazo para todos

M. Vega M. Saer



EPISODIOS PERSONALES

Reminiscencias de la
Guerra Civil Española

MIGUEL VEGA ÁLVAREZ

EPISODIOS PERSONALES
Miguel Vega Álvarez

Edita: Miguel Vega Álvarez
© Miguel Vega Álvarez

MIGUEL VEGA ÁLVAREZ

ESTO SON EPISODIOS PERSONALES

¿PRÓLOGO O EPÍLOGO?

Estas primeras páginas, que me parecen demasiado, llámenlas de presentación o prólogo, cada uno lo interprete a su gusto. Son cosas personales que me han ido pasando a lo largo de mi ya algo dilatada vida. Todo lo que pongo son como fueron ocurriendo los hechos y las cosas, a través de tantos años de clandestinidad o viviendo con falsa identidad.

ESTO SON EPISODIOS PERSONALES, Y ASÍ LOS CUENTO, como cosas personales. Por adelantado diré que nunca pensé seriamente en escribir nada de las cosas que han ido pasando, no me conozco aptitudes para redactar algo que esté bien coordinado. La memoria la tengo perfecta. Son hechos que no se pueden olvidar nunca. Contaré las cosas como las viví.

Y para colmo en mi sumarísimo (según un documento que tengo en mi poder, expedido por el secretario particular del Director General de Seguridad, que está en la Auditoría de Granada), en una de las falsas denuncias que con toda animosidad me pusieron, consta que estuve haciendo crónicas desde los frentes donde estuve. Mentira, como el resto de denuncias que fueron puestas en mi sumarísimo con la peor y más ruin intención de perjudicarme en todo lo posible para que el castigo que cayera sobre mí fuera el máximo. Pero la suerte estuvo de mi parte. Me fugué, y se quedaron con las ganas, y para mi satisfacción he visto la muerte del franquismo. Después de haber vivido los años más negros y tenebrosos que atravesó España y donde se cometieron los crímenes más sádicos desde el momento que se lanzaron a la calle los militares más sanguinarios el 18 de julio de 1936, encabezados por él sin par genocida que haya conocido España, que atendía por Franco, y sus secuaces. Hasta los últimos días de su vida fue sanguinario, tanto él como los ministros de sus gobiernos. Todos cortados por el mismo patrón. Si me pusiera a contar nombres de personas y familias mermadas en tres, cuatro y cinco miembros de la misma familia, asesinados cobardemente, sin ninguna razón, parecerá un cuento o un disparate. Hablo de Jerez de la Frontera, donde no hubo resistencia de ninguna clase. Si se encontraran archivos que fueran fiables daría verdadero espanto. Pero no existirán, todo lo habrán destruido. Dejo este tema por el momento, pero sin olvidar que el 99 % de la iglesia española, cardenales, obispos, curas, frailes, y monjas, estaban muy de acuerdo con los crímenes que desde el primer momento empezaron a cometerse, salvando las excepciones, que ni decir que también las hubo, pero muy escasas.

También quiero dejar bien claro que tengo muchas faltas de ortografía, en ese sentido estoy perdido. Tengo que decirlo porque muchas letras las confundo fácilmente. Encontraran palabras bien puestas también, pero las faltas abundarán. Yo nunca fui a la escuela.

Si se ríen los que saben escribir, mejor, el reír dicen que es bueno y además saludable, ríanse con salud.

Esto de ponerme a escribir estas cosas, es porque en más de una ocasión me han dicho “Escribe las cosas que te han pasado y como fueron sucediéndote.” Me lo dijeron siempre los familiares que conocían mi situación de vivir tantos años en clandestinidad en España. Algo más de 19 años.

Desde el domingo 25 de febrero de 1940, hasta mayo de 1959. El domingo día 25 de febrero de 1940, aproximadamente entre las tres y las cuatro de la tarde me fugué de la prisión de San Lorenzo de Madrid. En un documento que tengo, de la Dirección General de Seguridad, pone el 27 de febrero. Pero es comprobable que el día 25 de febrero de 1940 era domingo, y eso a mí no se me olvida. Pienso incluir fotocopia de dicho documento en esto que escribo.

Fueron 19 años de sobresaltos, porque de vez en cuando, a lo largo de tantos años, la policía o la guardia civil visitaban la casa de mis familiares en mi busca. Durante todos estos años viví con el nombre de Francisco Hidalgo Cañestro. Nombre de un tío político mío. Para mí como si fuera mi tío carnal. Era el marido de mi tía, hermana de mi madre, Francisca Álvarez Organvidez, Chacha Frasquita para todos los sobrinos. ¡Qué matrimonio tan fantástico! ¡Qué buenos eran los dos! Y no puedo dejar de decir aquí lo que mi tía decía a sus hijos, y que mis primas nos han dicho en ocasiones. “Mi madre nos decía que a vosotros, los mayores, os quería como a nosotros.” Era cosa recíproca. Yo veía a mi tía como algo difícil de explicar. Nos trataba con tanto cariño, a los hermanos mayores. Desde que nacimos hasta que se casó estuvo en casa. Cuando se casó ¡qué ganas tenía siempre de que viniera a casa con su marido, tito Paco! Siempre los recuerdo con emoción... Ya no están, siempre vivirán en mi recuerdo. Aquí voló mi pensamiento, sin poderlo sujetar, a estos entrañables seres tan queridos como inolvidables. Uno de los familiares que más me insistió para que escribiera las cosas que iban sucediéndome y las que ya me habían pasado a lo largo de los años fue mi cuñado José Pérez Vega. Él estuvo enterado de mi situación desde antes de casarse. Y también alguna vez me ayudó a arreglar papeles. Fue el médico de Bormujos, pueblo de la provincia de Sevilla, desde que terminó la

carrera hasta su muerte, aun siendo relativamente joven. Era una persona queridísima en el pueblo por su abnegación, bondad y profesionalidad y desinterés, desinterés económico. El día de su entierro el pueblo entero de Bormujos demostró el cariño que le tenía y el gran amigo que habían perdido; siempre dispuesto a acudir donde fuera requerido sin importar la hora. Así fue José Pérez Vega, y así será siempre recordado por este pueblo sevillano que lo quería.

Y sin saber cómo empezar me decido a contar hechos y cosas ya muy lejanas en el tiempo, pero siempre presentes por la trascendencia que tuvieron, y de una u otra forma hicieron y hacen parte de nuestra vida.

Lo que escribo es todo como fueron ocurriendo los hechos, sin ánimo de exagerar las cosas con la intención de darle más importancia de la que en realidad hayan tenido. Para mí no son más que hechos ocurridos y los cuento tal y como fueron sucediendo, sin poner ni quitar nada que no sea auténtico.

Son cosas personales, pero gran parte de todo lo he compartido con Mary, la madre de nuestros hijos, mi sin par compañera. María Sáez Sánchez-Noriega (Mary para mí), y yo para ella Paco-Pérez. Así empezamos a llamarnos y así seguimos. Yo siempre la llamé Mary y ella a mí Paco-Pérez, que nada tenía que ver con mi nueva identidad, que era Francisco Hidalgo Cañestro. Pero así empezó llamándome y así seguimos, nunca me ha dicho Miguel. Yo para ella seré siempre Paco-Pérez y ya estamos tan acostumbrados que es difícil llamarnos de otra forma. Los que me conocen del tiempo que no sabían ni me conocían anteriormente me siguen llamando Paco. Como me conocieron con ese nombre, aun cuando saben que mi nombre no es ése, ya no hay quien me quite Paco. Es igual.

ME PRESENTO. MIS ORÍGENES: ME LLAMO MIGUEL VEGA ÁLVAREZ.

Nací en la estación del ferrocarril de El Cuervo, provincia de Cádiz, término de Jerez de la Frontera. Mi padre era ferroviario y trabajaba en dicha estación. Voy a describir el edificio de la estación de El Cuervo ya que allí nacimos todos los hermanos. Es una construcción rectangular, paralela a las vías del ferrocarril, separada unos siete u ocho metros, el ancho del andén. Tendrá unos catorce metros de largo por unos siete u ocho de ancho con una puerta en el centro, que era el despacho del jefe de estación, y dos ventanas a cada extremo del edificio mirando al naciente.

Con una puerta que mira al sur y otra al norte, esta era la puerta por la que se entraba a nuestra casa, y un par de ventanas que miraban al poniente, y una puerta en el mismo sentido donde vivía el otro guardagujas.

Dicho sea de paso que esta estación en la actualidad ya esta desafectada. Ya no hay ferroviarios. Las puertas están tabicadas, todas excepto la puerta principal que da al naciente, que era la oficina y despacho del jefe de estación donde estaba instalado el telégrafo con su aparatito Morse. La puerta está cerrada con un grueso candado.

Nuestro abuelo paterno vivía largas temporadas con nosotros, Cristóbal Vega Segura, natural de Humilladero (Málaga). Nuestra abuela paterna no la conocimos, murió cuando mi padre tenía 17 años. Me contaba mi padre que cuando murió su madre, algún tiempo después se fue a trabajar a las minas de Río Tinto (Huelva). Y que en el camino se quedó en una posada en el Castillo de las Guardas (cuando paso por allí siempre me acuerdo). Me contaba que trabajó en las minas un par de años. Pasado ese tiempo hizo una solicitud para la Compañía de Ferrocarriles Andaluces e ingresó en dicha compañía hasta su jubilación, con la categoría de jefe de maniobras en la estación de ferrocarriles de Utrera (Sevilla).

Mis abuelos maternos: Miguel Álvarez Iglesia, natural de Grazalema (Cádiz). Mi abuela, Ana Organvidez Gómez, de Grazalema (Cádiz). Y aquí paro la línea familiar. Por parte de mi padre, según documento que me dejó de toda su ascendencia, podría seguir hasta tres generaciones largamente. Mi abuela paterna no la conocimos. Se llamaba Catalina Arcas Aro. Era de Mollina (Málaga). Murió cuando mi padre tenía 17 años.

No quiero dejar de decir que nosotros fuimos una familia considerablemente numerosa o numerosísima. Diez hermanos en total. Nacieron seis chicas y cuatro chicos.

Mi padre era también de Humilladero (Málaga). Como mi abuelo paterno. Nació el jueves 25 de noviembre de 1886. Después de haber trabajado algunos años de minero, como ya he dejado dicho en las minas de Río Tinto, ingresó en la Compañía de Ferrocarriles Andaluces en 1907 en Sevilla. El 1 de abril de 1908 fue trasladado a Bobadilla. En 1910, trasladado a La Roda de Andalucía de guarda-frenos. Y en enero de 1911 fue trasladado a la estación de El Cuervo, provincia de Cádiz. Allí conoció a mi madre, Ana Álvarez Organvidez, natural de Grazalema (Cádiz), nacida el 10 de septiembre de 1892. Se casaron el 28 de junio de 1913. Veintisiete y veintidós años respectivamente. Yo soy el segundo de la respetable prole. Nací el 10 de octubre de 1915, en la estación del ferrocarril de El Cuervo, en pleno campo, a unos veinte kilómetros de Jerez de la Frontera. Así que el campo me encanta. Salir al campo es mi delirio, ver la naturaleza, las sementeras naciendo, los árboles en medio de las sementeras, como macetas de adornos puestas por manos maestras, por la propia naturaleza que es sabia. Pero lo bueno de esto es que a mi compañera le gusta tanto como a mí salir al campo, y su encanto, ya sea la serranía o la campiña. Todo tiene su encanto para los que nos gusta la naturaleza. Con esta parrafada campera dejé algo sobre mi vida al mundo.

El acontecimiento tuvo lugar a las veintitrés treinta hora de la noche, del 10 de octubre de 1915, y era domingo. (Y considero que el domingo 25 de febrero de 1940 volví a nacer otra vez. Fue el día de la fuga de San Lorenzo). Pero mis padres, siempre buenos y generosos, me rebajaron en nueve días. Me apuntaron en el registro civil el día 19 de octubre. Estos nueve días de regalo casi no se notan cuando ya hace bastantes años que el medio siglo de existencia se quedó muy lejos. Eso son las consecuencias de haber nacido en el campo. Estoy seguro de que pasado esos días se pondrían de acuerdo mis padres y mis abuelos maternos, me meterían en el tren y a Jerez de la Frontera. Fue mi primer viaje en tren (después he vivido peripecias en los trenes, saldrán a lo largo de esta historia). Me apuntaron en el registro civil, y además me bautizaron. "Sin mi permiso." Estaba indefenso. Pero estoy seguro de que lo hicieron con la mejor fe.

Y allí, en aquella diminuta y olvidada estación del ferrocarril de El Cuervo fue donde llegué a este injusto mundo. Para mí un lugar alegre y entrañable. Mi niñez y adolescencia. En aquella época todos los trenes, tanto de mercancías como de viajeros, hacían parada para recoger viajeros o para que se

apeasen. Por aquellos años veinte era el mejor medio de transporte. Siempre había carruajes en la estación para embarcar o recoger mercancías. En el muelle de embarque siempre había grandes pilas de sacos de cereales esperando vagones para poder embarcarlos rumbo a su destino.

Era un lugar muy concurrido en aquellos tiempos ya muy lejanos, de la década de los veinte. Los que nacimos en las primeras décadas del siglo que se termina pronto, sabemos el salto que ha dado el progreso en todos los órdenes. En las proximidades de la estación vivían en chozas de junco jornaleros y pequeños colonos que labraban parcelas de tierra en arriendo, según sus posibilidades. Todo el personal de la vecindad se entendía bien, se reunían en la venta que estaba próxima a la estación, los campesinos y los ferroviarios en franca camaradería.

Mis padres los recuerdo muy jóvenes. Mis tíos, casi todos solteros, vivían en casa de los abuelos. Mis dos tías, hermanas de mi madre, muy jovencitas, entre doce y catorce años. Francisca y María. Todas las tardes María venía a casa para irse juntas a casa de los abuelos. Mis abuelos maternos tenían un rancho en arriendo próximo a la estación.

Tenían unas chozas muy grandes para el ganado de labor, y otra para la vivienda, más un angar para los aperos de labranza.

Juntarían unas quince o dieciséis bestias de labranza entre yeguas y mulos que le servían para las labores de la siembra y la trilla en verano.

A mí me gustaba aquel ambiente campero. Allí pasé los mejores años de mi vida. Siempre he recordado aquel lugar con cariño y nostalgia. Allí se quedó mi infancia feliz, pero siempre me he sentido ligado a aquel paisaje, al ruido de los trenes en la noche que era algo familiar. Estaba nuestra casa tan próxima a las vías y tan acostumbrados a ver y sentir el ruido de los trenes desde que nacimos, que todo lo relacionado con aquel ambiente era nuestro medio, nuestro vivir cotidiano. Aquel paisaje, aquellas acacias en el andén que nos daban sombra, y jugábamos alrededor todos los chiquillos de los ferroviarios y todos los amigos que nos reuníamos.

A miles de kilómetros que haya estado, veía la estación de El Cuervo. Los árboles que estaban en el andén que mi padre regaba, los amigos, casi todos ya se fueron... Mi padre encendiendo las farolas de petróleo que estaban instaladas en la fachada de la estación que daba al andén cuando empezaba a oscurecer. Aquellas luces mortecinas en las noches del campo. Por allí tar-

daría en llegar la electricidad, contando desde aquellos años veinte, unos cincuenta años. Aún recuerdo las tardes que acompañaba a mi padre para encender el disco que estaba en dirección Sevilla, que era el que pertenecía a mi padre; los trenes que venían de esa dirección era mi padre el que los recibía.

Yo me encontraba muy a gusto en aquel ambiente entre campesino y ferroviario. Yo me hacía mis cálculos, “Cuando tenga edad para poder entrar en el ferrocarril haré la solicitud y cuanto sea ferroviario pediré traslado para esta estación.” Pensar que me tendría que marchar de aquel lugar y de aquel ambiente me agobiaba. Mi padre pensaba pedir traslado para Málaga o para Jerez, con su buena fe. No quería que nos hiciésemos hombres en el campo, quería que aprendiéramos oficios, los que estábamos en edad de aprender, y los más chicos a la escuela. Yo nunca fui, aprendí algo con un hombre que se dedicaba a dar lección por los campos, pero aprendí poco. Me gustaba más hacer lo que fuera, guardar algunos cerdos que teníamos y algunas cabras, o trabajar en el rancho de mi abuelo. Pero mi padre me obligaba a aprender, me daba lección pero yo no adelantaba mucho. También me gustaba mucho la cacería y perdía el tiempo en esas cosas. La verdad que ponía muy poca voluntad para aprender, y se nota.

En resumidas cuentas mi padre se decidió a pedir traslado para Jerez. De lo que me alegré infinitamente, así yo podría desplazarme de vez en cuando a la estación de El Cuervo, a casa de mis tíos, y reunirme con mis amigos. Pero en definitiva tenía que dejar para siempre aquel lugar tan entrañable para mí. Y en diciembre de 1929 nos marchamos para Jerez de la Frontera. Y allí quedó el recuerdo de mis catorce años de existencia. Los mejores para recordarlos siempre. Cuando ya todo estaba decidido, en espera del momento para concretar la fecha para embarcar nuestras pertenencias rumbo a Jerez, recuerdo perfectamente unas palabras que me dijo mi abuelo materno:

—Miguel, por bien, por muy bien que te vaya a lo largo de la vida, donde quiera que estés, lejos, muy lejos de este lugar, nunca podrás olvidar estos años que has pasado aquí. Son los años que siempre se recuerdan como los mejores.

Un ligero paréntesis, como aclaración. Mi abuelo Miguel también fue ferroviario, hasta su jubilación, aun teniendo un rancho en arriendo, y su condición de campesino. La Compañía de Ferrocarriles Andaluces necesitaba un bombero para abastecer de agua las locomotoras que circulaban por aquel recorrido. No sé cómo se originó este acontecimiento pero algún jefe del depósito de locomotoras que había en Jerez vino a la estación de El Cuervo

para informarse si alguna de las personas que vivían cerca de la estación, alguna persona adecuada, quería hacerse cargo de este trabajo. Es posible que fuera mi padre quien lo indujo a que aceptara este trabajo. Tengo entendido que así fue. Y a partir de esa fecha, mi abuelo pasó a ser conocido por todo el contorno como Miguel *el Bombero*. Algo anecdótico; pero es que mis tíos pasaron a ser Paco *el Bombero*, Miguel *el Bombero*, José *el Bombero*, etcétera. Ya ninguno existe. Pero si va uno al Cuervo y no sabe la dirección de alguno de los nietos mis primos, no tiene más que preguntar por fulano *el Bombero* y de inmediato te dicen dónde vive. En principio el trabajo de bombero era duro. El agua tenían que sacarla con una bomba a brazo; un esfuerzo físico bastante considerable. Aquel artilugio tenía un volante enorme y una manivela, a la que se podían agarrar dos hombres. El pozo estaba debajo de la caseta donde estaba instalada la bomba, pero tenían que elevarla a un depósito a una altura suficiente como para que las locomotoras pasasen por debajo y alimentarse de aquel “combustible.” Pasados algunos años aquello cambió. Instalaron una máquina a vapor y el trabajo lo hacía la máquina. Mi abuelo siguió siendo el bombero pero el esfuerzo físico desapareció.

Pero aquello que me dijo mi abuelo con ocasión de nuestra marcha para Jerez ha sido algo incuestionable a lo largo de tantos años pasados y de tantos acontecimientos vividos. Siempre he recordado aquel lugar con nostalgia por muy lejos que haya estado. Siempre he visto la estación; la veía aun cuando hubiese miles de kilómetros por medio. En las noches de insomnio, al amanecer, cuando empieza a oscurecer, los días lluviosos, siempre recuerdo aquel lugar como era en aquellos ya muy lejanos años veinte.

A lo largo de esto que estoy escribiendo aparecerán nombres de amigos, compañeros de la organización a la cual pertenecíamos y que compartimos juntos momentos de mayor o menor trascendencia para mí, a lo largo de tantas cosas como se fueron sucediendo con el paso del tiempo y tantos años viviendo en clandestinidad; o sea con falsa identidad.

Quiero hacer una salvedad, por si alguien se toma con paciencia la molestia de leer esto. Tiene que hacerse la idea de que mi caso no es único, sin ningún ánimo de protagonismo. Mi caso puede ser igual o parecido al de otras personas que nacimos en las primeras décadas de este siglo que pronto terminará. Como a las que nacieron en las últimas décadas del pasado siglo, y que al estallido de la criminal sublevación, de los militares fascistas, nos pusimos del lado de la República y la democracia, no importando mucho o nada los años que tuvieran al estallar la guerra civil. La prepararon para matar demócratas. Para frenar el progreso. No importaba la ideología, todo se lo llevaban por delante, por muy pacíficos que fueran, viejos o jóvenes, mujeres o hombres, siendo demócrata era una buena pieza. Así eran aquellas bestias fascistas. Muy destacados entre todos, los falangistas del fundador,

José Antonio Primo de Rivera, “el intelectual.” Eran bandas de falangistas de la escoria social, “señoritos” de los pueblos y maleantes asociados a los señoritos. El calvario que nos esperaba a todos si éramos contrario al movimiento fascista era idéntico para todos, hombres o mujeres. Todos estábamos expuestos a morir si caíamos en las manos de los militares sublevados, o en manos de las bandas de falangistas asesinos. Matar y matar era su lema. Así lo dispuso el general Mola: “Hay que sembrar el terror a toda costa.” Mola y los demás cabecillas.

Desde el año 1933, el 29 de octubre, que fundó José Antonio Primo de Rivera la Falange Española en coalición con los partidos más reaccionarios de la época, y atraídos por su disposición a asaltar y destruir el estado de derecho violentamente. Ni que decir que el asalto de Hitler, su amigo, al poder en Alemania le daba ánimos. Hitler era ya el dueño de Alemania desde el 30 de enero de 1933. Era un aliado seguro.

A partir de la fundación de la Falange Española empezaron tiempos de violencia. Las bandas fascistas provocaban altercados violentos a pistoletazos. Atacaban a las juventudes de izquierdas, nos defendíamos, se luchaba a brazo partido, en situación de desigualdad absoluta, con el fascismo que se veía venir con toda su bestialidad. Las revistas y periódicos nos decían cómo estaban procediendo en Alemania. Las ejecuciones se contaban por miles por el procedimiento de decapitación. Y en España la Falange cada vez más envalentonada y protegida por la reacción imperante. Por aquellos años, no recuerdo la fecha, pero fue en 1935, nos dijeron que irían al sindicato de la construcción a ajustar cuentas con nosotros. Que tenían que discutir algo. Sabíamos a lo que venían, con el jefe provincial de Falange a la cabeza, empresario de la construcción. Nada más entrar se liaron a porrazos, y a tiro limpio o sucio dentro del local, hirieron a varios compañeros nuestros. También ellos se llevaron su parte. Escaparon algunos heridos, otros se quedaron encerrados heridos, entre ellos el jefe provincial. Uno de los compañeros responsable del sindicato, Juan Pedro González, fue a la policía a dar cuenta de lo sucedido. Esta canalla siempre contó con la protección de la autoridad, y lo más reaccionario del caciquismo de Jerez. Y al final de esta situación, el estallido fascista. Y el túnel más largo y oscuro de cuarenta años de crímenes provocados por los militares fascistas, la Falange Española y los “señoritos,” vagos, parásitos repugnantes que se dedicaron a cometer toda clase de crímenes amparados por la situación. Torturas, antes de ser asesinados los hombres, violaciones a las mujeres que iban a ser asesinadas, vejaciones de todas clases: así eran los de la nueva España, la España de Franco y de los franquistas.

A PARTIR DEL 18 DE JULIO DE 1936 ES UNA ÉPOCA QUE TERMINA.

A partir de esa fecha se empiezan a vivir los días más dramáticos de cainismo que haya vivido España a lo largo de muchos siglos.

Era suficiente pertenecer a un partido político de izquierdas, o haber pertenecido alguna vez, para ser pasado por las armas sin formación de causa; bastaba que cualquier enemigo político te señalara, o por enemistad con cualquiera de los sublevados. Te denunciaba, te detenían, te ponían en la lista y cualquier noche se presentaban con la lista de los que iban a fusilar, y al camión. (Estoy hablando de Jerez de la Frontera, donde no hubo resistencia, ni ninguna muerte de parte de las gentes de derechas).

A imagen de lo que pasó allí fue por toda Andalucía. Y por el resto de España. En Jerez, los que entraban en el Alcázar, era la sentencia de muerte segura. Pero sin formación de causa, y antes de ser fusilado eras torturado a placer por aquella escoria social que representaba la nueva España de traidores: militares, cardenales, obispos, curas, y toda la morralla de falangistas, y aquella guardia civil de aquella época negra. Salvando las excepciones, muy pocas. Increíble, ¿no? Pues así se comportaban los salvadores de España. Asesinando a personas indefensas. Voy a contar algo que le pasó a un familiar cuando fueron a detenerlo los falangistas. Le dijo la madre:

—Antonio, te están esperando aquí estos hombres date prisa.

—Sí, madre, me están esperando para matarme.

Y efectivamente lo metieron en el Alcázar y ya no lo vio más nunca la madre. Se llamaba Antonio Solano Álvarez, habíamos trabajado muchas veces juntos en el campo. Aún tengo una foto que nos hicimos trabajando juntos y un tío mío.

Así era y así fue la España de Franco y los franquistas. Unos asesinos. Mataban a mujeres u hombres, les daba igual. Los que no estábamos con los sublevados era cuestión de suerte que no te tropezaras con alguno que no le gustaras, que no le fueras simpático. Ni que decir tiene que para los dirigentes sindicales o militantes más o menos destacados, para esos no había cuartel. Su destino era morir fusilado, pero antes eras torturado a placer. Los metían en el camión a puñados, hechos piltrafas de las torturas recibidas. ¡Caer en las manos de aquellas bandas de forajidos de Falange Española, de aquella escoria social, de los pistoleros que organizó “el intelectual,” el fundador! Nuestra situación, los que quedamos cogidos en aquella ratonera, con cientos de kilómetros a la redonda para poder llegar a zona republicana, era

muy difícil. No nos quedaba más camino, si querías seguir viviendo, que jugártelo todo por el todo. Huir como pudieras si la suerte te acompañaba. Cuando pasó una semana, había que contar unos doscientos kilómetros para llegar a zona republicana. Pero fuera de carreteras y caminos transitables. A campo a través caminando por la noche, por los montes o por donde se pudiera. Pero había que salir como se pudiera para intentar seguir viviendo si la suerte nos acompañaba. Nos dispusimos a salir con todas las dificultades. Mis compañeros y yo éramos militantes del movimiento anarcosindicalista, pertenecíamos a la C.N.T. Confederación Nacional del Trabajo y a las Juventudes Libertarias, rama juvenil del movimiento libertario. Pasado algún tiempo, ya en los frentes de Madrid, me invitaron los compañeros de Jerez a formar parte de un grupo de la Federación Anarquista Ibérica. Por lo tanto queda claro que debido a nuestra militancia en dicho movimiento, nuestra situación era apurada.

Teníamos que tomar una decisión, no sabíamos qué dirección tomar, todo era arriesgado, incluso salir de Jerez debido a los controles para salir. Tenían montadas guardias en todas las salidas, ya se tratara de carreteras o trochas. Todo era complicado. Les propuse a los compañeros coger dirección a la estación de El Cuervo. Por allí vivían mis tíos y de momento encontraríamos refugio. Aceptaron la propuesta, y allí nos refugiamos mis compañeros y yo, a la huida de Jerez en 1936. Aquellos compañeros se llamaban: José Gata Arena; este era de Alanís de la Sierra provincia de Sevilla; otro era Diego López Jarana, de Jerez; y Juan Domínguez, *el Panaderito*; así lo llamábamos por su profesión. Su padre tenía una panadería en Jerez, en la calle Zarza. A Juan Domínguez lo cogieron prisionero los alemanes, en el maquis francés, y en 1943 murió en un campo de concentración alemán. A Diego lo cogieron herido en el primer choque que tuvimos con falangistas y la guardia civil, a orillas del Río Guadalquivir. Se lo llevaron a Sevilla y lo fusilaron. Nosotros tres conseguimos llegar a zona republicana.

En la estación del ferrocarril de El Cuervo encontré refugio en 1936, cuando el peligro acechaba por todas partes. Y allí volví a encontrar refugio en marzo de 1940, cuando conseguí fugarme de una prisión de Madrid. De la prisión de San Lorenzo. Y en todos los años que vivimos en España desde 1940 hasta 1959, en la clandestinidad, siempre que tuve ocasión por allí pasé, por la estación de El Cuervo. Pero siempre acompañado por mi abnegada compañera Mary, que con tan buena gana me acompaña a todas partes.

Desde aquel encontronazo que tuvimos a finales de 1941, al principio de aquella década, un cruce de caminos. Stop, quemado. Y Choque de fortuna; y aquí estamos, novia, amiga, hermana, compañera, o mujer. Nos da lo

mismo. Pasamos veinte años unidos sin más papeles que nuestra presencia, para nada los necesitamos. Aparte de la intranquilidad, siempre nos encontrábamos a gusto. Si salíamos un fin de semana con amigos lo pasábamos muy bien, pero cuando salíamos solos lo pasábamos también estupendamente. Muchas veces hemos ido a aquella estación; es algo que parece que me atrae. Nos hemos hecho muchas fotos allí, hemos sacado fotos de las vías, del andén, de la puerta que fue nuestra casa. Paseamos por el andén, por donde estaba el muelle de embarque. Nos alegra a Mary y a mí pasear por donde yo anduve y jugué de chico cuando vivíamos allí con mis hermanos y los amigos. Me gusta recordar el paisaje, mis padres, los abuelos, mis tíos. Aun cuando todo está cambiado. Ya no están los árboles aquellos que nos daban sombra y jugábamos al escondite. Mucho ha cambiado todo. El panorama no es el mismo, pero la imaginación lo recompone todo como era.

Recuerdo a mis padres jóvenes, a los abuelos, a los tíos, muy jóvenes cuando venían a casa por las tardes. Y cuando nos reuníamos todos en casa de los abuelos. En las chozas que eran bastante grandes.

Cuando se aproximaban las pascuas y el fin del año era cuando cada año se hacía la matanza de los cerdos en casa de los abuelos para tener chacinas para todo el año. Era un acontecimiento inolvidable; todos reunidos en la noche campesina y, de vez en cuando, su copita de aguardiente. A los niños nos lo daban con agua. Ya todo es recuerdo, abuelos, padres, tíos...

Todos ya se marcharon. Nos queda el recuerdo entrañable de aquello que un día fue. Ya sólo son sombras, fantasmas, ya nada, como besos que dimos al viento. Nostalgia de lo que fue, y todo va quedando en el recuerdo, y al fin todo terminará definitivamente, como antes de haber venido, en nada.

Pero a los dos nos gusta recordar el pasado. Desde que nos vimos la primera vez lo vivimos con tanta intensidad y sobresaltos, desde que nos conocimos, siempre con la incertidumbre “¿Qué pasará mañana?” Zozobra constante, “¿Llegará nuestro día alguna vez de vivir tranquilos?” Esta pregunta nos la hacíamos sin palabras, pero los dos pensábamos lo mismo. Por eso, ahora que podemos, nos gusta pasear y pasar por donde lo hacíamos cuando vivíamos en la incertidumbre de cómo será mañana. Ahora que podemos hacerlo en plena libertad lo hacemos. Vamos a Utrera muchas veces. Me gusta cuando me dice:

—Aquí, en esta casa, vivíamos nosotros, ella con sus padres. Cuando me dice:

—En esta fábrica trabajaba yo.

—Vamos a ver la casa donde vivían mis padres, y donde nos vimos la primera vez.

Todavía está como estaba, la ventana donde yo desde el interior la vi pasar la primera vez cerca de mí, con su linda melena de pelo negro y ondulado. A los dos nos gusta recordar nuestro pasado.

Cuando vamos a Francia nos gusta pasar por la puerta de la casa donde hemos vivido durante años, ver los balcones de la que fue nuestra morada, y vivíamos sin temor al fascismo. Paramos y nos aproximamos al bosque que estaba próximo a nuestra casa. Miramos al futuro como el que más, pero no olvidamos por donde pasamos, y año tras año fuimos dejando jirones de nuestras vidas.

El recordar es revivir el pasado, y cuando uno se siente satisfecho de su pasado, de haber tratado de dar algo en defensa de una causa justa, eso es sencillamente fantástico. Hay muchas personas que dicen, “yo no quisiera volver a vivir el pasado”. Pues yo sí. Y en las mismas o parecidas condiciones, con todos los riesgos que hemos tenido que soportar, los asumiría.

Cuando de nada tiene uno que arrepentirse y nada que reprocharse, se puede insistir y se debe insistir. Es no renegar de uno mismo. Aquí vale recordar las inmortales palabras de Cervantes: Por la libertad así como por la honra se puede y se debe aventurar la vida. Idealismo o romanticismo, llámenlo como quieran, pero así fue nuestra juventud, luchamos con lealtad y con fe en nuestras ideas.

Fueron incontables los amigos y compañeros que dejaron sus preciosas vidas en plena juventud. En lucha sin igual con fe, sin reposo. Mucha sangre vertida con valentía y generosidad, sin esperar recompensa. Sólo la satisfacción de buscar una sociedad más justa para todos.

Por eso nuestro pasado es inolvidable. Son muchos los recuerdos y los amigos que perdimos.

Con mi más emocionado recuerdo a mis padres, ya ausentes, dándoles las gracias por haberme traído a la vida: los grandes sufridores de aquel episodio dantesco que les tocó vivir, la Guerra Civil Española.

Y a todos los padres que pasaron por igual situación. A mis hermanas que también sufrieron igual situación de angustia. Y a todas las hermanas.

Tampoco puedo olvidar a mis tíos que en los peores momentos y comprometiéndose, me ayudaron a salir de tan peligrosa situación. Ya no están.

Y a mi buena compañera, magnífica esposa, y excelente madre Mary Sáez, que con sus encantadores diecinueve años, y aquella melenita de cabello negro ondulado era un encanto y que, sin importarle nada, y arriesgando mucho, pero consciente de lo que hacía, unió su destino al mío, tan inseguro, compartiendo una situación tan comprometida y que tanto peligro tenía en la época más criminal y sanguinaria del régimen franquista. Los años de la década 1940. Brava compañera mía.

M. Vega Álvarez

A VER CÓMO EMPIEZO ESTE CACHITO DE HISTORIA: EMPIEZA EN JEREZ DE LA FRONTERA.

Fue un sábado, 18 de julio de 1936. Hacía un calor sofocante aquel día y los que le siguieron; era verano. Por la mañana fuimos al Puerto de Santa María dos amigos y yo. Se trataba de algo relacionado con nuestra organización (las Juventudes Libertarias). Estos compañeros se llamaban, José Pérez Núñez, José Becerra Sánchez y yo, Miguel Vega Álvarez. Estos compañeros después de aquel día no nos vimos más hasta que nos encontramos en Málaga en noviembre de 1936. Cuando regresamos ese 18 de julio del Puerto de Santa María, serían próximo a las cinco de la tarde. Al llegar a Jerez vimos un movimiento de fuerzas de la guardia civil por la calle; falangistas; por otro lado algunos oficiales del ejército, algo raro todo; más de lo habitual. Porque ya hacía ya bastantes días que la guardia civil estaba a las salidas de Jerez parando a las personas que les parecía, haciendo preguntas y pidiendo documentación, algo fastidioso. Lo tenían todo bien controlado con anticipación a lo que se nos venía encima.

En resumidas cuentas, al ver tal movimiento nos dirigimos a la Casa del Pueblo que era compartida por la U.G.T. y la C.N.T. Al llegar había un auto parado en la puerta, creo que había traído unos manifiestos en los que se incitaba a la huelga general como consecuencia del levantamiento de África que había empezado el día anterior, el 17, y que ya era un hecho lo que se nos venía encima. En la Casa del Pueblo vi a un individuo que ya había visto en el gobierno civil de Cádiz aproximadamente un par de meses antes. Me dijeron que era el secretario del gobernador y que era quien había traído aquellos manifiestos.

Yo estuve en el gobierno civil de Cádiz para recoger unos estatutos que anteriormente habíamos presentado para que nos lo aprobara y firmara el gobernador civil, para un Ateneo Libertario que las Juventudes Libertarias organizábamos. La comisión que las juventudes nombraron para estos trámites se compuso de tres compañeros, uno era Manuel Tejero Romero, otro José Pérez Núñez, y yo, Miguel Vega Álvarez. Tejero murió pocos días después del comienzo del movimiento. Los acorralaron la guardia civil y los falangistas, se resistieron con las armas que tenían y al fin murieron acribillados a balazos. Núñez y yo nos escapamos cada uno como pudo después de miles de peripecias. Pero yo con una suerte fuera de lo imaginable, algo que a esta distancia en años, aún me pregunto cómo pudo suceder aquello. Es verdad que la casualidad juega un papel en el transcurso de la vida de las personas

muy difícil de calcular. Es algo tan difícil de prever cómo puede cambiar el destino de una persona, ya sea para bien o para mal. En este caso lo que me ocurrió a mí, era para haber muerto a los veinte años, y no seguir viviendo cuando escribo esto, pasados los setenta, y con no mala salud. La casualidad por un lado y la suerte por otro, y tanto a una como a la otra hay que ayudarle, no se puede todo confiar al azar. Nuestros pasos tenemos que guiarlos para equivocarse lo menos posible, y cuando es tanto lo que nos estamos jugando, la vida en este caso a que nos referimos. El cainismo estaba instaurado sin piedad y un largo calvario de cuarenta años nos quedaba por recorrer.

Me he salido algo del tema al hacer referencia a estos hechos que también todos están relacionados con los acontecimientos que se fueron sucediendo. Volvamos a la Casa del Pueblo donde quedó la relación anterior.

AQUÍ EMPIEZA LO QUE PUDO SER EL FIN

Cogí un paquete de aquellos manifiestos para repartirlos inmediatamente en la calle. Como era un paquete bastante grande hice varias fracciones para, entre otros tantos compañeros, los distribuyésemos con más facilidad. Salimos de dos en dos en diferentes direcciones para que llegaran a todos los rincones de la ciudad. Uno de los amigos que se hizo cargo de un paquete, el que salió conmigo, se llamaba Juan Domínguez, *el Panaderito*, ya mencionado. Buen amigo, noble y generoso donde los haya, murió asesinado en los campos de concentración de la Alemania nazi. Como queda dicho, salimos repartiendo aquellos manifiestos y cuando llegamos donde aún todavía está la casa de Correos en Jerez, se nos aglomeró alrededor de nosotros tal cantidad de personas con el deseo de coger la propaganda que repartíamos que no nos dejaban salir. *El Panaderito* me llamaba la atención y tiraba de mí para que me saliera del tumulto que nos rodeaba. Se había dado cuenta que se nos acercaban unas parejas de la guardia de seguridad con la intención de detenernos para averiguar de dónde procedía la propaganda que repartíamos. No pude salir y me cogieron. Se hizo cargo de mí una pareja. Yo les decía que aquellos manifiestos estaban legalizados, tenían un pie de imprenta de Zaragoza. Pero no atendían a razones. El personal que nos rodeaba no estaba dispuesto a que me detuvieran, no me habían esposado, y los guardias, al verse rodeados, titubeaban. Yo que aprovecho la ocasión y salí por pies. Hicieron sonar el silbato los guardias, y otras parejas que había más adelante sacan las armas y me cierran el paso. Me vuelven a coger y me ponen las

esposas. Pero las gentes que estaban en la calle no estaban por que me llevaran a la comisaría. Yo tenía una pistola en la cintura, pero no tuve intención de sacarla porque no hubiese sido procedente. Las consecuencias hubiesen sido fatales. Aún esposado, me empujé la pistola y cayó al suelo. Me preguntaron que si aquel arma era mía, les dije que no, pero al momento rectifiqué, tenía un par de cargadores en los bolsillos que correspondían a la pistola. Pero el personal no dejaba que me llevaran y a toda costa querían que me soltaran por las buenas o por las malas. Providencialmente en ese momento pasaban por aquella calle dos compañeros militantes de la C.N.T. bastante conocidos míos por nuestra militancia en la misma organización, y también de los guardias que sabían de su militancia por conocidos que eran de las autoridades. Los compañeros en cuestión se llamaban Manuel Arantabes, del sindicato de la construcción (fusilado algunos días después) y Francisco Molina Villalba. Éste escapó y murió en Argentina bastantes años después de terminar la Segunda Guerra Mundial. Estos compañeros pararon el auto para ver qué pasaba.

Los guardias, al ver a Arantabes, se alegraron por lo conocido que era como militante sindical, con mucha influencia en el público de Jerez. Los guardias le dijeron que tranquilizara a las personas que los rodeaban, que no pasaba nada grave, pero que me tenían que llevar a la comisaría. Le propusieron los compañeros de llevarme ellos en el auto, aun viniendo una pareja con nosotros, cosa que no aceptaron. Nos pusimos en marcha a pie una vez que Arantabes tranquilizó al personal que nos rodeaban diciéndoles que me soltarían de seguida. Estos compañeros se fueron directamente al Ayuntamiento que estaba junto a la comisaría. Buscaron al Alcalde, era ferroviario, factor, Romero de apellido, pertenecía al partido socialista, conocido de mi padre, que también era ferroviario. En la comisaría me toman la filiación, cogen los cargadores de mi bolsillo y los guardan en un cajón de la mesa. Pero al darle mi nombre al comisario, me dice:

—Hombre, tú eres Miguel Vega—, le dije que sí. —Es la primera vez que vienes por aquí a pesar del tiempo que hace que se te buscaba.

Le dije que a mí me buscaron después del movimiento de octubre de 1934, pero que en Jerez no tuvo más repercusión, que fue una huelga que estaba declarada antes de empezar el movimiento de Asturias por reivindicaciones laborales. Contaré de pasada estos hechos con algunos detalles. Esto ocurría a principios de noviembre de 1934. Trabajaba yo en el cortijo de Santo Domingo, a unos cinco kilómetros de Jerez; también otro familiar nuestro, Antonio Solano Álvarez, también de la C.N.T. Como la represión se generalizó por toda España, un día se presentó la policía por Antonio y se lo llevó.

Yo sabía que Antonio tenía una pistola, él también sabía que yo tenía otra, pero no sabía dónde yo la guardaba. Cuando la policía se fue con Antonio yo cogí las armas y las escondí en otro sitio. Esperé en los alrededores del cortijo a ver qué ocurría. Pasadas un par de horas, otra vez vino el coche de la policía que asoma por el carril. Cogí una yegua que estaba en la cuadra y me largué por aquellos cerros, hasta que vi que se largaban. Yo bajé al cortijo, cojo la bicicleta y me llevo las armas para que no las cogieran. La mía no la cogieron porque Antonio no dijo nada, la suya la tuvo que entregar mi tío que era nuestro patrón. Yo se la di porque la policía ya sabía que yo la había quitado de en medio y para evitarle problemas a mi tío, Jerónimo, marido de mi tía María, buena persona donde las haya. Por estos hechos es por lo que el comisario me recordó. Antonio siguió preso hasta febrero de 1936. Yo me ausenté de Jerez, me fui al Canal del Viar, una colectividad de personal de la C.N.T. donde casi todos estábamos reclamados: había catalanes, vascos, asturianos, castellanos, extremeños y muchos andaluces. De Jerez nos juntamos allí un buen número, muchos; muchos murieron ejecutados en 1936, muchos en la guerra. Antonio Solano Álvarez, fusilado en agosto de 1936. Otros cayeron más tarde, cuando terminó la guerra civil. De Jerez fueron ejecutados en los primeros días del movimiento los hermanos Antonio y Manuel Gallardo Crespo, Exiquio Díaz Calvo, más cuatro hermanos, Abelina, Julio, Cipriano, Carmela; los dos últimos tenían entre 17 y 15 años. Abelina se tenía que ayudar de una muleta para andar; tenía parálisis en una pierna. Los de José Antonio Primo de Rivera, Falange Española, cuando la tenían detenida, le quitaban la muleta y la empujaban escaleras abajo para divertirse viéndola rodar escaleras abajo. Otro de los íntimos amigos míos, de los que allí trabajábamos y también murieron: Antonio Franco Orellana, y Julio Jiménez Correa, y tantos que llenaría varias cuartillas.

Por esa razón el comisario que me tomaba la filiación sabía de mi existencia. Siguiendo el relato del principio, una vez que me toma todos los datos le dice a una de las parejas de servicio en la comisaría que me lleven a uno de los calabozos de que dispone la comisaría. Uno de los guardias pregunta que si me mete con los otros detenidos. Los otros detenidos eran falangistas. En los primeros momentos empezaron a detener debido a la confusión a todos los que se ponían por delante, y según quien daba las ordenes. Total, el comisario le dijo que no, que de ninguna manera nos pusieran juntos, por tanto me metieron solo. Entre tanto los compañeros Arantabes y Molina no dejaron de moverse hasta que pudieron localizar al alcalde. El alcalde hace las gestiones que fueran con bastante rapidez, y gracias a esa rapidez en una hora aproximadamente o en una hora y media me ponen en libertad. Lo que menos podía yo imaginar por haberme cogido la pistola, y lo reaccionario de

ese Jerez, y la policía que no lo eran menos. Pero termina mi sorpresa cuando me devuelven la pistola, los cargadores y la munición. Me la dan en la misma comisaría. El comisario se la dio al Alcalde y este a su vez me la entrega a mí, y me pregunta que a dónde iba a ir yo en ese momento. Le dije que al sindicato de los albañiles.

—Pues ven en el coche— me dice, —te llevaré hasta el sindicato.

Es verdad que estaba algo lejos. En el camino me dice:

—Ten cuidado de que no te cojan.

Le dije que posiblemente no me cogerían. Yo sabía que la cosa era seria, y si me cogían nuevamente no sería para volverme a soltar. Me despedí de él dándole las gracias por su interés en que me soltaran y que gracias a aquella gestión tan rápida puedo contar esta historia un tanto dramática. Fue a él a quien cogieron de seguida por ser alcalde y pertenecer al partido socialista, delito suficiente para que lo fusilaran inmediatamente. Así pasaban las cosas en 1936, así procedían los de la cruz y la espada. En nombre de Dios y en nombre de la patria se fusilaba sin piedad a los compatriotas. El no valorar lo que teníamos encima les costó la vida a infinidad de personas, que por el solo delito de ser de izquierdas era más que suficiente para ser ejecutados.

En el sindicato me reuní con los compañeros más afines. La confusión era lo que imperaba. De vez en cuando las llamadas telefónicas de los falangistas a los sindicatos y a la Casa del Pueblo diciendo que dentro de poco se presentarían con la guardia civil para hacer tabla rasa con todo lo que encontrarán. Los militares ya estaban callejeando, y decididamente en favor del movimiento fascista. Muchos compañeros proponían hacernos fuertes, encerrándonos en el sindicato para cuando llegaran recibirlos con las armas que teníamos. Pero considerando las escasísimas armas de que disponíamos y la cantidad de fuerzas de que ellos disponían, y armas, yo consideraba que encerrarse en un local para defenderlo con las pocas posibilidades nuestras era como meterse en una ratonera sin ninguna posibilidad de salvación, cosa a la que yo no estaba dispuesto. Lo consideraba una táctica descabellada que no compartía y que no me encerraría voluntariamente. Propuse hacer barricadas en la calle. Los que seguían empeñados en encerrarse así lo hicieron, en la Casa del Pueblo, y en efecto allí cayeron en la ratonera, y de inmediato, algunos días después, fueron ejecutados todos sin excepción. Yo, ni que decir tiene que ya no volví aquella noche por casa, ni ninguna más. Yo sabía que irían por mí. En efecto, dos o tres horas después de haberme soltado ya estaban en casa en busca mía varios falangistas y la policía. Yo seguía en la calle con los compañeros y amigos y más afines. Seguíamos los acontecimientos a través de la radio. Aquella misma noche de 18 de julio de 1936

Jerez ya estaba en poder del fascismo. Pasamos la noche en la calle como pudimos. En realidad Jerez estaba en poder del fascismo desde 15 ó 20 días antes.

Así fue como empezó para mí y para mis compañeros el acontecimiento de proporciones tan catastróficas como insospechadas que tantas lágrimas y sangre costó a España, muy particularmente a las clases sociales más desfavorecidas, como siempre a través de la historia ha ocurrido. Continuamos en Jerez hasta el 26 ó 27 de julio. Nos ocultábamos por las noches donde podíamos: en casa de personas sin ninguna significación pero buenos antifascistas. Pero a medida que el tiempo iba pasando el cerco se cerraba y la represión empezaba con toda su crudeza. Los fusilamientos empezaron por pocas personas, por cuatro o cinco cada noche, pero a medida que pasaban los días el número iba en aumento y las dificultades para continuar camuflándonos crecían; las amenazas que se cumplían de que quien ocultara a los que buscaban serían pasados por las armas. Durante el día podíamos bandearnos, pero la noche era cada vez más difícil. Siempre teníamos las armas encima y dispuestas, pero no era posible ir muy lejos. Una defensa a ultranza sin posibilidad de escape, vender la vida lo mejor posible, antes que lo pongan a uno enfrente del pelotón, era todo lo que nos quedaba que hacer. Por tanto teníamos que salir de allí como fuera.

Ya nos habíamos enfrentado varias veces a tiros cuando se nos acercaban algunos falangistas y el número podía ser igual al nuestro. Pero la cosa de día en día se nos ponía más cuesta arriba. Tomamos la decisión de salir como fuera. No sé cómo nos fue posible burlar los controles. Salimos por la noche, atravesamos por una viña, pero el hombre que guardaba la viña se percató de que huíamos; nos ayudó a escapar. Desde luego no nos conocía ni nosotros a él. No sabemos de quién se trataba pero nos ayudó. Paramos un poco en su casa, y nos dio algo de comer, después salió con nosotros y nos orientó sobre el mejor camino que debíamos seguir hasta alejamos un poco de Jerez.

Caminamos toda la noche en dirección a El Cuervo, a la estación del ferrocarril donde próximos a la estación vivían mis tíos José y Miguel, hermanos de mi madre, y también mi tío José Vega hermano de mi padre. Los tres eran pequeños colonos de tierras en arriendo. Allí tenía yo la seguridad de encontrar refugio por el momento hasta tomar una determinación con arreglo a como se fueran presentando las cosas, y los acontecimientos tomaran un giro ya más decisivo con respecto a la lucha que se presentaba. Yo conocía todo aquel contorno como la palma de mi mano; allí había nacido, en la misma estación de El Cuervo. Mi padre era uno de los guardagujas de dicha esta-

ción, y allí vivimos hasta que yo tuve la edad de catorce años (de El Cuervo nos fuimos a Jerez). Tanto conocía el terreno aquel como a las personas, y sabía de quienes había que guardarse. Aun cuando de chico hubiésemos sido compañeros de juegos, las dos Españas estaban ya frente a frente. Durante toda aquella noche caminamos a campo través, no lejos de la carretera. Llegamos a las proximidades de la estación cuando aún todavía era de noche. Nos ocultamos en unos cañaverales y cuando abrieron la tienda fue uno de los compañeros a comprar algo de comer. Yo no quería que me viera el dueño de la tienda. De chicos jugábamos como amigos, pero él tiraba para la otra banda, y podía complicarse aún más la situación, para nosotros y para mis tíos y las personas que nos pudiesen ayudar.

Durante aquella noche en el camino que hicimos desde la salida de Jerez a El Cuervo (a las proximidades de la estación del ferrocarril), que es adonde nos dirigimos, toda la noche no dejaban de sentirse descargas de fusilería, consecutivamente, sobre todo desde los autos que circulaban, posiblemente por meter miedo, y debido a su propio miedo, todos lo teníamos; estaba repartido. Fue bastante penoso el camino porque precisamente no había camino, y la noche, aun cuando era veraniega, era noche, y huyendo a campo través. Pero a pesar de todo puede decirse que fue un camino de rosas para lo que nos esperaba. Comimos un poco de lo que se compró en la tienda del que había sido compañero mío de juegos pero que ya estábamos muy distanciados. Lo volví a ver unos cincuenta y tres años después en casa de un primo hermano mío que a su vez era primo hermano de mi primo, ellos por parte de madres; fue en casa de mi primo Patricio Vega. Mi ex amigo murió un año después de habernos visto. Cuando me despedí de él le dije: —Si tardamos tanto en volvernos a ver difícilmente va a ser nuestro próximo encuentro—. Y así es.

Cuando comimos algo nos encaminamos a un olivar que en aquella época existía próximo a donde mis tíos tenían los ranchos, con la idea de contactar con ellos y orientamos para dónde debíamos encaminarnos en busca de la zona que aun dominaban las izquierdas, los sindicatos. El gobierno no dominaba nada, todo se le vino encima. Su incapacidad unida a su cobardía nos llevó a tal situación.

Una vez en contacto con ellos se encargaron de llevarnos la comida mis primos con las debidas precauciones. Permanecimos por aquellos contornos unos tres días. No podíamos perder más tiempo. Cada día que pasaba más se alejaba la zona republicana que para nosotros era el objetivo inmediato. Sevilla aún se defendía, pero esporádicamente, a la desesperada, sin ningun-

na posibilidad. Ya estaba en poder del más asesino de los tiempos modernos, asesino y traidor, el general Queipo de Llano (y de paso digo para ilustración de la España católica, que sus restos reposan pomposamente en la Iglesia sevillana de la Macarena; vergüenza cristiana). Los asesinatos ya estaban desatados, sin límites, sin formación de causas, despiadadamente. No había compasión para nadie. Por otra parte ya algunos colonos falangistas empezaban a sospechar algo de nuestra presencia. Le dijeron a uno de mis tíos que habían visto a cuatro individuos sospechosos por el monte.

La decisión había que tomarla cuanto antes. Teníamos que ponemos de acuerdo sobre el camino a seguir; bien dirección Málaga o bien dirección Sevilla. A Sevilla capital no había que pensar. Sabíamos y conocíamos pueblos de la provincia de Sevilla que aún estaban en nuestro poder, lo sabíamos por la radio. Conocíamos a compañeros nuestros de nuestra organización. Porque, dicho sea de paso, el llegar a un pueblo donde no tuvieses algún conocido o tuviesen referencias tuyas, no en todos se conformaban ni te creían. Rápidamente te decían que eras espía, y en más de una ocasión fusilaron a antifascistas. Sé de cuatro compañeros que fueron ejecutados en un pueblo de Córdoba porque nadie los conocía en aquel pueblo al que llegaron, y cada uno tenía una pistola; y les preguntaron si llevaban armas; dijeron que no, porque el que tenía una pistola quería conservarla a toda costa, y aquello fue bastante para que los fusilaran sin más. Después, cuando se enteraron de que se trataban de militantes antifascistas ya era demasiado tarde; todo fueron lamentaciones, pero el daño fue criminal y canallesco.

Teníamos que ponemos de acuerdo. Desde nos encontrábamos, tanto si decidíamos encaminamos a la parte de Sevilla como a Málaga, la distancia era similar. Yo me inclinaba sobre la provincia de Sevilla, y José Gata también. Conocíamos compañeros por toda esa parte de Constantina y Cazalla y muchos más pueblos de la provincia por haber trabajado en el canal del Viar en la construcción de un acueducto en dicho canal, el Gardón. Todos los que trabajábamos en aquella construcción pertenecíamos a la C.N.T. Yo creo que ya pocos de los que allí trabajamos me acompañan en vida. Los otros dos compañeros no conocían más que los compañeros de Jerez. Tanto Juan Domínguez como Diego López no habían estado fuera como nosotros. La distancia que nos separaba, tanto si tirábamos para cualquiera de las provincias que fuera, la decisión a tomar era aproximadamente la misma; unos doscientos kilómetros. Éramos cuatro; propusimos echarlo a suerte a cara o cruz, para Málaga o Sevilla. Salió dirección Sevilla. De cualquier forma teníamos que atravesar doscientos kilómetros por zona ocupada. Y así, un amanecer de los últimos días de julio de 1936 me alejaba yo y mis tres amigos. José Gata Arena, Juan Domínguez (*el Panaderito*) y Diego López Jarana. De

La estación de El Cuervo, de aquella campiña de la que tan entrañables recuerdos guardo, donde transcurrió mi infancia feliz, con mis padres y hermanos, con los abuelos y los tíos, me alejaba pensando si alguna vez volvería a ver la tierra en la que nací y que no puedo olvidar. Así me dijo una vez mi abuelo:

—Miguel, por bien que te vaya donde vayas, nunca podrás olvidar los años que has pasado aquí.

Y qué verdad tan indiscutible ha sido en mi caso.

Empezamos a caminar de buena hora. Una vez salimos del olivar y de un poco de monte que en aquella época existía, el resto todo era campiña. No teníamos forma de marchar por sitios que nos pudiesen servir de abrigo a la vista de posibles enemigos. Todo dependía de un poco de suerte. Atravesamos el primer día una marisma inmensa; queríamos atravesar el río Guadalquivir para internarnos en el Coto Doñana. Por la tarde de aquel día primero de marcha llegamos a un canal que tenía bastante agua; ya no estábamos muy lejos del río Guadalquivir. Como eran días de calor tan terribles, sin pensar demasiado las cosas ni las consecuencias que nos podía acarrear, nos quitamos la ropa y al agua, como si estuviésemos de veraneo. Teníamos mucha calor; el día lo pasamos, hasta llegar al canal por aquella marisma, que nos faltaba la respiración; nos encontrábamos a gusto en el agua y perdimos un tiempo que no debimos perderlo nunca. Pero también la casualidad que decidimos salirnos del agua y vestimos. Si tardamos cinco minutos más nos pescan en pelotas. Por lo alto del canal había una especie de carretera a todo lo largo por la que los coches y los camiones marchaban perfectamente. Terminamos de vestimos y ver venir dos camiones a lo lejos. Nos figuramos lo que sería y lo que fue. Los vimos a mucha distancia, estábamos próximos al río y a una casa del guarda del canal. Llegamos a la casa y pedimos si nos podían dar, que nos la dieron, y salimos de la casa a paso ligero porque los camiones se aproximaban a la casa y a nosotros que estábamos todavía a unos cien metros de la casa del guarda. Pararon y se acercaron unos cuantos guardias civiles y falangistas. Es indudable que entraron a preguntar si nos conocían o si nosotros éramos de por aquellos contornos. Lo cierto es que, salir aquellos tipos de la casa, tocar un silbato y pedirnos el alto. A todo esto se habían aproximado más a nosotros porque no queríamos correr hasta ver qué pasaba. Cuando nos dieron el alto estábamos ya junto al río. Yo le dije a los otros:

—Vamos a tirarnos al río a intentar pasarlo a nado.

Absurdo mayor no cabía, pero la verdad es que yo me veía ya en manos del enemigo y sabía positivamente lo que me esperaba, lo que nos esperaba a los

cuatro si nos cogían. En principio torturas y sadismo y al final tapia. Pero el compañero José Gata, que era mayor y reflexionaba con más acierto, me hizo desistir con sobrada razón. Había seguramente lo menos treinta individuos con fusiles, si nos lanzábamos al río, con una anchura de cien metros como mínimo, a pie firme por mal que tiraran es indudable que ninguno hubiésemos llegado a la orilla opuesta. Pero yo sinceramente sentía miedo, miedo de que me cogieran. A todo esto corríamos a más no poder y ellos tras de nosotros y a descargas cerradas. Francamente yo no podía creer que saliéramos de aquella situación con vida, y yo no estaba por que me echaran mano. Le dije al Gata:

—Me voy a suicidar antes de que me cojan.

—Bueno, pero en el último extremo. Tenemos que aguantar mientras no nos hieran a ninguno.

A todo esto a uno ya lo habían cogido, no sabemos si herido o que no podía más. Yo vi que se tiró detras de una barcaza que estaba a la orilla del río. Ya me había dicho “Vega, no puedo más.” Este compañero era Diego López Jarana. Así se llamaba. Ya nos quedamos los tres, José Gata, Juan Domínguez, *Panaderito*, y yo. Seguimos corriendo sin hacer uso de las armas. Hubiese sido absurdo gastar las pocas municiones que teníamos, cuarenta o cincuenta balas que disponíamos cada uno, no más. Ellos nos perseguían pero el que corre del peligro se esfuerza más. A todo esto en plena marisma, sin ninguna clase de ondulaciones del terreno donde imaginariamente pudieses pensar en un respiro, que en realidad no era posible. Correríamos así en esa inmensa llanura unos cinco kilómetros, ya nos íbamos distanciando. Corríamos encogidos sin dejar de preguntarnos unos a otros “¿Te han herido?” José Gata ya se quedaba algo detrás y lo esperábamos *el Panaderito* y yo. Pasamos por una manada de caballos y pensábamos “Si pudiésemos coger un par de ellos,” pero era imposible. En esta descomunal carrera *el Panaderito*, como en esas marismas en aquella época había muchos sitios pantanosos, donde el agua estaba encharcada y el barro muy pegajoso, perdió las alpargatas que era lo que calzábamos; otro problema, que se nos presentaba para más adelante. Ya habíamos dejado atrás a aquella tropa de canallas. Desistieron de la persecución. Yo me he preguntado muchas veces “¿Cómo es posible que tantos tíos tirándonos a tan corta distancia no nos alcanzaran a ninguno?” Porque al compañero que cogieron detrás de la barcaza no estamos seguros de que estuviera herido. Sí sabemos que fue a parar a Sevilla, al barco prisión porque escribió a Jerez a su abuela, que es con quien vivía, y que fue fusilado en Sevilla como todos los que entraban en el fatídico barco. Habíamos recorrido por las marismas en esta ocasión unos cinco o seis kilómetros, muy cerca de la orilla del río, cuando

vimos una barca de pescadores cerca de la orilla. Nos aproximamos a toda prisa antes de que fuera a alejarse. Estaban recogiendo el ancla que estaba en tierra para irse hacia dentro, pero como llegamos a tiempo no pudieron largarse. En la barcaza, que era grande, había tres hombres y una mujer. Les dijimos que si nos querían pasar al Coto Doñana que estaba a la otra orilla. No estaban dispuestos, aun cuando no se negaban, pero nosotros sin esperar más nos embarcamos, y les dijimos que nos llevaran a la otra orilla. Nos preguntaron que para qué íbamos al Coto, pero la mujer que iba con ellos dijo: —Éstos irán a buscar para juntarse con el carabinero ese que anda por el coto huido.

Se trataba de un carabinero que estuvo haciendo resistencia en Sanlúcar de Barrameda con el pueblo, y el hombre se había refugiado en el Coto. No sé más que eso, ni nosotros lo vimos, pero aquellas gentuzas seguía haciéndose los remolones y no se les veían buenas disposiciones. Ellos se habían dado cuenta de que nosotros huíamos y habían escuchado las descargas y todo el tiroteo que nos habían largado. Ya empezamos nosotros a apremiarlos diciéndoles que teníamos prisa por pasar, y entonces la “señora” aquella dijo: —Pero ustedes no tendréis miedo, ustedes serán comunistas, esos tiros que hemos estado sintiendo serán con ustedes.

Como nosotros no habíamos enseñado armas ni nos habíamos, hasta ese momento, mostrado exigentes, ni mucho menos agresivos, pensarían que nos entretendrían por si los otros nos perseguían. Pero cuando vimos esa actitud, todo cambió, saqué la pistola y los arrinconamos. Les dijimos que desembarcaran, que nos llevábamos la barca, y que cuando llegásemos a la otra orilla la soltaríamos y la recogerían donde fuera, eso sería problema de ellos. En ese momento todo fueron buenas disposiciones. En el momento que vieron que no era cosa de risa el tipo bogaba a todo gas. Ya no guardamos las pistolas hasta que no estuvimos en tierra. Les dijimos que no hubiese habido necesidad de aquello sabiendo ellos que nos perseguían. Nosotros nos internamos en el Coto y allí pasamos aquella noche que se nos hizo bastante larga. Los mosquitos nos comían. Nos poníamos las blusas por la cabeza para protegernos de las picadas en lo posible. Aquella noche y las que le siguieron las pasamos muy mal. Por allí había muchísima agua empantanaada y los mosquitos vivían en su ambiente.

A la mañana siguiente, antes de que fuera de día, nos pusimos en marcha. En principio acordamos que marcharíamos por la noche. Eso se quedó en promesa porque nos internamos en la provincia de Huelva por sitios que no conocíamos. Aquellas marismas, con un barrizal penosísimo para marchar.

Así pasamos un par de días, pero cuando salimos del barro, que el terreno era seco, para los dos que no habíamos perdido las alpargatas la cosa iba bien, pero para nuestro amigo *el Panaderito*, aquello era un verdadero calvario. Había unos pinchos; era como si fueran algo parecido a garbanzos con tres o cuatro pinchos, un poco romos, pero que se clavaban; y las marismas, en ese tiempo, donde ya el agua hacía tiempo que se había retirado, todo estaba muy seco. Había momentos en los que lo teníamos que pasar por algunos sitios subido a cuestras de nosotros, los pies sangrando. Y así pasamos por lo menos tres días en esos inmensos llanos. Un día pasamos por medio de una manada de toros bravos que pastaban por allí, nos miraban con desconfianza, nosotros también, pero según teníamos entendido estando todos juntos raramente acometen. Aquellos toros pertenecían a la ganadería de Murube, criador de reses bravas para la lidia en las plazas de toros. Esto lo supimos porque el ganadero que los guardaba que nos vio a lo lejos, que iba a caballo, se vino hacia nosotros. Llevaba una escopeta enganchada en la montura y su correspondiente garrocha para arrear a los toros. Nosotros nos pusimos en guardia por lo que pudiese ocurrir, pero las armas no las sacamos; siempre ocultas. Se aproximó el hombre y ni que decir tiene que no tenía por qué preguntar nuestra situación: se percató de seguida. Nos preguntó que para dónde íbamos. Le dijimos que íbamos a Pilas (un pueblo de la provincia de Huelva), que él desde luego no se lo creyó, pero nos dijo:

—Venirse conmigo para el rancho y os prepararé un picadillo de tomates, pimientos, etcétera.

En principio le dijimos que no, que no teníamos hambre, que teníamos unas latas de conservas y pan y que no nos las habíamos comido aún. Y efectivamente era la verdad, no teníamos hambre; teníamos casi todo lo que nos dieron mis tíos; pero en definitiva fuimos con él al chozo donde él tenía el rancho. Nos preparó de comer y nos decía:

—Hay que ver lo que tenemos liado, unos queriendo una cosa y otros otra, y nosotros en medio, como siempre, que es a quien nos tocará perder.

Pero nosotros no nos fiábamos mucho de aquel hombre, es posible que fuera sincero pero como esas personas que están tan cerca de los “señoritos” casi todos tienen las mismas ideas salvo excepciones. En definitiva nosotros comimos lo que tuvimos ganas y nos orientó por donde debíamos seguir. Nos dijo que sentía mucho no poder darnos algún calzado para el compañero que estaba descalzo. Seguimos nuestro camino. Ya nos metíamos por los olivares cuando los había o por la arboleda, siempre con la idea de ocultarnos lo más posible. Aquel día por la tarde llegamos a una choza que vimos no muy lejos de por donde marchábamos. Estaba en la choza una mujer de unos cua-

renta años, sola. Cuando nos vio y se dio cuenta de como llevaba los pies nuestro amigo, la pobre mujer empezó a rebuscar por todas partes en su pobre choza a ver si encontraba algo de alpargatas viejas como fuera para poder aliviar en lo posible la situación de nuestro compañero. Nos sacó tres o cuatro alpargatas, pequeñas todas. Les dimos unos cortes a la lona para adaptarlas al pie, y con cuerdas se las amarró como pudo, y de momento la situación se resolvió, aun cuando no duró mucho, pronto se volvió a quedar descalzo; al atardecer de aquel mismo día ya estábamos en las mismas. Aquella mujer que nos dio las alpargatas según nos dio a entender tenía familiares escondidos por el Coto, y venían a guarecerse, o ella les llevaría la comida por donde tuviesen combinado, porque nos dijo que no tenía nada para darnos de comer, que tenía escasamente para aquel día y que no se atrevía a ir al pueblo a buscar comida para que no fueran a sospechar algo. Y por tanto nosotros no le dijimos nada de que teníamos hambre, porque en realidad así era. Se nos pasaba el tiempo y no nos acordábamos de la comida para nada. Teníamos cuatro o cinco latas de conservas de pescado y algunos trozos de pan en los bolsillos que ni nos acordábamos. Entre el calor que hacía y la inseguridad no pensábamos que no comíamos. Después de aquella ensalada de tomates y patatas cocidas que nos preparó aquel ganadero, y que no fue mucho lo que comimos, lo que sí pasábamos era sed.

Cuando aquel día ya empezaba a oscurecer, como no sabíamos por dónde andábamos, esto sería la tercera noche que nos quedábamos por el campo después de haber salido de los alrededores de la estación de El Cuervo, estábamos en la provincia de Huelva, en los límites con la provincia de Sevilla, pero todo este territorio estaba en poder de los fascistas. Como ya se hacía de noche, en un eucaliptar que había en un arroyo decidimos quedarnos. Había mucha maleza y nos podíamos ocultar bien. No muy lejos pasaba una carretera que es la que va de Huelva a Sevilla. Nosotros estaríamos a un kilómetro más o menos de la carretera, donde pasábamos la noche, que no dormíamos: los mosquitos nos volvían locos con los picotazos.

Por la madrugada vimos pasar unos camiones, serían las cinco de la mañana, ya se veía claro, cargados de personal en dirección a Sevilla. No habían pasado cinco o seis minutos, cuando se lió un tiroteo, descargas cerradas, supusimos que los estarían esperando la guardia civil y los falangistas y los masacraron a todos posiblemente. Nosotros seguimos por aquel arroyo lo que pudimos adelante hasta tropezar con un camino. Ya serían seguramente las nueve de aquella mañana. Nos paramos un poco a la sombra de unos eucaliptos, vimos una escopeta tirada por el suelo medio oculta, pero no la cogimos, teníamos cada uno una pistola y no teníamos necesidad de llevar

un arma que de poco nos podía ser útil y llamaríamos más la atención, que ya bastante la llamábamos sin querer. En esto vimos venir un carro por el camino y cuando llegó adonde estábamos le dijimos al carrero que si quería que nos subiéramos. Dijo que bueno, que nos subiéramos, y cuando empezamos a marchar nos pregunto que para dónde íbamos. Le dijimos que para Alcalá del Río:

—Pues les queda a ustedes un paseo. ¿De donde vienen?.

Le dijimos que de Sanlúcar de Barrameda, que estábamos trabajando allí y nos sorprendió el movimiento y que queríamos irnos para nuestras casas hasta que se aclararan las cosas. Nosotros seguimos subidos al carro. El carrero llevaba una escopeta y le preguntamos que cómo llevaba una escopeta así a la vista con la situación que había. Nos dijo que la llevaba para entregarla en el cuartel de la guardia civil que habían dado orden de entregar todas las armas y que al que cogieran con armas las pasaría canutas. No sabemos lo que sería aquel hombre, para nosotros nos daba igual, él estaba solo y nosotros éramos tres y él no sabía que cada uno de nosotros llevábamos un arma. Así anduvimos cinco o seis kilómetros. Llegamos a otro camino por el que él se desviaba para un pueblo de por aquella zona, que por más que he intentado situarme por donde pasamos no lo he conseguido.

Voy a hacer un desvío en mi relato para tratar de situar al que lea esto. Yo hace unos años, nosotros, mejor dicho, Mary, mi buena y abnegada compañera y la madre de nuestros hijos, salimos un día de Sanlúcar de Barrameda por la orilla del Guadalquivir para ver por dónde tuvimos el primer encuentro serio con las fuerzas fascistas. Ni que decir tiene que en aquella época yo no conocía a la que compartiría conmigo lo mejor y lo peor de nuestra existencia; yo conocí, a mi Mary-Quilla a finales de 1941. Pasamos por el Canal donde ya relaté que nos bañamos. Paramos el coche, pasamos a pie para aproximarnos al río por donde corrimos en 1936. Una vez que pasamos al coto y nos aproximamos al pueblo de Huelva que se llama Pilas es donde pierde el norte y no puedo poner en claro el itinerario más o menos exacto por donde pasamos.

Nosotros siempre tratábamos de pasar a la parte norte de Sevilla dando un buen rodeo para pasar lo más alejado posible de Sevilla. Aquel día que subimos en el carro, una vez que lo dejamos seguimos nuestra marcha; esto sería el uno ó el dos de agosto con unas calores asfixiantes. Pasamos aquel día sin más inconvenientes, lo más lejos posible de los caminos por donde circulaban coches. Dormimos en un olivar; que no dormíamos apenas; la intranquilidad y los tiroteos que se escuchaban de vez en cuando, y metidos en una

zona dominada por ellos, pero que aún no estaban seguros debido a que había grupos de personas que estaban fuera de los pueblos, huidos de la represión, y que en muchos casos estaban armados de escopetas o rifles o cualquier arma. Esto contribuía a que en el momento de ver cualquier grupo la emprendieran a tiros sin más.

Cuando empezó a romper el día nos pusimos en marcha. Caminamos toda la mañana, sin parar, yo calculo que serían la una o las dos de aquel día y yo tenía una sed que me abrasaba. Marchábamos por una vereda y a unos cien o doscientos metros había un melonar con su sombrero, y se veía a un hombre trabajando en los quehaceres de recolecta. Se veía que era un hombre bastante mayor. Le dije a los compañeros de ir para que nos diera agua. Ellos me dijeron que aún podían aguantar, que fuera yo y que ellos me esperaban en un puente que se veía no muy distante y que pasaba el ferrocarril por arriba y hacía sombra. Yo me acerqué al melonar, me dio agua aquel hombre y me dijo que me llevara un par de melones o los que quisiera. Le dije que no, que era incómodo llevar melones y que no teníamos ganas de comer. Pero el buen hombre insistía:

—Se los comen ustedes ahí, a la sombra del puente mientras descansan.

Él había visto que íbamos los tres juntos y se percató que íbamos de huida. Nos deseó suerte y que nos metiéramos lo antes posible por la sierra, que aún estaba lejos. Total que me hizo que me llevara un melón. Cuando llegué al puente donde me esperaban los compañeros, en el tiempo que yo estuve bebiendo y demás, en eso había pasado por allí un cabrero con su rebaño y estuvieron hablando con él, pero yo vi que venían dos personajes a caballo algo lejos todavía a unos cien metros más o menos. Les dije a los compañeros:

—¿Quiénes serán esos que vienen a caballo por ahí?

—Le hemos preguntado al cabrero que hemos hablado con él y dice que son segadores.

Al lado derecho del camino que nosotros seguíamos se veía una cuadrilla de segadores, a la izquierda de nuestro camino había una alambrada a lo largo del camino, y una sementera de trigo que había ardido aquella mañana porque todavía estaba humeando. Recuerdo que el cabrero era manco, tenía un brazo cortado por la parte más arriba del codo. No sé si hizo con mala fe el decirnos que no eran personas de cuidado, pero si lo hizo de mala fe mejor hubiese tenido cortado el cuello. Lo cierto es que nosotros, confiados en lo que nos dijo, seguimos marchando por el camino. Yo desconfiaba de todo, sabía que si nos cogían nos limpiaban el forro. Cuando llegaron a nuestra altura, uno caminaba cuatro o cinco metros delante del otro, subidos en los

caballos, cuando nos quedamos en medio de los dos, el que se ve que llevaba la voz cantante nos dice :

—Pararse un momento. ¿A dónde vais?·

Le dijimos que a Alcalá del Río.

—¿De dónde vienen ustedes?

—De Sanlúcar de Barrameda, Trabajábamos allí cuando empezó el movimiento y nos vamos para casa hasta que se termine esto.

A todo esto nos pide el salvoconducto del comandante militar de Sanlúcar y desenfundando el tío una pistola y echándose abajo del caballo. El otro seguía a caballo y nosotros en medio. El compañero José Gata agarró las riendas del caballo y el tipo se puso por el otro lado, y tirándose uno al otro a bocajarro. Yo me encaré con el que se quedó al otro lado. A todo esto en un espacio de cinco o seis metros. Aquello fue de película de verdad. Yo no creía que saldríamos bien de aquel trance, con tan poco espacio y a cuerpo limpio. Todo transcurrió en dos o tres minutos, lo que hablamos hasta que se lió el tangai. Yo, cuando saqué el arma empecé a disparar, no sé el tiempo que pasó. El cargador tendría ocho o nueve balas y una en el cañón, pero al momento yo seguía tirando del gatillo y no salía ni un tiro. Creí que se me había encasquillado, y no, es que se acabaron las balas. Volví a meter otro cargador, y a correr. Nos preguntábamos unos a otros si estábamos heridos algunos. No nos pasó nada a ninguno de nosotros y a lo lejos se veía venir un coche por el camino.

Saltamos la alambrada que bordeaba el camino y nos metimos por medio del trigal aquel que estaba quemado de no hacía mucho tiempo. Nos pusimos como negros con el sudor y las pajuzas que se nos pegaban a la cara. Subimos un cerro que había y a la caída vimos un maizal bastante alto y queríamos metemos por el maíz para ocultarnos lo antes posible. En la cañada que había a la bajada del cerro vimos un pozo, y había un pilar bastante largo, y había catorce o quince individuos sentados en el pilar a todo lo largo. Cuando vimos aquello se nos figuró que eran fuerzas enemigas, y a correr en otra dirección. Se pusieron en pie y empezaron a gritarnos que no corriéramos, que ellos eran compañeros nuestros, que siguiéramos nuestra dirección, que era más conveniente, y así lo hicimos hasta alcanzar el maizal que era muy alto.

Volviendo a los individuos de los caballos, aquéllos lo que no se supusieron es que nosotros llevábamos armas; *el Panaderito* no hizo uso de su pistola, no disparó, dijo que era mejor conservar la munición, que todavía nos quedaba mucho por andar.

Cuando nos adentrábamos por el maizal nos parábamos de vez en cuando para escuchar, y una vez escuchamos una noria funcionando. Nos fuimos aproximando con las debidas precauciones por medio del maizal hasta que sentimos como roncaba alguien en el sombrero que estaba al lado de la noria. El burro seguía dando vueltas al son de su campanilla pero cuando sintió algo extraño se paró un momento y despertó el viejete y nos vio. No se inmuto siquiera. Le dijimos que queríamos beber y enjuagamos un poco la cara: —Agua hay bastante, la alberca está llena—, nos dijo. —Y si queréis comer algo...

Tenía tomates y pimientos de los que tenía por allí sembrados, y pepinos. Él nos preparó un picadillo y comimos algo. Le preguntamos que por dónde podríamos llegar antes, por los pueblos que no estuviesen tomados por los fascistas. Nos indicó que no sabía si Burguillos lo tenían los fascistas, Alcalá del Río sí; que lo mejor sería que no nos acercáramos a Burguillos tampoco, que le diéramos un rodeo y que nos acercáramos a Castiblanco, pero que nos enteráramos antes de entrar. Ya por Castiblanco de los Arroyos empieza la sierra norte de Sevilla. Y así lo hicimos.

Nos quedamos aquella noche no muy lejos de Castiblanco en una era. Por la madrugada sentimos un tiroteo dentro del pueblo y explosiones de petardos. Cuando empezó a clarear el día nos acercamos al pueblo y preguntamos por el tiroteo de aquella madrugada. Nos dijeron que llegaron unos camiones de Cazalla de la Sierra para tomar el cuartel de la guardia civil pero que no lo pudieron tomar y se fueron; los guardias también se fueron cuanto que los camiones se largaron del pueblo, seguramente buscando la zona dominada por los fascistas, que era Burguillos, el pueblo que nosotros habíamos dejado atrás y que distaría unos quince kilómetros.

Por lo pronto ya estábamos en zona algo más segura. Tomamos café ya con más tranquilidad. Nos dijeron que El Pedroso también estaba por los nuestros, pero que estaban los fascistas en Lora del Río y Cantillana; total que estaban próximos. Nos pusimos en marcha sin perder tiempo rumbo a Cazalla de la Sierra. Teníamos que pasar por El Pedroso, a unos treinta kilómetros de Castiblanco de los Arroyos. Cuando llegamos al río Viar (que aquella zona ya la conocíamos nosotros por haber estado trabajando en el puente del Gardón, en el acueducto) el puentes sobre el Viar lo habían volado, pero era fácil atravesar el río. Una venta, que estaba cerca del puente, la Venta de Pedro, como nosotros la conocíamos cuando trabajábamos por allí, una cuadrilla de falangistas le había pegado fuego; aún todavía humeaban los restos. Por aquellos montes, y de los pueblos de por allí, se conoce que cada

bando hacía lo que podía. Nosotros continuamos ya metidos por la Sierra, por el Coto de la Jarilla, hasta llegar a El Pedroso. Nos quedamos aquella noche en una era cerca de El Pedroso. Era el cuatro de agosto. No nos entrevistamos nada en El Pedroso. Allí no conocíamos a ningún compañero, y por tanto no tuvimos ningún inconveniente. Seguimos rumbo a Cazalla de la Sierra. Llegaríamos seguramente a la una o a las dos de la tarde a las proximidades de Cazalla. Cuando nos aproximábamos al pueblo ya nos considerábamos llegados a nuestros dominios, pero... ¡Vaya sorpresa! Nos rodearon veinte o treinta escopeteros armados de escopetas, rifles, pistolas hachas, y hasta con estacas, gritando “¡Manos arriba. No moverse que disparamos!” Empezamos a defendernos nombrando a compañeros del pueblo, de Cazalla, y diciéndoles que nosotros éramos compañeros, que veníamos de la otra zona, que habíamos escapado a duras penas; que llevábamos unos cuantos días de camino para poder llegar a nuestra zona. No había manera de hacerlos entrar en razones, manos arriba todo el tiempo, y José Gata, que era de Alanís de la Sierra, pueblo que dista pocos de Cazalla, dándoles explicaciones de compañeros muy conocidos de toda la zona. No había manera. Con las manos arriba y diciéndonos que si llevábamos armas que se lo dijéramos. Cualquiera se las negaba. Si decimos que no llevábamos y nos la cogen, la cosa se pondría aún más complicada. Les dijimos que teníamos cada uno una pistola, se acercaron y nos la sacaron de la cintura. Les dijimos que no pensarán quedarse con ellas, que nos la tendrían que devolver en el momento en que llegásemos a Cazalla y se pusieran las cosas en claro. Aquel grupo se hizo dos, y unos cuantos siguieron por aquellos montes haciendo descubierta, los que se llevaron nuestras armas, y los otros decían que nos llevarían al comité para aclarar nuestra situación. Nosotros deseando llegar al comité porque sabíamos que no íbamos a tener problemas, al contrario todo quedaría solucionado, como así fue.

Cuando regresaron los otros, los que se llevaron nuestras armas nos la tuvieron que devolver después de haber gastado alguna munición tirando al blanco. Los del comité eran todos conocidos nuestros. Les dijimos que si nos podían proporcionar alguna ropa interior para mudarnos, cosa que sin inconvenientes se solucionó. Comimos aquella tarde con bastante apetito ya que nos encontrábamos en sitio seguro, pero estábamos rendidos de los días de marcha que habíamos pasado. Nos proporcionaron sitio para descansar en casa de compañeros por la noche. Después de comer les dijimos a los del comité que podíamos irnos con los compañeros a hacer las guardias que montaban día y noche por los sitios que consideraban más propicios para que atacaran los fascistas. Nos dijeron que descansáramos aquella noche y al día siguiente ya empezaríamos con los demás compañeros. Pero aquel mismo

día por la tarde, el mismo en que habíamos llegado a Cazalla y que por la mañana habíamos pasado por El Pedroso, por la tarde tomaron los fascistas El Pedroso. Ya los teníamos otra vez encima. Poco reposo habíamos tenido desde que nos encontramos en zona nuestra. Ya sabíamos que el ataque a Cazalla era inminente. Toda la mañana del día cinco de agosto, creo no equivocarme en la fecha, la pasamos en máxima alerta. Por la tarde, después del medio día, quizás sobre las cuatro, habíamos bajado al pueblo a tomar un bocado, la merienda. La voz de alerta, "Que vienen los fascistas." Todo el mundo, con lo que tenía: escopetas, rifles, pistolas, hachas, hoces. Increíble, cómo se peleaba.

Yo me hice de un rifle; no sé ni cómo vino a mis manos, pero yo me encontraba a gusto con aquel arma. Me parecía invencible con cincuenta o sesenta balas de las que disponía y además la pistola. Nos posicionamos cada uno en el sitio que creíamos más conveniente y a verlos venir. Algunos los tiraban desde muy lejos.

Venían bastantes camiones, muchos falangistas y bastantes tropas del ejército regular con sus mandos correspondientes y avanzaban bastante despreocupados. El Pedroso lo habían tomado sin apenas resistencia la tarde anterior y pensarían que todo se pasaría de la misma forma en Cazalla. Cuando se aproximaban se desplegaron en guerrilla por toda la ladera del monte donde estábamos nosotros, que era el sitio por donde pensaban entrar al pueblo. Cuando ya estaban cerca abrimos fuego. De momento se retuvieron; pero inmediatamente se rehicieron y empezaron a avanzar con decisión, pero nadie retrocedía. Todo el mundo parapetado aguantando. Ellos eran muchísimos más que nosotros, con organización militar y disciplina. Nosotros teníamos nuestra fe y el coraje de luchar por nuestra causa, justa a todas luces. Nadie se movía de su sitio, ellos con sus ametralladoras, muchos fusiles, morteros, y subían la ladera arriba, a pesar de que les hacíamos bastantes bajas.

No muy lejos de donde yo estaba con otros compañeros sentimos a un viejete que estaba escondido detrás de un peñasco con un hacha y cuando vio a un falangista próximo se tiró a por él pero el otro se defendía bien porque era un tío joven; el viejete le tenía agarrado el fusil pero estaba muy apurado. El otro no podía dispararle. El viejo empezó a llamar a algún conocido que tenía cerca, a uno que le decían Pepino de mote. "¡Acude, que me mata!" A todo esto los dos tirados por el suelo luchando por salvar la vida. Acudieron los que estaban más próximos y se terminó la pelea, el cuerpo a cuerpo; el viejo pudo contarlos. Nosotros aguantando; pero ellos seguían empeñados en entrar

aquel día en Cazalla. Pero no entraron. El comité, cuando vio la cantidad de fuerzas que nos atacaban, telefonearon a las Navas de la Concepción pidiendo refuerzos, y llegaron a tiempo unos cuantos camiones de refuerzo. Por dónde llegaban nuestros compañeros, yo no sé. Seguramente les dirían por dónde estaban atacándonos. Lo cierto es que los naveros, como les decían los de Cazalla, empezaron a atacar a los fascistas por detrás, y cuando se dieron cuenta de que por todas partes recibían descargas fue la desbandada. Los muertos que habían caído en la lucha, intentaban llevárselos todos. Muchos cargaban con ellos; pero se quedaron bastantes en el campo. Si los de las Navas no llegan a tiempo no sé cómo hubiésemos escapado. La primera batalla en la que yo tomé parte la ganamos. Tuvimos unos cuantos heridos y algún muerto, pero ellos dejaron bastantes bajas sobre el terreno. También se quedaron un grupo de seis u ocho individuos sitiados en un cortijillo, que resistieron allí unos cuantos días y una noche se largaron. No los hicieron prisioneros no sé por qué razón. Mejor que se fueran porque de haberlos cogido, mal lo hubiesen pasado. En aquellos primeros días no había cuartel para nadie.

Pasaron cinco o seis días desde el primer ataque. En ese lapso de tiempo tomaron Constantina. La desmoralización y la desorganización empezó a cundir una vez que tomaron Constantina. Las gentes empezaron a marcharse. Cuando volvieron a atacar la próxima vez, cuando pegaron unos cuantos cañonazos, quedamos por aquellos montes no más de catorce o quince compañeros.

Nos fuimos de Cazalla a Guadalcanal. No recuerdo exactamente los días que estuvimos en Guadalcanal. Fue justamente hasta que atacaron y tomaron el pueblo. *Lo mismo que en Cazalla la desmoralización era total. Las gentes se marchaban buscando más seguridad. Todo el mundo quería irse a Madrid, y se iban.*

El día que atacaron y entraron en Guadalcanal habíamos un grupo de diez compañeros. Dos de Carmona, Portillo y Peñita. Con Portillo nuestra amistad siguió hasta su muerte, el veintiocho de febrero de 1994. Víctor Rincón, fusilado en Madrid en diciembre de 1939, de la Granja de Torrehermosa (Badajoz). Los tres que veníamos juntos desde Jerez. Dos de Cazalla, Francisquito y otro muy jovencito que no recuerdo cómo se llamaba. Y dos de Guadalcanal, José Ortega y Guillermo Aguza, muerto en el Jarama, frente de Madrid. Este grupo seguimos juntos hasta noviembre. El día que atacaron Guadalcanal nosotros hacíamos la resistencia, este grupo que teníamos formado. Tenían un polvorín en una montaña, en una cueva, y cuando atacaban los fascistas, para que no lo cogieran, lo volaron. Aquello pegó un esta-

lido monumental. Las piedras cogieron una altura increíble. Nosotros no sabíamos que por allí había polvorín ni mucho menos; pero no tuvo donde caer una piedra más que encima de los riñones de Francisquito. No podía moverse, empezó a orinar sangre, nos decía que nos fuéramos y que lo dejáramos, no podía dar un paso el pobre, pero no lo dejamos. Como podíamos lo arrastramos. Pasamos un par de horas muy malas hasta que llegamos a una casilla de la vía y obra del ferrocarril y cogimos una zorrilla (esto es un artificio que usaban los obreros de vías y obras para trasladar las herramientas por las vías hasta donde tenían el tajo). Mal andaba hasta que llegamos a la casilla. Pero cuando lo embarcamos nosotros sí sentimos alivio, pero él, qué mal lo pasaba con el movimiento de la zorrilla y en las tablas peladas sudaba él, y nosotros, hasta que llegamos a una estación, me parece que se llama esa estación Fuente del Arco. Nos acercamos al pueblo, fuimos al comité, le expusimos la situación, y nos proporcionaron un auto para llevarlo a Peñarroya-Pueblo Nuevo. Lo dejamos en el Hospital, y nosotros regresamos, los que lo acompañamos a Fuente del Arco, para reunirnos con los compañeros que nos aguardaban. Cuando mejoró este compañero se fue para Madrid. Lo vi en 1937 en el frente del Jarama. No quedó bien del accidente, creo que murió en la cárcel de Sevilla después de terminada la guerra. El resto del grupo, una vez que nos reunimos, seguimos para Azuaga.

En Azuaga ya empezaban a organizarse las milicias, con algunos militares profesionales de jefes, y algunos oficiales de la guardia civil, que a la mayoría no nos ofrecían gran confianza. Ya un poco organizados nos desplazábamos en destacamentos a los pueblos próximos a Azuaga. La mayoría de los que componíamos aquellas milicias todos pertenecíamos a la C.N.T. Pero nosotros, tan iconoclastas y tan libertarios, ninguno aceptaba mandar, y como siempre, los oportunistas, los pocos que había del partido comunista, esos se apoderaban de los mandos, y así nos lució el pelo a lo largo de la guerra. En Azuaga pasaríamos seguramente un par de meses, hasta que la perdimos, no recuerdo la fecha. En ese tiempo organizaron un ataque para tomar Llerena. En Azuaga seguramente habíamos setecientos u ochocientos milicianos, y otras fuerzas que se nos reunieron. No sé de dónde venían; los mandaba el capitán Sediles, que ya había ascendido. Sediles fue uno de los capitanes que se sublevó en diciembre de 1930, con los capitanes Fermín Galán y Ángel García Hernández, fusilados en Jaca (Huesca) por orden de Alfonso, número 13 Rey de España. Nosotros estábamos contentos de atacar por primera vez a los fascistas, deseando quitarles algún pueblo importante. Sediles estuvo hablando con nosotros, con nuestro grupo. Nos dijo:

— Cuando la artillería empiece a disparar ustedes atacáis por tal sitio.

— ¿Pero tenemos cañones? — le dije.

Nos dijo que disponíamos de tres piezas del 7,5. Nosotros nos las prometíamos felices viéndolos correr delante de nosotros. Cuando empezaron a disparar los cañones nosotros empezamos a avanzar, pero ellos resistían y causaban bastantes bajas. Cuando empezamos a entrar en el pueblo tiraban de todas partes. Avanzábamos pegados a las casas como podíamos. Cuando estábamos cerca de la torre de la iglesia que era desde donde más nos dominaban hirieron a uno de nuestro grupo, a Víctor Rincón. Lo hirieron en el pecho. Quiso seguir pero sangraba mucho y se tuvo que retirar. Se lo llevaron los camilleros al puesto de socorro. Nosotros seguíamos en nuestro empeño. Ya habían pasado cuatro o cinco horas, ellos resistiendo y nosotros atacando. Se conoce que ellos tenían la seguridad de que recibirían refuerzos. Así fue. Se presentó un tren procedente de Mérida, nos dijeron, y así terminó nuestra primera aventura que con tanto entusiasmo empezó. De paso voy a contar una anécdota, merece la pena: cuando por la mañana antes de empezar el combate, de las fuerzas que venían de otro sitio para reunirse para el ataque, se acerca un individuo a Víctor Rincón y se abrazan muy efusivamente. Yo hacía varios años que conocía a Víctor y teníamos bastante afinidad. Le pregunté:

—¿Quién es este compañero?

Víctor hacía unos cuantos meses que se había escapado de la cárcel de Llerena precisamente. Me contestó:

—Es el que estaba de jefe de la cárcel en Llerena cuando me escapé aquella noche. Lo tuve que agarrar por el pescuezo para quitarle las llaves.

Se alegraron de verdad al verse y el ex carcelero se alegraba de verlo libre, le decía que si no se hubiese escapado a estas horas no viviría. El encuentro fue emotivo.

Nosotros, tras la retirada, regresamos a Azuaga, donde teníamos nuestra base.

Estuvimos en Azuaga hasta seguramente octubre del 1936, cuando nos la quitaron tras resistirnos desde el amanecer, que empezaron a atacar por la carretera que viene de la parte de Llerena y de la parte de Guadalcanal, provincia de Sevilla. Nosotros estábamos por la parte de los que atacaban, los que venían de Llerena. Por allí está la estación del ferrocarril. Por aquella parte no podían avanzar. Teníamos bastantes municiones y un sitio muy a propósito para resistir. Recuerdo que decíamos “En cuanto que empiecen a retirarse ya estamos detrás de ellos y vamos a coger bastante material.” Pero no fue como nos pensamos. A las cinco o a las seis se acercó por donde estábamos nosotros un grupo que lo componíamos unos treinta compañeros,

todos de la C.N.T. Se acercó un teniente del ejército profesional que se había escapado de Sevilla, Sayago se llamaba (también los había buenos). Murió en el Jarama, frente de Madrid. Nos dice el hombre que nos fuéramos retirando con orden pero que teníamos que retirarnos, que nos fuéramos hacia la estación. Le contestamos que no había problema, que por allí no entraban, y nos dice:

—Pero si es que han entrado por el otro lado, ya están en la plaza, han roto la resistencia por el Castillo, ha entrado un escuadrón de caballería de moros y la infantería detrás, si siguen aquí ustedes ya mismo los tenéis detrás.

Y efectivamente, nos asomamos a las calles que enfilaban para el centro del pueblo y ya estaban bajando para nosotros. Nos pusimos a disparar algunos para el centro del pueblo y los otros en la otra dirección, porque ya los otros sabían que entraban por el otro lado. En esa entremedia hirieron a algunos compañeros al cruzar las calles, que algunos se pudieron evacuar, pero otros cayeron en poder del enemigo que los remataban sobre plaza. Seguimos retirándonos en dirección a la estación, pero los otros, los fascistas también se acercaban, por el otro lado. A ellos los habíamos nosotros aguantado, y se refugiaban en las paredes del cementerio que está o estaba en esa época en esa dirección. Cuando nos acercamos al edificio de la estación yo tenía prisa por llegar a la esquina norte que daba a la vía y por el otro lado daba al cementerio, con el propósito de aguantarlos un poco para poder retirarnos y que sacaran algunos camiones que buena falta nos hacían, y por allí estaba la carretera que va en dirección a la Granja de Torrehermosa, y que nos lo había dicho el teniente, pero cuando llegamos a la esquina de la estación los otros llegaban por el otro lado. Nos encontramos a unos treinta o cuarenta metros. Ellos serían ocho o diez, más o menos como nosotros, porque al retirarnos de los parapetos tuvimos que separarnos para poder hacer frente por donde nos disparaban, que ya era por varios sitios al mismo tiempo. Cuando nos encontramos tan a bocajarro unos de otros nos quedamos parados un instante, y uno de ellos nos dice:

—Somos compañeros, no disparéis.

Nosotros sabíamos que de compañeros nada, pero en aquella época de principios de la guerra tanto ellos como nosotros vestíamos monos azules, sobre todo los falangistas. Podía haber confusión. Pero yo le dije por lo bajo a un compañerete que estaba junto a mi, era de Real de la Jara:

—Prepárate, que vamos a hacer fuego, estos no son compañeros.

Les hicimos varias descargas y empezamos a correr hacia unas vallas de piedras, que había muchas por allí, y a parapetarnos y aguantarlos para retirar-

nos, y que se retiraran mucha gente de la población que huía. El teniente que nos avisó de que nos teníamos retirar lo vimos a cierta distancia tirado al suelo, sangrando bastante. Estaba inmóvil. Dijimos “Mira, el teniente está muerto,” pero movía una mano en señal de pedir socorro. Nos acercamos y tenía un tiro en el cuello. Lo levantamos y conseguimos montarlo en un mulo con otro que estaba también herido menos grave, y lo pusimos rumbo a Fuente Obejuna. De allí lo mandaron a Madrid. Se curó. Quedó con cierta dificultad para mover el cuello. Ascendió a capitán y murió en la batalla del Jarama.

Nosotros nos retiramos en dirección a la Granja de Torrehermosa. Como allí no había posibilidad de resistencia, ya que está a unos cinco kilómetros de Azuaga y el terreno no es apropiado porque es muy llano y el material de que disponíamos muy deficiente y escaso, fuimos a parar a Fuente Obejuna. Nos reorganizamos nuevamente y a esperar, siempre escuchando promesas de que íbamos a recibir material adecuado para organizar una ofensiva y acabar con ellos rápidamente. Se hablaba de tanques en cantidad, cañones y aviación. Así nos levantábamos la moral, que en realidad no decaía a pesar de nuestra inferioridad en armamento y en organización. Estuvimos en Fuente Obejuna no sé cuanto tiempo, hasta que un día se decidieron a atacarnos.

Nos atacaban desde Azuaga, o sea desde esa dirección, que distará unos treinta kilómetros. Antes de llegar a Fuente Obejuna, en esa época, había bastante arboleda de chaparros y encinas que se alargaban en dirección a la Granja y por todos los alrededores unos pocos de kilómetros saliendo de Fuente Obejuna. En vez de esperarlos parapetados, nos dicen que vamos al encuentro de ellos. Nos dispusimos a buscarlos, ellos cañoneaban el pueblo desde bastante lejos, y nosotros continuábamos avanzando por medio del arbolado, que en realidad íbamos perdiendo muchas veces contacto entre nosotros, hasta que nos encontramos con ellos; y parapetados en los árboles y en las piedras, y cada cual donde podía sin ningún orden de combate ni control alguno, el que caía herido, si los compañeros que estaban cerca tenían posibilidad de cargar con él, suerte; si no, quedaba a merced del enemigo, y del enemigo, en los primeros meses de guerra, poca piedad se podía esperar. Perdimos bastantes compañeros en un combate perdido antes de empezar. Los hubiésemos esperado parapetados con más posibilidades, menos bajas. Cuando tocaron para retirarnos a los parapetos, sin mucho orden en la retirada, cada uno se retiraba como mejor lo entendía.

Donde yo estaba era en un extremo, o sea en un flanco, como se dice en guerra. Había junto a mí otro compañero de Guadalcanal, Guillermo Aguza, que

murió en el Jarama unos cuantos meses más tarde. Nos quedamos cortados, cuando todos se retiraban, me dijo:

—Vamos a metemos en ese cortijo.

Era un caserón bastante grande con un corral con una tapia alta de un metro y medio de altura, y larga. Yo le dije que de meternos allí nada, que nos iban a coger seguro si nos metíamos allí. Nos acercamos a la tapia con idea de resguardarnos. Ya nosotros sabíamos que estábamos completamente cortados del resto de los compañeros y que se habían retirado. Cuando nos acercamos a la tapia nos ocurrió que otros tres o cuatro de ellos llegaban por el otro extremo con la misma intención que nosotros de resguardarse, pero se comprende que ellos creían que ya por allí no quedaba ninguno de nosotros, porque los vimos muy despreocupados andando hacia nosotros con los fusiles enganchados al hombro. Nosotros les tiramos unas cuantas descargas y salimos por pies. Empezaron a tirarnos pero no nos persiguieron mucho, es posible que alguno estuviese herido y se entretuvieran. Nosotros escapamos y estuvimos corriendo todo cuanto pudimos para alejarnos, pero no en dirección a Fuente Obejuna, que aún estaba a seis o siete kilómetros, marchábamos un poco dirección norte donde no se sentían tiros porque ellos estaban por delante de nosotros. Nuestros compañeros se retiraron a los parapetos que había alrededor del pueblo y resistieron el ataque, y ellos se retiraron al atardecer para volver al día siguiente con más aviación y cañones y tomar el pueblo. Nuestros compañeros nos daban por perdidos, me refiero al grupo que formábamos los que salimos de Jerez y los que después nos agrupamos por afinidad. Ya al ponerse el sol, cuando los otros se habían retirado y nosotros aparecimos, yo la verdad, no creía que habíamos corrido más riesgo que los demás, pero los otros, al echarnos de menos sí se inquietaron. Nosotros creíamos que los encontraríamos al reunirnos con el batallón sin más consecuencias que contar que nos quedamos cortados y chocamos con aquellos en aquel cortijo. Pero cuando me vio *el Panaderito* se vino hacia mí con una alegría incontenible y me dio un abrazo y un beso que yo me quedé tan sorprendido que dije:

—Pero ¿qué pasa?

—Es que te teníamos por muerto o que te habían cogido prisionero.

Les conté lo ocurrido, y José Gata me dijo:

—No te pongas nunca si puedes evitarlo cuando se ataca en los flancos. Es más peligroso.

Él había estado en la guerra de Marruecos y tenía cierta experiencia. (En nuestras conversaciones me había contado anteriormente las barbaries que

había presenciado en Marruecos). Desde Fuente Obejuna nos retiramos a Pueblo Nuevo-Peñarroya. En Peñarroya se habían concentrado unos cientos y pico de guardias civiles que los tenían por leales. Los días que estuvimos en Peñarroya por las noches íbamos a hacer guardias en los pueblos próximos en los que no había más fuerzas que las gentes del pueblo con escopetas. Así estuvimos unos cuantos días, no muchos, hasta que un día de los que no habíamos salido la noche anterior a hacer guardia nosotros, porque siempre se quedaba la mayoría de las fuerzas en Peñarroya por si atacaban desde Fuente Obejuna, que era lo más probable, por la mañana nos dicen:

—A los camiones, que hay noticias de que vienen en dirección a Bélmez. Nos vamos a parapetar pasado Bélmez, por aquellas montañas.

Atravesamos el pueblo y continuamos en los camiones carretera adelante. Todos los camiones en hilera unos detrás de otro, sin haber tenido la precaución de haber adelantado un camión o personal a pie para hacer alguna descubierta. Todos iban en marcha, agrupados carretera adelante sin tener la menor idea de dónde nos encontraríamos de cara con el enemigo. Pero no nos encontramos de cara. Como nosotros marchábamos carretera adelante sin muchas preocupaciones, ellos estaban ya por los montes aquellos, a un lado y otro de la carretera y desde izquierda y derecha recibíamos descargas. Nosotros tirábamos en dirección de donde venían las descargas pero no los veíamos. Ellos estaban por los montes y nos cogieron con los camiones en marcha. Recuerdo que en principio se sintió sólo un disparo, sería la señal, pero en ese momento una bandada de palomas volaba por encima de nosotros y alguien dijo “Eso será a las palomas”. Pero a continuación descargas van y vienen y las ametralladoras tableteando sin parar y el desorden general. Si los tiros llegaban de todas partes, todo el mundo trataba de buscar algún sitio donde parapetarse y tratar de llegar al pueblo antes que ellos para podernos parapetar. Los camiones la mayoría los perdimos. La carretera no era ancha y no los podían volver. Alguno lo hizo; recuerdo de un chófer que se lio a maniobrar hasta que lo consiguió. Decía: “Éste no se queda aquí,” y le dieron un tiro, pero se lo llevó. Se curó pronto. Los que herían, si se podían valer solos, bien, pero otros... El que volvió el camión, aun cuando estaba herido, cuando llegó al pueblo se paró y esperó a recoger los heridos que llegaban. Nosotros cuando llegamos al pueblo nos sentíamos un poco aliviados porque teníamos donde parapetarnos, pero ellos estaban en las montañas y nos freían. Recuerdo perfectamente que estábamos un grupo en una calle que estábamos al abrigo de los disparos, y discutiendo la forma de mejor poder salir del pueblo para encaminarnos a Peñarroya. Por lo alto pasaba una línea de cables de electricidad, cuando de pronto, le darían un balazo a un cable de aquellos y cayó una punta por delante de nosotros, dando cada chispazo...

Suerte que no cogió a nadie por delante. Salimos como pudimos de Bélmez en dirección a Peñarroya con la seguridad de que al día siguiente nos atacarían. Por lo tanto empezaron las disposiciones para la resistencia. En Peñarroya, por la parte de la carretera que viene de Fuente Obejuna, hay un peñón, un montículo de piedra donde nos podíamos parapetar una buena cantidad de milicianos. Nos iban a atacar, así lo esperábamos, y así fue, desde Bélmez y desde la parte de Fuente Obejuna. Ya he dicho anteriormente que en Peñarroya se habían concentrado ciento y pico de guardias civiles de varios pueblos que habían, quedado en principio en poder de las fuerzas republicanas. Se decían leales; es posible que algunos lo fueran. En todo el conglomerado de fuerzas que estábamos en Peñarroya no había más que una ametralladora y estaba en poder de los guardias civiles. La manejaban cinco muchachos jóvenes; les dijeron los mandos el sitio donde debían colocarla. No eran los mandos de la guardia civil quienes mandaban el conjunto de las fuerzas. Las mandaban los jefes improvisados de las milicias y algún militar de los que se pusieron a disposición de la república. Por la mañana ya empezaron los aviones a tirar algunas bombas y la artillería también disparaba. A nosotros, el grupo nuestro, que éramos unos dieciocho o veinte nos dicen que al peñón que mira en dirección a Fuente Obejuna, y allí estaban también los guardias civiles. Yo por mi parte le dije a los compañeros:

—Conmigo no contar. Yo no me meto entre esa gente de ninguna manera. Pero todos pensaban igual. Ninguno estábamos dispuestos a pelear junto a ellos, no nos fiábamos. Se lo planteamos a los mandos y lo de siempre:

—¡Yo respondo de esa gente! Ésos son tan leales como el que más.

—Muy bien, eso es lo que deseamos, pero nosotros no nos ponemos entre ellos a pelear, el frente es grande y no nos importa la posición que nos asignen, pero junto a ellos no.

Nos dieron otra posición y a resistir el ataque. Duró casi todo el día. Cuando a los guardias les pareció sacaron su banderita blanca y ¡hale!, a la otra banda. Por allí se colaban como Pedro por su casa. Si nos hubiésemos puesto con ellos nos machacan. Ellos lo tendrían más que amasado, entraban junto con los atacantes. Los que se vinieron con nosotros fueron los cinco de la ametralladora. No estaban junto con los otros. Seguramente tendrían desconfianza de ponerse con ellos, lo cierto es que fueron los que nos acompañaron. En el momento que aquellos se pasaron al otro lado el desbarajuste fue total, se colaban como querían, les habían abierto las puertas.

Nos retiramos a Hinojosa del Duque. Estuvimos en Hinojosa unos cuantos días, después pasamos a Pozoblanco. Nos reorganizamos los batallones. Se llamaban batallones de Jaén. Por Pozoblanco se pasaba mucho personal de

la zona fascista a la nuestra. En una ocasión se presentaron seguramente más de mil personas. Los capitaneaba un compañero de Nerva. Se llamaba Soto, de profesión relojero. Soto tenía gran empeño en marchar a Bujalance. Él no estaba enrolado todavía en ninguna unidad militar. Tenía compañeros amigos en Bujalance y su empeño era reunirse con ellos. Nuestro grupo, que ya estábamos hacía tiempo en los batallones de Jaén, no nos encontrábamos a gusto con los que nos mandaban. Todos como siempre eran comunistas. Nos proponían que nos apuntáramos al partido comunista. Nosotros le decíamos que nuestra organización era la C.N.T. y que no valía la pena hablar de ese asunto; las cosas se ponían tirantes. Les propusimos que nos dieran la baja de nuestra unidad. Unos querían irse a Madrid; yo prefería irme a Málaga. Pensaba que cuando se organizara la ofensiva que tanto deseábamos, seríamos los que estuviésemos en Málaga los primeros en llegar a Jerez. Accedieron a lo que pedíamos, pero los salvoconductos que nos dieron no nos protegían demasiado. Les dijimos que con aquellos papeles no podíamos llegar muy lejos, que nos dieran las cosas en debida forma, que nosotros éramos tan antifascistas como el que más, y que queríamos luchar en otros frentes más activos. En esa época Pozoblanco era un frente completamente tranquilo. Conseguimos que nos dieran los salvoconductos en debida forma. Pero para conseguir la lista de embarque, aquí se presentan inconvenientes de todas clases. De un sitio nos mandan para otro, los del comité que eso era cosa del gobierno civil, esto sucedía en Ciudad Real. El gobierno civil que el comité. Yo me había unido a Soto. Eran los mayores inconvenientes para nosotros, porque decían que teníamos que dar un rodeo muy grande para llegar a nuestro destino. Ya estábamos cansándonos de ir de un lado a otro. Soto era un hombre de unos treinta años, con una preparación formidable y con bastante facilidad de palabra. Cuando salimos del comité, me dijo:

—Ya nos van a dar la lista de embarque. Cuanto que lleguemos al gobierno civil, entramos en el despacho del secretario—, y sigue con la misma cantinela.

Soto le dice:

—No salimos de aquí sin la lista de embarque. Dile al gobernador que quiero hablar con él ahora mismo.

En resumidas cuentas, salió el gobernador y lo convenció rápidamente. Le dijo al secretario que nos diera la lista de embarque para donde la pidiéramos. Él se fue para Bujalance y yo rumbo a Almería, un viaje largo y con muchos inconvenientes, y de Almería a Málaga, pero ya sin lista de embarque; el tren terminaba allí. No volví a ver a Soto hasta después de terminar la Guerra Mundial, por los años cuarenta y seis más o menos. Se vino de Francia clandestinamente para seguir luchando desde el interior. Trabajaba

aquí en Sevilla en su oficio de relojero. Lo cogieron por las relaciones que tenía con la guerrilla. Lo llevaron al campo y lo mataron la guardia civil, por los años cincuenta; mediada la década de los cincuenta. Fue por el término de Alanís de la Sierra, provincia de Sevilla.

Cuando yo llegué a Almería, después de dos o tres días de viaje, me faltaban algo más de doscientos kilómetros para llegar a Málaga. Ya tenía que arreglarmelas como pudiera, en camiones militares o lo que encontrara, si bien en el salvoconducto decía que se me dieran toda clase de facilidades para llegar a mi destino, en Almería me fui a un comité de transporte, o cuerpo de tren, para que me facilitaran alguna orientación o el medio más adecuado para llegar a Málaga. Me dijeron que lo mejor sería que me fuera a la salida de Almería y que se lo planteara a todos los vehículos que salieran en dirección a Málaga; no podían darme otra solución, y así lo hice. De seguida que me puse en el sitio más adecuado me encontré con tres o cuatro muchachos de mi misma edad más o menos que decían que eran de Málaga. Eran guardia nacional republicana (a los guardias civiles los pasaron a guardia nacional republicana), que estaban en convalecencia por haber sido heridos en el frente de Madrid. En resumidas cuentas, que por fin conseguimos que nos cogiera un camión que iba en dirección a Málaga, pero no precisamente llegaba a Málaga. Cuando el camión llegó a su destino ya era noche. No recuerdo como se llamaba aquel pueblo, pero cuanto el camión nos dejó preguntó uno de aquellos malagueños por un hotel, el más avisado de los tres del grupo que venían de Madrid, y con más cara, porque hay malagueños de aúpa y con buena sombra. Quería un hotel que fuera bueno. Le dicen el Hotel Miramar. Nos presentamos los cuatro, el que hablaba, el mismo siempre, le dice al dueño que veníamos del frente de Madrid en convalecencia a debido a las heridas en los combates en aquel frente y que teníamos que quedamos aquella noche en el hotel y comer. El dueño del hotel no estaba por la labor y ponía inconvenientes, pero el malagueño estaba resuelto a arreglar aquello y le decía que se dejara de excusas y que nos preparara la cena y en condiciones, que veníamos de batirnos el cobre por los estaban muy tranquilos en la retaguardia, que por la mañana pasaríamos por el comité y le diríamos que habíamos comido y dormido en el hotel y que él le pasara la factura. Total allí comimos y dormimos estupendamente que buena falta nos hacía. Yo por mi parte desde el día diecisiete de julio no había vuelto a dormir en una cama en condiciones; esto era en noviembre de 1936.

A la mañana siguiente nos levantamos de buena hora desayunamos en el hotel y nos fuimos a la carretera a esperar otro camión que nos llevara a Málaga. Le pregunté a aquel chaval que si no pasábamos por el comité para

decirles que habíamos comido y dormido en el hotel Miramar, para que se las arreglaran con el del hotel. Dice:

—Eso ni hablar, ese tipo es un fascista, ¿no se dieron ustedes cuenta del miedo que tenía?

Efectivamente eso era verdad, se le veían en sus maneras que no era trigo limpio. Cuando llegamos a Málaga ya era por la tarde, nos separamos, ellos se fueron a sus casas porque vivían en Málaga; yo me fui al centro para ver si encontraba a alguien conocido. Sí no encontraba a ninguno pensaba ir a la federación local de sindicatos para que me dieran información de los compañeros de Jerez que andaban por aquellos frentes.

Al primer conocido que encontré fue un compañero de Sevilla, se llamaba Jerónimo Misa. Este compañero había estado condenado a muerte entre los años 1934 1935 por unos atentados que según se decía no había tenido nada que ver; pero lo cierto fue que quitaron de en medio a un falangista o dos de los más destacados de Sevilla. Me propuso que me fuera con él, que estaban formando un par de compañías. Quedamos que al día siguiente me fuera por el cuartel de San Bartolomé para hablar del asunto. Nos despedimos para vernos al siguiente día. (Este compañero al terminar la guerra lo cogieron y lo fusilaron.) Yo me fui a dar una vuelta por el centro de Málaga, y me encontré paseando por la calle Larios a un amigo que no nos habíamos vuelto a ver desde el 18 de julio, José Becerra. Lo vi de espalda, le di un tortazo en el hombro. Cuando volvió la cara y me vio pegó un bote de alegría y de sorpresa. Me dice:

—Si a nosotros nos habían dicho que te volvieron a coger unos días después del 18 y te habían fusilado con los hermanos Gallardo.

—Pues no es verdad. Ya ves que estoy aquí.

Le conté como nos habíamos escapado de Jerez y por dónde salimos y las demás peripecias. Le dije que me pensaba ir con Jerónimo Misa a las unidades que estaban formando. Me dijo:

—Por lo pronto te vienes conmigo al comité regional de la C.N.T.

Naturalmente era nuestra organización. Me dijo que estaba en la guardia del comité, allí estaba también Francisco Molina, el compañero que me vio cuando me llevaban detenido la tarde del 18 de julio que iba con Manuel Arantabe. Arantabe ya estaba fusilado. En el comité regional me encontré ya con bastantes compañeros de Jerez y muchos conocidos de otras partes. Entre los de Jerez estaba Juan Pedro González, Luis de la Rosa, Miguel Arias (el Bolindres) y algunos más. Luis de la Rosa era capitán de una compañía que estaba junto a Ronda. (Dicho sea de paso, Luis iba a las posiciones una vez por semana). Me dice que me fuera con él a su compañía, me pareció

bien. Éramos unos cuantos compañeros juntos, y además amigos. Así que fui a ver a Jerónimo Misa para decirle que no contara conmigo, que me quedaba con los paisanos. Quedamos tan amigos. Lo volví a ver después de perder Málaga, fue la última vez. Yo me enrolé en la compañía de Luis de la Rosa y al frente Ronda, una posición que le decían los Peñoncitos. Estábamos muy cerca de Ronda, veíamos las calles perfectamente. Luis venía a vernos una vez por semana. Allí no había lo que se dice un frente; estábamos situados en los sitios más apropiados para vigilar los movimientos de la canalla que temamos en frente, y un hilo telefónico para comunicarnos con nuestros compañeros de las posiciones que estaban a un lado y otro de nosotros; que a veces, por cierto, cortaban el hilo los fascistas. De vez en cuando nos apostábamos cerca del ferrocarril cuando pasaba algún tren con material de guerra y lo tiroteábamos, pero el tren seguía su rumbo. Allí pasamos desde que yo llegué, que fue en los últimos días de noviembre, hasta los primeros de febrero de 1937.

Cuando los italianos empezaron a atacar, nosotros resistíamos los ataques como podíamos. El sitio era bueno para hacer resistencia; la serranía de Ronda se presta, pero ¿con que podíamos hacer una resistencia a ultranza? Si la mitad de las fuerzas que estaban por allí lo que tenían eran escopetas de caza. A los que disponíamos de un fusil nos miraban con cierta envidia. No es verdad que fuera la mitad los que no tenían fusiles. En la posición que yo estaba seríamos unos cincuenta combatientes, y por lo menos eran ocho o diez escopeteros. Y otro problema sin solución posible era la escasez de munición. No se podía disparar cuando veíamos al enemigo a cierta distancia para hostigarlo, porque teníamos la munición menos de lo justo. El sitio era formidable para haber retrasado la entrada en Málaga en meses de haber contado con el material adecuado, pero cada uno sabía que cuando gastara el último cartucho de la dotación de que disponía no había más. Así resistimos los ataques de las fuerzas italianas aproximadamente una semana, hasta que un buen día nos dicen que nos teníamos que retirar a Málaga. Desde Ronda distarán unos ochenta kilómetros, algo más, hasta Málaga. Pensábamos que estaría preparado todo para hacer una resistencia a toda costa para defender Málaga como se estaba haciendo en Madrid.

Cuando llegamos a Málaga después de cerca de tres días de marcha, mal comidos y sin apenas descanso, de haber pasado por los pueblos que nos cogían de camino totalmente abandonados o con escasas personas de edad que no podían marcharse debido a sus escasas fuerzas, todo era desolación. Familias enteras marchando con los escasos enseres que podían transportar, con bestias, carros, bicicletas a cuestras, todo un cuadro dantesco. Niños descalzos y

hambrientos, cansados a más no poder, todos con dirección a Málaga, como si allí estuviese la salvación. Todo este personal era, además de los pueblos de la provincia de Málaga, de las provincias de Cádiz y Sevilla, todo el personal que había podido escapar de los pueblos que estaban en manos del fascismo, que habían escapado a la atroz represión que ejercían apenas dominar un pueblo, ya fuera mayor o menor, que hubiesen hecho resistencia o no. La represión era de torturas a muerte según de quién, de la significación política, o simplemente por haber votado a un partido de izquierdas o por rencillas personales, ejecuciones sin formación de causa, los falangistas campeaban a sus anchas, los de José Antonio Primo de Rivera, y todavía hay pobres diablos que dicen que si José Antonio hubiese vivido no habrían pasado las cosas como pasaron. José Antonio era discípulo de Hitler, hermanado con Mussolini, uña y carne de Franco, todo un trío de criminales; José Antonio, organizador de pistoleros. Quisieron hacer un mito de un mal bicho.

Al decir de las provincias de Sevilla y Cádiz, entiéndase bien, he querido decir de la parte donde las tres provincias son limítrofes y por tanto la huida era más fácil para Málaga, como también de la parte de Granada.

Cuando llegamos a Málaga era entre dos luces, comenzaba a oscurecer; no había luz en las calles ni en las casas, no se veía un alma de población civil. Nos dicen que nos dirigiéramos al Palo y aguardásemos por allí. Los responsables fueron a buscar el estado mayor para recibir órdenes, pero cuando volvieron las órdenes que traían eran que no habían encontrado a nadie que diese órdenes. Ya no había estado mayor en Málaga, ni responsables de las organizaciones, los comités regionales y comités locales, todos se habían marchado. El miedo a que las fuerzas fascistas cortaran la carretera de Málaga a Almería, que era la única salida que teníamos, les hizo tomar la determinación más adecuada para escapar. La situación era delicada. Era como decir sálvese quién pueda y como pueda, y así había que aceptar la situación. Aquella noche de los primeros días de febrero de 1937 nos reposamos unas horas a la salida de Málaga. A la una o dos de la madrugada nos pusimos en marcha en dirección a Almería, ya sin control. Nos agrupamos por amistades y por afinidad y paisanaje. De comer nada, lo que encontrábamos en el campo o en las casas abandonadas, que muy poco era. Algunas veces encontré algunos coscurros de pan duros y mohosos, pero era tanta el hambre que los lavaba un poco y para dentro.

Los doscientos y pico de kilómetros que separan Málaga de Almería, aquello era un verdadero calvario. No se puede describir los cuadros tan lamentables como horribles que se sucedían unos tras otros. Niños extraviados de

sus padres que se lamentaban sin consuelo; y sin poder dar solución a nada; los barcos fascistas a unos quinientos metros de la playa (la carretera en aquella época bordeaba la orilla del mar), de vez en cuando largaban unas ráfagas de ametralladora, y todo el mundo diciendo que no fuéramos a dispararles, porque desde luego estaban a tiro de fusil, para que no se encolerizaran. Las gentes no querían que disparásemos, y nos conteníamos, pero que de nada servía nuestra prudencia. Lo mismo disparaban varios cañonazos contra las faldas de las montañas que bordean el mar; basta que vieran un grupo numeroso por los montes. Estaban tan cerca, y con los aparatos que tienen los barcos nos veían perfectamente, pero que desde luego si hubiesen querido matar más gentes tendríamos que haber dejado la carretera definitivamente. Con todo lo que digo los muertos que quedaban por las cunetas. Resulta difícil saber las criaturas que quedaron a lo largo de los doscientos y más kilómetros que separan Málaga de Almería. De vez en cuando los barcos levantaban anclas y se marchaban mar adentro. Cuando esto ocurría todo el mundo respiraba más tranquilo, pero no por mucho tiempo, porque la aviación hacia aparición y el terror se adueñaba de momento de los niños que no sabían dónde meterse. Las madres, gritando desesperadamente tirando de ellos para tratar de cobijarlos sin saber dónde, corrían de un lado a otro desesperadamente, gritando y pidiendo ayuda, pero quién podía ayudar a quién si aquello era un verdadero caos por donde se mirara. Todo el mundo desesperado, sin poder hacer nada por nadie.

La carretera los primeros días a la salida de Málaga era algo semejante a un pueblo cuando está en fiesta y las gentes salen al paseo y se van tocando debido a la aglomeración. Así kilómetros y más kilómetros, a todo lo largo de la carretera. No se veía más que un tumulto de personas por todas partes y por las faldas de los montes que bordean la carretera.

Describir cada una de las escenas, las más salientes por lo dolorosas que eran sería cosa interminable. Yo vi una familia en un pueblo antes de llegar a Almuñécar, en la Herradura. Como en aquellos años la carretera bordeaba el mar había unas vueltas en la carretera enormes, y las personas del lugar hacían caminos para atrochar y adelantar evitando dar la vuelta que seguía la carretera; eran caminos de herradura naturalmente. Pues en una trocha que estaba concretamente en las proximidades de ese pueblo, una familia que caminaba con todos los enseres que habían podido cargar en un burro o dos que llevaban: aquello era horrible, un cuadro indescriptible, una amasijo de carne. Los aviones en uno de los tantos bombardeos que efectuaban habían hecho blanco en aquella desgraciada familia. Algunos destrozados completamente, otros heridos, que no les quedaba para mucho tiempo según como se desangraban y algunos con heridas que al parecer no eran tan graves. Y

allí quedaban aquellas familias sin poder ser socorridas por nadie en aquella locura del sálvese quien pueda y como pueda. Parecía que se trataba de dos familias que se habían unido para huir y la desgracia se cebó en ellos. Había una criatura muy pequeña entre ellos, sería de muy pocos meses, estaba liado en pañales y al parecer no estaba herido. Lloraba con desesperación. Allí estuvimos un rato contemplando aquel cuadro con desesperación y con impotencia. Las mujeres, que huían como los demás, acariciaban a aquella criatura, la tenían en brazos pero ¿qué podían hacer? ¿Qué habrá sido de aquel crío si llegó a sobrevivir?

Vi a un hombre que se veía enfermo, su aspecto no podía ocultar su malestar, caminaba solo, se habría extraviado de los suyos o cualquiera sabe su tragedia; nos rogaba que le paráramos un coche o un camión para que lo llevaran a Almería (porque coches y camiones pasaban, pero no querían subir a más de los que ya llevaban), decía que no quería que lo cogieran por nada del mundo, que los señoritos de su pueblo se la tenían sentenciada. Era un hombre de unos cuarenta años, lo recuerdo perfectamente, tenía bastante pelo blanco. A nosotros, con veinte años, nos parecía un hombre muy mayor. Hicimos bastantes intentos para detener algunos de los vehículos que pasaban, pero nadie quería parar, y nos daba mucho sentimiento de dejar a aquel hombre sin hacer lo posible por que se lo llevaran. Nos lo pedía con tanta angustia que no dejábamos de intentar parar a todos los que pasaban, sin éxito, hasta que dijimos:

—Nos ponemos en medio de la carretera cuatro o cinco con los fusiles echados a la cara y el primero que venga se para cuanto que vea que la cosa va en serio.

Y efectivamente, un turismo, que fue el primero que se presentó, pero su intención era seguir sin pensamientos de parar, aun cuando no podían correr demasiado debido a la cantidad de personas que marchaban por la carretera, cuando vio que corríamos los cerrojos paró de inmediato. El coche iba hasta los topes. El chofer decía que era imposible, que allí no podía entrar nadie mas, y efectivamente era la verdad. Pero aquel hombre rogaba y pordioseaba lo indecible, decía que lo dejara en el estribo agarrado a la puerta (los coches de la época tenían estribos); quería que lo dejara sobre el capó, verdaderamente no era posible. En esto que llega un camión y tuvo que parar porque con el coche, que lo teníamos parado en medio de la carretera, no podía pasar. Nos fuimos para el camión y le dijimos que se llevara a aquel hombre. El mismo problema, que no cabían más, que casi todas las personas que llevaba eran mujeres y chicos. Pero también llevaba tíos jóvenes que podían marchar a pie como nosotros; y que quisieran o no, lo metimos en el camión. Decía que no tenía gasolina para más de cuarenta o cincuenta kiló-

metros y que no le darían más combustible con aquella debacle. Hicimos lo que buenamente pudimos por aquel pobre que tan angustiado estaba.

Nosotros seguimos nuestro camino a pie. Ya habían pasado tres días desde que dejamos Malaga. Aquella noche llegamos a Almuñécar a las siete o las ocho, con un cansancio y un hambre que no podíamos con nuestra alma. En Almuñécar no había ni un alma. De los habitantes, todas las casas vacías y abandonadas. Entrábamos por todas partes a ver si encontrábamos algo de comer que era lo que nos interesaba. Desde que salimos de las proximidades de Ronda no comíamos más que lo que encontrábamos por los campos, que no era mucho. El pan no lo probábamos ya hacía siete u ocho días. En una de las casas que entramos era una tienda; había sido una tienda. Allí no quedaban más que las estanterías. Me fui por los rincones buscando la cocina a ver si se había olvidado algo de comer. Abría cajones y todo lo que encontraba cerrado. En un cajón encontré unos cuantos coscorriones de pan durísimos y con bastante mala vista. Le dije a mi compañero y amigo Márquez que teníamos para dar unos bocados y le enseñé el pan que había encontrado pero no quiso probarlo; decía que estaría pateado de las ratas. Yo le dije que si las ratas lo hubiesen encontrado no estaría allí el pan. Yo lo encontré en un cajón de una mesa que estaba cerrado. De todas maneras yo me lo comí con trabajo por lo duro que estaba pero me supo a poco. También encontramos rebuscando por todas partes un puñado de higos secos; aquello nos alivió el estómago, y dimos un suspiro de alivio, justo un pequeño alivio porque el hambre no nos la quitó del todo, pero pensamos que dormiríamos algo más tranquilos, con las tripas más sosegadas. No pudo ser. Nos dispusimos a buscar posada en una de las casas que más nos gustara para albergar a los restos de nuestra unidad que ya estaba dispersada, pero siempre caminábamos en grupo por si teníamos que hacer alguna resistencia. Encontramos un sitio donde había unas cuantas camas, todas desvalijadas de mantas pero algunas tenían colchones. Nos dispusimos a acostarnos, pero acordamos de dormir hasta por lo menos las cuatro de la madrugada.

No podíamos descuidarnos porque los italianos no dejaban de avanzar aun cuando habían mandado algunos batallones de los que estaban en la retaguardia para tratar de contenerlos o al menos retrasar en lo posible el avance; pero ellos disponían de muchas fuerzas y muchos blindados que corrían por los caminos dejando al personal detrás a merced de los falangistas que hacían de las suyas sin tener que dar cuentas a nadie. Nos tumbamos en las camas con el propósito de dormir como habíamos dicho hasta las cuatro. Yo me quité las botas que hacía que no me las quitaba siete u ocho días; es lo único que me quité, eran unas botas altas con cordones de abajo arriba, muy

entretenidas por cierto para ponérselas. Yo cuando me tiré a la cama me quedé como un muerto. Por los menos cinco o seis horas me las prometía dormir, dentro de una casa, que desde que salimos de las proximidades de Ronda no dormíamos al abrigo y estábamos en pleno invierno. Pero todo aquello de descansar unas cuantas horas fue puro espejismo. Yo dormía a mis anchas, pero sentía, a pesar del sueño un movimiento de nerviosismo dentro de la casa, que no se estaban quietos. Yo pensaba que debían acostarse y descansar. Yo en mi sueño me daba cuenta que no había pasado mucho tiempo desde que nos tumbamos, mi compañero y muy amigo Juan Jaén Márquez empezó a darme tirones y a moverme para que me levantara a toda prisa. Yo, dormido a medias, le decía:

—Pero, hombre, si dijimos que nos estaríamos aquí hasta las cuatro por lo menos.

—Pero, Vega, ¿no te das cuenta de que ya se han marchado todos los compañeros? Es que están ya los fascistas entrando en el pueblo. Llevo un rato tirando de ti para que despiertes. Todos se han marchado y las tanquetas ya han pasado del pueblo. Veremos cómo podemos salir de aquí, si no nos cogen.

A todo esto poniéndome las botas y reliándome los cordones de cualquier manera; ponernos las cartucheras, coger la manta que cada uno llevábamos. Los demás compañeros ya se habían ido, cuando yo desperté ya no estaban ninguno. Había un tiroteo en el pueblo y por todas partes de locura, pero sin saber para dónde ni a quién se disparaba. Cuando salimos de la casa tiramos dos bombas de mano y salimos a todo correr, atravesamos la carretera en dirección a las montañas, porque ya ellos estaban más adelante. Pero después de entrar en el pueblo no avanzaron mucho, tendrían orden de no seguir. Cuando nos dimos cuenta de que pararon nada más tomar el pueblo volvimos a la carretera y caminamos toda la noche. Por la mañana antes que fuera del todo de día llegamos a Motril. No habíamos adelantado mucho durante la noche, paramos algunas veces para descansar algo, estábamos agotados.

En Motril se ahogaron según nos dijeron al pasar el río muchas personas; los fascistas habían abierto unas compuertas de un pantano y se desbordó el río. El puente lo habían volado para detener el paso por la carretera de los fascistas. En la orilla del río había tal cantidad de mujeres y chicos con las madres y hombres mayores, algo increíble, sin decidirse a pasar, esperando que bajara la crecida para vadearlo. Nosotros nos fuimos un poco más para arriba buscando un sitio que nos pareciera más apropiado para pasar, y así lo pasamos, con las dificultades que tenía pasarlo con todo el equipo y con la cantidad de agua que corría y metidos más arriba de la cintura y en pleno

invierno. Los frentes después se quedaron estabilizados por aquel sector hasta el fin de la guerra.

Nosotros, el amigo Márquez y yo, continuamos juntos nuestro camino en dirección a Almería; aún nos faltaban más de cien kilómetros. Siempre con la aviación: de vez en cuando hacía su aparición en vuelo bajo; tanto dejaban caer bombas como ametrallaban a discreción. En una de aquellas incursiones no he podido olvidar, cuando los aviones se retiraron y nos levantamos de haber estado tirados por tierra entre las matas de monte, el cuadro tan espantoso que había alrededor de nosotros. Había tres o cuatro carabineros muertos y algunos heridos, pero lo que más me impresionó fueron dos muchachitas heridas en las piernas. Eran muy jóvenes, seguramente entre diecisiete o dieciocho años. Tenían el músculo de la pantorrilla colgando una de ellas; la otra también herida en las piernas sangraba a placer. Nosotros teníamos unas bolsitas que nos daban con vendas para poderse curar en caso de caer heridos. Vendarse nada más, no había otra cosa; algodón y gasa. Les pusimos las vendas pero nada más podíamos hacer. Pero lo más penoso era que no querían que las dejásemos, querían que parásemos un camión de los que pasaban y las hiciésemos montar, pero aquello era un problema sin solución. Los camiones que pasaban no había manera de hacerlos parar. Iban hasta en el techo gentes. El que había podido coger algún vehículo difícilmente estaba dispuesto a dejar el puesto para nadie. Nos decían las chicas que se habían perdido de sus padres la noche anterior en Almuñécar, pero que sabían que iban para Almería. ¿Qué suerte correrían aquellas dos pobres jovencitas?

Recuerdo que de los carabineros que quedaron muertos recogí un macuto que estaba por allí tirado. Yo llevaba una bolsa de costado que es más incómoda de llevar. Lo conservé bastante tiempo. Nos dio bastante servicio a mi amigo Márquez y a mí a lo largo del camino que nos faltaba por recorrer hasta Almería. Como el hambre no había manera de quitárnosla de encima, en todas las casas que encontrábamos a nuestro paso que estaban solas entrábamos por ver si encontrábamos algo de comer, y una de las tantas en que entramos tuvimos suerte; la casa estaba en la ladera de una montaña y estaba cerrada pero no fue difícil entrar; y con la suerte que encontramos un saco de higos y una tinaja con harina. Nos dimos un banquete de higos como para reventar, y el macuto que había cogido cuando el bombardeo que era bastante grande lo llenamos de higos a más no poder. Y harina cogimos también toda la que pudimos. Así que de entonces en adelante hasta llegar a Almería el hambre fue más soportable. Cuando nos apretaba encendíamos una vela y en una lata o en cualquier recipiente que encontrásemos hacíamos

gachas con la harina, solamente a base de agua y un granito de sal, y a comer gachas e higos. La administrábamos lo mejor posible para que nos durara el resto de camino que aún nos quedaba por recorrer hasta la llegada a Almería. Pero no nos salieron las cuentas. En un día y medio más o menos se nos terminó el suministro. Un puñado de higos a alguna criatura que estaba lacio de hambre, a los niños que se les veía sin poder tirar de hambre; total, que pronto se nos terminó el banquete. Los higos eran lo que más nos solucionaba; fue lo primero que se terminó. Era lo más fácil de dar y de comer. La harina sí nos duró más porque no es muy fácil meterse un puñado de harina en la boca y tragársela. Mientras tuvimos higos las gachas y los higos se tragaban relativamente bien, después la harina sola con agua y sal estaba bastante insípida, pero no había otra cosa.

Contar tantas cosas tan desagradables a todo lo largo de los doscientos y pico de kilómetros que separan Málaga de Almería, sería muy largo de contar tantos detalles y todos de tragedias sin cuento. Las personas que murieron a todo lo largo de aquel camino no es fácil saberlo, como las familias que se extraviaran para siempre sin volver a reunirse más, sin volver a saber qué fue de cada cual, y dónde terminaron sus días los que sobrevivieron, si hubo sobrevivientes. Había suicidios en más de una ocasión, y hasta quien mató a sus familiares y se suicidó; la desesperación no tenía límites. En uno de los bombardeos, de los muchos que hacían cada día, después de que se retiraron los aviones, nos pusimos en marcha mi amigo Márquez y yo, que como queda dicho no nos separamos desde que salimos de las proximidades de Ronda. Seguíamos la carretera. Cuando habíamos marchado no más de doscientos metros vimos que pasaba algo raro, aunque nada era raro dada la situación que se vivía momento a momento. Cuando nos acercamos a los reunidos se trataba de que a un miliciano le habían destrozado una pierna en el bombardeo y los compañeros no querían dejarlo tirado. Querían a toda costa parar un vehículo, cosa lógica, y que se lo llevaran para Adra o Almería o donde fuera para tratar de salvarlo. Pero como siempre los vehículos que pasaban, ya fueran turismos o camiones, decían, y era verdad, que no cabían más, que si no se apeaba alguien era imposible. Pero eso si paraban porque en principio no había forma de que pararan. Cuando lo hacían era porque se ponían por delante y encarándolos con los fusiles. Ante el miedo de que les dispararan, paraban algunos, porque también algunos no hacían ni caso. Pero aquí tenemos a un miliciano que desesperado dice:

—El primero que se acerque para, para o le tiro.

En esto que se aproxima un camión, se planta en el centro de la carretera, empieza a hacerle señas y parece que el camión no tenía intención de parar,

dispara al aire, y en ese momento el camión se detiene. Se apea uno del camión con una pistola del nueve largo en la mano, el muchacho se cree que le va a disparar y le arrea un tiro y lo mata. Cuando se dio cuenta de lo que había hecho salió corriendo y saltó una tapia de piedras y se parapetó detrás. Se dispararon unos cuantos tiros los del camión y el chico, y de momento asomó la cabeza por lo alto de la tapia y con una pistola que tenía ni corto ni perezoso se largó un disparo y así terminó la historia. Al chico le estaban diciendo mientras duró la discusión que al que había matado era un aviador al que le habían derribado el avión. No sé lo que tendría de verdad o no. Aquello ocurrió en un momento de desesperación y desconcierto de los que se sucedían con tanta frecuencia a lo largo de aquella desbandada, donde cada uno trataba de salir adelante como fuera, pero sin perder el sentido de la solidaridad en la mayoría de los casos. He tratado de detallar algunas cosas pero eso no refleja ni siquiera en su mínima parte la gran magnitud de aquella tragedia.

Cuando nos aproximamos a Almería ya había controles de guardias de asalto y milicianos para que no entráramos en la capital. Y además nos querían desarmar, querían quitarnos las armas que en muchas ocasiones eran armas cogidas al enemigo de una u otra forma, ya fuese en cuarteles o en campaña. Pero por ahí no estábamos dispuestos a dejarlas por las buenas. El gobernador de Almería, me parece que era un comunista que se llamaba Mantecón y naturalmente sus simpatías eran mínimas por el anarcosindicalismo y los anarquistas, y en Málaga y las provincias de Sevilla y Cádiz la mayoría de las milicias eran todas de la C.N.T., anarcosindicalistas. Así pues, que lo que hicimos fue agruparnos todos los que teníamos fusiles y no queríamos que nos lo quitaran. Ya nos lo habían advertido lo que nos esperaba cuando llegásemos, que tendríamos problemas, así que lo que hicimos fue agruparnos como si fuéramos compañías, en vez de marchar cada uno por su lado. Como éramos muchos fácilmente nos juntamos más de doscientos, cada uno con su armamento correspondiente. Cuando nos acercamos a los controles nos dijeron que si estábamos dispuestos a dejar las armas, dijimos que de ninguna manera, que nos dijeran dónde teníamos que dirigirnos para nuestra reorganización, y nos dirigieron para el campamento de Viator que está no recuerdo a cuántos kilómetros pasado Almería, seguramente doce o catorce kilómetros. No tuvimos muchos contratiempos respecto a la entrega de las armas, porque el día anterior quisieron desarmar a otra columna que la mandaban los hermanos Arcas. Estos hermanos Arcas eran tres, Juan, Julián, y Miguel, de Sevilla, militantes destacados del movimiento anarquista en Andalucía. Juan ya había muerto luchando en Cerro Muriano (Córdoba). Estos hermanos Arcas llegaron el día anterior a nosotros a Almería, y se dis-

pusieron a desarmarlos los guardias de asalto y los milicianos de retaguardia, pero aquí tienes a los dos hermanos que mandan emplazar un par de ametralladoras y les dicen al jefe del control que le diga al gobernador que de entregar armas, que lo piense bien, que no entregarán nada, que les diga a dónde tienen que dirigirse con las fuerzas y que no complique más las cosas. Así que los mandaron para Viator. Y debido a la situación del día anterior seguramente nos fue más fácil a nosotros pasar el control, pero desde luego sin entrar en la capital.

Esto sería por el veintitantos de febrero. Una vez en el campamento ya teníamos comida caliente y dormíamos al abrigo por lo que nos fue fácil ponernos en forma. Con veinte años las fuerzas se recuperan fácilmente. Estuvimos en el campamento Viator unos diez o doce días, el tiempo de reorganizarnos en batallones. Inmediatamente nos destinaron a Madrid. Pasamos más de dos días en el camino, quizás tres, porque el camino lo hicimos casi todo por la noche debido al peligro que corríamos de hacerlo de día por temor a los ataques de la aviación. Llegamos a Madrid de madrugada, y acampamos cerca de la estación de Atocha, pero en plena calle. Cuando los mandos tomaron contacto con el Estado Mayor fuimos a parar al cuartel de Granada. No se si aquello era un cuartel, o estaba habilitado para cuartel a consecuencia de la guerra y por estar en la calle Granada así se le llamaba. Pasamos en Madrid algunos días, cinco o seis, no más. Nos agregaron a la 77 Brigada Mixta que estaba en el frente del Jarama, cerca de Morata de Tajuña. Este pueblo estaba totalmente deshecho por los bombardeos. Nosotros, nuestro batallón dejamos el pueblo, que lo pasamos a pie porque ya estábamos cerca del frente. La 77 Brigada la mandaba José Savín, un militante anarquista de Carmona, de la provincia de Sevilla. De momento nos dicen que acampásemos en unas vaguadas hasta que nos dijeran las trincheras que tendríamos que ocupar. Esto sería sobre el catorce o quince de marzo de 1937. Las pasábamos canutas, no teníamos chabolas donde guarnecernos; en marzo hace bastante frío por toda esa zona, y lo peor era que llovía. Aquel terreno era como arcilloso y como era por unos cerros, terrenos muy desiguales para tenerse de pie y marchar, costaba trabajo. Estuvimos tres o cuatro días en el campamento que nos proporcionamos entre las matas, para no hacernos muy visibles por temor a que nos localizaran y nos machacaran con la artillería.

Hasta que una tarde, esto fue el dieciocho de marzo de 1937, nos dicen:

—Prepararse que vamos a asaltar unas trincheras que las tienen un poco más avanzadas y se las vamos quitar esta tarde. No cojáis ni mantas ni nada; todo dejarlo cada uno en el sitio donde está con su equipo para de seguida que ter-

minemos el asalto, las fuerzas que están en línea serán las que ocupen el frente. Nosotros volveremos una vez terminada la operación hasta nueva orden.

Nosotros teníamos que marchar paralelo a la línea de trincheras donde teníamos que entrar en combate un par de kilómetros más o menos. Nos deslizábamos por lo más bajo posible y dando rodeos con el fin de que no nos vieran y así nos aproximamos al sitio que estaba dispuesto para cogerlos por sorpresa. Pero la sorpresa fue para nosotros. A medida que nos aproximábamos todos al sitio donde nos dijeron, cada vez más personal junto. Era un olivar, tratábamos de ocultarnos entre los olivos, pero éramos muchos; las compañías tenían más personal del normal. Todos éramos andaluces y conocidos, y nadie quería irse a unidades que no conocían. El batallón seguramente se compondría de más de setecientos individuos.

Cuando nos disponíamos a ponernos en marcha para el asalto aquello fue como una tormenta ininterrumpida. Antes de desplegarlos empezó la artillería a disparar y caían los proyectiles por todas partes en medio de todas las fuerzas que no habíamos iniciado el ataque. Las baterías parecían ametralladoras, la masacre fue de espanto, la cantidad de muertos y heridos en no más de una veintena de minutos fue espantosa. Todos reunidos en tan poco espacio y con los proyectiles explotando en medio de aquella masa de personal, fue una verdadera locura. Locura fue también el reunirnos tan próximos a las trincheras enemigas para un ataque por sorpresa y sin más armamento que armas ligeras, fusiles de la época, y muy pocas ametralladoras. La artillería, por supuesto, no respondió. Por nuestra parte tampoco podíamos responder, con nuestro armamento. Al enemigo no podíamos verlo desde el sitio en el que estábamos situados. Quien debió hacerlo fue la artillería.

Total, episodios de todas las guerras, y en la nuestra, sin profesionales en tácticas militares, todo se justifica. Pero las escenas que vivimos en aquella tarde del dieciocho de marzo de 1937 fueron más dramáticas que lo normal. Las razones son de por sí comprensibles. Como queda dicho anteriormente, todos los que componíamos aquel batallón (se llamaba batallón Ascaso, nombre de un militante anarquista muerto en Barcelona en el asalto al cuartel de Atarazanas) éramos Andaluces, muchos del mismo pueblo, conocidos desde siempre, amigos desde niños, y en muchísimos casos hermanos, padres e hijos. El drama era cuando un hermano veía a su hermano herido, en ese momento trataba de socorrer al hermano, el padre al hijo y a la inversa. El amigo no quería dejar abandonado a su amigo de siempre en medio de aquel infierno, y como nos habían localizado con tal precisión la lluvia de

metralla caía sin cesar. Los unos por ayudar a los otros morían juntos. Los peores momentos fueron cuando empezaron a disparar; todos agrupados, hasta que empezamos a desperdigarnos. El cañoneo no cesó hasta muy entrada la noche. Los camilleros no paraban de retirar heridos. Y la lluvia no cesaba en toda la noche, lluvia fina y pertinaz. Yo estaba en esa época en transmisiones. Con el cañoneo los hilos telefónicos que van por tierra estaban cortados por muchos sitios debido a los proyectiles. Para comunicarse con las trincheras había que hacerlo por enlaces y teníamos que hacerlo los de transmisiones. Me dijo el comandante del batallón, a mi amigo Márquez y a mí, que nos acercáramos a la primera línea a llevarle una orden a un jefe que a su vez él había recibido del estado mayor. Nosotros no conocíamos aquel frente de nada, acabábamos de llegar. Como pudimos llegamos adonde teníamos que ir y entregamos aquel papel. Nos dijeron, una vez cumplido nuestro cometido, que para salir que siguiéramos un poco más adelante por la trinchera y a unos cien metros más o menos más adelante había una trinchera de evacuación en la que había menos peligro que salir por donde habíamos llegado. Así lo hicimos.

Cuando llegamos a dicha trinchera de evacuación emprendimos el regreso al estado mayor de nuestro batallón. La trinchera era bastante larga y profunda, le cubría a uno casi por todas partes; a veces había que agacharse para protegerse. Cuando habíamos marchado un poco por dentro de la trinchera empezamos a ver algunos muertos, eran de nuestro batallón. Los saltábamos para no pisarlos, pero a medida que nos acercábamos más a la salida, cada vez más muertos amontonados. Ya era imposible no pisarlos. Aquel sitio lo batían las ametralladoras. La trinchera de evacuación llegaba muy cerca de donde estaba el batallón concentrado antes de empezar el cañoneo; se conoce que muchos compañeros quisieron refugiarse allí, y aquello era de espanto. Había sitios que estaban casi hasta el borde, amontonados en un amasijo de criaturas destrozadas. Cada vez que pisaba parece como si me se subiera el estomago a la garganta.

Me salí de la trinchera hasta que pasé aquel pedazo que estaba tan lleno de compañeros. Volví a entrar otra vez para protegerme de los disparos. Cuando entré de nuevo los muertos eran menos, podía sortearlos sin pisarlos, pero de vez en cuando era imposible, y pisar yo una mínima parte de aquellos compañeros para mí era algo tan terrible, una angustia que difícilmente la puedo describir. Y ya han pasado muchos años, pero hay cosas que el tiempo no las deshace, y ahí quedan en nuestro ordenador para mientras nos funcione. Al final de aquella trinchera uno de aquellos cuerpos destrozados se había arrastrado con los intestinos fuera de su vientre y a todo lo largo de la trinchera

estaban estirados y el cuerpo al final. Con qué angustia pasaría sus últimos momentos. Cascos con la mitad de la cabeza dentro... Fue para mí la tarde que menos he podido olvidar de la guerra.

Pero cuando ya estábamos fuera de aquel mal momento, cuando llegamos al puesto de mando del batallón nos encontramos al capitán de estado mayor, compañero desde los primeros días del movimiento y conocido de antes, me dice:

—Niño, ¿tú sabes dónde está el puesto de mando del batallón que ocupaba las trincheras de primera línea?

Le dijimos que de allí veníamos; le dijimos por dónde tenía que ir para encontrarlo. (Este compañero se llamaba Miguel Fernández Piñero, de Carmona, provincia de Sevilla.) Me dice:

—¿Por qué no me acompañas?

—Bueno, coge esa trinchera—, le dije.

—¿Y tú por dónde?

—Yo por lo alto

—No que te van a dar.

Le dije que ya me metería más adelante, que en la trinchera había muchos muertos y no podía pasar otra vez por encima. Había por todas partes debajo de los olivos compañeros muertos. Cuando regresamos de donde fuimos ya oscurecía, y al pasar cerca de uno que tenía el pie cortado al ras de la bota, sujeto solamente en el nervio de detrás nos paramos por ver quién era; creíamos que estaba muerto, pero aún vivía. Nos dijo:

—Compañeros no dejarme que estoy herido solamente en el pie.

No sabía ni en las condiciones que tenía el pie. Lo cogimos entre los dos y lo llevamos al puesto de socorro; lo pusimos de pie y nos echo un brazo a cada uno por encima del hombro y así lo bajamos, pero con el pie completamente colgando.

Me fui con el compañero Fernández para la comandancia, y estaban ordenando las documentaciones de los muertos para darlos de baja y en su día, si ganábamos la guerra, dar cuenta a familiares o lo que procediera. Había cartas de familias, fotografías, de hijos pequeños, de novias, de esposas, de madres, lo normal. Y un hecho que me impresionó fue encontrar en la documentación de un chico de Olvera, no recuerdo su nombre, le decían Chanete, cantaba de maravilla, y no tenía fotos de sus hijos; tenía dos pequeños, un chico y una chica; y había encontrado en cualquier parte y se conoce que le recordarían a sus chicos y allí los guardaba en su cartera, recortada la foto; era de color rosa. Como aquello no tenía ya ningún valor para nadie cogí la

postal recortada como estaba y me la guardé, y aún la tengo en una cartera que compré en Madrid por entonces y aún no sé cómo todavía está guardada, muy deteriorada por cierto, como todo lo que envejece.

Posiblemente sus hijos, si aún viven, no sabrán qué fue de su padre, ni dónde murió, ni cómo. Murió de un casco de metralla el buen Chañete con sus romerías loreñas que las cantaba de maravilla. Así fue nuestro bautizo de fuego en los frentes del Jarama, un desastre. Quedamos diezmados, nuestro batallón. Nueva reorganización, sobre plaza, y algunos días después reemplazamos a otro batallón para darle descanso en el mismo sector, frente a un pequeño cerro o cota como dicen en guerra. Le llamaban el Pingarrón, y entre nuestras trincheras y las de los otros, los muertos se pudrían sin poderlos retirar. El insignificante cerrito aquel pasaba de unas manos a otras hasta que el frente se estabilizó, pero mientras tanto, cada vez que pasaba de unas manos a otras, allí quedaban un montón deshaciéndose, con el agua, con el sol, y el viento. Cuando el aire venía de cara para nuestras trincheras el olor era insoportable.

La guerra, para saber cómo es, si no se vive no se sabe. En la pequeña pantalla o en la grande nos las describen con toda su crudeza, pero qué distinto es verlo todo sentado cómodamente rodeado de nuestros familiares y hacer comentarios y maldecir a los responsables. ¡Ay! pero qué diferencia tan enorme vivirlo momento a momento, ver muertos, muchos en cada batalla, no es lo mismo que digan una cifra. Cuando nos dicen “Cada año muere en el tercer mundo tantos millones de seres de hambre.” Pero, la verdad, se ponen los números, se lee el montante y diremos “¡Qué atrocidad!” Pero nunca el que no lo vive día a día podrá comprender la magnitud de los hechos. Y en las guerras es lo mismo, por mucho que nos la imaginemos con toda su crueldad.

A pesar del tiempo transcurrido desde aquel dieciocho de marzo de 1937, el compañero y amigo Miguel Fernández (Portillo, como es más conocido entre todos) lo hemos comentado muchas veces. No se nos olvidó nunca aquella trinchera de evacuación, que sirvió de lecho de muerte a tantos compañeros. Con Portillo, que desde el principio de la guerra y casi hasta el final prácticamente siempre hemos estado cerca, después por causas distintas él pasó a Francia al caer Cataluña y yo quedé atrapado en Madrid. Al yo llegar a Francia en 1959 nos reencontramos nuevamente y nuestra amistad ha durado hasta su muerte en febrero de 1994, el día 28, en Grenoble.

Siguiendo por donde dejé la narración anterior, en el Jarama estuvimos unos cuatro meses más o menos. Nos reemplazaron y fuimos a parar a la provin-

cia de Toledo. El batallón Ascaso sirvió de base para formar una nueva brigada, la 149. Estando en un pueblo de dicha provincia donde se formaba parte de la brigada, Villasequilla se llamaba ese pueblo, allí tuve un accidente. Me dice el jefe de la brigada que coja un coche del parque para ir a Aranjuez a recoger unas cajas de munición para unos fusiles, me parece que eran checos.

Cogí el coche y nos pusimos en marcha. Venía con nosotros un teniente y otro más. Cuando salimos en dirección para Aranjuez me dice el teniente:

—Déjame el coche.

—Eso ni que lo pienses— le dije—, tú sabes de sobra que lo tenemos prohibido y si pasa cualquier percance a quien le cae el paquete es a mí—, y no se lo di.

Pero llegamos a Aranjuez, recogimos las cajas de munición y nos fuimos a un bar y nos bebimos un par de botellas o más de champán. Nos pusimos un poco alegres, comimos en un restaurante y nos pusimos en marcha para Villasequilla. Y al teniente no se le quitaba la idea de que le dejara el coche unos cuantos kilómetros. Como habíamos pasado unas horas un poco alegres y de chusmeteo le dije:

—Te lo dejo un rato, pero cuando salgamos de las curvas, que esté la carretera mejor—. Así lo hice.

Cuando se puso en marcha en principio todo parecía que no habría problemas. Pero sin saber por qué en una carretera que estaba recta, de buenas a primeras empieza a dar bandazos de un lado a otro y con el pie puesto en el acelerador y golpes de volante de banda a banda, hasta que se salió de la carretera, y el coche dando tumbos y con las cajas de munición cayéndonos por encima y dándonos testarazos por todas partes. Cuando paró intentamos salir, el coche estaba cerrado pero la capota se rompió; era de los coches de la época, que muchos tenían la capota de una lona especial. Los otros estaban algo heridos pero no grave ninguno. Y yo pensé que no tenía nada, una simple herida en la cabeza, un arañazo algo profundo, no más. A todo esto estábamos saliéndonos del coche, los otros salieron antes. Yo, cuando salgo de la chatarra, intento ponerme de pie porque nada me dolía en principio; me agarro a la parte alta de los hierros del coche pero apenas me suelto me caigo para un lado; lo intento nuevamente y lo mismo, imposible tenerme de pie; y ya empezaba a dolerme por la cintura en la parte de atrás. Yo pensé que tendría la espina dorsal tocada; no podía dar un paso. Si no me tenía de pie menos podría andar. Los otros sacaron los asientos del coche, los pusieron en el suelo y me tendieron, y otro coche que pasó, un coche militar se entien-

de, los recogió y se marcharon para Villasequilla a dar cuenta y para que mandaran una ambulancia para recogerme. Ya empezaba a ser tarde y no venía la ambulancia. Yo temía que se echara la noche encima y no llegasen para recogerme, porque fascistas por todas partes los había y no estaba tranquilo. Yo me quedé con el fusil al lado y además tenía una pistola, pero yo de la cintura para abajo no existía. Ya el sol empezaba a caer y en esto que pasa un camión militar y para al ver el coche tumbado y las cajas de munición por el suelo. Me preguntan, y les digo lo que había pasado y cómo me encontraba, que esperaba que llegara una ambulancia que vendría a recogerme. Me dicen que no me dejaban, que si encontraban la ambulancia por el camino me pasarían, pero que desde luego no me quedaba allí. Cogieron los asientos y me metieron en la parte de atrás del camión. Me dolía un disparate con el traqueteo del camión, y encontramos la ambulancia en mitad del camino; me trasbordaron y en la camilla me encontraba mejor, más cómodo, y más soportables las molestias. En Villasequilla me meten en el hospital de campaña que había en el pueblo. Aquello estaba cerca del frente; yo estaba muy intranquilo allí. Temía que pudiesen dar un avance los fascistas y me cogieran si no les daba tiempo a evacuarnos. La comida me la llevaban de la cocina del cuartel. Fue cosa del jefe de la brigada que fue a verme y me dijo que si quería que me la mandaba. Me la llevaba un chico de Carmona, Enrique González Fuentes, muy amigos que éramos por cierto, y que lo pasábamos muy bien cuando estábamos en retaguardia, dicho sea de paso.

A este amigo le dije que no estaba tranquilo tan cerca del frente, y yo que de andar ni un paso, y temía si atacaban por allí. Me dijo que según había escuchado nos trasladarían a todos pronto, porque quitaban el hospital de allí. Y efectivamente así fue. En los días que estuve allí, en aquel hospital lo único que me hicieron fue cuando llegué, curarme un poco la herida que tenía superficial y lavarme la sangre que tenía reseca, es todo.

Unos tres días después de estar allí intenté ir al W.C., porque orinar lo hacía en un orinal que me dieron. Cuando me puse en el suelo para intentar como podía, agarrándome a las camas y apoyándome en la pared, no pudo ser, el dolor me hizo desmayar y caí al suelo. Me recogieron del suelo y me echaron en la cama los compañeros que estaban en la sala, yo no me di cuenta de nada. Cuando volví en sí me contaron como había pasado. ¡Qué hospitales! y ¡qué médicos! Fascistas, no todos, pero muchos sí. Nos trasladaron a Aranjuez, yo pensaba que en Aranjuez sería mejor, una equivocación más grande aún. Como no me habían hecho ninguna exploración ni nada parecido, yo les decía donde me dolía pero seguramente creerían que a mí no me dolía y que trataba de engañarlos para no ir al frente; nada más estúpido y

más canallesco. A nuestra brigada la habían relevado ya de aquel frente de Toledo y estaba también en Aranjuez descansando unos quince días. Los días que estuve en el hospital de Aranjuez, tres o cuatro no más, me dieron con una pomada donde yo le decía que me dolía. De buenas a primera me dice el médico, el muy hijo de puta:

—Tú ya estás bien.

Le dije que yo no podía andar:

—Yo no puedo bajar las escaleras.

Estaba en un piso alto, y me dice:

—Ya te bajarán los enfermeros.

Yo verdaderamente no tenía ganas de estar en el hospital. Pero la verdad era que yo no podía dar un paso, y como dijo aquel hijo de puta fascista, me cogieron dos enfermeros, que por cierto me dijeron que por qué me dejaba que me dieran el alta. Yo les dije que prefería estar en el cuartel mejor que en el hospital, que el médico del batallón se ocuparía de mí y el practicante. Me bajaron y me sentaron en un escalón de la puerta de entrada del hospital. A pesar de todo me encontraba más seguro en la calle. Siempre temía que me fueran a coger en el hospital. Cuando quedé allí sentado, me dije “Algún conocido pasara y mandare razón para que vengan a buscarme del cuartel.” Cuando pensaba en esto pasa por allí Manuel Macías, excelente persona donde los haya. Este compañero era de los Molaes, pueblecito próximo a Utrera. Macías era comandante de uno de los batallones de la 149 Brigada que estaba recién formada. Cuando me vio me dice:

—¿Qué haces ahí, Vega?

Le conté el asunto y me dijo:

—Ahora mismo mando un coche para que venga a buscarte.

Así lo hizo. Me llevaron al cuartel y se ocupó de que me prepararan una cama en condiciones. Me prepararon comida en la cocina, y allí se estuvo Macías mucho tiempo conmigo, hablando de las cosas que estaban pasando en los hospitales y que difícilmente tenían arreglo. Me dijo:

—Yo se lo voy a decir a Mora.

Mora era el jefe de la brigada, yo lo conocía de sobra, y siempre se portó conmigo bastante bien, pero esto no quiere decir que fuera persona correcta, ni mucho menos; dejémoslo. Al día siguiente vino el médico. Me reconoció tocándome por la cintura y demás. Total nada de particular, pero el caso es que yo no me podía valer. Me daban con pomada por todo lo que dolía, y allí tirado en la cama. Cuando pasaron unos días me dijeron que si yo quería que me podían buscar una casa particular y estaría mejor, que me mandarían mi

ración en frío para que me guisaran la comida y el practicante iría todos los días a darme friegas con la pomada. Me pareció bien la idea. El practicante empezó a ir cada día, lo acompañaba un paisano mío y amigo además, se llamaba Juan Pedro González. A los tres o cuatro días le dice mi paisano al practicante:

—Si quieres yo me encargo de darle las friegas, de todas formas yo me vengo todas las tardes a quedarme con él.

Era verdad, pasábamos las tardes juntos en aquella casa, hablábamos mucho de los compañeros que sabíamos que los habían fusilado y de la represión que estaban llevando a cabo en Jerez. Y así lo hicimos por acuerdo mutuo. Algunas veces se acercaba el practicante pero más por amistad. Yo me movía agarrándome a las sillas, suelto no podía. Cuando lo intentaba, al quedarme apoyado en un pie al tratar de avanzar el otro, si no me apoyaba en algo me caería. Un día le dije a Juan Pedro:

—Búscame dos palos que me sirvan de bastón para yo intentar andar de alguna manera.

Me trajo dos listones. Los corté a mi medida y así empecé a dar pasos, con mucho dolor, por la casa. A los pocos días me dice Juan Pedro:

—Esta tarde vamos a salir a dar un paseo.

Yo no confiaba en poder ir muy lejos, pero había que intentar. Así lo hicimos, y cada tarde salíamos un poco. Ya la brigada se tenía que ir para el frente, cerca de Aranjuez, en una posición que le decían la cuesta de la Reina. A mí me seguían mandando el rancho en frío, pero yo comía con aquella familia desde el primer día. En Aranjuez se quedó el estado mayor de la brigada. Un día no llegó a tiempo Juan Pedro. Yo le dije a la patrona:

—Me parece que se tarda mi compañero, me voy a quedar sin el masaje de hoy.

Me dijo que si yo quería ella lo daba. Me pareció estupenda la idea. Desde aquel día en adelante fue ella la que se encargaba de esa faena. Me hacía dos curas por día. Tenía dos niños pequeños y apenas los niños los mandaba para el colegio, primera cura. Cosas de las guerras. Pero fue cosa de ella. La iniciativa partió de ella.

Así continuamos todo el tiempo que estuvimos en Aranjuez, unos tres meses. Después fuimos a parar a Madrid, a la carretera de Extremadura. Este frente estaba prácticamente en Madrid. Yo ya me encontraba bastante mejor pero seguía con bastantes molestias. Una vez, mucho después de haber terminado

la guerra, me vio un médico por rayos y me dijo que se veía como de haber tenido una fisura en la parte alta de la cadera. A partir de aquel accidente me he resentido muchas veces de la cintura.

Una vez que la brigada tomo posición en el frente de la carretera de Extremadura, la representación de la brigada estaba en Madrid, la habilitación de la brigada y de la dieciséis División, que era a la que nosotros pertenecíamos, estaba en la calle Padilla nº 38 en el barrio de Salamanca. Como yo no estaba del todo bien me destinaron a mí y a otro amigo y buen compañero de Olvera, Francisco Moreno Partida, para pagar a todos los heridos y enfermos de la dieciséis División. Pasamos unos meses sin estar en las trincheras. De vez en cuando teníamos que ir para rendir cuentas en el estado mayor, algo rutinario. Nos pasamos unos cuatro meses bien relativamente; sí es verdad que los bombardeos eran muy frecuentes durante las noches, tanto la aviación como la artillería, pero aparte de esos sobresaltos se estaba al cien por cien mejor que en primera línea. Pero eso no iba a durar el resto de la guerra. Tres o cuatro meses, eso fue todo. En los primeros meses de 1938, los preparativos y para Cataluña, al frente de Aragón cuando empezaba la ofensiva fascista. Nos hicieron recular hasta Lérida. Una vez que tomaron Lérida se pararon.

Nosotros nos quedamos a la otra orilla del río. Por allí estuvimos una vez que el frente se estabilizó, hasta que nos reemplazó otra fuerza. No recuerdo el tiempo que estuvimos en aquel frente, unos tres meses más o menos. Cuando nos reemplazaron nos preparamos con un poco de descanso, no mucho tiempo. Una tarde, al oscurecer, se presentan una caravana de camiones y en marcha, con las luces apagadas, apilados en los camiones. Casi toda la noche de pie dando bandazos y cogiendo baches y curvas. Aquellos camiones no tenían asientos, eran camiones de los de la época para cargas de mercancías. Antes de que fuera de día para la caravana, nos apeamos donde tendrían previsto de antemano. Era en pleno monte y con mucha arboleda. Todavía era noche cerrada aún. Advierten con toda severidad que nos camuflásemos y que no hiciésemos movimiento ninguno durante el día, las ordenes eran severísimas. Antes de montar en los camiones ya nos habían dado rancho en frío, o sea, conservas largamente y pan. Así pasamos aquel día. Al oscurecer del día siguiente en marcha. Los camiones que se presentan, y arriba; tres o cuatro horas subidos. Nos apeamos cuando pararon, y a pie. Los camiones se marcharon y nosotros seguimos carretera adelante a paso ligero como nos lo ordenaban. Antes que fuera de día ya estábamos cerca del río Ebro. Seguimos la orilla del río hasta encontrar las pasarelas que habían preparado con barcazas y fardos de corcho amarrados en cada orilla del río. Había varias pasarelas bien distantes unas de otras. Cuando nosotros llegamos ya

habían pasado las primeras fuerzas. Los cogieron por sorpresa y no hicieron resistencia. Cogieron un montón de prisioneros. Nosotros, la compañía a la que yo pertenecía en ese momento, pasábamos por la pasarela de fardos de corcho. A los prisioneros que habían cogido los hacen pasar por la misma pasarela por la que pasábamos nosotros pero en sentido contrario. Cuando las dos filas empiezan a cruzarse, los corchos que empiezan a hundirse y el agua a subírnos para arriba.

Ya nos llegaba a más de la mitad de los muslos. No comprendo cómo de inmediato empezaron a recular los prisioneros y esperar en la orilla hasta que nosotros pasamos. Fue un momento difícil, con todo el equipo auestas, cartucheras, fusil, macuto y una manta; imposible defenderse, y el río por allí corre con fuerzas. Salimos de aquel trance mal que bien. No había resistencia aquel día prácticamente y llegamos a un pueblo que se llama Corbera sin apenas resistencia. ¡Lástima!, de haber tenido fuerzas motorizadas bastantes pudiera haber cambiado quizás el curso de la contienda.

Al aproximarnos a otro pueblo la resistencia fue cada vez mayor. En Gandesa, no fue posible tomarlo. La aviación empezó a hacer su aparición; cada vez mayor número de aviones. Aquello se convirtió en un infierno; la artillería y la aviación machacaban sin cesar todo el frente. Nuestros aparatos los vimos los primeros días, después cada vez menos y en muy escaso número; no podían enfrentarse a los otros que siempre nos superaban de uno a tres, y a medida que el tiempo pasaba menos cada vez, y la artillería en la misma proporción. Y así aquello duró tres meses, muriendo cantidades insospechadas de hombres, por ambas partes desde luego, aun cuando la peor parte la llevábamos nosotros. Como los combates eran tan intensos y continuos el rancho llegaba cuando podía, algunas veces no llegaba. Esto ocurría en los meses de agosto a septiembre. La sed nos abrasaba algunos días la garganta.

Yo estaba en una sección de transmisiones agregada a un batallón de nuestra brigada, siempre instalando líneas de teléfonos para los puestos de mando, pero que siempre había que estar buscando averías porque constantemente estaban los cables partidos de la metralla, corriendo siempre de un lado a otro, ya fuese de día o por la noche. Allí no había tregua. Muchas veces los partes teníamos que llevarlos en mano. Cuando era por la noche que teníamos que llevar alguna orden casi siempre íbamos dos. En el día uno solo era bastante. Un día que iba yo en una de esas misiones, con una sed loca, pasaba próximo a una caseta de esas que los campesinos tienen en los campos para cuando van a trabajar guarecerse. Vi que tenía unos canalones de zinc y

un bajante. Me acerqué porque de inmediato pensé que tendría un aljibe. Aquellos canalones me hicieron pensar, y efectivamente, cuando llegué vi por el suelo otra canalización que se alejaba de la caseta siguiendo la pendiente del terreno. Una canalización muy rudimentaria pero que cuando llovía era suficiente para llevar el agua de las canales al depósito.

Efectivamente pronto lo encontré, aun cuando estaba tapado la conducción me indicó. Lo destapé y allí había una cuerda con un recipiente a propósito para extraer el agua; me di un hartón y llené dos cantimploras que llevaba. Se lo dije a los que vi por allí cerca y en poco tiempo se agotó. Cuando pasé de vuelta aquello era ya un cenagal. Yo seguí mi camino a cumplir mi cometido, no perdí más que el tiempo necesario para coger el agua. Cuando regresaba a mi puesto me encontré a Mora que en compañía de Portillo caminaban por allí, se pararon conmigo un poco, hablamos un momento, y me dice Mora: —¿Dónde estás tú ahora?

Se lo dije, a la unidad que yo pertenecía. Mora mandaba ya la 16 División, y Portillo era capitán de estado mayor. Portillo es Miguel Fernández Pinero, que nos conocíamos desde antes de la guerra, y que nuestra amistad la conservamos hasta su muerte, creo que ya lo dije anteriormente. A Mora desde el principio de la contienda. Nos despedimos sin más conversación. Al día siguiente llega un oficio del estado mayor de la división para que con todas mis cosas me incorpore a prestar servicio en la plana mayor de la división. Yo me encontraba bien donde estaba y hubiese preferido seguir en mi modesto puesto, pero las ordenes no se pueden discutir, además, comprendía que lo hacía con la mejor intención.

Y allí que fui a parar. Los combates seguían con gran intensidad, la resistencia era tan feroz como los ataques y contraataques, las bajas en nuestras filas, muchas, los bombardeos no cesaban día y noche, cuando no era la aviación era la artillería, y así por lo menos dos meses, hasta que empezaron a ceder las líneas. Ellos siempre con su superioridad en material en todos los órdenes. Los tanques se plantaban y vomitaban fuego. Apenas si en nuestras filas había material adecuado para hacerles frente adecuadamente a aquellos monstruos de acero tan imponentes y que sembraban la muerte y el terror a placer.

Cuando los frentes empezaron a ceder, las culpas, que no eran de nadie en particular pero que alguien tendría que cargar con ellas. Los jefes de cuerpos de ejército empiezan a pedir responsabilidades y a destituir jefes, tanto de brigadas como de división. Me parece que el jefe de aquel cuerpo de ejército era un tal Modesto, del puerto de Santa María (Cádiz), aun cuando su nombre auténtico no era ese. Y entre los jefes de división que destituyen se

encuentra Mora. Ni que decir tiene que todos los grandes jefes tenían el carnet del partido comunista, los que no lo tenían estaban en su punto de mira. Ellos lo copaban todo, siempre fueron unos listillos oportunistas, y con todo descaro proponían que se apuntaran al partido y le ofrecían de inmediato hacerlo clase. Los que picaban subían de inmediato. Una vez destituido Mora lo reemplaza un jefe comunista de división, y con él casi todo el estado mayor. Se rodea de un equipo del partido. Los que quedamos allí que no éramos del partido teníamos los días contados para regresar a nuestras unidades de procedencia. Un buen día se pasan de uno de aquellos pueblos tres o cuatro paisanos; empiezan a interrogarlos, y entre las preguntas le dice un capitán a uno de aquellos que si con los de la C.N.T. se metían los falanges. Yo que siempre fui de la C.N.T. no me callé y le dije a aquel tipo que por quién tomaba a los de la C.N.T. Nos enredamos en discusión y le dije todo lo que yo creía que debía decirle, que los de la C.N.T. estaban muriendo por las libertades de todos más que los que más, porque éramos más que todas las organizaciones juntas. Yo tenía ganas de irme a la brigada de donde procedía, y ya estaban mandándolos a todos a las respectivas unidades de procedencia. Al día siguiente de aquella reyerta le da a un mecanógrafo la orden de que me hiciera un oficio para que me presentara en la 24 Brigada. El mecanógrafo me dice:

—Vega, éste me parece que se ha equivocado, tú procedes de la 149 Brigada.

Aquel chico era catalán y también de la C.N.T. Me da aquel oficio, cojo mis cosas y me marcho para la 149. Y al batallón al que yo pertenecía, que lo mandaba Manuel Macías. Me preguntó a qué compañía quería irme, le dije que si podía ser a la compañía de ametralladoras. Me dijo:

—¿Por qué no te quedas aquí en la plana mayor del batallón?

—Como tú quieras—, le dije.

—¿Tú te das cuenta cómo están las cosas?—, me dijo.

—Naturalmente que me doy. Ya tenemos pocos milagros que esperar.

—Te quedas aquí.

Pero a todo esto del estado mayor de la división adonde yo tenía que incorporarme a la 149 Brigada había una distancia de al menos siete u ocho kilómetros. Yo los hice en un camión que pasaba cerca del sector donde estaba la brigada. Cuando me apeé del camión seguí el camino a pie, y por qué coincidencia me tropecé con el capitán con el que habíamos discutido. Me paro y me dice:

—¿Dónde vas por aquí?

—A la 149, a la brigada a la que yo pertenezco—, le dije.

—Enséñame el oficio—, me dice.

Se lo di, lo estuvo leyendo y me lo devolvió; yo no le di importancia, pero habrían pasado unos tres o cuatro días, llega un oficio del estado mayor para que me presente a la 24 Brigada y a tal compañía. El oficio llegó a la 149 y de allí pasó al batallón. Cuando Macías cogió el oficio me dijo:

—¿No te parece raro esto?

Yo le dije lo que había tenido con aquel tipo. Me dijo que tuviese cuidado que aquello tenía mala sombra, que no me fiara. La 24 Brigada era una brigada del partido comunista y naturalmente los mandos eran incondicionales del partido. Si le daban órdenes de liquidar a un individuo ni se lo piensan, eran órdenes del partido y las cumplía al pie de la letra. Mataban a quien se le ponía por delante sin más. Unos cuantos meses antes del paso del Ebro fueron a las colectividades de Aragón, Líster mandaba aquellas fuerzas, hicieron una salvajada, liquidaron las colectividades, mataron a los que se opusieron, de la U.G.T. y de la C.N.T. Se adueñaron de todo, campeaban a su gusto, lo controlaban todo.

A todo esto yo empecé a plantearme el asunto; cada vez tenía más claro que no debía ir a la 24 Brigada. En el oficio que mandaron y que me entregaron a mí decía a la compañía que tenía que presentarme concretamente, yo le dije a Macías que estaba decidido a no ir a la 24. Me dijo:

—Yo en tu lugar no iría, pero el problema es que aquí es imposible que te quedes en la plana mayor del batallón, porque van a venir por ti, saben que estás aquí y te conocen. Sería fácil ponerte otro nombre pero el asunto es que te conocen personalmente.

Y cuando hablábamos pensando qué sería lo más conveniente hacer para salvar la situación de momento, llega el capitán pagador, otro gran compañero de Utrera. Le contamos lo que teníamos entre manos, el nombre de este excelente compañero era Cristóbal Torres Gil. Me dijo:

—Espérate aquí mismo, de presentarte en la 24 ni lo pienses, yo dentro de una hora lo más tardar estoy terminado de pagar lo que me queda, y te vienes conmigo para la representación de la brigada, allí no te van a ir a buscar, después ya veremos como se resuelve este asunto.

Me fui y pasé unos cuantos días allí, pero yo no quería estar así mucho tiempo. No recuerdo si en lo que he escrito en estas cartillas ya he referido que como yo estaba en el estado mayor de la 16 División pues andaba con toda facilidad por todas las oficinas, ya que mi misión de enlace en la sección de transmisiones me permitía entrar y salir con toda libertad.

Así que cuando relevaron a Mora, que fue el que me hizo llegar al estado mayor de la división, y vi cómo se ponían las cosas para los que quedamos de momento allí, que todos éramos del equipo de los que habían desplazado los comunistas, empecé por tomar precauciones. En la primera ocasión que busqué sin pérdida de tiempo, fue coger unos cuantos folios con el membrete de la división y ponerle el sello de la división en el lugar adecuado, por si podían serme de utilidad. Así que cuando pasaron unos cuantos días decidí ir a Barcelona, al Comité Nacional. Me preparé con los papeles aquellos un permiso de 15 días, alegando que un familiar mío se había pasado del bando enemigo a nuestras filas. Yo quería ir al Comité Nacional, de la C.N.T. se entiende, para ver si podían meterme en una unidad de nuestra organización. Cuando les planteé lo que me pasaba me decían que lo tenían todo muy difícil, que los comunistas tenían tal control en todo que las dificultades eran muchas, pero que lo intentarían. Me dijeron que esperara que se lo dirían a un compañero que era el que se podía ocupar de eso. Y en lugar de esperar allí le dije que volvería por la tarde. Entre tanto fui a ver a uno que estaba herido, pero que ya estaba fuera del hospital. Este se llamaba Enrique González Fuentes, de Carmona, éramos bastante amigos. Le dije lo que tenía entre manos, y me dijo:

—Lo que teníamos que hacer era irnos para Madrid.

Él tenía una novia o amiga en Madrid y por eso quería irse. Yo tenía también otra chica que vivía en el consulado de Chile, pero yo no tenía la menor idea de irme a Madrid. La guerra la teníamos más que perdida y teníamos más posibilidad de salvar el pellejo si en último término podíamos pasar la frontera. Yo le hacía todas estas reflexiones pero él estaba decidido, me decía:

—En último término si no tenemos otra solución nos iremos a la sierra si se termina en un sálvese quien pueda.

En definitiva me convenció, y fuimos los dos al Comité Nacional con el propósito de marcharnos para Madrid. Y a Madrid no se podía ir por tierra, tenía que ser embarcado o en avión. En avión era imposible para nosotros, lo más fácil, sin serlo, podía ser embarcado. Nos fuimos al Comité Nacional y les dijimos a los compañeros lo que pensábamos. Nos dijeron que no debíamos pensar en eso dado la situación como estaba ya, en franca retirada. Ya habían pasado unos quince días desde que yo estaba en la situación de ilegalidad. Las fuerzas republicanas ya habían repasado el Ebro en retirada. Nos decían los compañeros que no debíamos irnos al centro, o sea a Madrid, que se convertiría en una ratonera con pocas posibilidades de escape, y una vez que la casualidad nos había puesto en un sitio con algunas posibilidades no debíamos hacer esa locura. Pero ya estábamos decididos y si nos lo arreglaban

ellos nos marcharíamos, nos presentaríamos a la catorce división, que pertenecía al cuarto cuerpo de ejército, que lo mandaba Cipriano Mera, y la catorce división la mandaba Rafael Gutiérrez, un compañero de Carmona (fusilado en Alcalá de Henares al poco de terminar la guerra).

Total que en definitiva nos salimos con nuestros propósitos. Nos arreglaron el pasaporte y al día siguiente, por la noche, en un barco inglés que salía para Valencia nos embarcamos y al día siguiente por la noche sobre las doce llegamos a Valencia. No recuerdo dónde pasamos el resto de la noche. El viaje fue de miedo, sobre todo los marinos ingleses tenían un miedo de espanto, era un barco de carga y no teníamos donde meternos, en la cubierta todo el tiempo, pero lo más disimulado posible. La tripulación no quería que la aviación viera demasiado personal a bordo, aun cuando se trataba de un barco inglés. Nos decían que si veían demasiado personal a bordo podían creerse que se trataba de un transporte de tropas. Nos quedamos un día en Valencia.

Me causó mala impresión el día que pasamos en Valencia; se veía a los tipos de derechas que se tapaban su condición de hijos de perra. Al día siguiente salimos para Madrid y llegamos al otro día a más de media noche. Pasamos el resto de la noche en una estación del metro. Al día siguiente fuimos al comité regional de nuestra organización para ver el ambiente que se respiraba; no era de mucho optimismo por cierto. Nuestros papeles los teníamos bien en regla para poder estar en Madrid cuando menos una veintena de días. Pero tomamos la decisión de irnos cuanto antes a Guadalajara que era donde estaba el estado mayor de la catorce División, y un par de días después de llegar a Madrid emprendimos camino de Guadalajara. Fuimos a entrevistarnos con Rafael Gutiérrez y sin ningún inconveniente de inmediato todo quedó solucionado. Nos dijo que nos destinaba a una escuela de capacitación para sargentos que tenía la división en un pueblo de la provincia de Guadalajara, creo en un pueblo que se llama Horche. De este nombre no estoy seguro que sea el verdadero. Nosotros le dijimos a Gutiérrez:

—A buena hora vamos a estudiar—.

—Por lo menos —nos dijo—, trataremos de salvar todo cuanto podamos, la suerte ya está echada, y como no creemos en milagros lo que nosotros podamos hacer por nosotros es lo más positivo. No creo que tengáis interés en irse a primera línea a estas alturas.

Nos fuimos adonde nos destinó Gutiérrez. En principio ya nos ahorramos tener que ir a Madrid cuando la sublevación de los comunistas de última hora y que costó bastantes muertos de una y otra parte, y también un montón de fusilamientos de parte y parte. Algo ignominioso y de vergüenza. En los días

que estuve en Madrid fui a ver a la chica que me escribía con ella, era una novia de guerra, pero como su tío era no sé qué en la Embajada de Chile y allí vivían pues yo pensé que sería bueno seguir las relaciones. Yo desde luego no dejé de escribirle cuando pasamos a la parte de Aragón. La Embajada de Chile estaba atestada de fascistas a los que había dado asilo Chile; esto me lo decía ella desde que la conocí. Su tío se fue al ejército republicano voluntario desde el principio, pero seguían viviendo en la Embajada; estaba en Carabineros y era capitán, a mí no me jamaba el tío, pero yo pensaba “Si vienen mal dadas y me puedo camuflar algún tiempo.” Había que pensar en todo. Pero cuando se puso la cosa cuesta arriba para nosotros al tío lo despiden de la Embajada.

Cuando llegué a Madrid todavía estaban viviendo en el mismo sitio. Yo fui y llamé y salió. Estuvimos hablando un rato y quedamos para vernos más tarde y nos seguimos viendo el tiempo que estuve en Madrid. Cuando nos despedimos le dije que le mandaría la dirección en cuanto llegara a Guadalajara. Nos escribimos varias cartas y en una de ellas me daba la noticia de la despedida de su familia de la embajada, y la nueva dirección. Yo pedí un permiso y fui a Madrid para ver qué pasaba, y en efecto los habían despedido para evitar compromisos por parte de aquella familia que sabían que eran de izquierdas. Yo tenía bastante amistad con algunas compañeras de la organización Mujeres Libres. Conocía a una compañera que se llamaba Paquita Illescas y a otra que se llamaba Marina. Paquita vivía en la calle Padilla en el no 38 donde estuvo la representación de la 149 Brigada. Y cuando llegué de Barcelona fui a verlas. Siempre mantuve relaciones por correspondencia con ellas, eran excelentes compañeras, y lo demostraron en todas ocasiones, más adelante tendré ocasión de contar su comportamiento sin par. Me dijeron que si quería podían conseguirme un pasaporte para irme a Francia. A todo esto ya se había perdido totalmente Cataluña, yo les dije que no, que por el momento prefería esperar. Me decían que más adelante sería más difícil. Yo continuaba en la escuela dejando pasar días cada vez con menos esperanzas. Mi compañero de viaje se fue para Madrid, yo cada quince o veinte días pedía un permiso y pasaba un par de días y me volvía a mi sitio. Entre tanto los que estábamos allí todos decíamos que allí estábamos unos diez o doce dispuestos para, cuando llegara el momento inevitable del hundimiento total de los frentes, coger el armamento más adecuado y marchar a la sierra sin hacer el más mínimo alarde y tratar de ir ganando terreno en dirección a Francia. El momento se acercaba cada día más, y la angustia de la incertidumbre cundía. Sabíamos de las gestiones que hacían, para tratar de salvar lo más posible, los emisarios que se desplazaban a Burgos, y también supimos de la negativa del sanguinario a negociar nada que no fuera

la rendición incondicional. Y llegó el momento, que aun cuando ya lo teníamos asumido, no por eso dejó de causar un impacto tan amargo en el corazón de los que pusimos fe en nuestra causa. Escuchar por la radio que las fuerzas fascistas estaban ya entrando en Madrid, ¡cuánta amargura! Nos quedaba el consuelo de que por la fuerza no pudieron entrar cuando quisieron. Entraron casi tres años después y porque fuimos traicionados por los países con etiquetas de demócratas, y a los fascistas les ayudaron sus aliados fascistas con la benevolencia de ingleses y franceses, y sin olvidar a rusos con Stalin el sanguinario.

En medio de tanta confusión, la decisión se imponía tomarla cuanto antes mejor, y empiezan a decir:

—Bueno, vamos.

Yo que siempre he tenido miedo de caer en manos de los fascistas, seguramente porque no quería morir demasiado joven, pensé que lo que teníamos ya hablado de marchar a la sierra era cosa que estaba por descontada, que no teníamos más que hablar. Cojo el armamento adecuado, empiezo a preparar lo necesario, la manta y algunas provisiones. Cuando estaba en los preparativos me dice uno:

—¿Pero qué haces?

—¿Pues no lo estás viendo? Prepararnos para la marcha—, le digo.

—Nos marchamos para Madrid—, me dice.

Me quedé de piedra. Les digo:

—¿Entonces todo lo que hemos hablado de qué sirve? ¿Estáis locos? Os arrepentiréis cuando sea tarde y sin remedio.

A esto se aproxima un capitán de los que estaban dando clase y dice:

—Pero, hombre, si no va a pasar nada, el general Franco dice que el que no tenga las manos manchadas de sangre no tiene nada que temer

—Qué poco sabes tú cómo las gasta el fascismo—, le dije.

Y empieza diciendo que ya la guerra ha terminado y que las cosas no son lo mismo que en plena guerra, que las cosas son muy distintas y que todo tiende a normalizarse. Por más que yo le insistía aquel no cedía en sus argumentos. No era que nos obligara ni mucho menos a seguirlo, lo malo era que los otros se habían rajado, y con los argumentos absurdos del otro no había manera de disuadirlos; estaban resueltos a marchar para Madrid. Por otra parte si no había la suficiente decisión no valía la pena emprender una aventura que de por sí era bastante arriesgada si no estábamos dispuestos a arriesgar lo que se presentara, y para eso lo principal era tener una moral y una convicción de que lo que teníamos por delante sólo nosotros tendríamos que

solventarlo con decisión, y aquellos compañeros se habían venido abajo. La suerte la teníamos de espaldas, ninguno estaba dispuesto a nada más que a marchar a Madrid. Después no sé dónde iríamos a parar. Sí, donde fuimos. A la prisión. Así terminamos la guerra. Ahora empieza otra etapa, el calvario de la paz.

Como para un hombre solo era muy difícil hacer frente a una situación semejante me uní a la comitiva de los derrotados. Nos pusimos en marcha, serían aproximadamente las doce del medio día del treinta y uno de marzo o el treinta. Llegamos a Madrid un día o dos después por la tarde. Aquellos compañeros eran casi todos de Carmona, y uno propuso ir a casa del Rubillo el Carbonero, que también era de Carmona, pero éste estaba en la 77 Brigada mandada por José Savín también de Carmona. *El Rubillo*, como le decían, era teniente, se llamaba José Infantes, estaba casado y tenía un chico, por eso tenía alquilado un alojamiento en Madrid, en la calle Covarrubias no 5, y allí que nos dirigimos una vez que entramos en la capital rendida y humillada. Las provocaciones de los fascistas hacia nosotros mejor no recordarlas, se nos quedaban mirando con descaro y cinismo provocador diciéndonos:

—No pasaran ¿verdad?

Y vivas a Franco y Cristo Rey. ¡Qué humillados nos encontramos! Cuando llegamos a la casa donde vivía nuestro compañero, de un golpe nos colamos ocho o nueve, más los que ya estaban allí, que eran cuatro o cinco, y la pareja con su chico. Entre los que encontré allí estaba Víctor Rincón (este compañero fue el que se encontró en Llerena con el oficial de la prisión de donde se escapó), que luchaba a nuestro lado. Cuando vi a Víctor no pude por menos de decirle:

—¿Qué haces aquí?

Éste fue capitán en la 77 Brigada. Me dijo que qué podíamos hacer.

—Imos a la sierra y reunirnos con los compañeros que ya estarán por ahí que serán bastantes—, le digo.

Me contestó con demasiada inocencia que iba a ir a ver al comandante Parra y que si yo quería ir con él para pedirle un salvoconducto colectivo para poder regresar a Andalucía. También iría el Rubio el Carbonero. Le dije redondamente que no iba; en principio yo no conocía a aquel individuo más que de escuchárselo mentar a ellos en alguna ocasión. Este individuo era comandante de la guardia civil con anterioridad a la guerra. Había una leyenda según la cual había tenido alguna relación con las Juventudes Libertarias, pero leyenda que solamente él la propagaría. Este sujeto estaba de comandante instructor en la 77 Brigada que mandaba José Savín, Víctor era capi-

tán de una compañía en la 77, el Carbonero era teniente en la plana mayor de la brigada, conocían al comandante Parra perfectamente, y Parra a ellos y a muchos más que mejor no se hubiesen conocido nunca. Llegar las fuerzas fascistas a Madrid, y Parra ocupar uno de los puestos más importantes en las comisarías de la capital fue todo uno. Tenía un poder de padre y señor mío.

Yo les decía, tanto a Víctor como al Carbonero, que no se fiaran, que un individuo que había cogido aquel mando tan importante tenía que ser un pájaro de mucho cuidado. El Carbonero decía:

—Si no puede hacer nada no lo hará, pero Parra es un hombre sensato y nos dirá que él no puede nada y nada más, yo tengo confianzas que no nos perjudicará.

Víctor me decía:

—Si a Parra lo he salvado yo, los comunistas iban por él y si no es por mí se lo cargan.

De todo esto hablábamos en la casa, y ellos fueron durante un par de días, tres o cuatro veces a la casa de Parra, que ellos sabían donde vivía y seguramente él también sabía donde vivía el Carbonero. Cada vez que preguntaban a la mujer les contestaba:

—Don José está en la comisaría, no tiene hora para regresar a casa, vuelvan más tarde.

Y así durante un par de días. En ese intervalo de tiempo yo salí a casa de las compañeras que conocía de Mujeres Libres. Me dijo el compañero de una que me quedara en su casa algún tiempo hasta que se sosegara un poco la situación. No quise por no complicarle a ellos la situación y volví como les dije a los compañeros. En la próxima visita que hicieron a casa de Parra lo encontraron en casa. La señora les dijo:

—Sí, está don José.

Se asoma don José y les dice:

—Irse para la comisaría tal que ya voy yo para allá cuando desayune, si alguien les dice que qué queréis les dicen que me esperan a mí.

Y en efecto, cuando les preguntaron los falangistas que andaban por allí les dijeron que se esperaran en el patio. Al poco rato llega Parra, pasa por la vera de ellos y les dice:

—Un momento que de seguida los atiendo.

Y en efecto, un momento después bajan tres o cuatro falangistas metralleta al puño, se la meten por los costados y aquí empieza la tragedia. Víctor pega un empujón y se va por pies, pero la carrera no sería muy larga, los falanges

detrás gritando y las gentes metiéndoles zancadillas; cayó varias veces y seguía tratando de huir, pero le fue imposible, lo cogieron, y para siempre, la calle se terminó. Inmediatamente se presentan en la casa una tropa de falangistas, armados hasta los dientes, pegando gritos y poniéndonos como los trapos. Traían un auto y una furgoneta y allá que nos meten a todos a la calle Serrano, me parece que al número 107. Era una comisaría, no sé si era auténtica o habilitada; allí cerca estuvo el Comité de Defensa. Lo que sí es cierto es que entonces empezamos a sentir lo que es perder la libertad del todo, a ser tratados sin ninguna consideración como persona, malos modos, e insultos sin ninguna razón. Allí estuvimos unos siete u ocho días. A los primeros días no nos traían nada de comer. Los que eran de Madrid y la familia les podía traer algo no lo pasaban tan mal, pero nosotros, canutas. Estábamos como para retratarnos, las barbas crecidas, sin lavarnos. Creíamos que el fin nos había llegado, atestado a más no poder. Las noches las pasábamos en cuclillas porque no había sitio para tenderse.

De vez en cuando entraban unos pocos de tipos mirando a ver si encontraban a alguien que buscaban. Pobre si lo encontraban. Eran bestias. Les quitaban la ropa, los dejaban en calzoncillos solamente, se empleaban cuatro o cinco cafres a golpes y pataleándolos hasta que se cansaban. Quedaban hechos piltrafas. Había que verlo para creerlo. A nosotros nos metieron en un sótano. Estábamos como los animales, apilados. Cuando traían a alguno de los que se habían llevado para declarar lo ponían en la escalera, que lo traían arrastrando porque no se podía tener de pie. Le daban un empujón y allá que empezaba a dar tumbos hasta llegar abajo. Los que estaban en los pisos de arriba algunos se arrojaron al patio desesperados.

Víctor no estaba en el sótano. A Infantes lo bajaron un día o dos después, y cuatro o cinco días más tarde bajaron a Víctor, desconocido, un tío que era fuerte y grande de un metro noventa, había que verlo cómo estaba. Cuando bajó le di la mano para saludarlo y le puse la mano en el hombro y dio un quejido y se encogió todo. Tenía hematomas en la cara, en el cuello, por la frente; pero el cuerpo, que naturalmente estaba vestido hasta que nos lo hizo ver: jamás podía uno creerse de qué forma lo tenía. No tenía hematomas, era todo uno, negro todo el cuerpo, la carne abultada en muchas zonas, no se comprende cómo pudo resistir aquella tortura sin un colapso que le hubiese acarreado la muerte. De todas formas era lo que le esperaba.

A los demás que caímos en la misma redada no nos pegaron en aquella comisaría. A algunos, después de estar en la cárcel, les dieron una paliza de muer-

por intento de fuga, hasta dejarlos como una piltrafa, para después fusilarlos. Una vez que estábamos en la comisaría nos iban llamando para tomarnos la filiación, y después nos tomaban declaración. Primera pregunta, “¿A cuántas personas has matado y en qué lugar?” Esto a los que no teníamos denuncias. La respuesta naturalmente era negativa. “Bueno, pero tú sabes de los que sí han matado.” Seguía la negativa naturalmente. “Tienes que acusar a alguien.” “No sé de personas que hayan tenido relación con hechos de los que se me preguntan.” “Sabrás por lo menos cómo se llama el jefe de tu brigada.” “Sí.” “Es suficiente.” Eso en la comisaría. Después sería un juez militar el que nos volvería a tomar declaración una vez en la prisión. Pero con la misma cantinela, dónde te cogió el movimiento, por qué te pasaste con los rojos, etcétera. Cuando llegue a eso diré cómo me fue a mí en particular.

Así pasamos unos ocho o diez días en la comisaría aquella, hasta que un buen día, no, fue una regular noche: antes de salir de la comisaría voy a contar algo sin gran importancia. Como ya dije los que vivían en Madrid a algunos que las familias los tenían localizados les llevaban algo de comer si tenían qué, y un día escucho mi nombre y los dos apellidos correctos. Era la hora a la que entraban los paquetes de comida, recojo el paquete y cuando empiezo a deshacerlo se acerca uno y me dice:

—Ese paquete me parece que no es tuyo, si trae mi nombre.

—No, ese nombre es el mío—, le digo.

Pregunto quién lo había traído y en efecto era suyo. Yo no tenía por el momento en Madrid quien me mandara un paquete, después sí, de vez en cuando. Terminado este paréntesis, anecdótico, sigo en la noche que nos trasladan a la prisión de San Lorenzo. Sería la una de la madrugada. Empiezan a dar gritos los fulanos aquellos:

—¡Todo el mundo preparado que hay traslados, atentos para cuando se os vaya nombrando subir para la oficina rápidamente!

Nos dijimos “El momento nos ha llegado; esta píldora hay que tragársela haciéndole el menos asco posible, sin dramas, sería igual.” Entrábamos en la oficina según nos iban nombrando con la lista que tenía aquel hijo de puta, y a medida que nos nombraba nos decía:

—Los objetos personales que tengáis ponerlos encima de la mesa, plumas estilográficas, relojes, alianzas, todo lo que sea; de todas formas donde vais no lo van a necesitar. No ocultar nada porque se os va a cachear y si ocultáis algo lo pasaréis aún peor.

Y allí que amontonaron un montón de relojes, plumas, sortijas, todo lo que teníamos. Nos iban poniendo por grupos en un patio. A los que nos cogieron juntos nos agruparon y nos ataron con cuerdas de dos en dos. Cuando nos cogieron al llegar a la comisaría naturalmente nos cachearon. Yo tenía un paquetillo de cuchillas de afeitar que no me encontraron, y me dije “Lo guardaré lo mejor posible.” Aquella noche creí que nos servirían, les dije a los compañeros una vez que nos subieron en una furgoneta pequeña, una DKW:

—Si nos enfilan para la carretera del Este le voy a dar un tajo al chófer en el cuello y pase lo que pase si nos podemos salvar algunos, eso nos encontraremos.

Me puse justamente delante donde la furgoneta tenía una ventanilla que yo podía meter la mano y lo tenía al alcance perfectamente. No estaban de acuerdo alguno de los que se lo dije, pero si lo tenemos todo perdido, que nos podía importar lo que sucediera, y alguna posibilidad tendríamos. No fue necesario.

Pero si nos quitan todo, y nos dicen con todo el sadismo “Donde vais no os hará falta de nada,” nos podíamos considerar perdidos, y un perdido si ya no tiene nada más a perder y se lanza a la desesperada, lo que le queda es la esperanza de ganar. (La carretera del Este es la que conduce al cementerio.) No hace mucho tuve la ocasión de saludar en Carmona a uno de los compañeros de aquel trance nocturno, se llama Francisco Martín Pérez, estaba Mary con nosotros y me dijo:

—¿Te acuerdas de la noche que nos trasladaron a San Lorenzo que quisiste darle un tajo al chófer?

Era el estado de impotencia ante la derrota, que no queríamos dejarnos matar arrinconados. Pero fueron unas horas dramáticas. Cada uno tiene su miedo y su ánimo. Allí había hombres desechos, otros resignados, y también con agallas para aguantar el momento. Enfrente de la comisaría, siempre había mujeres de los que estaban allí dentro y en cuanto veían cualquier movimiento raro, avisaban a las que conocían que tenían allí a familiares, y de unas a otras se comunicaban de lo que se enteraban o de los bulos que circulaban que eran bastantes, tanto buenos como desastrosos, pero aquella noche pasaron escenas que se ponía el pelo de punta, ellas que lloraban al ver a los suyos salir sin saber dónde irían. Todo quedó en nada, en un traslado a una cárcel, pero como lo hicieron con tanto sadismo y mala leche y de madrugada pues daba qué pensar sabiendo cómo las gastaban. Una vez en la cárcel nos metieron en una celda, me parece que éramos catorce, todos los

que nos cogieron juntos, todos de Carmona menos yo de Jerez, además dos hijos de un periodista que escribía en el Heraldo de Madrid se llamaba Augusto Viveros, los hijos también eran periodistas, pero en la guerra se fueron a los frentes voluntarios y fueron oficiales. Eran tres hijos y el padre y todos estaban presos en la misma cárcel, San Lorenzo. Al padre lo condenaron a pena de muerte el primero, era un hombre con el pelo blanco y una barba blanca como un apóstol, era un hombre de una estatura grande, republicano federal, estuvo en la toma del cuartel de la montaña. De este hombre hace mención en uno de sus libros Eduardo de Guzmán precisamente en la toma de dicho cuartel. Creo que lo ejecutaron muy pronto, porque de la cárcel aquella desapareció. Le decían a los hijos que lo habían trasladado a Burgos, pero la madre y una hermana que se ocupaban de los tres hermanos iban vestidas de negro con cierta discreción. Además estaban en la misma celda dos madrileños y un portugués, voluntario en nuestras filas, también lo ejecutaron, era un exilado político. También un tipo viejo asqueroso, que fue teniente de sanidad. En sanidad se refugiaban enchufados, muchos fascistas, y aquello era de pitón a rabo. Tuve un día una pelea con aquel bicho, se encarró con el portugués, diciéndole que por qué tuvo que venir a España a luchar y a trabajar antes de la contienda y después mezclarse en nuestra lucha. Aquel viejo estuvo en la Argentina, nos contó él, le dije:

—¿Y usted a qué coño fue a buscar en Argentina?

Vino pronto un jefazo y lo pusieron en la calle. Total, lo que suele ocurrir cuando en un espacio vital tan reducido estamos obligados a convivir cada uno con su propio carácter. Pero la noche, bueno la madrugada que llegamos a San Lorenzo, aun cuando éramos muchos nos podíamos estirar aun cuando estábamos con poco espacio entre uno y otro, pero notamos el alivio. Por la mañana nos trajeron un poco de caldo, agua con pimentón molido y ojos de perdiz de vez en cuando, quiero decir gotitas de aceite. Ni que decir tiene que habíamos mejorado, la comida seguía siendo escasa y mala, lentejas van y vienen y un chusco pequeñito para el día. Al día siguiente nos dijeron que los que tuviésemos familia o personas conocidas que quisiéramos ponernos en contacto para que nos lavaran la ropa o nos trajeran si podían algo de comer podíamos hacerlo.

Por mi parte yo esperé unos días para ver cómo se desarrollaban los próximos acontecimientos. Después escribí a una de las compañeras de Mujeres Libres, a Paquita Illescas, que a su vez se puso en contacto con Marina, no sé su apellido, dos excelentes compañeras. A Marina la buscaban por sus actividades en la organización bastante destacada. Les decía en la carta que vieran a la chica con la que yo me relacionaba, pero no sé si lo hicieron. Creo

que no. Me dijeron que lo que estuviese de su parte ya se ocuparían ellas, y en efecto así fue. En el tiempo que estuve preso y en la medida de sus posibilidades y aún más, ya que las dificultades de todo orden no me dejaron nunca, cada semana me mandaban algún paquete y sé que les costaría mucho conseguir lo que me mandaban; la escasez de medios económicos era el primer obstáculo. Además no dejaré de decir que los paquetes siempre llegaban mermados. Los paquetes siempre los abrían para registrarlos en el sitio que habilitaron para tal cosa. Se ponía un jefe de aquella canalla y de cada paquete apartaban lo que tenían por conveniente para ellos y para llevarse a sus casas. Y dirán si alguien lee esto “¿Es posible que esto sea verdad?” Pues sí, así era, y esto lo hacían en presencia del preso que se encargaba de recoger los paquetes, después otro preso los iba repartiendo por las celdas. Los paquetes entraban en la cárcel a diario, pero lo tenían organizado de tal forma que a cada sector les tocaba una o dos veces por semana, pero no a diario. A mí se dio el caso una vez tan ignominioso y canallesco de entregarme la talega donde me mandaban lo que fuera, lo ignoro, con algunas manchas de aceite, totalmente vacía. Le dije al repartidor:

—¿Pero esto qué es?— Se encogió de hombros.

—A mí me la han dado así, no se te ocurra de reclamar.

Esto que digo como todo lo que estoy diciendo es tal y como pasaban las cosas en aquellos tiempos, y muchas cosas que se quedan sin decir porque sería interminable. Así iban pasando los días desde que llegamos a San Lorenzo. Yo no quise de momento escribir a casa, creía que nos sacarían cualquier día para el último viaje, pero pasaban las semanas y aquello se estabilizaba. Los demás ya todos habían escrito y recibían cartas de sus respectivas familias. Me decidí a escribir, seguramente ya había transcurrido un mes o menos. Cuando se recibió mi carta, en ese momento preparaban un viaje de un abogado para que fuera a Ávila para ver a mi hermano Cristóbal que había pasado la guerra escondido en varios sitios para evitar que lo cogieran, y seguramente si lo cogen en los primeros momentos no estaría todavía por aquí. Yo no creía que aún vivía, lo cogieron en febrero de 1939. Como este abogado tenía el propósito de entrevistarse con mi hermano por encargo de mis padres en el momento de recibir mi primera carta, de inmediato le encargaron la misión de pasar por Madrid para el mismo asunto por partida doble. Yo todavía no había recibido ninguna carta de mis padres. Cuando un buen día me llaman a la oficina de la prisión, en ese momento estábamos en el patio, siento por el altavoz mi nombre para que suba al despacho. Nadie cuando lo nombraban para que fuera al despacho sospechaba nada bueno, subo y me encuentro con el abogado, que no era otro que Antonio Solís, con su uniforme de teniente. Este era hijo de un médico de la

localidad. Pero este abogado se decía socialista. Se subía en los primeros tiempos de la república en un banco de cualquier alameda y daba una arenga en defensa de la república, aún lo recuerdo perfectamente sus palabras. “La república es una niña chica que tenemos que cuidarla y mimarla hasta hacerla grande y fuerte etcétera.” Pero este también tenía otro hermano falangista y murió en los primeros tiempos del movimiento en la toma de Ubrique. Nada más entrar en aquel despacho, me alarga la mano con una jovialidad increíble:

—Hola, Miguel, ¿cómo estás? —. Yo me quedé como si no lo conociera.

—No recuerdo en este momento de usted.

—Sí, hombre, ¿no recuerdas de Antonio Solís, el hijo del médico, de don José?

Yo nada más verlo me dije “¿Qué buscará por aquí este bicho?” Total que le dije que sí que recordaba algo. Le pregunto que si estaba en Madrid destinado, me dice que no.

—Es que estaba preparando el viaje para Ávila para ver a tu hermano cuando se recibió tu carta.

—¿Cuál de mis hermanos? —, le pregunto, y me dice:

—Tu hermano Cristóbal.

Yo me extrañé de que estuviese preso y me alegré, era señal de que vivía, le dije que cómo era que estaba en Ávila. Me dijo:

—Lo cogimos en febrero, y lo llevaron a Ávila para unas diligencias. Tus padres me encargaron que pasara a verte y tu tío Jerónimo.

Me preguntó que de qué me acusaban, le dije que de nada que yo supiera, y además de nada tenían que acusarme. Me dijo que sabían que yo pertenecía a las Juventudes Libertarias, y que en la organización del Ateneo, en los estatutos, de los tres que formábamos la comisión organizadora yo estaba el primero. Le dije:

—Pero eso no tiene importancia. Lo mismo podía estar el segundo que el último, además eso no era clandestino, era legal, estaba legalizado por el gobierno civil de Cádiz.

—Pero eso hoy está considerado ilegal.

Todo esto en charla normal, como una conversación corriente, me dio un cigarro, y al marcharse me dio veinticinco pesetas. Yo pensé que estaba muy generoso, pero después supe que aquello no era él sino mi familia, y que además lo cobraba con creces. Hasta aquí la primera visita que tuve. Seguían pasando días cada cual con sus preocupaciones. A todo esto sacaban gentes para ejecutarlos. Un sábado dicen:

—Mañana vendrá un cura para decir misa, pero el que no quiera no está obligado a ir, eso es voluntario.

—Pues sí que se están haciendo demócratas —me dije—. En ese caso no iré. Aprovecharé para escribir alguna carta.

Ya recibía cartas de la familia y de la chica con la que yo hablaba en Jerez, y cuando estábamos todos en la celda me costaba bastante escribir, con todos charlando o jugando o discutiendo, así que dije “Me quedo.” Los demás todos se fueron, pero cuando ya estaría terminando la misa, abren la puerta dos falangistas de los que hacían de oficiales y me dicen:

—¿Tú qué haces aquí?

—Escribiendo a la familia—, les digo.

—¿Y tú por qué no vas a misa?

—Están ustedes diciendo desde un principio que es voluntario, que si alguien no quiere ir no tiene por qué hacerlo —, les dije.

—Eso se dice—me contestaron— pero si no es porque el que no vaya está malo y que sea el médico quien lo justifique ni hablar, si la próxima vez te quedas aquí, pasarás a la celda de castigo y te despides de recibir paquetes ni visitas, y lo que tengamos a bien tomar como medidas.

—En ese caso descuiden que yo iré a misa en lo sucesivo.

Y fui a misa en adelante. Pero como si me dieran un purgante muy malo de tomar, como un autómatas hacía lo que hacían los otros; de santiguarme, ni idea de cómo se hace, no fui a la escuela. Mi madre quizás nos enseñara cuando pequeños, cuando nos vestía, pero yo lo tenía olvidado y superado todo eso. Por otro lado el cura que ya estaba permanente en la prisión no se cansaba de decir lo que de sobra sabíamos:

—El ir a misa y confesar y todos los ritos esos no os perjudica, pero tampoco os favorece. Lo que tengáis que pagar, eso no os lo librará nadie, así que a tragar y a callar.

Y vengan días de zozobra. Los jueces venían todos los días a tomar declaración y a procesar. Cada día salían unos cuantos para consejo de guerra. Todos deseábamos que nuestro expediente se perdiera y no lo encontraran. Todos queríamos ganar tiempo, que pasara la furia de la represión que era inexorable y sin piedad. Los militares que nos juzgaban estaban sedientos de sangre. Las batallas que perdían de fronteras afuera las pagaba su propio pueblo indefenso. En Marruecos cantaron la gallina. Pero se desquitaban primero en 1934 en Asturias. Y ya en 1936 empezaron con el resto de España, que duró hasta la muerte del más sanguinario bicho que en los últimos tiempos haya conocido España, Franco y los franquistas. Su par, Hitler, Mussolini y los muchos que fueron sucediéndoles, todos militares.

Seguían pasando días con la monotonía carcelaria; bulos ya optimistas, ya pesimistas. Todo eran inventos productos de nuestra imaginación, noticias que cualquiera se imaginaba y la hacía circular de una celda a otra y cada vez tomaba más volumen, tanto buenas como malas. Pero los procesamientos seguían su curso, y las peticiones de penas de muerte era algo escandaloso: de veinte o treinta que se sentaban en el banquillo de los acusados el noventa por ciento salía con la pena de muerte a cuestas. Auxilio a la rebelión, rebelión militar, acusaciones sin más testigos que una denuncia sin nombre en el dossier (expediente). Y así pasaban los días, y casi diariamente salían algunos para ejecutarlos. En San Lorenzo no éramos muchos. Unos seiscientos. Aquello había sido un convento de monjas en sus tiempos. Del grupo que caímos juntos el primero que condenaron a muerte fue Víctor, después José Infantes, no sé qué razón tendrían para condenar a este hombre sin ninguna significación política según decían sus paisanos. A continuación Antonio Eslava Espinar, otro chico exactamente igual, pastor toda su vida, que contaba de cuando era pequeño y empezó su trabajo como pastor de ovejas con otros niños como él; y el encargado del rebaño, cuando se ponían a comer, les daba a cada uno su pedazo de pan para empezar a comer lo que les daban que era bien escaso, y malo. Decía:

—Cuando se nos terminaba el pan decíamos 'Yo quiero más pan.' Se hacía el sordo, pero si insistíamos se ponía serio y decía, '¿Qué es lo que estás diciendo?' Nos acobardaba y decíamos 'Yo no he dicho nada.' '¡Así me gustan a mí los hombres, que hablen claro!' Y no había más pan.

No quiero que se me quede sin contar lo que le ocurrió a este pobre chico, al que tan ignominiosamente lo ejecutaron. En el interior de la prisión aquella los soldados hacían guardia en los pasillos, y también en los tejados.

Los falangistas que hacían de oficiales de prisión les decían a los soldados que cuando llamásemos para ir al váter o a lavar los platos de la comida que nos abrieran la celda sin que saliéramos más que uno cada vez. Y un buen día se pone a llamar Eslava. Los soldados venían a abrir unas veces pronto y otras había que insistir y dar gritos para que acudiesen. Esta vez tardaban en abrir. Eslava, cuando se tardaban gritaba, pero con un poco de bromas les decía:

—Se lo voy a tener que decir al director y te va a meter un paquete que no veas la que se te va a liar.

Todo esto por decir algo. Pero cuando llega el soldado y abre la puerta el Antonio, que tenía los platos de todos nosotros, que cada vez nos tocaba a uno lavarlos, tiró los platos al suelo, y se abrazaron llorando. Naturalmente.

Era su hermano más chico que él, casi un niño. El soldado no tenía ni idea de que se encontraba allí su hermano, ni el otro que estaba dentro podía figurarse que el centinela era su hermano pequeño. Allí estuvo un rato y se despidieron para siempre. Al día siguiente se marchaba aquella unidad para Canarias. Todavía no estaba ni procesado Antonio. Qué cosas pasan. ¡Si se contaran los casos tan espeluznantes que hemos escuchado a lo largo de esta época, contada por la mitad de los que fueron sus protagonistas! La otra mitad no lo pudo contar.

Seguían pasando los días, y las preocupaciones, cada uno con las suyas, pensando lo que nos tendría reservado el destino, que tan negro lo veíamos, al ver la cantidad de penas de muerte que pedían cada día, y las ejecuciones que estaban llevando a cabo, y sobre todo, cuando a individuos sin significación sindical ni haber tenido actividad política ninguna los condenaban a muerte, ¿qué podíamos esperar los que se nos conocía con alguna significación por nuestra participación en la lucha más activa, tanto sindical como en las Juventudes Libertarias, de tendencia anarquista? El día que sacaron para consejo de guerra a José Infantes nadie podía figurarse que le pedirían pena de muerte. Les decíamos quien fuera “A ti doce años no te los quita nadie.” Eso era como decir vas a estar en la calle. Al que por casualidad le pedían treinta años estaba loco de contento, así que los que traían doce se encontraban como en la calle. Aun cuando a través del tiempo que nos separa de aquellos años esas cosas parezcan increíbles, es la pura verdad. Así que cuando entró en la celda y nos dijo:

—Me han pedido la Pepa

Así llamábamos a la pena de muerte, en principio lo dudábamos, pero era cierto y lo ejecutaron en diciembre de 1939. En principio los que condenaban a muerte seguían en la misma celda que ocupaban antes del consejo de guerra. Pero cuando los sacaban para matarlos de madrugada se formaba un revuelo en la prisión inevitable; y la angustia de ver salir a los compañeros, y ni que decir tiene que los momentos que se pasan son difíciles de explicar. Así pues, que a partir de los escándalos que se sucedían en las madrugadas optaron por separar a los condenados a muerte y ponerlos todos juntos. Los tenían en una celda más grande, donde cabían unos treinta o cuarenta.

Nosotros no pasamos el trago de ver salir a ninguno de nuestros compañeros de nuestra celda. Como el pensamiento es tan incontrolable, a veces se dice lo que se piensa, y quizás no se diera ni decir lo que ya no tiene solución, y posiblemente pudo tenerla a su tiempo. Un día me dice Víctor (ya estaban los condenados a muerte separados, pero nos juntábamos cuando salíamos al

patio), me dice “Niño, si hubiésemos hecho lo que tú me dijiste cuando llegaron ustedes a la calle Covarrubias... Debiéramos haberlo hecho.” Yo les dije nada más verlo que debíamos irnos a la sierra. No lo estimó acertado, mi propuesta. Pensaba que el comandante José Parra le debía el favor de haberlo salvado. Yo en el fondo pensaba lo mismo que siempre pensé, la sierra. Pero ya era tarde, les decía, para que no se reprochara él mismo la torpeza que habíamos cometido, contra mi voluntad:

—Es igual, Víctor, nos hubiesen pescado o ya estaríamos muertos. No vale darle más vueltas a lo que ya no tiene solución.

Es natural que pensara en eso. Quién no piensa lo que podía haber cambiado nuestro destino. Por cualquier circunstancia impensada, por cualquier cosa fortuita, nuestra existencia puede dar un giro de ciento ochenta grados, tanto para bien como para precipitarnos en un abismo sin retorno. Pero cuando todo está perdido lo mejor es tragarse la píldora sin mirarla. A través del tiempo, y darles vueltas a aquellos momentos de amargura, de inquietud, sin ver nada claro más que nuestra derrota y un porvenir sin esperanzas, me he preguntado ¿por qué el comandante José Parra no hizo detener de inmediato a Víctor y a los que le acompañaban? Porque pasaron me parece que un par de días, y fueron tres veces cuando menos a su casa, y siempre le decía su señora:

—Don José no está, vuelvan más tarde o mañana.

No quiero pensar en disculpar a Parra ni que nadie piense en tal cosa, pero me pregunto, ¿por qué no los hizo detener de inmediato? ¿Deseaba que se marcharan o no le importaba que lo hicieran pero sin su participación? Darles un salvoconducto, eso era comprometido, comprometidísimo en aquellos momentos para tal personaje. Eso no se podrá saber nunca. Lo que sí es cierto es que cuando juzgaron en consejo de guerra en Sevilla a José Savín (que era como ya he indicado anteriormente el jefe de la 77 Brigada, y a la que pertenecían varios de los compañeros que detuvieron junto a mí, entre ellos Víctor, capitán, y José Infantes, teniente, los dos ejecutados entre otros más), pues en ese caso vino desde Madrid para testificar en favor de Savín el comandante Parra. Esto me lo contaron mis compañeros que estaban presos en Sevilla por aquellos años y que me merecen toda confianza. Fue condenado a treinta años y algunos años después salió. Cuestión de suerte.

Seguía la vida carcelaria en San Lorenzo su curso, unas veces con más ánimos que otras. Era cosa contagiosa, tanto lo uno como lo otro. El ambiente nos envolvía. Era un círculo tan reducido y vicioso, puede decirse, que no era posible salirse. Aquella masificación, sin espacio material para poder ni

siquiera pensar con libertad. Por las mañanas, una vez que nos daban el caldo con algún ojo de perdiz y pimentón, nos echaban al patio a cantar el cara al sol, el himno legionario, y el himno de los requetés, a continuación los gritos de rigor, viva Franco, arriba España, España una, España grande, España libre, y al dar el último grito, ¡libre!, dábamos un grito todos a una que les molestaba, nos hacían empezar de nuevo una y otra vez, nos tenían todo el tiempo que querían cantando y brazo en alto haciendo el saludo fascista. Cuando les parecía que ya las voces estaban más entonadas nos mandaban romper filas, pero antes ya habían seleccionado a un par de ellos, a los que se les antojaban, los ponían solos en un rincón y un falangista cerca y a cantar hasta que llegaba la hora del rancho brazo en alto, al estilo fascista. Como les habían enseñado los nazis a torturar a los vencidos.

Los domingos ponían su altar y el cura empezaba su misa, los practicantes católicos confesaban y le daban una ayudita al cura para decir la misa, también organizaron un coro para que no nos faltara de nada. Ni que decir tiene que en aquella prisión aun cuando era pequeña, había presos abogados, médicos, algunos actores, fiscales me parece que había tres, a uno que me creo que se llamaba Peinado lo condenaron a muerte; este hombre le ayudaba a decir misa al cura. Al principio confesaban algunos presos, después se desentendieron y algún domingo nada más que un par de ellos, entonces se ponía el cura como un diablo, diciéndonos de todo sin dirigirse a ninguno concretamente, pero era un escorpión el tío. Se quedó permanente en la prisión y todo el día estaba dando la lata de una celda a otra, contando sus hazañas, había pasado la guerra con nosotros, no era de Madrid, al principio se vino a Madrid y se camufló como pudo y se apuntó al partido comunista, tenía su carné del partido, nos lo enseñó a nosotros y decía que aquello lo conservaría como una reliquia, que le había salvado la vida, decía que había estado en automovilismo no sé en qué brigada, en la celda nuestra había pintado, mejor dicho había dibujado un madrileño de los que estaban en nuestra celda un par de mujeres desnudas de tamaño natural y de cuerpo impecable, cuando entró el tío estúpido y vio aquello hizo un mohín pero no nos dijo nada. Estuvo un momento y se fue, pero el muy chivato se lo dijo al jefe de servicio. Nosotros nos dimos cuenta que se iría de la lengua y colgamos un capote militar tapando aquello, pero al momento vino el jefe de servicio con otro como por casualidad. Era un muchacho gordote y no era antipático, también había pasado la guerra con nosotros, mitad del tiempo preso y el resto prestando servicio en la artillería de costa. Dice:

—¿De quién es ese capote?

El dueño dijo:

—Pues mío.

—Descuélgalo —le dijo—, es estupendo tiene que abrigar bastante. Cuando vio los dibujos lo tomó a broma y dijo que lo borraríamos para contentar al cura. Así lo hicimos. Este muchacho era bastante agradable, nos contó que cuando estuvo preso al principio de la guerra, en Madrid desde luego, nos dijo:

—Yo estaba en esa misma celda, pero esos boquetes que ustedes habéis abierto en los tapaluces yo no me hubiese atrevido a abrirlos.

—Es que hace mucho calor —le dijimos—, además con la reja que tiene por fuera no pasa nada, y da al patio interior.

Nos contó que de allí lo sacaron para un batallón de trabajo y que al poco tiempo se escapó.

Alguno le preguntó:

—¿Qué fuerzas os aguardaban?

Dijo que los guardias de asalto. El otro le contestó:

—Ya lo sabía yo; ¿a que si te hubiesen guardado los milicianos no te escapas?

—Hombre, eso está por descontado—, dice.

Volvieron a cogerlo y en definitiva terminó en artillería de costa en el ejército republicano. No éramos tan malos.

Ya habían pasado tres o cuatro meses y todavía no me habían llamado a declarar. Yo decía:

—Mira que si se perdiera mi expediente y no lo encontraran por ahora.

Pero no se perdió ni se traspapeló. Y un buen día me llaman a declarar, entré donde estaba aquel juez militar, me pregunta nombre y apellidos y dónde me cogió el 18 de julio, le dije que en Jaén, mentira, desde luego, y además sabían de sobra en Jerez que me cogieron el día 18 por la tarde y con mucha suerte me soltaron, ya relaté en principio las circunstancias que se rodearon para que me soltaran. A continuación me pregunta que cuántas veces he intervenido en fusilamientos detenciones, etcétera. En realidad jamás intervine ni pensé acercarme ni saber nada que tuviera relación con tales hechos; negué rotundamente.

Pero aclarando por mi parte: esto no se lo dije al juez, pero sí lo digo como opino, aquí justifico que sí en nuestra zona se fusiló. Los primeros en fusilar sin formación de causa fueron ellos, los fascistas, los pistoleros, las bandas que organizó José Antonio Primo de Rivera, que con todo lo que han dicho de un hombre de talento, un intelectual, no era más que eso, un pistolero, y si hubiese vivido las cosas no podían haber mejorado con semejante personaje

a la cabeza de aquellas bandas. Y en nuestra zona aquello terminó en unos meses, pero en la otra duró todo el tiempo del franquismo. Me salí del tema. Siguió preguntándome que por qué no me había pasado a la otra zona, que a qué organización sindical pertenecía, le dije a la Confederación Nacional del Trabajo, C.N.T.

—¿Desde cuándo?

—Desde 1933—, le dije.

Me leyó lo que había escrito. No había puesto más que lo yo le dije. También yo lo leí. Me dijo que lo firmara y así lo hice. Puso “Auxilio a la rebelión.” Eso era lo normal que ponían. No era muy antipático. Le dije a cuánto me van a condenar. Me dice:

—No sé, pero por esto que está en el expediente no le pedirán más de 30 años, saldrá pronto, pero todo depende de los informes que manden de su pueblo, de Jerez.

Era lo que yo temía, los informes de mis paisanos, que yo sabía la leche tan envenenada que tienen. Al marcharse, sin yo preguntarle nada, ni pasarme por imaginación tal cosa, yo no sabía nada de sumarísimos. Me dice:

—Estás procesado, el número del sumarísimo es el 2016, te doy estos datos por si tienes alguien que se interese, pueda buscar con más facilidad, le das ese número y le será más fácil hacer la gestión que sea.

Todo esto sin yo haberle preguntado nada. Me marchó para la celda le cuento a los compañeros cómo se había pasado el asunto y punto concluido, pero desde ese momento empiezo a cavilar, ya en cualquier momento cualquier día me pueden llamar para el consejo de guerra. Era lo más temible, ya estaba más preocupado, cualquier día era bueno para que me llamaran. Me sentía cada vez más inquieto. Seguían pasando días sin nada de particular, pero cada vez más posibilidades que me tocara el momento de pasar a consejo de guerra. Ya habrían pasado dos meses o más del proceso, sin ninguna novedad. Hasta que un día me nombran para que suba a la oficina. Cada vez que nombraban a alguno para los despachos de aquellas gentes, siempre se le revolvían a uno las tripas, porque raramente era para cosa buena. Entro en aquel despacho y me encuentro allí a tres tipos vestidos de falangistas: camisa azul, pantalón y chaqueta negra, con su correa correspondiente. El verlos nada más ya causaba asco y miedo. Me dicen mi nombre.

—¿Es así cómo te llamas?

Les dije que sí. A continuación, me dice uno, el que tenía unos pliegos de papel entre las manos:

—¿Tú has estado en los frentes haciendo reportajes de guerra para la prensa?

¡Lo más absurdo de que me podían hablar! A mí jamás me ha pasado por la imaginación escribir en los periódicos, no por falta de ganas, es simplemente por falta de preparación. Yo desconozco por completo la ortografía, no sé narrar las cosas como es debido, no reúno yo las aptitudes necesarias para tal menester. Les dije la verdad, que no. A continuación:

—¿Tú has estado en la checa tal? —(no recuerdo dónde me dijo).

—Yo no he hecho ningún servicio de retaguardia—les dije—. Estuve un cierto tiempo pagándole a los heridos de la división que yo pertenecía, y nada más.

Jamás yo había escuchado hablar de checas ni nada que se le pareciese. Negué rotundamente. Otra pregunta, siempre con los papeles en la mano, consultándolos:

—¿Tú has pertenecido a una brigada de guerrilleros?

Les dije que no. Sí estuve en una unidad de esas, pero no mucho tiempo, muy poco. No me coaccionaron demasiado insistiendo sobre ninguna cosa de las que me plantearon. No firmé nada ni me lo pusieron para firmar. Ellos escribieron algo en aquellos papeles, pero no vi lo que escribían. Y se marcharon sin más. Conté a los compañeros de celda para lo que me habían llamado y cómo se pasó la cosa. Aun cuando no firmé nada, me daba que pensar.

Al día siguiente, se lo conté a otro compañero que aun cuando no estaba en nuestra celda, lo conocía. Y le dije lo sucedido cuando me llamaron. Me dice: —Pues no te extrañe que cualquier día te saquen para diligencias.

Diligencias se trataba de que te llevaban a Comisaría y te tenían hasta catorce o quince días por ahí, para que te vieran los posibles acusadores. Y te daban entre tanto un trato que, cuando volvías, si tenías la suerte de volver, venías hecho migas. Los que llegaban, así venían en la mayoría de los casos. Así que nuevas preocupaciones añadidas para que el pensamiento siguiera trabajando a toda máquina. Yo tenía la convicción de que nadie, honradamente, podía acusarme de nada. Pero, como la honradez había desaparecido para dar paso a la animosidad, no cabía tener esperanza. Te juzgaban por lo que ponían en tu expediente. Aquí hay una denuncia por la que te juzgan y en paz, sin más testigos de cargo, ni nadie que te defienda. Salvo el defensor de turno, que se limitaba a decir: “Que sea benévolo el tribunal.”

Pasaban los días y todo seguía igual para mí. Yo pensaba “Como no firmé nada ni me obligaron mayormente, serán investigaciones que, a lo mejor, no tienen nada que ver conmigo.” Seguramente esto lo pensaba para tranquili-

zarme. Aunque nunca estuve tranquilo. Aquello me trabajaba, sabiendo cómo las gastaban. A todo esto, los acontecimientos internacionales se precipitaban. De día en día se palpaba que la guerra era inevitable. En algo teníamos que poner un rayo de esperanzas. Y pensábamos que todo podría dar un nuevo giro y podríamos salir beneficiados: peor no podíamos ir. No teníamos nada que perder y, como ningún perdido puede ir a menos, ¡adelante con las ilusiones! Pero, ¡ay! Esto sería a últimos de agosto¹: el tratado Hitler-Stalin. Nos quedamos de piedra. Les decíamos a los comunistas: “¿Qué pasa ahora, qué pasa con el padrecito, como ustedes le llaman?” Entraron aquel día los periódicos llenos de banderas nazis y soviéticas fotografiadas en el aeropuerto de Moscú. Ribbentrop y Molotov fotografiados. ¡Vaya jarro de agua fresca para nuestras esperanzas! Nada hubiese sucedido con pacto o sin pacto para nosotros, pero, como es tan difícil perder del todo la ilusión, ahí la teníamos, por el momento.

Llegó el estallido de la guerra y, para nosotros, todo seguía exactamente como antes. Seguían las ejecuciones al mismo ritmo. Y, por otro lado, los avances relámpago de los alemanes, que nos resistíamos a creerlos, pero que, en el fondo, eran ciertos, y lo sabíamos, por muchas objeciones y argumentos que nos planteásemos para seguir con la esperanza puesta en algo. En algo que nunca llegó. Más bien al contrario. Las naciones, todas con sus grandes problemas bélicos, no tenían tiempo de mirar lo que pasaba en España. Y Franco, el más asesino que hayan conocido los tiempos modernos y menos modernos, quedó con sus manos ensangrentadas, libre para seguir cometiendo crímenes. Con sus tribunales militares marchando a toda máquina, pidiendo penas de muerte. Tribunales compuestos de militares asesinos, como su amo y su caudillo. ¿Cuántos madrileños habrán sido ejecutados por haberlos denunciado de participar en el asalto al cuartel de la Montaña? ¿Cuántos catalanes por el cuartel de Atarazanas? ¿Cuántos asturianos por el cuartel de Simancas? ¿Cuántos andaluces por hacer resistencia en los pueblos de Andalucía a la sublevación fascista y clerical reaccionaria? Fue una gran gesta de todo un pueblo que defendía su libertad, su libertad legal. Un régimen legalmente constituido. Para nada tuvieron en cuenta esas circunstancias una vez que habían ganado la guerra con la participación descarada de Alemania y de Italia. Podemos creer que se trataba de una venganza: se sentían inferiores. Resistimos tres años, con una inferioridad de material bélico de uno a cincuenta, en todos los órdenes. Esa espina los militares la tenían clavada y, cuando llegó la derrota, con ella llegó la venganza cobarde y miserable.

1 El Pacto Germano-Soviético lo firmaron el 23 de agosto de 1939 (MVA)

Hablan todavía de Paracuellos de Jarama. Será cierto. Pero según dicen, fue a raíz de un bombardeo sobre Madrid, que se contaban los muertos por centenares. Fue en un momento, según contaban los madrileños, de rabia incontenible, de un pueblo que no pudo contener su ira ante sus muertos. Pero, ¿qué dicen de la Plaza de toros de Badajoz? ¿No se acuerdan? ¿No se han enterado? Pues, sí, en Badajoz hicieron una masacre de todos los milicianos que cogieron y soldados de reemplazo. Hicieron resistencia a las fuerzas atacantes. Legionarios y moros los mandaba el entonces coronel Yagüe. Los rechazaron el primer día que atacaron. Al segundo, no pudieron resistir la superioridad en fuerzas y armamentos. Muchos cayeron prisioneros en el momento del asalto, otros huyeron a Portugal. Pero el dictador portugués, asesino de su pueblo como Franco del suyo, no dejó escapar ni a uno: todos se los entregó al asesino Yagüe, el coronel que mandaba en aquel tercio. Todos a la plaza de toros. Por grupos los ponían frente a las ametralladoras que ya estaban emplazadas. Una vez asesinado aquel grupo, los mismos prisioneros los tenían que cargar al camión y otra tanda. Y así hasta terminar con todos: tanto milicianos como paisanos. Unos dos mil quinientos. Y eso fue antes que lo de Paracuellos. Cuando tomaron Badajoz, en agosto de 1936. Cuando alguien le preguntó a Yagüe por los prisioneros, dijo lo que había hecho. No podía hacer otra cosa. No podía dejar la retaguardia llena de enemigos. Eso es el honor de nuestros militares, respeto para los vencidos. (Lo de Paracuellos se trata de presos fascistas que estaban comprometidos en la sublevación y fueron ejecutados por el pueblo, a raíz de un bombardeo sobre Madrid.).

Todo hay que decirlo: me he salido un poco del tema carcelario para hablar de las guerras, la nuestra y la mundial, con sus tremendas consecuencias.

En el mes de septiembre, me llaman otra vez a la oficina. Me dicen que tenía visita. “¿Quién será?”, me preguntaba yo. “¿Serán los mismos falangistas que vinieron con aquellos papeles?” No. Se trataba de Solís, del abogado, que pasaba para Ávila, para el asunto de mi hermano, y mis padres le dijeron que se pasara por Madrid para ver qué se podía hacer por mi asunto y, al mismo tiempo, mi tío político Jerónimo le encargó que, si tenía alguna influencia, la empleara para ver si me podían liberar. Les contestó:

— ¡Claro que sí! A Miguel me lo traigo conmigo para Jerez.

Pero le pidió, me parece, unas 5.000 pesetas en aquel momento. Mi tío le dijo:

— Cuando vengas con Miguel, en ese momento, te las doy. Antes, no.

Mi tío lo conocía bien: era un aprovechado, un granuja.

Nos saludamos amigablemente. Me da otras veinticinco pesetas. Era un buen dinero en aquellos tiempos. Cinco mil pesetas era una fortuna. Me pregunta si ya me han procesado. Le dije que sí. Me dice:

— ¿Sabes, por casualidad, el número del sumarísimo?

— Pues, sí. Me lo dijo el juez que me tomó declaración: 2016.

Me parece que me dijo el juzgado a que pertenecía, en las Salesas, no sé si así les decían a los juzgados por el sitio donde estaban ubicados o por otra razón. Los madrileños así los nombraban también. Pasaríamos unos diez minutos de conversación. Entre tanto, me dice que pasaría a ver mi expediente y si podía quería tratar de ver al auditor o a alguien para ver si conseguía aligerar al asunto y si podía conseguir una condena mínima o la libertad. Yo no le mencioné para nada los tres falangistas que me habían hecho aquellas preguntas. Como tampoco había firmado nada, no quise darle ninguna explicación. Nos despedimos, pero, antes de marcharse, me dijo que si tenía buenas noticias cuando viera mi expediente pasaría a verme si le quedaba tiempo. No pasó. Como no me dijo seguro que pasaría, no le di ninguna importancia. Pero, ¡ay!, cuando recibo la primera carta de Jerez, de mi hermana Anita, ya Solís había regresado. En efecto, había visto mi expediente, y todo aquello que me habían preguntado los falangistas, y que yo no firmé ni me dijeron que firmara, todo, estaba en mi sumarisimo. Y así se lo dijo a mi tío, que fue al primero que vio, y le dijo que mi asunto estaba muy liado. Cuando leí la carta, mis compañeros de celda me preguntaban si tenía malas noticias de la familia. Les expliqué de lo que se trataba y lo grave que yo veía el problema. ¿Quién podía acusarme a mí de aquello? Por más vueltas que le doy, no alcanzo a comprender quién.

¿Sería el guardia civil Vera? No lo sé. Vera era un guardia civil que pertenecía a la brigada de investigación social y le gustaba darle al vergajo y demás utensilios que tenían en el cuartel cuando cogían a algún militante de la C.N.T. Habían cogido, cuando el movimiento revolucionario de Asturias, a muchos compañeros destacados en Jerez. Entre ellos a un compañero, ladrillero de profesión, no recuerdo exactamente su apellido, me parece que se llamaba Domínguez. Le decíamos el Raspador, no sé si tenía algo que ver con la profesión que ejercía. Lo cierto es que le dieron una paliza que lo dejaron hecho migas. Y se prometió que se las pagarían. A este compañero lo pusieron en libertad a principios de enero de 1936. Yo y muchos compañeros estábamos fuera de Jerez porque nos buscaban. Ya referí anteriormente que me tuve que ir cuando cogieron a Antonio Solano en el cortijo donde trabajábamos, a consecuencia de unas pistolas. Trabajábamos muchos compañeros en el canal del Viar, en una colectividad, creo que ya hice referencia. A nosotros nos buscaban, pero no nos conocían personalmente la Policía ni la guardia civil. Y fuimos los tres amigos, Antonio Franco Orellana, Julio Jiménez Correa y yo, un día fuimos a la cárcel a ver a algunos compañeros. Entre ellos mi hermano Cristóbal. Cuento algo que nos sucedió. Cuando salimos de comunicar, nos paramos frente a la puerta de la cárcel, a unos cincuenta metros. Era una plaza donde estaba la cárcel, la plaza de Belén.

Esperábamos a una compañera que comunicaba con un familiar. En esas que vemos un policía que entra en la cárcel. Un secreta que nosotros conocíamos, pero no creo que él nos conociera. Al momento sale de la puerta y enfila para nosotros con mucha diligencia. Les digo:

—Éste viene en busca de nosotros. Ya veremos qué pasa.

Y Antonio, que tenía mucha calma dice:

—Nada de movernos. Cuando esté cerca, los tres al mismo tiempo nos metemos las manos al bolsillo. Veremos cómo reacciona.

Y, en efecto, cuando estuvo bastante cerca, los tres nos echamos las manos al bolsillo. Y dio un giro de más de ciento ochenta grados. Pero nosotros la verdad que no teníamos armas en ese momento, y que si como venía solo hubiese venido con otro, seguro que no hubiese pasado la cosa lo mismo: tendríamos que haber salido por pies. A todo esto, nosotros no habíamos visto a Domínguez. Sabíamos que estaba en libertad. Ya pasaban tres o cuatro días que nosotros estábamos en Jerez. Creo que era miércoles cuando decidimos de marcharnos para Sevilla para, desde Sevilla, coger el autobús que nos aproximara al tajo. Yo me fui para Utrera, para ver a mis padres, que estaban en Utrera. Mi padre trabajaba de jefe de maniobras en Utrera. Pensamos reunirnos en Sevilla el jueves, quedarnos en Sevilla y el viernes salir para el canal del Viar. Pero después de haberme ido yo para Utrera mis dos compañeros, por casualidad, se encuentran con Domínguez, que no había olvidado el meneo que le habían dado cuando lo cogieron. Se calentaron los tres y allá que fueron en busca del Vera. Se tirotearon los tres con otros tres o cuatro guardias. Al Vera lo hirien y mis compañeros se escapan. Pero al día siguiente, jueves por la mañana, los localiza en Arcos de la Frontera la guardia civil, en un bar que se disponían a tomar café. Los acorralan y se lían a tiros unos con otros dentro del bar. En el enfrentamiento murieron Antonio Franco Orellana y Julio Jiménez Correa. También muere un teniente de la guardia civil. A Domínguez lo hirien bastante grave. Lo creían muerto, por eso no lo remataron. En principio todos creían que yo estaba metido en el asunto. Nada tuve que ver. Si yo no me hubiese ido a lo mejor no hubiesen pasado las cosas como pasaron. Fue una ligereza que se pagó muy cara. A Domínguez, como le cogió preso el 18 de julio de 1936, lo fisilaron de inmediato. Yo dormí esa noche en Utrera, miércoles. Increíble, si se quiere, pero soñé que nos habían acorralado en una venta; que alguien nos había delatado; como siempre que sabe uno que lo buscan, piensa uno que lo pueden coger por cualquier circunstancia. Por la mañana del jueves me fui para Sevilla, para esperar a mis compañeros como habíamos quedado el día anterior. Fui a la federación local de sindicatos, para vernos allí, que fue donde quedamos en encontramos. Al poco de estar allí, llega un compa-

ñero que también trabajaba con nosotros en el canal, Antonio Centeno, bastante amigo nuestro. Lo primero que me dice:

—¿Qué haces tú aquí, cómo te has escapado?

Yo me quedé algo sorprendido. “¿Por qué me dirá éste que cómo me he escapado?” Le digo:

—Bueno, pero ¿qué es lo que pasa? ¿A qué viene todo esto?

—¡Ah!, ¿es que tú no sabes lo que pasa en vuestro equipo?

—Como no te aclares —le dije—, no tengo ni idea de lo que me estás hablando.

Otro que no podía creer que yo no estuviese metido en aquel asunto tan lamentable. En ese momento se saca el periódico del bolsillo y me lo da, con unos titulares enormes comentando lo que acababa de suceder. Me quedé helado. Yo que los esperaba de un momento a otro. ¡Qué golpe, qué mazazo! Saberlos muertos cuando nos despedimos veinticuatro horas antes sin pensar que ya no nos volveríamos a ver más. Por una ligereza que a nada podía conducir. Pero aquellos tiempos así eran: represiones bestiales y venganzas que se imponían. Las fuerzas del orden eran bestiales, verdaderos torturadores, sádicos y groseros. Cuando cogían a cualquier compañero, si se trataba de que fuese casado, le decían que estaban jodiendo a su mujer, a su madre, a las hermanas, a las novias. Tenían la versación más grosera y asquerosa que se pueda imaginar. Ya se tratase de la policía o las demás fuerzas que se dedicaban a la investigación social. Salvo las pocas excepciones, porque todos los que estaban en esos servicios eran especiales, cortados por el mismo patrón. De hijo de puta no te bajaban. Te decían cuantas indecencias puedan decirse, saliendo en la indecente conversación desde la madre hasta llegar a las novias si eras soltero. Toda la familia salía al baile.

VUELTA AL RELATO CARCELARIO.

En este episodio que acabo de relatar, al guardia civil Vera en aquel lamentable suceso lo hirieron solamente algo grave. Lo trasladaron después de algún tiempo en un hospital militar, me parece que de Cádiz, a otro hospital de Madrid. Sigue en activo en la guardia republicana, que pasó a llamarse la guardia civil. Y, la casualidad: lo mandan no sé a qué cosa (estaba de ordenanza con un jefe de la guardia nacional republicana) a la calle Padilla, nº 38, que había varias oficinas militares, entre ellas la representación de nuestra Brigada, la 149, y la casualidad que lo vio Molina y lo hacen detener. Molina

era el amigo que intervino al principio cuando me detuvieron el día 18 de julio. Yo en ese tiempo era cuando estaba pagando a los heridos de la 16 División y paraba en la representación de la brigada en calle Padilla. Nada más llegar yo de mi trabajo del hospital y me dicen que habían detenido al Vera. Yo no hablé con él para nada, ni sé si me vio siquiera. Yo lo vi a través de un espejo muy grande que había. Él estaba sentado de espaldas a la puerta de entrada de aquel despacho y el espejo estaba al otro lado de la mesa y por fuerza lo tenía que ver. Pero yo no hablé con él ni una palabra. No sé ni siquiera si se apercibió de mi presencia. Lo cierto es que me dio no sé qué de decirle nada. Estaba tan deshecho que no quise hablarle siquiera. Fue un momento lo que yo estuve allí. Se lo llevaron al estado mayor de la brigada (al puesto de mando) a la carretera de Extremadura y allí estaba un amigo mío de Carmona, que empezó diciéndole que si no me conocía, que yo le había hablado muchas veces de que él había estado muchas veces en mi casa a buscarme. El otro se disculpaba diciendo que a él lo mandaban. En definitiva, yo sospecho que podía ser el Vera quien podía haberme denunciado. Yo, que ni siquiera hablé una palabra con él. Nada le ocurrió. Cuando pasó eso, ya todo estaba controlado por el gobierno y eran los tribunales quienes intervenían. Estuvo algún tiempo preso y nada más. Yo sospecho que pudo haber sido él. Pero seguro, nada.

TRASLADO A LA PRISIÓN PORLIER. SERÍA A ÚLTIMOS DE AGOSTO MÁS O MENOS, 1939.

Y un día de buenas a primeras nos dicen que nos preparáramos todos, que nos trasladarían a las diferentes prisiones que había por todo Madrid. A nadie le gustó que nos trasladaran. Pero eso no contaba: decían que había que desalojar aquella cárcel. En principio, pensamos "Si vamos todos juntos los del grupo, nos adaptaremos. ¡Qué remedio queda!" Hasta que la suerte de cada uno se vaya decidiendo: pero nada, no sé si por letra de los apellidos o cómo fue. Lo cierto es que el grupo de los andaluces, como nos decían, se deshizo. Unos para un sitio y otros para otro. A mí me tocó solo para la prisión Porlier. A conocer caras nuevas y situaciones nuevas. También trasladaron a Porlier a Victor Rincón, de nuestra redada, y a José Infantes. Pero esos compañeros que ya estaban condenados a muerte estaban separados de los que estábamos pendientes de ser juzgados. Todos los condenados a muerte de la prisión de San Lorenzo, esos fueron todos a Porlier. El traslado fue bastante

desagradable. Nos amarraron unos con cuerdas, otros con alambres. Al poco tiempo de estar en San Lorenzo, me hice con una colchoneta de alguien que se llevaron no sé a dónde, pero, al trasladarnos a Porlier, la tuve que dejar. La manta y la poca ropa que teníamos era lo que se podía llevar. En San Lorenzo, aun estando bastante estrechos, podíamos darnos la vuelta en la cama cuando queríamos, sin molestarnos, pero en Porlier aquello cambió. Yo estaba en la sexta galería. Éramos unos mil doscientos. El suelo era de madera. Nos pertenecía a cada uno unos cincuenta centímetros a lo ancho. El ancho de la galería no recuerdo más o menos cómo era, pero donde terminaban los pies de la fila que había tenido la suerte de coger un sitio junto a la pared, allí empezaba otra fila. Y así sucesivamente, hasta juntarse con la fila de la otra pared, que también tenían la suerte de tener la cabeza junto a la pared. Total, cruzados los cuerpos más o menos. Algo espantoso el hacinamiento. Indescriptible cómo resiste el cuerpo humano. Muy pocos servicios. Unas colas en los servicios interminables. Horas y más horas en espera de que te tocara. Todo muy sucio, aun cuando había servicios de limpieza, la aglomeración no permitía otra cosa. No teníamos espacio apenas para andar. Era como si estuviésemos en un paseo ferial cuando la aglomeración es mayor, que las personas se tocan unas con otras. Así era aquel infierno. En Porlier, en total, estábamos reclusos unos seis mil doscientos en la época en que yo estuve, 1939.

Yo, cuando supe la denuncia que pesaba sobre mí, no pensaba más que si se me presentara una ocasión y poderme escapar, sería la mejor solución a mi problema. Porque que aquello fuera mentira eso no contaba para nada. La denuncia, quien fuera que la había puesto, ya estaba en el sumarísimo 2016, que era el mío. Yo sabía que todo aquello era un montaje. Y que nadie honradamente podía acusarme a mí de nada delictivo. Durante el período de la guerra, jamás se me pasó por la cabeza de relacionarme con cosas que para mí, aun comprendiendo que estaban más que justificadas, para mí me hubiesen venido muy grandes. Por tanto mantuve siempre distancia de todo lo que se relacionara con servicios especiales. De todas formas yo tenía la convicción de que a mí me tenían muchas ganas los falangistas de Jerez, nos habíamos enfrentado varias veces en la calle y eso no lo perdonarían por nada. La primera vez que se presentó Solís, el abogado de marras, en la cárcel de San Lorenzo, de seguida me largó:

—Tú pertenecías a las Juventudes Libertarias y además fuiste de la comisión organizadora del Ateneo Libertario.

Le dije que eso estaba dentro de la Ley.

—Sí, pero ahora no—. Fue lo que me contestó.

Así que él sabía todo eso. Y se informaría seguramente en el cuartel de falange, que lo tenían todo bien anotado. Así como también me dijo que el día 18 de julio me cogieron con una pistola. Todo eso lo tenían bien anotado. Yo sabía que si me cogían lo pasaría mal. Así que cuando me trasladaron a Porlier perdí toda la esperanza. Ya a esperar que me llamaran para consejo de guerra. No recuerdo el tiempo que estuve en aquella prisión. Pero ¡qué tiempo tan amargo, qué malos tragos se pasaban! Ver cómo casi a diario sacaban un puñado de compañeros para ejecutarlos. ¡Qué noches tan largas sabiendo que de madrugada teníamos que sentir el camión que los llevaría al viaje sin retorno!

Por las tardes, cuando se sentía el ruido de una moto que era el que traía la lista (seguramente vendría de capitania general), todo el mundo se daba cuenta de que aquella noche salían unos cuantos. Se hacía, sin nadie proponérselo, durante un minuto, más o menos, un silencio tan angustioso de desesperanza y de impotencia, de resignación forzada; tragándose uno la amargura de no poder rebelarse de cualquier manera contra aquella situación de abuso e injusticias, matando en casi todos los casos a hombres y mujeres inocentes al cien por cien.

Los domingos nos juntábamos todos en el patio para escuchar la misa obligatoriamente. Cuando nos metían a todos allí, las filas nos tocábamos unos a otros. Teníamos que bajar formados, naturalmente. Al terminar aquella payasada de misa, teníamos que cantar el cara al sol, el himno de la falange. Digo de lo que se trataba por si alguien no sabe qué es eso. El himno fascista, en una palabra. Más el himno de los legionarios y el de los carlistas. Con la mano alzada, haciendo el saludo fascista. Cuando les parecía a aquella canalla de los guardianes que nos estaban vigilando desde los sitios estratégicos que tenían para vigilarnos, nos hacían repetir los cantos una y otra vez, diciendo que el cante estaba mal entonado y que lo hacíamos mal a conciencia. Terminaban casi siempre apartando a unos cuantos, poniéndolos en un rincón a cantar los himnos aquellos hasta que llegaba la hora del rancho, al medio día. Antes que nada, cuando terminaba el sermón de aquel representante de Cristo, yo diría del anticristo, el director de Porlier, que en aquella época era Amancio Tomé, daba unos cuantos vivas a Franco, a Cristo Rey y a todo lo que se le antojaba. Y teníamos que dar los vivas todos, a una voz. Después de todo este repertorio, nos quedábamos en el patio todos juntos hasta que llegaba la hora del rancho, los compañeros condenados a muerte y toda la prisión. Los primeros que desfilaban para arriba, cuando llegaba la hora de irnos para las galerías, eran los condenados a muerte, y después las demás galerías. Eso era cada domingo. Yo cada domingo me reunía con

Víctor Rincón y con José Infantes el tiempo que estábamos en el patio. Un día Víctor me dio una carta para que, cuando lo sacaran para fusilar, yo nada más tenía que ponerle la fecha y mandársela a su compañera. Estábamos juntos ese día Víctor, Infantes y un periodista asturiano, que se llamaba Javier Bueno, socialista, que ya estuvo condenado a muerte en octubre de 1934. Yo me guardé la carta. Me dijo que la leyera. Le dije que la leería cuando subiese a la galería, lo haría tranquilamente. La carta la había escrito Javier Bueno, por encargo naturalmente de Víctor. Víctor escribía muy mal. En fin leí la carta cuando subí. Ya nos podemos imaginar lo que es una carta de despedida del que se marcha para siempre en condiciones tan trágicas, y escrita por un hombre que sabía escribir.

Me guardé la misiva para cumplir ese doloroso cometido cuando llegara el fatal desenlace. No pude cumplir aquella triste misión. La carta la conservaba yo en mi poder hasta que me la quitaron en un registro. Más adelante diré cómo pasó la cosa. Seguíamos siempre con la misma monotonía y la angustia en el cuello de ver impotentes cómo continuaban aniquilando a tantas personas sin ninguna piedad, tanto mujeres como hombres, era igual para ellos, todo se lo llevaban por delante. Increíble, pero así era.

Una noche, sería a últimos de septiembre o primeros de octubre, por esas fechas más o menos, me tocó hacer imaginaria. Nos obligaban por aquellas fechas a los que designaban por los grupos. Cada grupo estaba compuesto por unos cuarenta presos, y un preso era responsable del grupo para formar y dar cuenta al guardián de la organización del grupo. Teníamos que estar dando paseos por medio de la galería para que todo el mundo callara, que no hablara nadie, cosa que los que querían hablar lo hacían por lo bajo. Aquella noche de mi imaginaria le tocó hacer el último viaje entre otros muchos a Javier Bueno, el periodista asturiano que escribió la carta de despedida para la compañera de Víctor. Lo fusilaron el primero. Un par de meses antes fue una noche que no la olvidaré nunca. Aquel día, por la tarde concentraron a muchos presos de otras cárceles de Madrid en Porlier, presos condenados a muerte para ser ejecutados al amanecer, que venía el camión a buscarlos de madrugada. Yo como estaba haciendo imaginaria podía andar por la galería. Me fui a un sitio donde podía ver el rastrillo, que era un sitio donde los ponían hasta que se los llevaban. Javier Bueno lo recuerdo paseando por el rastrillo, con una gabardina echada por los hombros. Otros estaban sentados en el suelo. Otros paseaban arriba y abajo, resignados con su mala suerte.

Pero lo que más impresión me causó aquella noche era un grupo de muchachitas, seguramente diez o doce, todas muy jovencitas. Era difícil contarlas porque había muchas personas y todos moviéndose constantemente. Estas

chicas se entretenían jugando al abejorro. (Eso es un juego que consiste en ponerse tres personas de pie en fila, el de en medio con las manos en la boca haciendo el abejorro, y tratar de darle un coscorrón a uno de los que tiene al lado.) Así trataban de pasar la última noche de sus preciosas vidas aquellas lindas muchachitas. Cómo me impresionó aquello. Verlas tan jovencitas resignadas y dispuestas a morir con coraje. Había una versión por la prisión, y después la escuché en Francia. Hablaban de “La noche del fusilamiento de las Trece Rosas.” En Francia me hizo referencia un hermano de una de las fusiladas. Pero esas chicas fueron fusiladas antes, en agosto de 1939. Lo he leído en crónicas del siglo veinte. Todas aquellas chicas eran menores de dieciocho años. Todas las ejecutaron al mismo tiempo, el 8 de agosto. Así que no puedo decir que se tratara de las mismas que yo estaba viendo en el rastrillo aquella noche inolvidable para mí, de finales de octubre o principios de noviembre.

Pensaba más que nada en ellas. En aquellas bellezas con tanta vida que podían tener por delante de no habérselas arrebatado al comienzo. Pero, ¿cómo pensaban los verdugos que las condenaron a morir tan niñas? Esos militares miserables, corruptos y ruines, incapaces de ganar batallas con limpieza. ¿Dónde han sido capaces de ganar algo, como no haya sido con la colaboración del pueblo, que luego lo traicionarían? Siempre, salvo raras excepciones, unos miserables traidores al servicio de las castas privilegiadas. ¿Y qué pensar de los tenientes o capitanes de los que mandaban los pelotones de ejecución, que en la mayoría de los casos eran voluntarios? ¿Y aquellos mierdas de alféreces provisionales, que sin el uniforme no eran más que eso, mierda? Y qué duda cabe, le ganaron la guerra Hitler y Mussolini, con sus tropas y su poderío militar. Y sus comparsas de las democracias. ¿Y qué pensar de los soldaditos que también se han prestado voluntarios? De la guardia civil no vale la pena acordarse, de su comportamiento desde su creación, salvando excepciones, escasas por cierto.

Así que, sin tener la certeza que fuera aquella noche cuando ejecutaron a las Trece Rosas, como se dio en llamarlas, lo que es cierto que aquella noche había muchas muchachas en el rastrillo. Y que no era posible saber las que fueron porque había muchas personas juntas; y moviéndose continuamente la mayoría, otros sentados, muy pensativos. Pensando en su último momento. Yo estaba en un sitio, creo que era la segunda planta del edificio, en los lavabos. Y había unas rejas que daban frente al rastrillo. Y allí me iba de vez en cuando. Nos saludábamos con las manos entrelazadas. Las chicas nos enviaban besos y levantaban el puño cerrado o las manos entrelazadas en señal de coraje y de despedida.

Fue una de las noches más angustiosas de las que pasé en la prisión, entre tantas otras.

El día cinco de agosto de 1939 también fueron fusilados sesenta y tres miembros de las Juventudes Socialistas y las Juventudes Libertarias. Listas oficiales. Extraoficiales, muchos más.

Y para qué seguir contando lo que fueron los primeros años después de terminar la guerra en la zona que se mantuvo en poder del Gobierno republicano.

Y qué contar de la payasada del traslado de los restos de José Antonio desde Alicante a El Escorial. Por cada pueblo que pasaba, sacaban unos cuantos presos para ser ejecutados. Y aquel tipo no fue más que jefe y organizador de bandas de pistoleros y pistolero él. Que nosotros, los de las Juventudes Libertarias de Jerez lo conocíamos bastante bien y sus andanzas. Cuando llegaba a Jerez, lo esperaban en la estación del ferrocarril grupos de su banda, luciendo sus pistolas descaradamente, y salían formados con sus uniformes igual que los nazis. Que no vengan los cuentistas que se dan de historiadores, tanto españoles como extranjeros, pintándolo como un intelectual y modelo como persona. He leído elogios a ese personaje que dan asco leerlos. Era un chulo, un señorito al estilo del señorito andaluz. Tan petulante como repugnante. Poseído por el poder que lo respaldaba. Si, por mala suerte, le coge en zona fascista se hubiesen enterado de la mala leche que guardaba.

Se trata de otro intelectual, como el cuñadísimo de Franco, Serrano Suñer, que fue Ministro del Interior en los primeros tiempos, al terminar la Guerra Civil; que lo conocíamos los presos como el Enemigo Público número uno. Y que después fue también Ministro de Negocios Extranjeros. Y ya en la Guerra Mundial, le preguntó uno de los criminales de guerra alemanes que qué hacían con unos quince o veinte mil españoles que tenían en los campos de exterminio. Les respondió que se trataba de republicanos y que, por lo tanto, eran antiespañoles. Podían disponer de ellos a su antojo. Y así fueron exterminados. De esa clase de intelectuales teníamos los españoles.

Después, con la democracia, han salido muchas veces en la televisión, con los gobiernos socialistas, para vergüenza.

Y también el nazi belga Degrelle. Se han despachado a su gusto diciendo que los campos de concentración son una leyenda, eso no ha existido.

También hay otro premio nobel por ahí que se ofreció a terminar la guerra de chivato. Estaba dispuesto a ir donde lo mandaran. Él conocía a muchos intelectuales que eran de izquierdas y podía señalarlos para que sufrieran el castigo que se merecían, ser fusilados. Se trata de Camilo José Cela. Algo gro-

sero en su versación. Pero, gracias que la inmensa mayoría de los intelectuales españoles no eran así. Esos fueron los lameculos, los fascistas, la mierda.

Los de verdad mantuvieron la dignidad española por encima de prebendas y comodidades. Pasaron fatigas y miserias, si llegó el caso. Pero la dignidad la mantuvieron pese a todo. Y dejaron huellas por donde pasaron de su saber y enseñaron lo que sabían, que era mucho. Gracias a su abnegación y magnífico ejemplo, frente a los ruines que emplean su saber para congraciarse con los poderosos y medrar a costa de su bajeza. Y casarse con la niña bien de buena sociedad millonaria, si es posible, o la hija de un gran cacique que le pueda solucionar las demandas de su panza.

A CONFESAR Y A COMULGAR EN PORLIER

Un mal día (no quiero decir un buen día), nos dicen que iban a venir unos misioneros para que nos preparáramos los que quisiéramos confesar y comulgar. Yo, desde un principio, me decidí por no hacer ni lo uno ni lo otro (no estaba dispuesto a tantas humillaciones), una vez que dijeron que se trataba de que tenía que ser voluntariamente, que el que no quisiera podía hacer lo que mejor le pareciera.

Cuando llegó aquella cuadrilla de frailes muy altaneros, dando zancadas por medio de las galerías, como diciendo: “Estáis a nuestra merced y haremos con vosotros lo que nos plazca.” Siempre que podían nos decían: “El que confeséis no os libraré de responsabilidades. Tendréis que pagar vuestras culpas ante la Justicia. Dios os las perdonará, pero antes tendréis que responder ante los tribunales de los hombres.” Como eso lo teníamos más que asumido, las demás monsergas que nos contaran a mí me traían sin cuidado. Y la decisión ya la tenía yo tomada. Mientras dijeran que sería voluntariamente, mi voluntad no estaba por arrodillarme delante de ningún tipo y sacarle la lengua para tragarme la pantomima esa que llaman hostia o cuerpo de Cristo.

Cuando pasaron un par de días de estar por la prisión dando bandazos aquellos panzudos frailucos, pusieron una mesa y allí se pusieron algunos parásitos de aquellos con papel, para hacer la lista de los que estaban dispuestos a humillarse. También estaba en la mesa un oficial de prisiones (un falangista, que casi todos los oficiales lo eran) para que la coacción se dejara sentir. Naturalmente que sí.

Se apuntaron algunos. Entre tanto personal naturalmente tendría que haber católicos practicantes, pero la mayoría eran personajes miedosos y sin ninguna formación. Gente de manada, borreguil. Pero, en realidad, pocos, si comparamos los que entraron por el aro y la cantidad de presos que estábamos en Porlier: unos seis mil doscientos.

Como no fueron muchos, pues les dieron de desayunar chocolate y un cigarro puro. Y a algunos, los más mal trajeados, les dieron un mono. Y allá que presumían algunos, echando humo como una locomotora. Gentes inconscientes. Entre tanto personal, es lógico. Pero, en realidad, fueron pocos los que claudicaron.

Aquello de ir voluntario a apuntarse a la mesa que instalaron no daba el resultado que esperaban. Y al día siguiente fueron menos. Tenían que emplear otras normas más coercitivas para hacer claudicar al mayor número posible.

Nos forman en el patio. Hacen bajar a una galería y una vez formados, nos dicen que el que quiera confesar que levante la mano. Naturalmente haciendo el saludo fascista. La levantaron los que fueran, no muchos. Y empiezan a contar desde donde se ponían los guardianes las manos alzadas. Algo estúpido la forma de hacer. No estaban conformes como lo hacían. Entonces nos dicen, les dicen a los que tenían la mano alzada que bajen la mano. Y dicen: “Ahora los que no quieran confesar, que levanten la mano.” Casi no se veían los que no la levantaban. Aquello no les daba el resultado que ellos querían a toda costa.

A todo esto, los días seguían pasando. Yo conocí en la prisión a un chico que había sido seminarista. Era un maño, de Zaragoza y estuvo tres o cuatro años en un seminario de Huesca. Sabía mucho de religión. Se salió del seminario y militaba en el Movimiento Anarquista. Se había pasado de las filas del franquismo al campo republicano. Había desertado del ejército, según me contaba, con varios compañeros más, con armamento. Lo tenía mal, el porvenir. Ese chico era otro que decía: “Ni amarrado me hacen confesar o comulgar.” Él tenía muchos argumentos, porque sabía mucho de esas cosas. Había estudiado mucho esa materia. Recuerdo su apellido: se llamaba Maeztu. Nos hicimos muy amigos. Yo le preguntaba:

—¿Tú eras muy creyente antes?

—Me lo creía todo, al principio—me decía—. Me lo creía de pies juntillas, pero a medida que pasaba el tiempo y me daba cuenta de cómo eran aquellas gentes, me empezaba a preguntar muchas cosas, que se desdecían con el proceder de los que nos daban las clases.

Me contaba muchas de las cosas que siempre se han contado de lo que pasa en esos colectivos. Pero cuando el que las cuenta, si no es protagonista, al menos es coprotagonista de lo que acontece, les da uno mucho más crédito. En nuestras conversaciones me decía:

—¿Tú no ves todos los que estamos dispuestos a no dejarnos hacer? Pero ya verás lo que pasa al final. Muchos claudicarán. Las coacciones no han empezado en serio.

Ahora llaman a los jefes de grupo de los presos. Ya dije que los grupos se componían de unos cuarenta presos más o menos. Le dan un papel y les dicen: “Haces una lista de todos los que quieran confesar.” El jefe del grupo que yo pertenecía era un maestro de escuela. Me dijo:

—Mira ahora lo que han dado: papel para que apunte a los que estén dispuestos a confesar y comulgar. ¿Tú te apuntas?

—Apúntate tú—le digo—.

—Ah, no. Yo no me apunto.

—Pues sigue preguntando, pero conmigo no cuentes.

Total, entrega la lista con muy pocos. Al día siguiente, otra lista. Ahora con los nombres y apellidos (como siempre) de los que no querían confesar. Nos dice que tenía que hacer una lista de los que no querían confesar para entregársela al jefe de galería. Pues, ¡manos a la obra! :

—Tengo que entregar dos listas: una con los que están dispuestos a confesar y otra con los que no lo están—.

Yo le dije:

—A mí, con los no. Y no te equivoques, que no haya lugar a rectificaciones. Pero las coacciones seguían. A toda costa querían hacernos claudicar a todos. Nos hacían firmar una y otra vez. Unas veces nos decían: “¡Que salgan de las filas los que quieran confesar!” Otras, al contrario: “Que salgan los que no quieran.”

Así pasaron siete u ocho días, o más. Consiguieron que muchos claudicaran. No llegaría ni a la mitad. Unos dos mil, seguramente. Se justificaban como les parecía. Pero ellos no se salieron con la suya. Querían a toda costa hacernos pasar por aquella humillación, porque, en realidad, no era otra cosa lo que deseaban. Nunca dijeron que era forzosamente, a pesar de las coacciones y las charlas que nos daban cada día mientras estuvieron allí los gaudules aquellos.

Yo, por mi parte, desde el primer momento me planteé la cosa: Mientras digan que es a voluntad de cada uno, la decisión estaba tomada: No. Bastante estábamos tragando a la fuerza para, voluntariamente, arrodillarnos delante

de un parásito. Siempre que me planteo, después de tantos años transcurridos, aquella situación, me siento tan satisfecho como si me hubiera comido un pavo. ¿Quién es nadie para hacer de intermediario y meterse en mi vida privada sin yo pedirle consejos? Y más, tratándose de zánganos que son los que tendrían que rendir cuentas de quién sabe cuántas fechorías.

Una vez pasado este paréntesis de las confesiones, ya se marcharon los frailes con la música a otra parte. Tenía clavado en la cabeza la noche que se juntaron las chicas tan jóvenes para ser fusiladas al amanecer y todos aquellos compañeros. Me preguntaba: “¿No les dará vergüenza de venir a pedirnos que confesemos nosotros? Ellos, que sabían los crímenes que se estaban cometiendo y no eran capaces de mover un dedo, eran cómplices de todas esas infamias. Lo sabían perfectamente y lo aceptaban. ¡Que confiesen ellos sus culpas!

ALBAÑILES VOLUNTARIOS PARA TRABAJAR. ¡ME APUNTO!

Fue después de pasados algunos días de todas estas cosas a las que termino de hacer referencia.

Se presentaron los oficiales de la prisión con unos papeles en blanco y se los dieron a algunos jefes de grupo. Al mío le tocó. Me apuntó inmediatamente y algunos más, las listas eran limitadas. Necesitaban un determinado número de trabajadores. Yo me apunté con poca convicción de que aquello llegara a algo positivo. Yo no dejaba de pensar en una ocasión de fuga. Y de Porlier era una idea muy remota poder escapar. De allí, una fuga, era algo quimérico.

Después de que hicieron las listas, pasaron días y más días sin ningún resultado. El primer domingo después de que hicieran, como de costumbre, después de la misa, me reuní con Víctor e Infantes, los compañeros que estaban condenados a muerte cuando nos trasladaron de San Lorenzo a Porlier. Les dije que me había apuntado para trabajar con la perspectiva de escaparme a la primera ocasión, que yo trataría de propiciar. Lo vieron como una idea genial y me recomendaron que no perdiera el tiempo, ya que yo estaba procesado y, en cualquier momento, podía ser llamado a consejo de guerra. Y, si eso ocurría, bien podía darme por perdido, ya que ellos estaban al corriente de la denuncia que tenía.

En fin, cuando llegó la hora, nos despedimos por si, en la semana que empezaba, aquello daba resultado, lo del trabajo. Les prometí que cumpliría lo de enviarle la carta a su compañera, si no tenía suerte de ser indultado antes. Podía darse el caso hipotético, pero no se dio tal cosa. Hicimos comentarios de la noche que se llevaron a Javier Bueno y a las chicas que también sacaron aquella misma noche. Y de los que sacaron también de la galería en compañía de Javier. Me parece que fueron ocho, entre ellos un padre y su hijo. Que cuando nombraron a uno de los dos, fueron a despedirse y dice el que llevaba la lista: “Espere, espere un momento.” Y los dos se los llevaron juntos. Así me lo comentaron aquellos compañeros.

Ya no los volví a ver más. Nos despedimos como cada semana al desfilarse cada uno para su galería. Hasta... nunca. Los dos los fusilaron en el mes de diciembre, sobre el veinte y algo. Con un día de intervalo. Primero fue José Infantes y, al siguiente día, Víctor.

Todo esto se sabía siempre, o sea, con frecuencia. Había traslados de una a otra prisión y las noticias se filtraban con bastante exactitud.

Cuando yo me apunté para trabajar, las críticas no faltaron de algunos compañeros conocidos de la guerra. Yo les decía cuando se dirigían a mí directamente que cada uno podía hacer lo que mejor entendiera que debía hacer, siempre que no perjudicase a los demás. Un día se dirigió a mí un compañero de un pueblo de aquí, de la provincia de Sevilla, de Gerena concretamente. Yo tenía bastante confianza con él. Me dijo:

—Parece mentira que te hayas apuntado a trabajar para estas gentes, Vega.

Este compañero se llamaba Antonio Quesada. Le dije:

—Yo me he apuntado para trabajar para mí, exclusivamente. Que cada uno, en la situación en que nos encontramos, sin perjudicar a nadie concretamente, debe hacer lo que mejor entienda.

Nos hicimos comentarios de los días que habían pasado los frailes dando la carga y coaccionándonos para hacer claudicar al mayor número posible de presos. Le dije que yo no me ocupaba de los que habían claudicado o no, pero estoy seguro que los que agacharon la cerviz les hubiese gustado que todos lo hubiésemos hecho, porque en realidad casi ninguno lo hizo de buena gana. Éste me dijo que él tampoco lo hizo. En consecuencia, éste quedó enterado de mis propósitos. Me deseó suerte. En primer lugar, que aquello de que nos sacaran a trabajar se hiciese realidad, porque aun hasta la fecha, no sabemos nada en concreto desde que se hicieron las listas. Me decía que no sería fácil una fuga de un campo de trabajo.

—Desde luego que no es fácil fugarse—, le decía yo, —pero lo que sí es imposible es fugarse de aquí. Y mi asunto no está nada claro, debido a las denuncias que tengo. Falsas, sin ninguna duda, pero eso no cuenta para nada. El tribunal no pide testigos: te juzga por lo que consta en el sumarísimo y en paz.

Pasaron un día o dos después que estuvimos haciendo estos comentarios, cuando llegan los papeles con las listas de los que iríamos a trabajar. Les dan los papeles a los jefes de grupo. Yo aparezco entre los que nos apuntamos. Nos dicen que nos preparemos, que vendrán a buscarnos a los que estamos en lista.

Busco por la galería al compañero Quesada, para despedirme. Hablamos un rato. Me decía que tuviese cuidado, que no me cogieran de nuevo si lograba fugarme, porque la paliza que me darían sería de muerte. Cosa que yo tenía por descontada, porque los que intentaron la fuga los dejaban listos, para el arrastre. Me deseó suerte y nos despedimos.

Lo encontré unos años más tarde, sería por 1945 o 1946. Él en libertad legalmente; yo en libertad, pero fuera de la Ley. Él sabía que yo me escapé. Supieron de mi fuga en la prisión de Porlier. Me lo dijo en aquel momento. Pero yo, para quitarle importancia, le dije que me cogieron un año después y que fui juzgado y tres años más tarde, salí en libertad. No quería que supieran mi situación más que los compañeros de mi más entera confianza. Más adelante contaré lo anecdótico de este encuentro. Y más anécdotas ocurridas a través de los años que pasé en condiciones de ilegalidad, que viví en compañía de mi compañera, amiga, esposa, hermana y todo. Que siempre estuvo a mi lado, con el coraje y la valentía que es imprescindible para afrontar situaciones difíciles. Con el coraje que se necesita para que el ánimo y el dinamismo y la moral se mantuviesen por encima de tantas adversidades, que no nos faltaron. Más adelante contaré todo cuanto para mí merece que se sepa con respecto a mi Mary-quilla. Merece un monumento. Que ya lo tiene desde que la conocí, en mi corazón. ¿Que hemos discutido? ¿Que nos hemos enfadado? En cincuenta y tres años de vida en común, ¿quién no ha discutido y no se habrá enfadado? Pero siempre la he querido y la quiero. Y sé que me quiere. Y la deseo con pasión... Me paro aquí. Me parece que me he salido del tema. Lo retomaré, pero nuestra vida en común requiere una mención especial. Y no se me quedará en el tintero.

A LA PRISIÓN DE SAN LORENZO NUEVAMENTE

Aquella misma tarde, se presentan unos camiones. Nos cargan como mercancía. De nuevo me encuentro en San Lorenzo. No sabíamos cuando salimos de Porlier a dónde nos llevarían, a un campo de concentración. Nos metieron en camiones cerrados y no veíamos el camino que llevábamos. Una vez en la puerta de la prisión de seguida me di cuenta que estábamos en otra cárcel. Me acordé de una copla que se canta por nuestra tierra, que dice

*El pájaro jerío
siempre güerve a su lugar
donde jiso su primer nío.*

Pensábamos que iríamos a un campamento, que no estaríamos entre rejas, pero al entrar en otra cárcel no nos dio buena espina, pero como no éramos nada, éramos presos del fascismo, y por tanto enemigos vencidos, y su interés no era otro que arruinarnos moralmente en todo cuanto les fuera posible. Al salir de la prisión de Porlier, antes de embarcarnos en los camiones, nos hicieron un cacheo para que no sacáramos ningún recado escrito o cualquier cosa que no les gustara a ellos, aun cuando será algo normal ciertas precauciones. La carta que yo tenía de Víctor para hacerla llegar a su compañera no me la cogieron al registrarme a la salida de Porlier, pero cuando llegamos a San Lorenzo nos lo pusieron todo patas arriba, la manta, la poca ropa que teníamos, todo lo fueron registrando meticulosamente, las cartas de la familia, todo lo registraban. Yo tenía la carta entre las cartas que guardaba de la familia. Pensé que al ver las cartas con fechas atrasadas y censuradas no pondrían demasiada atención y podría pasar, pero no pudo ser, la cogieron. Me preguntaron que por qué tenía yo aquella carta. Le dije que me la dio un compañero que estaba condenado a muerte para que se la mandara a su mujer si no lo indultaban. No le dieron importancia. Eso era cosa corriente, pero me la quitaron y la rajaron delante de mí. Me dijo aquel esbirro que ya se enteraría la señora de mi compañero si no tenía la suerte de ser indultado, porque yo de todas formas no lo sabría lo que sería de él. Hasta ahí lo que pasó con la misiva del compañero Víctor. A los siete u ocho meses después de mi fuga fui a Villanueva del Río y Minas, que vivía esta compañera con su hermana. Sabía la dirección porque la guardaba en la memoria, y no tuve la suerte de poderla ver. Vi a su hermana, que era la que vivía en la casa con su compañero, que trabajaba en la mina. Manolita, que así se llamaba la compañera de Víctor se había marchado a Barcelona con otra hermana al poco tiempo de haber fusilado al compañero. Pasamos un par de días en la prisión sin

saber qué sería lo del trabajo. En ese tiempo rumores de todas clases, bulos inventados en la misma cárcel con más o menos fundamentos, cosas propias de la inseguridad que siempre llevábamos por compañera.

UNA MAÑANA NOS TOCAN DIANA MÁS TEMPRANO QUE DE COSTUMBRE, NOS DAN EL CALDITO MAÑANERO Y AL CAMIÓN

No sabíamos dónde íbamos, pero aterrizamos en el Campo de Comillas, que yo desde luego no conocía más que de oídas. Supe que era allí donde nos encontrábamos por los compañeros de infortunio madrileños.

El Campo de Comillas se hizo célebre en toda España porque en las últimas elecciones, durante la propaganda electoral, Manuel Azaña, el último presidente de la república que entonces estaba en la oposición (me estoy refiriendo a principios del año 1936), reunió en dicho campo nada menos que algo más de medio millón de personas para un mitin de las últimas elecciones que se celebraron en libertad en España. De casi toda España fueron personas en diferentes medios de transporte, desde bicicletas, trenes, camiones y hasta a pie. Teniendo en cuenta las dificultades económicas de la época para las clases trabajadoras en España, ni que decir tiene que los que se desplazaron a pie muchos lo hicieron por darse ese gusto de decir “Fui a pie por escuchar y ver a Azaña.” Pero, ¡ay, cuán caro lo pagaron muchos aquella osadía, cuántos fueron fusilados solamente por ese delito, haberse desplazado a Madrid para escuchar a Azaña!, ¡cuántos perdieron su empleo!, y esos fueron los más afortunados. Conocí a dos peones camineros de los que fueron a Madrid. Ya eran bastante mayores de edad, de los que despidieron después de haber pasado dos o tres años de cárcel, en una situación de calamidad. (Peón caminero eran los hombres que se cuidaban de la vigilancia de las carreteras y limpieza de las cunetas. Aclaro esto porque ya eso es un empleo desaparecido. Ya las casillas de camineros, como se les conocía, prácticamente no existen; se ve alguna que otra en carreteras secundarias pero desafectadas, abandonadas, sin ventanas ni puertas, como calaveras descarnadas. Pero algunas aún conservan el letrero que tenían por encima de la puerta en letras de cerámica: “Peones Camineros.” Se miran con cierta nostalgia. Los que las conocimos habitadas, cuántas veces hemos parado en nuestros años jóvenes, cuando pasábamos en bicicleta para pedir agua para refrescarnos en los días

calurosos y también para guarecernos de la lluvia; amables que eran generalmente sus habitantes.) No sé si me he salido algo del tema, quizás sí, pero es interesante hacer referencia al Campo de Comillas y a tantas personas que por el solo hecho de haber acudido al mitin del último presidente de la República en la propaganda electoral de las elecciones que se celebraron el 16 de febrero de 1936, solo por ese hecho tuvieron los de la “Cruzada” motivo suficiente para fusilar a diestro y siniestro. Difícilmente se sabrá cuántas personas fueron ejecutadas por ese imperdonable delito. Colaboradores para estas fechorías, militares, clero corrupto, burguesía pucblerina, falangistas, guardia civil y demás elementos detestables de los pueblos, pero todos muy cristianos, muy católicos, y muy practicantes, asiduos de las misas dominicales. Miserables. Criminales.

Nada más apearnos de los camiones nos hacen formar, para formar cuadrilla, como acostumbraban a trabajar en Madrid en aquella época, que no sé si sigue la misma norma. La cuadrilla se componía de oficial y ayudante, y los peones eran los que tenían que traer el material al pie del tajo. Yo me puse como ayudante. Conforme estábamos formados, los jefes de obra, que también eran presos, “Tú y tú formáis cuadrilla,” sin conocernos ni mucho menos, puesto que llegábamos de diferentes cárceles. Incluso si éramos de la misma cárcel no era posible conocernos a todos. Mi compañero de cuadrilla era del partido comunista, y cuando supo que yo era de la C.N.T., porque se lo dije, como él me dijo que era del partido comunista, él era de Campamento, de un barrio madrileño, ya empezamos a no gustarnos, a no simpatizar. Chocábamos muchas veces y discutíamos, no nos entendíamos, y cuando hablábamos de política, de cuestiones sindicales, siempre chocábamos. Y un día le decía algo al jefe de obra, que era otro preso, del partido socialista, buena persona: me puso en otro tajo con otro; me puso como oficial. Yo hice mi trabajo. Al día siguiente, antes de empezar, nos pone otra vez juntos y nos dijo que lo mejor para los dos era que nos dejáramos de discusiones, que todos estábamos en las mismas condiciones, y ya que habíamos tenido la suerte de estar un poco mejor que entre rejas, no teníamos por qué hacernos la vida más amarga de lo que nos la hacían nuestro verdaderos enemigos. Pero nosotros no queríamos seguir formando cuadrilla juntos y se lo dijimos. Nos dijo que si podía lo arreglaría, pero de momento que siguiéramos. Porque al formar cuadrilla en principio las listas las tenían los responsables de la obra, que eran los militares, que eran los que controlaban todo aquello, y al uno lo hacían responsable del otro si se escapaba, o de lo que pasara, y por tanto no dependía de él. Seguimos sin poder darle solución a aquel mal entendernos entre nosotros. Tuvo una mala solución quizás para mi compañero de trabajo, no deseada por mí ni mucho menos, pero así ocurrió.

Al Campo de Comillas, como los falangistas sabían que en las chabolas que estábamos haciendo (eran verdaderas chabolas) casi todos los presos eran de Madrid, pues los jerifaltes falangistas de todos los barrios de Madrid pasaban constantemente por ver si encontraban a los más destacados conocidos de ellos. Aquellas visitas eran a diario, y apenas encontraban a un conocido que ellos tuviesen interés en fastidiarlo, en hundirlo para siempre, nueva denuncia, y en aquel momento lo devolvían a la cárcel de donde procediera. Y a aquel compañero de infortunio lo pescaron así; llegaron tres o cuatro esbirros de su barrio, lo denunciaron y se lo llevaron. No supe más de él. Los de su entorno decían que fue miembro de un comité en el barrio de Campamento. Diré de paso que todos los presos que estábamos allí trabajando, ninguno estábamos condenados. Todos estábamos o procesados o pendientes de ser procesados. Los que estábamos pendientes de ser llamados a consejo de guerra, una vez que nos juzgaban no salíamos ya de la cárcel. Diariamente se llevaban a algunos para los consejos y ya no volvían. Los dejaban en la cárcel y eran sustituidos por otros.

Así terminó aquel malentendido, que vino a liquidarlo quien menos lo deseábamos. El jefe de la obra me dijo:

—Forma cuadrilla con otro compañero conocido tuyo para dar cuenta a los responsables de la dirección—, aquello era obligado.

Yo le dije que me era indiferente. Insistía, me decía:

—Coge a un compañero de ayudante y sigues de oficial.

Yo no estaba por escoger a nadie. Pero a todo esto nos entendíamos bien un conocido de la cárcel que era de Andújar. Pertenecía al partido socialista. Me dice:

—Vega, ¿por qué no formamos equipo los dos?

Este compañero se llamaba Antonio Díaz Coba. Le dije:

—Me da igual, pero yo no escojo compañero, ya pondrán al que sea.

En ese momento me dice:

—Creo que sé lo que piensas y por eso no escoges compañero.

Le dije que no me había pasado eso por la cabeza. Me dice:

—Bueno, de todas formas le voy a decir a Emilio—, que así se llamaba el jefe —que vamos a formar equipo los dos.

—Como quieras—, le dije.

Empezamos juntos sin ningún problema. Todo marchaba bien entre nosotros. Ya les dije la denuncia que tenía yo en mi sumario, y él me dijo la suya, una por lo menos que él supiera. Le acusaban de haber sacado los santos de la iglesia, y los llevaron a un sitio para que no los fueran a quemar. Dice que los guardaban en un almacén y que no les ocurrió nada, y que además él y

los que intervinieron en aquello lo hicieron por orden del alcalde. Le pregunté que si sabía algo del alcalde. Me dijo que sabía que estaba condenado a muerte. Le dije que eso era delicado, por lo que se sabía de todos los que acusaban de esas cosas. Me dijo:

—Yo de todas formas pienso largarme de aquí, como tú.

—Pues no podemos perder mucho tiempo —le dije—, tenemos que buscar una ocasión.

Ya se habían fugado algunos pero con poca fortuna. Un día o dos después los tricaban, y, cómo los ponían de las torturas que les hacían, mejor que se hubiesen dejado matar, antes que los cogiesen vivos. Pasaban los días y nada de lo que ideábamos nos salía, todo tenía más inconvenientes que probabilidades. Yo llegué a pensar que una de las tardes de regreso a la cárcel, como al regresar era casi noche cerrada, tirarme del camión. Pero aquello era como un suicidio, con muy pocas posibilidades de éxito. Seguía pasando el tiempo, y con el tiempo que ya había transcurrido desde que me procesaron, lo más normal era que me llamaran para el consejo de guerra cualquier día, y si eso ocurría me consideraba perdido.

Y para mayor angustia se terminó de hacer una partida de aquellas chabolas y mientras tanto no prepararon para empezar otro tramo, nos llevamos en la cárcel sin salir a trabajar no sé cuántos días, aproximadamente un mes. Al empezar de nuevo no había que pensar que en el primer día caería la breva que esperábamos. Por fin empezamos a trabajar y no había manera de salir; la vigilancia cada vez más estrecha. Siempre estaban los falangistas encima. Pasaban lista cuando parábamos para comer, y al empezar el trabajo otra vez; por las tardes al subir a los camiones, al entrar en la cárcel, otra vez la lista. A todo esto ya creo que al principio dije que desde que me cogieron y me pude poner en contacto con las compañeras de la organización Mujeres Libres, hubo dos compañeras que se ocupaban de lavarme la ropa y traerme cada semana, así como traerme paquetes de comida cuando podían debido a tantas dificultades de toda índole que en aquellos tiempos eran tan difíciles de solucionar. Estas compañeras, una se llamaba Paquita Illescas; su hermana también colaboraba. La otra compañera se llamaba Marina; no sabía su apellido. Estaba usando un nombre supuesto porque la buscaban. Allí cada semana nos dejaban que nos trajeran la comida los que tenían familia una vez por semana, y los dejaban que comieran en compañía de sus familiares. A mí estas compañeras me parece que no faltaron ni una semana. Venía una u otra, o la hermana de Paquita Illescas. Algunas veces venían dos, Paquita y Marina, otras veces la hermana de Paquita, pero quizá no faltarían ni una semana. Se lo dije a estas compañeras, que si podía me fugaría, pero

le advertí a Paquita que seguramente tendría problemas porque era la que tenían la dirección de ella anotada. Me dijeron que no pensara en eso, en lo que podría sobrevenirles a ellas, que si yo podía escapar que lo hiciese cuanto antes sin pensar en nada. Lo interesante era salvar todo lo que se pudiese. ¡Qué mujeres con más agallas ha habido en momentos de peligro siempre! Entre tantas, la que tuve la suerte de encontrar por compañera. ¡Qué agallas tuvo siempre, y qué madre para nuestros hijos!

Cuando se habla de las mujeres, de la abnegación, en tiempos difíciles como los que nos tocó vivir a las generaciones de la guerra civil, cuánto se podría escribir, el sacrificio de madres por los hijos, de hermanas, de novias, hasta de amigas sin más interés que salvar de peligros inminentes a amigos. Cuánto se debería decir de lo que se sabe sobre estas heroínas anónimas. Jamás puedo olvidar sin emocionarme una mañana cuando marchábamos para el Campo de Comillas para trabajar, tuvo que parar el camión en el que yo iba en un cruce para que pasaran otros vehículos. Había una mujer con un canasto de mimbre. Eran unos canastos que usaban los vendedores ambulantes por aquella época. Eran alargados, de unos ochenta centímetros y una altura del borde de unos quince centímetros. Vendía plátanos. Se acerca al camión para ofrecer su mercancía; empieza a vender conforme le pedían. Todavía no había cobrado lo que repartía. Entre nosotros venía uno de Linares, de la provincia de Jaén. Había sido guardia de asalto. Era un tipo de éstos que toman las cosas un poco a la ligera y siempre estaba de broma. Le dice a la señora:

—Dése usted prisa en cobrar no sea que se vaya el camión, se quede sin mercancía, y sin dinero. Pero a Paco el Rojo le tiene usted que vender también. Tenga el dinero antes, que vamos para Comillas.

—¿Ustedes son presos?—dice la mujer.

—¿No está usted viendo que llevamos una escolta de gala?—, y señala a los falangistas.

La señora empieza a tirar plátanos al camión sin intención de cobrar nada. Protestábamos pero la señora decía que tenía deseos de darnos lo poco que podía, con lágrimas cayéndole a raudales. cualquiera puede adivinar la tragedia de aquella gran mujer. ¿Y las chicas que marchaban por las calles, y al pasar los camiones les decían cualquier cosa agradable de escuchar a ellas, y con disimulo se pasaban la mano por el pelo con el puño cerrado en señal de saludo? Valerosas al responder con aquel saludo, clandestino, pero nosotros lo agradecíamos: no estábamos del todo solos; se acordaban de que había presos.

Otro de los episodios esperpénticos que nos ocurrió al principio de empezar a trabajar es algo fuera de serie. Nos mejoraron el rancho y nos daban algún dinero. A la semana de estar trabajando nos dieron seis o siete pesetas.

El tipo que estaba de director al regresar nosotros a San Lorenzo era el mismo que estaba antes de trasladarnos a Porlier. Era un falangista de unos cincuenta años con muy malas intenciones y muy ladrón. Era el que organizaba las raterías cuando nos traían los paquetes de comida. De cada paquete les hacía apartar a los mismos presos encargados de recoger y repartir los paquetes lo que más le apetecía, y a continuación él se encargaba de hacer el reparto entre ellos. Ya dije que a mí una vez me entregaron el paquete totalmente sin nada, el envoltorio totalmente sin nada.

Nosotros no sabíamos por qué conducto nos dieron aquellas pesetas. Nos dieron aquel dinero en el tajo, miseria, pero nos venía bien. Algo podíamos comprar. Lo cierto es que se enteró aquel “chorizo”, que nos habían dado algunas pesetillas. Era lógico que se enterara porque nadie tenía por qué ocultar que nos habían dado aquella miseria. Y no fue enterarse cuando una tarde al llegar a la prisión, en vez de marchar cada uno como era costumbre a su galería, nos forman en el patio y nos dice que el dinero que nos habían dado lo teníamos que entregar, a él, que aquello era para la mejora del rancho. Así que fuimos pasando por la oficina y devolviendo el salario. El que ya lo había gastado tomaba nota para descontárselo si recibía algún giro de la familia. Nos advertía que no ocultáramos dinero, que teníamos que devolverlo. Unos lo devolvieron todo. El que lo había gastado tomaban nota. Yo lo devolví todo. Al día siguiente, alguno de los presos, hablando con los falangistas que nos custodiaban, les dijeron lo que había pasado al llegar a la cárcel. Los que nos custodiaban, al entregarnos en la cárcel, se marchaban a su cuartel y nada tenían que ver con lo que pasaba en la cárcel. Pero aquellos les contarían a sus jefes lo que les habían dicho los presos. Por la tarde, al llegar a la cárcel, al patio nuevamente, a formar en fila camino del despacho del director, lista en mano, con el dinero que cada uno había entregado la tarde anterior, y a devolverlo a cada preso íntegro, su miseria. Y a todo esto en presencia de otro falangista de los responsables de trabajo. Nos dijeron que aquello había sido un error. Pero los primeros que decían que se trataba de una ratería eran los falanges que nos guardaban. Se llamaba aquel puntal del nuevo régimen Cañizares, de nombre creo que Eduardo. Pero como chorizo, un verdadero ejemplar.

El tiempo seguía su curso y no había manera de poder realizar nuestros propósitos. Yo no dejaba de imaginar algo, de esconderme en la obra y esperar

la noche para escapar. Se lo proponía a mi compañero pero me hacía desistir. Argumentaba que nos encontrarían, y en ese caso todo estaría perdido. Tal vez tendría razón, pero yo tenía prisa. Temía que me llamaran a consejo, y en ese caso se esfumarían todas las esperanzas. Algunos días tenía verdadera angustia, pero quería decidirme con alguna posibilidad de éxito. Estábamos ya a últimos casi del año 1939. Llevaba procesado muchos meses, y cada día al llegar por la tarde a la prisión, con la angustia de que entre los que nombraban para consejo, que lo hacían a la llegada, estuviese yo, y en ese caso todo el tiempo que estuve esperanzado y buscando la oportunidad habría quedado reducido a una quimera. Entre tanto me llegó la noticia del fusilamiento de José Infantes y de Víctor Rincón. Fue el veintiuno o veintidós de diciembre de 1939, con un día de intervalo entre uno y otro. Primero fue Infantes, y al día siguiente Víctor. Se pasaron condenados a muerte desde mayo a diciembre. Muchos meses de angustia. No es para menos. Al llegar del consejo de guerra su aspecto era normal del todo, pero a medida que el tiempo pasaba generalmente se les notaba que cambiaba. Era cosa lógica. Cada noche veían cómo les iba ocurriendo a algunos de los compañeros de la galería, despedidas angustiosas, con encargos de hacer llegar a sus esposas, madres, hermanas o novias un recado de despedida. O a los hijos. Eran momentos que cada noche se repetían invariablemente, y que nos lo contaban cada domingo al reunirnos en la “cristiana misa”, y aquel cura representante de Dios en la tierra también presenciaba impasible, consintiendo aquellos crímenes. Y en casi todos los casos eran totalmente inocentes de lo que les imputaban. Y que el cura lo sabía. Lo sabían los mismos que nos condenaban. Los militares aquellos, mil veces malditos asesinos. Y el cinismo que empleaban algunos de los que llevaban las listas de los que tenían que salir para ser ejecutados. Contaban cosas de refinamiento y sadismo impropias de personas normales, sabiendo que dentro de pocas horas estarían muertos. Pero aún les parecía poco el castigo y se refinaban para aun el sufrimiento y la tortura llevarlos al último extremo. Increíble que existan personajes así. Bestias verdaderas de dos patas. Y los curas de la prisión lo sabían, seguidores de Cristo. Para mí los anticristos. No serían todos iguales, pero había tantos, y ¿a ninguno se le ocurría levantar la voz, si tanto Pío XI primero y Pío XII después eran dos pájaros que piaban con el mismo trino?

Franquistas, como todo el resto de cardenales y obispos y todo el resto de la manada salvo escasísimas excepciones. cuando el que llevaba la lista era uno de estos tipos sádicos, empezaba a manejar papeles como buscando algo. Pura falacia. Nada más abrir la cancela y ver los condenados la actitud de todos los que acompañaban a aquel esbirro ya sabían lo que les esperaba. Pero mientras empezaba a nombrar dejaba pasar algunos momentos para

mantenerlos a todos en vilo, y cuando pronunciaba un nombre dejaba algunos momentos hasta pronunciar el apellido siguiente. Nos contaban los compañeros que estaban viviendo aquellos meses de angustia las noches en vela, los momentos cuando se llevaban al compañero que dormía junto a él. También nos decían que había algunos de los oficiales que pasaban malos ratos cuando les tocaba hacer ese servicio, y a los que le era indiferente. Algunos nos contaban que cuando estaban arreglando sus pertenencias para que se las entregaran a sus familiares les decía el oficial:

—Darse prisa, a ver si ustedes creen que a mí me gusta esto. Yo estoy deseando de terminar.

Una vez que los sacaban de la galería se hacían cargo de ellos los que se encargaban de la custodia hasta el rastrillo que era donde esperaban la salida para el último viaje. Antes tenían que pasar para firmar su sentencia, que muchos se negaban.

QUIERO HACER UNA ACLARACIÓN: en estas narraciones se puede pensar que me salgo de los temas. Posiblemente, pero son hechos verdaderos que van ligados al acontecer de cada día unos a otros, y todo esto ocurría como lo estoy narrando. También es posible que repita algunas cosas. Si es así, no es mi intención. Más pronto negligencia por no haber coordinado con algunos apuntes los hechos con más orden. En lo sucesivo a ver si me sale mejor.

SE TERMINÓ EL MES DE DICIEMBRE DE 1939

Los últimos días de diciembre estuvimos sin trabajar. Algunos días de las fiestas los pasamos sin salir. Empezamos después de la fiesta de Reyes. Transcurría enero con las mismas características de siempre.

UN EPISODIO DESAGRADABLE.

A los muchos que se sucedían. En aquellas construcciones lógicamente había equipos de todos los relacionados con la construcción, carpinteros, pintores, herreros, electricistas, etcétera. Un día, ya a últimos del mes de enero, le dicen a un electricista que se quedara aquel día en la prisión. Era un muchacho bastante joven, muy alegrote. Era finito de constitución, pero muy dinámico. En aquella prisión hacían guardia los soldados. Como desde luego aquello no estaba construido para prisión, había sido un convento, el con-

vento de San Lorenzo, pues a los soldados, a falta de garitas, los ponían en los tejados, que dormían mejor, aparte de los que estaban por dentro y en los sitios más apropiados. Aquellas guardias las relevaban casi todos los días, y les daban las órdenes, según el que los mandaba. Casi generalmente el encargado de los centinelas era un alférez de aquellos provisionales, un hijo de perra casi siempre. Aquel muchacho se puso a trabajar en lo que le habían dicho que tenía que reparar, y naturalmente tenía que moverse de un sitio a otro, pero todo esto con rejas de por medio. A los soldados les dijeron que si veían moverse a alguien de un sitio para otro que le dieran el alto, y si no se hacía caso que le tiraran. Y ni corto ni perezoso, aquel chico trabajando como estaba dentro de una celda con su correspondiente reja que daba al patio interior, recibió un tiro que quedó instantáneo. Seguramente de otro chico de su misma edad, pero seguramente un verdadero ignorante, o un malvado de mala intención. Cuando entramos aquella tarde a la prisión inmediatamente nos enteramos por los cocineros. “Han matado a Marconi,” así lo llamábamos, y él contestaba como si fuera su verdadero nombre. Ni que decir tiene que se lo decíamos por el italiano que tantos progresos hizo con la electricidad. Es casi una costumbre llamar así a los electricistas en la construcción, pero ninguno se enfadaba generalmente. Le dijeron al electricista que se quedara para hacer algunas reparaciones.

Terminó enero y la oportunidad tan buscada no se presentaba, y yo cada día más inquieto debido al tiempo que hacía que estaba procesado. Algunas veces me desanimaba. Pensaba que tendría que hacerlo a la desesperada, a lo que saliera, una locura que casi con toda seguridad terminaría fracasando. Y yo estaba viendo que la obra avanzaba, y si se terminaba del todo regresaríamos cada uno a su prisión de origen, y en ese caso todo hubiese quedado en una esperanza que no llegó. Febrero estaba ya vencido. El tramo de viviendas que teníamos en construcción se terminaba. Quedaban los equipos que entraban después de la albañilería, y si no empezaban otra partida nosotros estábamos de más; no seríamos necesarios. Y se terminó aquel tramo de viviendas que tanto yo temía que se terminara porque creía que con aquel fin terminaban mis esperanzas. La muerte de la esperanza como título de uno de sus libros magníficos, Eduardo de Guzmán, que tan magníficamente dio a la luz pública tantas atrocidades como se cometían en aquellos años en las cárceles españolas y en los campos de concentración. En nada se diferenciaron de los campos alemanes en cuanto a atropellos y sadismo.

Cuando todo lo veía más alejado fue cuando más cerca estaba. Cuando menos podía yo sospechar que se acercaba el momento fue cuando se me puso al alcance de la mano. Se terminó aquel tramo. Nos dicen:

—El domingo saldrán ustedes al tajo, pero no para trabajar. Se dirá misa de campaña y estaremos en el tajo hasta por la tarde. Se dará rancho extraordinario, se repartirá un cuarto litro de vino por persona.

Pensé, “¿Será esta la última y única oportunidad para mí?”

DOMINGO VEINTICINCO DE FEBRERO DE MIL NOVECIENTOS CUARENTA

Así fue. El domingo 25 de febrero de 1940. Y no el 27 como consta en los papeles o documentación o expediente que tengo en mi poder de la Dirección General de Seguridad. Puede comprobarse que el 25 de febrero de 1940 fue domingo. Se supone o supongo que no querrían dar cuenta de inmediato de la fuga por si me cogían quitarse responsabilidad quien la tuviese.

Esta documentación se la mandaron a mi Mary-Quilla, a mi querida esposa, que fue la que estuvo en la Dirección General de Seguridad insistiendo una y otra vez para que buscaran el sumarisimo 2016, y por fin apareció en la Auditoría de Granada, cosa rara, según yo entiendo. Jamás estuve en Granada. Posiblemente al cabo de los años largarían los expedientes pendientes de juicio a las diferentes Auditorías de toda España. Nada interesante para mí lo que hicieran. Lo interesante es que no me cogieron más.

EN LA MAÑANA DEL DÍA 25 DE FEBRERO DE 1940, DOMINGO.

Nos levantamos como de costumbre a la hora habitual. Nos dieron el caldo del desayuno con un trozo de pan. De seguida llegaron los camiones y fuimos embarcando al mismo tiempo que pasaban lista. Al llegar al tajo y desembarcarnos nos formaron para pasar lista nuevamente y escuchar la misa. Pero antes de la misa fue el sermón, pero no del cura. Fue un capitán ingeniero que era una de los responsables de aquella obra. El sermón fue primero que nada, leemos una cartilla, diciéndonos que mucho cuidado cómo nos comportábamos; que después de la misa guardásemos la disciplina como

cada día; la vigilancia sería como de costumbre, y que a la guardia se le guardara todo el respeto; que si bien podíamos andar por todo el recinto de la obra, los guardias podían impedirnos de marchar por los sitios que ellos consideraran que no teníamos por qué acercarnos. Los guardias eran los falangistas. Al principio también nos hacían guardia la guardia civil. Después de todas estas advertencias llegaron las amenazas. Desde un principio la manera de hablarnos y de advertirnos cómo teníamos que comportarnos era una pura amenaza. Cuando creíamos que se terminaba aquella parrafada nos dice:

—Y ¡ay de aquel que piense o intente algo que se pueda confundir con un intento de fuga! Eso lo pagaría muy caro. El que piense eso que lo deseche antes de que sea tarde. De cien probabilidades no tenéis ni siquiera una de ganar la partida. De eso me encargo yo, y el que lo intente tiene todas las de perder.

Yo me dije “Tú di lo que quieras, pero como se presente la ocasión, te quedas sin mí.”

Y cuando creímos que ya estaba todo dicho empezó su gran discurso. Empezó diciendo aquél, con aspecto de canijo, que tenía menos carne que una bicicleta, pero con muy mala leche:

—Aquí, donde se dijo la gran mentira—, se estaba refiriendo al mitin que dio Azaña —en la propaganda electoral de 1936, aquí está la gran verdad. Abí lo estáis viendo. Ustedes mismos habéis contribuido con vuestro esfuerzo a esta verdad que nadie puede negar y que todo el mundo puede contemplar. Esta hermosa barriada de casas bien alineadas, parecidas a un ejército en formación correcta. Donde se dijo aquella mentira infame aquí aparece la verdad de la España naciente. Esta es nuestra España, no por la que ustedes habéis estado peleando, unos engañados y otros de mala fe.

Aparte de los insultos que metía en su peroración de vez en cuando, una vez terminado el discurso, nuevas advertencias para nuestro comportamiento durante el día. A continuación los cantes de rigor, el cara al sol de los falangistas, el himno de los requetés, el himno de los legionarios y los gritos de Franco repetidos tres veces, y arriba España, y España una, España grande, y España libre, y todas la humillaciones que se les antojaban hasta que nos dijeron “¡Rompan filas!”

De seguida de romper filas nos juntamos mi compañero de equipo y yo. Le dije:

—Antonio, tenemos que aprovechar hoy la ocasión si se nos presenta, pero que nosotros tenemos que hacer lo imposible para buscarla sin pensar siquiera en lo que acaba de decir este hijo... de perra.

Él me decía que estaba dispuesto, pero yo notaba algo que me mosqueaba, y le dije:

—Si tú tienes alguna duda o piensas alguna cosa que tú crees que debes dar marcha atrás hazlo sin titubeos. De mi parte estamos libres cada uno de hacer cada uno lo que crea más conveniente. Yo por mi parte sé lo que arriesgo, tanto si me quedo como si me fugo y me cogen. Tenemos pocas posibilidades de éxito, es verdad, pero algunas tenemos. y ningún perdido puede ir a menos. Si todo lo damos por perdido aquí, algo tenemos a ganar si lo intentamos fuera, puede ser todo a ganar o todo a perder. Hay que jugárselo todo a una carta, si estamos dispuestos.

—Sí, sí, desde luego. Yo estoy dispuesto a correr el riesgo que sea—, me contestaba. —Y como tenemos pensado nuestro camino, será ponernos en marcha siempre en dirección a Francia. Caminaremos por las noches y con mucha paciencia, sin querer forzar las cosas. Lo principal, salir de aquí y alejarnos de Madrid.

Muchos proyectos, pero lo que hacía falta era decisión y poder salir de allí. Después las circunstancias mandarían un poco. El resto seríamos nosotros a resolver.

Entre tanto, nosotros no hacíamos más que recorrer todo el recinto ojeando por dónde, si lográramos salir, podíamos entrar cuanto antes en Madrid, para confundirnos con el público y que pasaran unas cuantas horas antes de que nos echaran de menos. Si todo salía como nosotros planteábamos la cosa, pasarían por lo menos tres o cuatro horas.

Acordamos que sería después de la comida, o sea, del almuerzo. Entrarían algunas mujeres de los que les habían avisado por algún medio para que se acercaran, porque el domingo, como era costumbre, no salíamos de la prisión. Yo, desde luego, no le dije nada a las compañeras que regularmente venían cada semana. Como tomaban nota de quién venía, así no podían decir o achacarles que habían colaborado para la fuga. La dirección de Paquita, desde luego, sí la tenían. Y tuvo que sufrir las consecuencias.

Y LLEGÓ LA HORA DEL ALMUERZO.

Nos formaron para el reparto y nos pasaron lista. Todo iba bien. Reparten el rancho y cada uno se acomodaba donde le parecía mejor. Siempre, desde luego, estábamos vigilados. Yo también los vigilaba. Me daba cuenta que a

la guardia le daban vino, más de la cuenta. El rancho de ellos no era como el nuestro, eso por descontado, y más abundante. Y el vino, por botellas. Y nosotros nos dábamos cuenta y lo celebrábamos. Dijimos: “Estos tíos muchos van a tomar una merluza que se van a caer de culo.” Cuando se terminaba una botella, le metían mano a otra. Se juntaban tres o cuatro centinelas. Y, en ese momento, se quedaban algunos huecos que no los vigilaban. Se montaban en un promontorio bastante grande de tierra, que estaba allí para retirarla. Y desde allí sí vigilaban bastante, dominaban un buen espacio. Pero quedaba un ángulo no muy grande, bastante reducido, que no lo podían ver. Eso ya nosotros lo teníamos observado. Y le tapaba la total visibilidad un almacén de material que habían construido para guardar las herramientas y el cemento, etc.

Aquel día, la guardia no la hacían más que los falangistas. Y, como ellos se creían los dueños del mundo, andaban sin control. No les hacían mucho caso a los que los mandaban.

Acordamos que por aquel sitio sería el mejor para intentar salir y, si no nos veían en el momento que marcháramos unos quince o veinte metros, nos tapábamos con la iglesia que estaba en construcción. Y, una vez fuera del recinto, pronto nos confundiríamos con el público que transitaba no muy lejos.

Decisión tomada. Por allí saldríamos si la suerte nos acompañaba. Si nos pescaban, mala suerte, el milagro no se habría producido en nuestro favor. Esto de no creer en milagros... Es mejor no confiar más que en lo que uno propicie y en la casualidad, que juega un rol en la vida de proporciones incalculables. Difícilmente valoramos lo que la casualidad nos proporciona, ya sea para bien o para mal, pero así es.

Llegó el momento de decidirse. Los nervios había que controlarlos para, una vez fuera de la vista de la guardia, seguir marchando a una marcha natural, que no pudiese entrar en sospecha. Si empezábamos a acelerar la marcha... Alrededor del recinto, era fácil, una vez fuera, confundirse con las gentes que habitaban no muy lejos. Y, como era domingo, había personal que paseaba por los alrededores. Hacía un día de sol magnífico, a pesar de estar en invierno. Tomamos la decisión en el momento que vimos que los centinelas no nos podían ver.

Salimos sin ser vistos. Nos tapamos pronto con unos montones de tierra. Después con unos muros de otras construcciones y pronto estuvimos mezclados con el público que paseaba por un paseo que estaba no demasiado lejos de por allí.

Los guardianes de la prisión entonces, en aquella época por lo menos, había muchos, en Madrid y en las dos prisiones que yo estuve, que vestían de paisano. Y en la solapa de la americana, se ponían un emblema redondo con la bandera monárquica. Yo me hice una cosa lo más parecido a aquello. Siempre lo tenía guardado, pensando si en algún relevo de la guardia podía confundirme. Apenas salí del campo, me lo coloqué, aquella banderita. Por lo menos, pensarían los que nos vieran que éramos fachas. Mi compañero me dijo:

—¿Para qué te pones eso?

—Por el momento, no nos estorba—, le dije.

Cuando estuvimos marchando por el paseo, me lo quité. Cuando seguíamos paseo adelante, nos encontramos con un fotógrafo de la época, de las fotografías al minuto, como se les llamaba, y nos dio a los dos la misma idea:

—¡Vamos a

retratarnos!—. Y así lo hicimos.

Nos retratamos los dos juntos. Y, después, cada uno separado. Le pedimos el cliché o negativo una vez que nos hicimos las fotos. Nos lo dio. Todavía están en casa. Y la foto, reproducida y el original.

Terminado todo este episodio de los primeros momentos, me dice mi compañero:

—Vamos a ir a casa de una tía mía que vive no muy lejos de aquí.

Yo le dije que no debíamos ir a casa de nadie, que más que otra cosa lo que podía ocurrir era comprometer a personas que nada tenían que ver con nuestra nueva situación y le podíamos acarrear situaciones comprometidas sin necesidad. Pero se empeñó y yo accedí, por evitar discutir.

Llegamos a casa de su tía. Nos puso café y le dijimos lo que habíamos hecho. No se inmutó, pero dijo:

—¿Y qué vais a hacer ahora, dónde os vais a esconder, dónde pensáis ir?

Preguntas lógicas, pero que no se podía dar respuesta. De momento, sería cuestión de ponernos de acuerdo los dos si seguíamos el plan que de antemano teníamos previsto. Después de pasar un rato no muy prolongado en casa de la tía de mi compañero, decidimos irnos. Yo me daba cuenta que mi compañero flaqueaba, pero no quería darme por enterado para ver su reacción si una vez en la calle, se animaba. Una vez que nos despidiésemos de su tía. Pero la reacción fue tajante. Me dijo que habíamos hecho una locura, que nos cogerían y, después de la paliza que nos esperaba, nos cargarían con más responsabilidad.

Lo que nos esperaba si nos cogían, de sobra lo sabíamos. Ya lo habían intentado dos o tres y los cogieron. Pero de la forma que los cogían era lógico. A uno lo cogieron un día o dos después de haberse escapado en el parque del Retiro en Madrid. Otro, en su misma casa... Y todos, por el estilo. Yo lo achacaba al miedo y falta de decisión. Lo más normal es alejarse cuanto antes de Madrid. Al menos, así lo pensaba yo.

Total, mi compañero, en definitiva, se desfondó. Me decía lo que teníamos que hacer o debíamos hacer para enmendar la plana. Yo le corté por lo sano. Le dije:

—Te vas y te presentas y dices lo que te parezca. Que no has estado conmigo o que has estado, eso es cosa tuya. Pero ya conmigo no te vienes. Tú no estás dispuesto a correr el riesgo que, desde luego, tenemos que correr y, en estas condiciones, es mejor que te retires a tiempo. Yo, desde luego, sigo adelante con todas las consecuencias. Pero solo. Así que te deseo suerte.

Le di la mano y nos dimos un apretón fuerte. Y me dijo:

—Yo quisiera acompañarte.

—No te preocupes —le dije—, arréglatelas como mejor puedas. Yo me arreglaré como pueda también—. Y nos despedimos para siempre.

No he vuelto a saber más de él. Supe, algún tiempo después, que lo pasó fatal y que lo devolvieron a la prisión de Porlier.

Yo, por mi parte, en aquel momento, cuanto me alejé de él, una media hora después, me senté en un banco de un paseo y, casi a pulso, escribí una carta a mi hermana Anita. Le decía:

—Anita no me escribas por ahora a la dirección que hasta aquí me has venido escribiendo. He cambiado de empresa. Ya te mandaré la dirección nueva cuando pueda. No sé cuándo será.

En aquella carta, le mandaba una foto de las que nos hicimos. Habíamos hecho, me parece, varias; quizás tres. Pero no le hacía mención en la carta nada de la foto. Yo me figuraba que le pediría la Policía las cartas que tuviese más o las cogerían en Correos. Si la cogían en Correos, cogerían la foto. Pero la carta llegó antes que la Policía y no cogieron la fotografía. La carta se la dio mi hermana, eso no tenía importancia. Y, por otra parte, al poco tiempo de estar presos, la Policía estuvo viniendo a la cárcel y nos hicieron fotos de frente, de perfil y hasta de espaldas. Midiéndonos como si fuéramos a ir al servicio militar y con un cartel con un número colgado del cuello. Pero si no cogían aquella, mejor. Y, si el otro no las rompió antes de volverse, las cogerían.

Una vez escrita la carta, me adentré en Madrid. Esperé a que anocheciera. Tenía que entrar, o sea, pasar por la calle Atocha. Era el camino que cada día hacíamos tanto para ir al tajo como al regreso para la cárcel. Pasando por dicha calle yo, ni que decir tiene, que todo en mí eran ojos. Quería ver todo sin que me vieran. Y vi de lejos un grupo de los falangistas de la guardia. Estaban parados, comentaban algo. No es que ellos me conocieran pero me inquietó de momento con sus mosquetones a cuestas. Pasé bastante retirado de ellos. La calle Atocha es ancha, en general, por todas partes. Cuando me alejé un poco de aquel mal encuentro, entré en un estanco y compré cuchillas de afeitar. Vi que también vendían navajas y compré una no muy chica, aun cuando tampoco era exagerada de grande.

El sábado por la tarde, o sea, el día antes, habían recibido un giro de mi hermana Anita de 25 pesetas. Cosa de risa, si comparamos las 25 pesetas de ahora. Esto era en 1940, y yo tenía unas cuatro o cinco pesetas. Total, contaba con una suma de unas treinta pesetas. No mucho, pero tenía para empezar un viaje bastante incierto e inseguro. Pero, a pesar de todo, estaba contentísimo de verme en la calle y de haber realizado mi propósito.

Esta vez no estaba, o sea, no me dejé llevar de los pros y los contras que podía tener la aventura que se me presentaba. Quiero decir, cuando al final de la guerra los compañeros que estábamos juntos en la provincia de Guadalajara y teníamos pensado no entregarnos; imos a la sierra y buscar la frontera de Francia, y que, cuando llegó el momento, no hubo ni uno con decisión para hacer lo que teníamos tan hablado y que yo creía que todo estaba decidido, con bastante seriedad; y que tanto tuvieron que lamentar después, cuando ya todo lo tenían perdido.

Esta vez ya no tenía que contar con nadie. Las decisiones las tomaría yo solo. Así me entendería perfectamente con la comunidad que formé: discutía las decisiones y siempre llegaba a un acuerdo por unanimidad. ¡Me entendía a las mil maravillas con toda la comunidad! Como los chimpancés, que dicen que viven en grupos de a uno y se entienden perfectamente con todos sus congéneres.

Un grupo de tres o cuatro compañeros afines para emprender una aventura así es bueno, pero a condición de saber lo que nos estábamos jugando. Me acordaba de mis compañeros Antonio Franco Orellana y de Julio Jiménez Correa. Muertos hacía ya cuatro años. En las noches siguientes, cuando me tumbaba para dormir (que casi no dormía, era un sueño de cansancio), cuando cerraba los ojos, soñaba con ellos de inmediato.

Bueno, después de este ligero paréntesis en lo que iba narrando, vuelvo a lo de antes: a la calle Atocha. Una vez que hice mi compra en el estanco, tenía que seguir adelante. Tenía que salir de Madrid aquella misma noche. Y, cuanto antes, mejor. Sin documentación ninguna era imposible que se entrara la noche y estar deambulando sin rumbo. Mi propósito: una vez que me quedé solo, cambié de itinerario. En vez de poner rumbo en dirección de Francia, pensé que sería mejor Andalucía. La discusión duró poco: nos pusimos de acuerdo de inmediato y por unanimidad. Se terminaron las desavenencias. Pero no quería coger la dirección de Andalucía siguiendo más o menos el camino más recto. Pensaba que, sabiendo que yo era andaluz, podían pensar que, si yo salía de Madrid, posiblemente cogería el camino más corto buscando Andalucía. Quizás algo absurdo, como yo pensaba, pero así lo entendí y pensé. Y así lo hice: salir por la carretera de Extremadura.

Pero aún estaba todavía en el centro de Madrid, y a las salidas de Madrid todavía había controles. Me fui acercando por la carretera de Extremadura que aquella zona la conocía bastante bien. Yo sabía que las trincheras que nosotros habíamos ocupado hasta abril de 1938, que fue cuando nos mandaron para el frente de Aragón, estaban intactas. Por allí estaba todo aquello como quedó al final de la guerra.

Vi que pasaban autobuses para fuera y los controles, o sea, el control que lo estaba yo observando, no intervenía cuando pasaban los autobuses. Así que volví un poco atrás y, en la primera parada, me monté en el primer autobús que salía en la dirección que yo quería. Saqué billete hasta el terminal del trayecto. Y, una vez que me vi fuera del control, ya tenía otra batalla ganada.

Compré un bollo de pan y veinte o treinta céntimos de chorizo o morcilla y me metí en las trincheras. Encontré pronto una chabola a propósito y a intentar dormir. Cosa difícil. Estaba contento de verme libre, pero, ni que decir tiene, que inquieto. El sueño era difícil conciliarlo. Cogí más piojos. Había mucha suciedad. El pantalón y la americana me los quité y los volví del revés para que se ensuciaran lo menos posible. Además de la ropa puesta, saqué aquella mañana una pelliza militar que aún la tenía de cuando nos cogieron. Como estábamos en invierno era normal que cada uno sacara la ropa de abrigo de que dispusiera. Por otra parte, en aquella época de escasez de ropa, era muy corriente ver a las gentes con una prenda militar. El resto de la ropa que llevaba puesta era de paisano. Una americana marrón, que fue de Juan Domínguez, *el Panaderito*, mi compañero y amigo, uno de los que salimos de Jerez juntos. La ropa que nos hicimos en Madrid de paisanos se nos quedó en casa de las compañeras de la organización Mujeres Libres. Y, una vez que caí preso, me llevaron la ropa de paisano que tenían. *El Panaderito* estaba en Francia. Más tarde murió en un campo de concentración alemán.

La mañana del lunes, día veintiséis de febrero, antes que fuera de día, ya estaba yo preparándome para emprender el camino. Salí de la trinchera y, en un charco, me mojé el pelo y me peiné. Empecé mi marcha y pronto sentí un vendedor de churros, que por la calle pregonaba su mercancía. Compré cinco o seis redondelas, que las vendían enganchadas en una brizna de palma. Desayuné sobre la marcha. Aquel día compré algo de comer a medio día y guardé algo para la noche.

Cuando ya iba oscureciendo me metí en un montecillo que estaba apartado del camino. Hice un respaldo con matas lo mejor que pude. Me volví la ropa del revés, me hice un ovillo, me eché el tabardo por lo alto y puse las matas de monte que pude encima, para que el frío penetrara lo menos posible. Estábamos en invierno, sin embargo, no hacía demasiado frío aquella noche. Estaba nublado y empezó una llovizna no muy fuerte, pero sí continua. No sabía cómo ponerme para que la ropa no se me deteriorara demasiado. Me puse en cuclillas y me eché el tabardo por lo alto. No duró demasiado el chaparrón, pero el suelo estaba mojado. Arranqué más matas con idea de tenderme encima, para poder descansar algo. Pero no era fácil: estaba todo mojado. Entonces busqué un árbol y me acomodé como pude en una encina. Quizás fue la noche peor que pasé. Me había andado aquel día unos cuarenta y tantos kilómetros.

El día veintisiete de febrero cuando me puse en marcha después de haberme arreglado lo mejor que pude para aparentar una persona normal y corriente y sin problemas, entré en un pueblo, no tengo idea de qué pueblo era, para comprar algo de comer; ya se ponía difícil encontrar con facilidad comida en las tiendas. Tomé un poco de café, malta, no tenían pan, pero compré algo para reponer algunas fuerzas. En otro pueblo pude comprar un par de bollos y una lata de conservas. Seguí mi camino. Algunas veces me desviaba de la carretera y marchaba por caminos desviados por precaución, no fuera a encontrarme con alguna pareja de la guardia civil y le diera por pedirme la documentación. Siempre estaba vigilando. Cuando veía algún coche a lo lejos me camuflaba si tenía ocasión. Eso lo hacía siempre que podía. Quería evitar un mal encuentro a toda costa. Así pasé todo aquel día. Hice otros tantos kilómetros como el día anterior. Pero aquella noche no quería pasarla como la anterior, tenía que buscar un abrigo para pasar la noche que no fuera a la intemperie. Cuando ya empezaba a oscurecer vi una casa en pleno campo retirada del camino. Me percaté de que no vivía nadie. Aguardé a que anoheciera bien y me acerqué. Estaba cerrada, pero no me fue difícil abrirla. Entré y cerré la puerta de seguida, encendí una cerilla para ver qué había. Algunas herramientas de labranza, un haz de leña en un rincón. Me dije

“Esto es un hotel de lujo.” Con la puerta bien cerrada hice candela. Me comí medio bollo y alguna cosa más, me parece que pasas que pude comprar aquel día; guardé otro medio bollo para por la mañana y algunas pasas. Cuando terminé de comerme la ración, que ni que decir tiene que me quedé con tanta hambre como tenía antes de empezar a comer. Pero preferí guardar algo para la mañana siguiente, que tenía otro día por delante sin saber si encontraría comida. Una vez terminada la “cena” encendí un cigarrito. Tenía un paquetillo o dos de tabaco antes de salir de Madrid. Yo no compré tabaco en el estanco de la calle Atocha. Yo he fumado, pero nunca el tabaco me ha entusiasmado, y me ha dado lo mismo fumar o no, y como el dinero de que disponía no era abundante no pensé gastar lo poco de que disponía en vicio. Así pues cuando me fumé mi cigarrito preparé la candela y me volví la ropa del revés y a tenderme cerca de la lumbre. Me eché mi tabardo por lo alto y a intentar dormir. Cuanto que me quedaba algo dormido soñaba con los compañeros que fueran y con la cárcel. Dormía pero ni que decir tiene que el sueño no podía ser reposado, era más bien cansancio, pero con un sueño tan inquieto y todo, me desperté quemándome. Yo puse un poco de aquella leña al alcance de la mano y cuando el fuego se amortiguaba me despertaba el frío, y conforme estaba tendido le acercaba leña, y una vez me desperté quemándome un brazo. No fue una quemadura siquiera, pero empezó a arder el forro de la manga de la americana y de inmediato desperté; no se quemó más que el forro, pero el calor llegó a mi brazo y me hizo despertar. Aquella americana la tuvimos en casa hasta algunos años después, seguramente sería el cuarenta y cinco.

Más o menos cuando salió de la cárcel José Gata, el compañero de Alanís de la Sierra, que fue otro de los que salimos de Jerez juntos. Se la dimos porque estaba mal de ropa. Estaba aún en buen estado; la habíamos reparado debidamente. Lástima de haberla conservado como recuerdo y reliquia de las peripecias vividas con aquella americana. Pero entonces, escasos de todo, no se pensaba más que en ayudarnos unos a otros; si unos teníamos poco otros tenían menos, y cuando salió este amigo le dije a mi Mary-Quilla, “Le damos esta americana a mi amigo”, que ella no conocía aún en aquella fecha. Pero mis amigos los conocía todos, porque yo les hablaba siempre que la conversación la llevábamos por los cauces de lo que yo había vivido. Y como el corazón de mi compañera de todo, de fatigas y de alegrías, de dolor y de satisfacción, es tan grande y generoso y cuando se trata de ayudar a alguien que necesita no tiene límites, tan generosa como la que más, ni que decir tiene que estuvo de acuerdo. No digo más de ella por ahora, lo diré más adelante: se merece todo un homenaje; el mío lo tiene desde siempre. Me salí del tema. Volveré al caminar que aún queda mucho hasta llegar a Andalucía.

Antes de que clareara del todo ya estaba yo arreglado y en marcha. Había en la casa una vasija con agua. Me arreglé el pelo con mi peinecillo después de enjuagarme la cara y a caminar. Ya estaría a unos noventa kilómetros de Madrid. Pasé el día como los anteriores: unas veces por la carretera, otras me desviaba si encontraba un camino que no fuera sospechoso de andar a campo través.

ESTO ERA YA EL 28 DE FEBRERO.

Vi que el ferrocarril pasaba cerca de la carretera y pensé “Si siguiendo la vía puedo aproximarme a una estación, a un apeadero y coger un mercancías no sería mala cosa.” Seguí la vía adelante, y en efecto llegué a un apeadero. No tuve problema pero pasé un momento bastante desagradable. Era un apeadero de muy poca importancia, una estación muy pequeña. No vi más que a un ferroviario. Sería a lo mejor un factor o algo así que se ocuparía del telégrafo o lo que fuese. Lo que sí es cierto es que cuando me vio por la estación sacó una pistolita pequeña y empezó a jugar con ella. Sería una pistola del 6,35, le metía el dedo por el sitio del gatillo y le daba vueltas, haciéndola girar como hacen los del Oeste americano. Le pregunté que a qué hora pasaría un tren de viajeros. Me dijo que allí no paraban los trenes de viajeros; que en aquella estación lo que estaban cargando era madera cada tres días y carbón vegetal. Me dijo que eran tronco para intendencia. Le dije que yo estaba trabajando en Getafe en obras que estaban haciendo en el campo de aviación y que me habían escrito de mi casa, que yo vivía en Cáceres, para que fuera lo antes posible; tenía a mi padre en un estado muy grave; que me había traído un camión hasta el pueblo que estaba próximo y yo quería coger el tren si no encontraba otro camión que me quisiera llevar. En definitivas cuentas que cuando yo vi a aquel tipo de momento pasé un trago al verlo con la pistola; después pensé “Este solo no me asusta” y ya lo vi algo confiado. Pasé aquel mal momento y ya lo que deseaba era largarme. Le pregunté que si la estación más próxima que pudiese coger un tren estaba muy lejos. Me dijo que a unos siete u ocho kilómetros. Seguí la vía adelante, pero en el momento que me alejé de la estación un poco me aparté de la vía, una vez que aquel tipo no me podía ver. Aligeré el paso todo lo que pude. En todo aquel día no estuve tranquilo. Por la tarde estaba bastante cansado, pero era porque aquel día apenas si había comido; solo medio bollo y unas cuantas pasas. Estaba desfallecido. Antes de que fuera demasiado tarde entré en un pueblo y encontré pan y higos secos. Me di un buen atracón. Parecía que me

habían echado gasolina. Se me quitó todo el cansancio. Cuando oscurecía le eché el ojo a otra casa deshabitada. Pasé la noche sin candela. Había un poco de heno para el ganado y allí me acomodé como pude. Pasé frío, pero no estaba a la intemperie. Por la mañana me arreglé como de costumbre lo mejor posible, comí lo que compré la tarde anterior, que guardé para el desayuno. Comí bien para tener fuerzas para hacer una buena caminata.

TUVE UN ENCUENTRO INOLVIDABLE, SERÍA EL UNO DE MARZO DE 1940

Me puse en marcha de buena hora, por la carretera, ya hacía un buen rato que el sol había salido. Me crucé con un auto que iba una pareja de la guardia civil y dos presos. No quise volver la cara pero no pude contenerme. Cuando miré hacia detrás un guardia hacía lo propio, también miraba para atrás, pero el auto siguió su camino. Me inquietó el auto y el tipo que volvió la cara. Ya de vez en cuando miraba hacia detrás por si veía un auto apartarme con tiempo de la carretera. Pasarían como un par de horas del choque de las miradas entre el civil y yo. Ya estaba más tranquilo. Me hacía yo mis cálculos, “Esos seguramente conducirán los presos a Madrid. En tanto que lleguen donde van han pasado ya bastantes horas.” Buscaba argumentos para tranquilizarme, pero no lo conseguía del todo. Seguí caminando y un poco a lo lejos vi una camioneta parada. “¿Quiénes serán esas gentes?” Seguí marchando con cierta precaución. No veía trazas de militares o gentes que me infundieran sospechas. Me aproximé cuando me convencí de que eran personal civil, les doy los buenos días, me paro un instante y les digo:

—¿Un pinchazo?

—Pues sí—, dice el más mayor de los tres, que era el dueño.

Les dije por decirle algo:

—Eso no es grave; un poco de pérdida de tiempo.

Seguimos hablando. Me pregunta que a dónde voy; le digo que a Mérida. Le cuento el mismo cuento que al tipo de la estación del ferrocarril, que trabajo en Getafe. Me dice que si andando me había traído un camión hasta el pueblo de más atrás. Siempre el mismo cuento. Me dice que ellos iban para Valencia de Alcántara, y también me nombró otro pueblo próximo a la frontera con Portugal. Me preguntó que si yo conocía aquella zona. Le dije que no. Me dice que ellos iban a comprar café de Portugal, que si yo sabía por dónde era más fácil encontrar la mercancía que ellos buscaban. Les dije:

—Lo más fácil es cerca de la frontera con Portugal. Por esa zona siempre ha habido contrabando de todo, de tejidos y más cosas—, pero que yo, la verdad, no conocía la zona esa.

A todo esto el chófer continuaba arreglando el pinchazo de la rueda. La camioneta era una camioneta bastante antigua y muy deteriorada, pidiendo a gritos el descanso en un depósito de chatarra. El chófer seguía con su trabajo, y de vez en cuando soltaba un taco. El dueño le llamaba la atención y me miraba a mí. Yo le decía:

—Eso no tiene importancia. Trabajando se dicen cosas, pero es inevitable; no es con ánimo de ofender. Todo tiene perdón.

—Quédese aquí con nosotros si quiere —me dice—, y cuando terminemos de reparar el pinchazo seguimos hasta Cáceres juntos. Lo dejamos en Cáceres porque tenemos que coger otra carretera. Puede coger el tren si no tiene la suerte de encontrar otro medio de que lo lleven hasta Mérida.

Me pareció bien. Ya que se ofreció sin yo decirle nada tampoco era cosa de despreciar la oferta, porque hasta podía sospechar que era raro querer seguir a pie. Así que sin titubear le dije:

—Estupendo, se lo agradezco.

Aún faltarían más de ciento cincuenta kilómetros hasta Cáceres, y en una camioneta, si no nos paraban, se iba más seguro que a pie. Lo malo sería que nos pararan en algún control. Yo pensaba en todo esto, pero ya estaba decidido. Veríamos qué fin nos esperaba. Saqué el paquete de tabaco para fumar todos. En la conversación, como aún no hacía un año que la guerra había terminado, era corriente que se deslizara sobre el tema de la guerra. Yo desde luego no quería hablar del tema, pero si preguntaban algo era obligado responder.

Me preguntó aquel hombre, creo sin ninguna intención:

—¿Dónde le tocó hacer la guerra?

Yo no titubeé, le dije:

—En los dos bandos: nadie tendrá quejas de mí; pero yo no la hubiera hecho en ninguno de los dos como voluntario. Me pilló el Movimiento en Jaén, y yo soy de la quinta del 1936, así que me movilizaron de seguida, y en 1937 me cogieron prisionero en Brunete, estuve dos o tres meses en un campo de concentración y después me incorporaron al ejército, y así hasta que me licenciaron a los tres meses de terminar la guerra. Me vine a trabajar a Getafe hará unos tres meses, pero si encuentro trabajo en mi pueblo no vuelvo más por aquí.

Cuando terminó el chófer de reparar el pinchazo puso la camioneta en marcha, se suben los tres y yo me voy a subir detrás, pero me dice el dueño de la expedición:

—No, hombre, súbase aquí con nosotros que nos arreglaremos, qué disparate, con el viento que hace se va a helar ahí detrás.

Así que como pudimos nos acomodamos y carretera adelante. Cuando sería la una y media o las dos paramos en una venta de la carretera para comer. Me acuerdo que había un letrero en la venta que decía día tal, no recuerdo los días que marcaba de la semana, plato único. Me parece que eran dos por semana, dos días que solamente era un plato. Para economizar creo que habían impuesto aquello. Pero aquel día no tocaba aquella restricción. También letreros “Se prohíbe la blasfemia.” Había que amoldarse a la nueva situación. En vez de tacos había que decir “¡Bendito sea Dios!” o “¡Dios me libre!” o “¡Por Dios santo!”

Cuando terminamos de comer, que lo hicimos bastante bien, voy a pagar mi parte y dice el de la camioneta:

—¿Qué va usted a hacer?

—Pagar mi ración—digo.

—¡Qué va, hombre! Lo pago yo, qué más da.

—Después del favor que me hace de traerme —le dije— ¿también me paga la comida?

—Me ha contado —me dice—, que tiene usted problema de familia, de enfermedad; va usted economizando lo que puede para llevar lo que haya ahorrado. Para mí no supone gran cosa pagarle la comida un día, y usted siempre se acordará. Tenemos que ayudarnos.

Le di las gracias. Tomamos malta; el café ya escaseaba. Una vez terminado, al camión.

Sería más de las cuatro de la tarde. Al llegar a Cáceres ya empezaba a oscurecer. Había dicho que se quedarían en Cáceres, pero ¡ay!, cuando nos aproximábamos a la entrada de Cáceres veo un control con varios guardias de asalto y parando la camioneta. Ya me vi perdido. A unos quinientos metros nos habíamos dejado a la derecha la carretera de la prisión, que estaba casi a la entrada por la carretera que viene de Madrid. Al pasar me calculé “¡Cuánta angustia habrá detrás de esos muros!” Al ver que paraban la camioneta me dije “A jugármela tocan, con todas las de perder.” Pero yo pensaba correr en el momento que nos dijeran que nos apeáramos. No pasó nada. Cuando paramos se acercó uno de los guardias. Con bastante cordialidad dice:

—¿Quién es el jefe?

—Yo—dice el dueño.

—¿Dónde van ustedes?

—A Valencia de Alcántara—le dijo.

—¿Llevan ustedes salvoconducto?

Y el dueño le dice:

—Desde luego, todos.

—Muy bien. Sigán adelante. ¡Arriba España!

Y yo contesté un “Arriba España” seguramente no sé si de emoción o de satisfacción del mal momento que pasé aparentando no importarme nada aquel control: ¡pero qué trago pasé! Nos adentramos en Cáceres. Antes les preguntó a los guardias que dónde podíamos encontrar un garaje para guardar la camioneta. Se lo indicaron. Encontramos el sitio que le indicaron. Se quedó la camioneta en el garaje y nosotros nos fuimos a buscar una fonda para comer y dormir. Una vez que comimos dicen los de la fonda, que era un matrimonio:

—¿Se van a quedar todos a dormir?

En principio yo dije que sí, que cuánto costaba la cama. Me dijo lo que costaba. Nos da a cada uno un papel de la policía para rellenarlo con el nombre y apellidos, de dónde veníamos y a dónde nos dirigíamos, con el número del salvoconducto y dónde había sido expedido. Muchos detalles que yo podía ponerlos imaginariamente. Pero lo malo era si a la policía le daba por ir a comprobar, porque se los tenían que llevar a la jefatura. Y con el papel aquel en la mano titubeaba lo que debería hacer. Decidí no quedarme. le dije al de la camioneta:

—Tengo prisa por llegar a mi casa. Quizás me vaya para la estación a ver si sale un tren para Mérida, y así llegaría antes.

Los de la fonda me dicen que ya trenes de viajeros no pasaban, como no fuera algún mercancías.

—Lo voy a intentar.

Me despido, pero le digo al del camión:

—Si no encontrara forma de irme esta noche, ¿le importaría a usted que me quedara en la camioneta?

—Por mí no hay inconveniente—me dice.

Salí de la fonda y me fui directamente al garaje. Se lo dije al garajista y me dice que eso no podía él hacerlo. Tenía orden de la policía de que nadie se quedara en el garaje. Desechada tal posibilidad.

Tenía que buscar dónde pasar la noche o buscar por dónde salir sin tropezar con ningún control. Me fui directamente a la estación por si pasaba algún

mercancías y podía cogerlo sin que nadie me viera. Pregunté si pasaba algún tren de viajeros. No pasaba ninguno hasta el día siguiente. Desde luego que yo no pensaba coger ningún tren de viajeros porque la policía me pediría de inmediato la documentación. La estación estaba desierta. Todo tenía un aspecto que más bien parecía cosa abandonada a su suerte. Las vías sin un vagón, lo que se puede en justicia decir vías muertas. Me dirigí al muelle de embarque, que estaba desierto también, pero fuera del almacén donde atracan los carruajes para la carga y descarga había un carro de los que antiguamente usaban los gitanos para trasladarse de feria en feria, los bohemios que lo utilizaban como su domicilio ambulante. Me acerqué. Ya era bastante entrada la noche. Todo estaba completamente oscuro. Le di la vuelta alrededor del carro antes de aproximarme bien. pensé que podría haber alguien dentro acostado. Me acerqué más hasta ponerme pegado al costado del carricoche, apliqué el oído por si estaba alguien dentro; no escuché nada. Me decidí a abrirlo. No me costó mucho trabajo. Tenía un candado, pero no resistió gran cosa. Una vez dentro me puse a palpar a ver qué encontraba. Había una litera pegada a un lado, clavada en el mismo carromato. Me decidí a encender una cerilla un momento para orientarme; de seguida la apagué. Había una colchoneta hecha con paja y lino. Me acosté. Antes cerré la puerta por dentro lo mejor que pude, por si llegaba alguien con la misma intención que yo, o con peores intenciones, que me despertara al abrir para tener tiempo de reaccionar. Ni que decir tiene que yo estaba completamente vestido. La americana es lo que me quité y me la puse de almohada. La navaja que compré la tenía por las noches siempre abierta por si me podía defender en último extremo. Pasé la noche a duermevela, como las anteriores y las sucesivas. Antes que fuera de día ya estaba yo fuera del carricoche aquel, pero no sin haber vaciado la colchoneta antes y sacudirla lo mejor que pude. La doblé cuidadosamente para llevármela, vuelta del revés, que era como parecía menos sucia, porque desde luego estaba bien pringosa por el otro lado; de piojos no es necesario decir nada. Salí de Cáceres bien temprano, no por la carretera que sale en dirección a Mérida: por otro sitio que salía el personal que iría a su trabajo. Más adelante buscaría la carretera. No quería pasar por donde podía encontrar algún control. Cuando ya estuve lejos de Cáceres entré en una venta y tomé café, y algo compré para acompañarlo, pan no había. Aquel día no tenía nada que comer. A las dos o a las tres de la tarde estaba desfallecido de hambre. Estaba lacio. Vi algo apartado de la carretera una casa pequeña con un huertecillo alrededor. Vi un hombre que trajinaba, y me dirigí a ver si conseguía algo de comer.

UN HOMBRE DE BASTANTE EDAD, UN VEJETE QUE SE QUEDÓ CON LÁGRIMAS

Cuando llegué le di las buenas tardes, que contestó muy amablemente. Le dije que si podía darme una poca de agua, naturalmente me dio a beber, pero yo no era sed lo que tenía. Le dije que si no me podría vender un poco de pan. Me dijo que no tenía. En ese momento le dije que por qué no me vendía unas cuantas cebollas. Me dijo:

—Coges las que quieras. No te las vendo. Puedes cogerlas.

Eran pequeñas, no haría mucho que las había sembrado, pero yo tenía tanta hambre. Cuando me vio comer las cebollas entró dentro de la casa y salió con un buen trozo de pan en la mano. Me dice:

—Toma hombre. Es que no tengo apenas pan y guardo un poco para mis nietos, que los traerá mi hija ya mismo.

Le dije que lo dejara, que ya encontraría yo algo, pero yo estaba deseando meterle mano al pan. Me lo dio tan emocionado que le caían las lágrimas, protestando de la situación que teníamos por delante. Me preguntó que para dónde iba. Le dije que a Mérida. Me dijo que a ver si tenía suerte y me llevaba algún camión. Charlamos un poco. Le conté el cuento que ya me tenía aprendido y nos despedimos. Cualquiera sabe lo que pensaría, o quién sabe si también tendría problemas parecidos a los que yo tenía con algún allegado próximo. Había tantos casos en aquellos años.

Seguí el camino en dirección a Mérida. Aquel día no llegué a hacer los kilómetros que en los días anteriores. Aquella noche dormí al respaldo de una casa algo apartada en la carretera. No pude abrir la puerta. Me abrigaba con la colchoneta que cogí en la noche anterior, un robo que tiene su justificación por pura necesidad.

Seguí camino adelante al día siguiente. Ya era un poco tarde. No faltaría mucho para Mérida pero andando no llegaría aquel día. Vi un camión parado en una venta. Aligeré el paso no fuera que se marchara antes de que yo llegara, y en efecto ya estaban disponiéndose. Iban para Almendralejo, pero yo les había dicho ya que iba a Mérida. Les dije que por qué no me llevaban hasta Mérida. No querían. Me decían que si no tenía salvoconducto, que si los controles. Les dije que tenía, además yo no tenía necesidad de entrar en Mérida. Yo vivía justo un par de kilómetros antes. De no muy buenas ganas me dijeron que me subiera detrás. Me monté y les dije “Antes de llegar yo

les avisaré cuando llegue al camino que tengo que coger para llegar a mi casa. Está un poco antes de entrar en Mérida. Cuando vi que ya estábamos próximos les dije que pararan, me apeé del camión y cogí un camino que me parece que pasaba no muy lejos del cementerio, y entré en Mérida por la carretera que llega de Cáceres para no encontrarme con algún control; nada más llegar empezaba ya a oscurecer. Vi una cola de personal en la calle, pregunté que para qué era aquella cola. Me dicen:

—Es la panadería, esperan para que salga el pan.

Pregunté que si me venderían pan. Me dicen:

—¡Claro que sí!

Me puse en cola, y cuando llegó mi turno vi que cada uno compraba un pan o dos. Yo compré dos hogazas de pan estupendo. Entré en una tienda y compré un poco de chorizo y morcilla. Todo lo empaqueté muy bien. Entré en una barbería y me pelé y afeité. En la conversación, como en las barberías generalmente se habla tanto, me preguntaron que para dónde iba. les dije que para Almendralejo. Cuando salí entré en una taberna, pedí un vaso de vino, saqué un pan y comí lo que tuve ganas de pan y chacina. Ya había oscurecido bien. Pregunté en la taberna si sería fácil coger un camión en el control de la carretera que va para Almendralejo. Me dicen:

—Ahí no hay control. Durante el día algunos días lo ponen, pero por las noches no hay, y raramente pasa algún camión.

Lo bueno era saber que no había control para mi tranquilidad.

**¡QUÉ COSAS MÁS RARAS PASAN!: PRIMERO FUE EL CAMIÓN
QUE ME TRANSPORTÓ HASTA CÁCERES.
Y AHORA ALGO INESPERADO PERO CON SUERTE.**

Sabiendo que no había control me pongo en camino para salir de Mérida en dirección a Almendralejo, siempre con las debidas precauciones. Cuando ya estaba casi a las afueras de Mérida era noche bien cerrada. Ya las casas estaban separadas. Siento próximo a mí un individuo subido en un mulo y otro de reata:

—Buenas noches. ¿Dónde se va amigo?—, en plan amistoso.

Yo de seguida noté el talante del campesino aquel. Le dije que para Almendralejo.

—¿Y a estas horas?

—Intentaré coger un camión si me quieren llevar—le digoe.

—A estas horas no pasa ya ningún camión—me dijo—. No se arriesgan a salir por la noche, y si pasara alguno no lo montaría, téngalo seguro.

A todo esto estaba parado hablando conmigo. Le conté el cuento de dónde venía y un familiar gravemente enfermo.

—Buscaré posada—le dije—, para pasar la noche si no hay otro remedio.

—¿Tú tienes interés en llegar pronto a tu casa?—, me dice.

—Naturalmente. Me espera la familia.

—Entra en la taberna esa que está ahí y espérame. Voy a casa a soltar los mulos y ya mismo estoy aquí. Tú llegarás esta noche a tu casa—me dice—. El mercancías que pasa por Cáceres sobre las cuatro de la tarde no ha pasado todavía. Pronto llegará. Para un rato. Después pasa el correo, pero en el mercancías puedes llegar antes, y no te costará el dinero. Yo ya mismo estoy aquí. Voy a soltar los mulos y vuelvo.

Estaba un poco alegrete. Se conoce que había bebido algún vaso de más, pero yo tenía confianza en que aquel hombre tenía buena fe.

No tardó mucho en volver. Entró en la taberna. Yo ya había pagado mi vaso de vino y lo esperaba en la puerta para verlo venir. La desconfianza que siempre te sigue en determinados casos, suspicacia que algunas veces resulta ridícula. Le dije que si quería tomar algo. No quiso tomar nada. Salimos camino de la estación. El mercancías ya estaba parado cuando llegamos. Me acompañó hasta el sitio adecuado donde no me vieran los ferroviarios. Me advirtió que tuviera cuidado de no subirme en alguna garita que coincidiera con algún guarda-frenos:

—Si te ven te dejarán en tierra.

Me llevó al lado contrario de la estación. Le dije que ya se podía marchar, que yo me las arreglaría para subirme cuando el tren estuviese arrancando. Me despedí de aquel hombre agradeciéndole su gesto generoso, que sin saberlo, sin la menor sospecha posiblemente de lo que estaba haciendo, lo que me supuso para la aventura que yo estaba obligado a vivir cada día que pasaba.

Esperé algunos minutos hasta que el mercancías se puso en marcha. Yo que tan familiarizado me sentía con el ferrocarril por haberme criado en una estación, y tan acostumbrado al trajín ferroviario, nada me era extraño. Pero verme de polizón sí. Me representaba los maletillas (los aficionados al toreo, o torerillos, como les llamábamos, que con sus capas hechas un lío y sus palos de muleta al hombro con sus pertenencias se subían en los mercancías en la estación de El Cuervo y los hacían bajar, y tenían en el mejor de los casos que seguir caminando a pie). Sí, eso me hacía recordar, pero mi situación era muy diferente.

Una vez que el mercancías ya iba cogiendo marcha estaba atento a las garras para coger una que no fuera ningún guardafrenos. Cuando vi la oportunidad salté al estribo y cerré la puerta no del todo para, al parar en alguna estación, no sospecharan de que podía haber alguien. La puerta estaba entreabierta, y yo detrás agazapado. Pero siempre dispuesto si había que defenderse cuando no hubiese otra solución, siempre tratando de evitar cualquier choque innecesario, que todo se perdiera por una ligereza.

▼ 01

01- Mi padre, Cristóbal Vega Arcas, nacido el 25 de noviembre de 1886 y fallecido el 5 de septiembre de 1957.

02- Mi madre, Ana Álvarez Organvidez, nacida el 10 de septiembre de 1892 y fallecida el 10 de febrero de 1997.

03- En la Serranía de Ronda, diciembre de 1936.

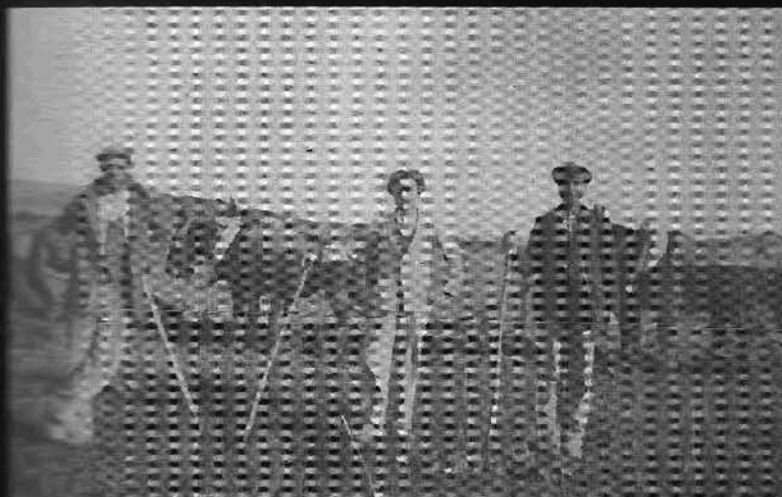
04- A caballo en el Jarama, en 1937.



▼ 02



◀ 04



◀ 05

05- Año 1934, laborando la tierra en el cortijo de Santo Domingo, a 4 km de Jerez de la Frontera por la carretera que va a Sanlúcar de Barrameda. De izquierda a derecha, mi tío Jerónimo, nuestro patrón, excelente persona; en el centro yo, Miguel Vega Álvarez; a la derecha Antonio Solano Álvarez, familiar nuestro, fusilado en agosto de 1936.

06 ▶



◀ 07



06• Foto realizada en el momento de mi huida de la cárcel de San Lorenzo, en Madrid.

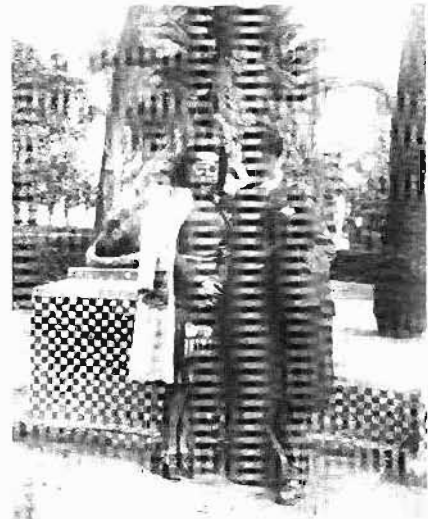
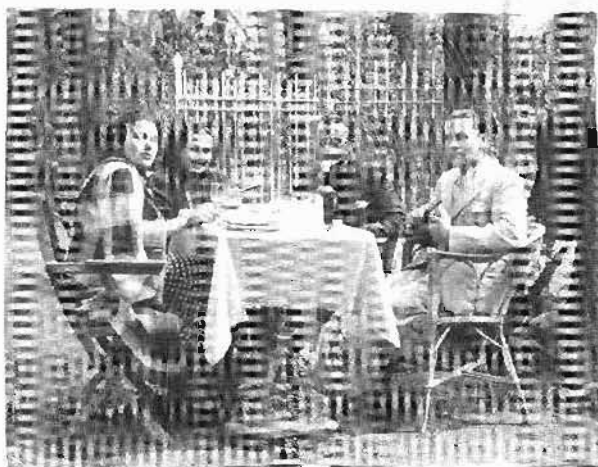
07• Mi querida Mary Sáez, en 1941.

08• Primer contacto para organizar las Juventudes Libertarias en Jerez. Era el 16 de marzo de 1941.

09• En el parque, 1941.

▼ 09

▶ 08



◀ 10



10• Esta cédula personal la conseguí por mediación del primer compañero que encontré después de mi fuga de la prisión de San Lorenzo de Madrid. Lo encontré a la salida del cementerio de Sevilla. Fue el primer contacto con compañeros de mi organización sindical C.N.T., en la clandestinidad, se entiende. Este buen compañero se llamaba Antonio Centeno. Nos conocimos en 1934 en el canal del "aguaducto" el Gardón.

11



CARTILLA PROFESIONAL

Núm. ~~122754~~

Provincia Sevilla Localidad Sevilla
Expedido por Oficina Provincial de Colación

A favor de Juan Carlos Rodríguez
Cantera

Sevilla 26 de Agosto de 1947

EL JEFE DE LA OFICINA

Alonso


| AFELIADOS | | NOMBRE | | DATOS PERSONALES | | CERRADOS QUE DEPENDEN DE EL | | | | | | | | | | | | | | | | |
|---------------------|-------------------------------|---------------------------|--|--|--|--|--|---------|--------------------|---------------------------|------------|------------------------|-----------------|------------|-------------------------------|-----------------|------------|-------------------|------------------|------------|---------------|------------------|
| <u>Rodríguez</u> | | <u>Juan Carlos</u> | | <p>Nacido el <u>16</u> de <u>Octubre</u> de <u>1915</u> en <u>San de la Tronera</u> Provincia de <u>Badajoz</u> Nacionalidad <u>Sp.</u> Estado <u>C</u> Domiciliado en <u>Alzara</u> Calle de <u>B. Laro</u> núm. <u>...</u></p> | | <p>PERIÓDOS QUE DEPENDEN DE EL</p> <table border="1"> <thead> <tr> <th>Período</th> <th>NOMBRE Y APELLIDOS</th> <th>Fecha o año de nacimiento</th> </tr> </thead> <tbody> <tr> <td><u>...</u></td> <td><u>Maria Laro Laro</u></td> <td><u>1-2-1912</u></td> </tr> <tr> <td><u>...</u></td> <td><u>Juan M. Rodríguez Laro</u></td> <td><u>5-1-1913</u></td> </tr> <tr> <td><u>...</u></td> <td><u>M. de Laro</u></td> <td><u>11-6-1915</u></td> </tr> <tr> <td><u>...</u></td> <td><u>Manuel</u></td> <td><u>15-4-1916</u></td> </tr> </tbody> </table> | | Período | NOMBRE Y APELLIDOS | Fecha o año de nacimiento | <u>...</u> | <u>Maria Laro Laro</u> | <u>1-2-1912</u> | <u>...</u> | <u>Juan M. Rodríguez Laro</u> | <u>5-1-1913</u> | <u>...</u> | <u>M. de Laro</u> | <u>11-6-1915</u> | <u>...</u> | <u>Manuel</u> | <u>15-4-1916</u> |
| Período | NOMBRE Y APELLIDOS | Fecha o año de nacimiento | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| <u>...</u> | <u>Maria Laro Laro</u> | <u>1-2-1912</u> | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| <u>...</u> | <u>Juan M. Rodríguez Laro</u> | <u>5-1-1913</u> | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| <u>...</u> | <u>M. de Laro</u> | <u>11-6-1915</u> | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| <u>...</u> | <u>Manuel</u> | <u>15-4-1916</u> | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| CAMBIO DE DOMICILIO | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |

11. Con chaqueta y sin bigote.

12. Cartilla profesional. 1947.

Dedo pulgar derecho

Dedo índice derecho



SEÑAS PERSONALES

| | |
|--------|--------------|
| Cuerpo | Nariz |
| Ojos | Boca |
| Cejas | Color |
| Pelo | Barba |
| Fronte | Particulares |

Birna del inscrito.

F. Hidalgo

PROVINCIA MARITIMA DE *Sevilla* DISTRITO MARITIMO DE *La Cañal*

Francisco Hidalgo Llanusa hijo de *Francisco* y de *Ana* natural de *San de la Vera*, vecino de *Sevilla*

Nació el 10 de *Octubre* de 1915

inscrito folio *122/942,50* de *7.11.*

Le corresponde servir por (1) *Esforzito*

Ingresó en la situación activa de la Armada en

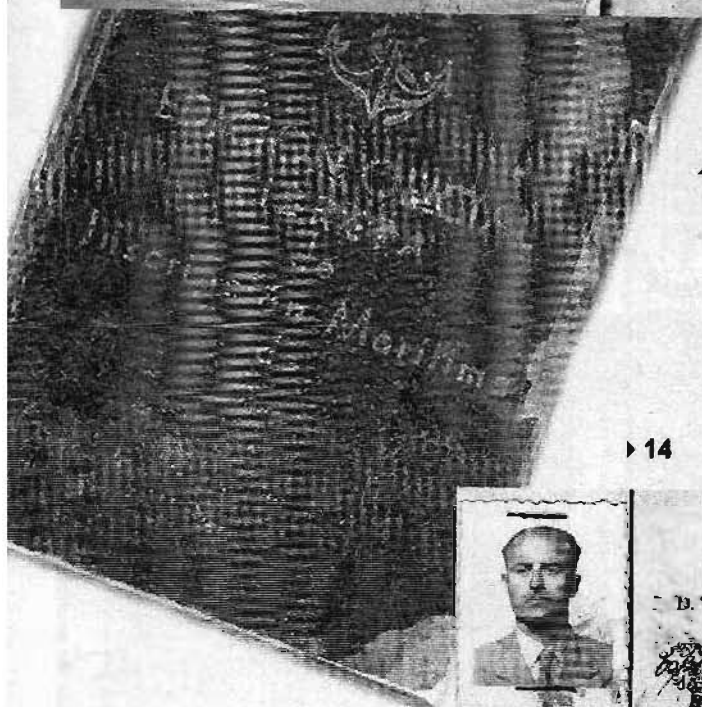
de de

Ingresó en caja en de de *Sevilla 21 de Mayo de 1947*

El Comandante del mar

Celso J. Caprin

(1) Marina o Ejército.



▲ 13



► 14

Francisco Hidalgo Llanusa

Sección de *Adquisición*

Sevilla, *11* de *5* de *1947*

Francisco Hidalgo Llanusa

Adquisición

Sevilla

11 de *5* de *1947*

Francisco Hidalgo Llanusa

13- Libreta de inscripción marítima, para trabajar en la draga del río. 1947.

14- Cartilla que permitía la comercialización de patatas. 1957.



◀ 15



▶ 16

▼ 17

15• Mary Sáez.

16• Nieve en Sevilla el 3 de febrero de 1954.

17•18• La moto, una Montesa, jugó un papel crucial en nuestras vidas: invierno y verano en la Plaza de América. 1954.

19• En la moto, a por chacina para la tienda. Carretera de Dos Hermanas a Los Palacios, frente al matadero de Julio Carrasco. 22 de mayo de 1957.



▲ 18



▲ 19



- 20· DNI bajo el nombre de Francisco Hidalgo Cañestro, de marzo de 1956.
- 21· Carnet de conducir. 1957.
- 22· "Con este pasaje hice el viaje de Sevilla a Barcelona el 10 de mayo de 1959 para marchar después a Francia".
- 23· Carnet de refugiado francés. 1960-1966.

22 ▶



N° d'enregistrement 99704/ 3831

23



Le Directeur de l'Office Français de Protection des Réfugiés et Apatrides

CERTIFIE

que Mlle **SAEZ SANCHEZ-MORAGA**
démontre à **LIMOGES (H.V.)**
né(e) le **11 FEVRIER 1922**
à **UTRENA (Séville)**
Titulaire de **Juan**
et de **Consolación**
est réfugié(e) **Espagnole**

et qu'il (elle) est placé(e) sous la protection juridique et administrative de l'Office

Ce certificat est valable :
du **25/2/1960** au **24/2/1963**

Paris, le **25 Février 1960.**

Signature du titulaire :

Visé avec M. Miguel Vega
le 7 mai 1960.

Nota

N° d'enregistrement : 803203



Le Directeur de l'Office Français de Protection des Réfugiés et Apatrides

CERTIFIE

que M. **VEGA ALVAREZ Miguel**
démontre à **LIMOGES (St Vienne)**
né(e) le **24 octobre 1915**
à **JURNE DE LA FRONTERA (Cadix)**
fils (suff) de **Cristobal**
et de **Ana**
est réfugié(e) **Espagnol**

et qu'il (elle) est placé(e) sous la protection juridique et administrative de l'Office


Ce certificat est valable :
du **25.6.1955** au **24.6.1970**

Paris, le **24/6/1966**

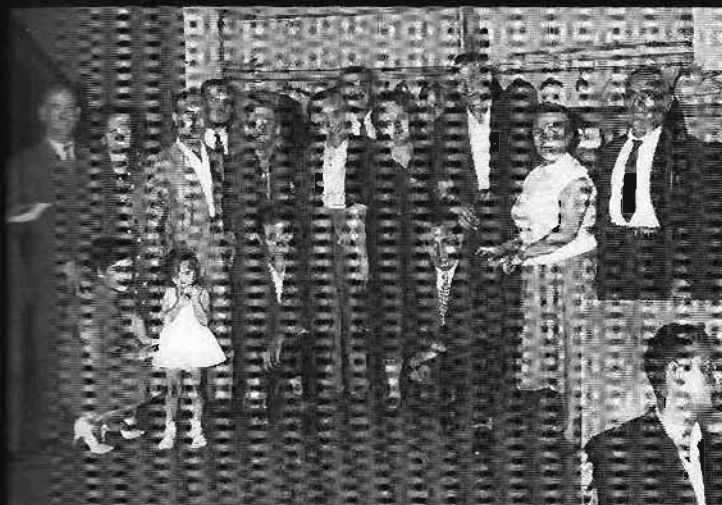
Signature du titulaire :

NOTA. — Ce document ne dispense pas son titulaire de la carte de séjour.

| | | | | | | | |
|---|--------------|---------------------|---------------------------|--|---------------|--|-------------|
| IBERIA LINEAS AEREAS DE ESPANA, S. A. | | | | BILLETE DE PASAJE Y DEL TALON DEL EQUIPAJE | | 0752 2566931 | |
| RECORRIDO COMPLETO DE ESTE BILLETE | | | | BILLETE(S) EN CONEXION | | LUGAR Y FECHA DE EMISION DE ESTE BILLETE | |
| ORIGEN | 303 | | | FORM. | N.º SERIE | MAY 10 59 | |
| DESTINO | BCN | | | FORM. | N.º SERIE | MAY 10 59 | |
| EMITIDO A CAMBIO DE | N.º 58016 | | | LUGAR Y FECHA DE EMISION DEL ORIGINAL | | MAY 10 59 | |
| INDICADO A | | | | SOLO PARA USO CONTABLE | | AGENTE | |
| TARIFA | VALIDO HASTA | EQUIPAJE | NO VALEDERO PARA EL VIAJE | | VIA COMPARTIA | | |
| CLASE/BASE | | TRANSPORTE EQUIPAJE | DESDA | | LUGAR | FECHA | HORA |
| 1140 | | 20 17 | Seville | | 113 | 582 | 10 MAY 1960 |
| 1140 | | 20 17 | Valencia | | 113 | 012 | 10 MAY 1960 |
| 1140 | | | Barcelona | | | | |
| NOMBRE DEL PASAJERO | | | | F. J. M. H. D. G. 2 | | | |
| <p>El billete del pasajero comprende un asiento fijo o volante en un avión que no sea el tipo de avión que el Gobierno de Valencia puede disponer, según el caso, en la medida de las posibilidades de la aerolínea, por razones de seguridad, en caso de riesgo a la aeronave o a sus pasajeros.</p> | | | | | | | |

| CHAMBRE DE METIERS | | NUMERO D'IMMATRICULATION AU REPERTOIRE DES METIERS | |
|--|--|--|--|
| HAUTE-VIENNE | | 114 96 94 7 | |
| CARTE D'IDENTIFICATION D'ENTREPRISE | | Activité : <u>COMPTES & CHIFFRES</u> | |
| Lieu de l'établissement : <u>11, rue Pissarro A LIGNEUX</u> | | Nature de l'établissement : <u>entreprise individuelle</u> | |
| Dénomination (ou pseudonyme) sous laquelle s'exerce l'activité : | | Identité du (ou des) chef(s) d'entreprise : <u>M. P. Pissarro</u> | |
| Mentions particulières : | | Délivré le <u>30 AVRIL 1969</u> | |
| NUMERO D'IMMATRICULATION AU REPERTOIRE DES METIERS | |  | |
| 114 96 94 7 | | <p>La présente CARTE D'IDENTIFICATION vaut constatation de l'immatriculation de l'entreprise au Répertoire des Métiers à la date de sa délivrance.</p> | |

| REPUBLIQUE FRANCAISE | | 46 | |
|---|--|--|--|
| MINISTERE DU DEVELOPPEMENT INDUSTRIEL ET SCIENTIFIQUE | | 2 | |
| Décret-loi du 12 novembre 1938 modifié | | NOM : <u>VIRGA</u> | |
| CARTE SPECIALE D'ETRANGER | | Prénoms : <u>MIGUEL</u> | |
| pour les Chefs d'entreprises inscrits au répertoire des métiers et, éventuellement, au registre du commerce (réservés aux bénéficiaires des articles 1649 quater A et 1649 quater B du Code Général des Impôts) | | Date de naissance : <u>19 OCTOBRE 1945</u> | |
| Valable du <u>30.6.76</u> au <u>29.6.86</u> | | Lieu de naissance : <u>BARCELONA, Espagne</u> | |
| CETTE CARTE NE PEUT TENIR LIEU DE TITRE DE SEJOUR | | Nationalité : <u>ESPAGNOLE</u> | |
| N° 307 | | Adresse personnelle : <u>61 RUE PISSARRO</u> | |
| | | La présente carte est accompagnée du titre de séjour n° <u>CL 02643</u> de <u>privilegié</u> | |
| | | Valable du <u>30.6.1976</u> au <u>29.6.1986</u> | |
| | | prorogé jusqu'au | |
| | | OBSERVATIONS PARTICULIERES | |



◀ 24

▶ 25

24 Mary, Celia y yo con Federica Montseny en Limoges (Francia). 1960.

25 Federica Montseny y Celia.

26 Carnet de empresario francés. 1976.



◀ ▶ 26

Profession : maçon carreleur-grand-tour

N° de l'N.S.E.E. : 3100 35140 32100

SIÈGE DE L'ENTREPRISE : LIMOGES - 61 RUE PISSARRO

Etablissements secondaires (s'il y a lieu)

Validité territoriale (s'il y a lieu)
Haute-Vienne

CARTE délivrée par le Préfet

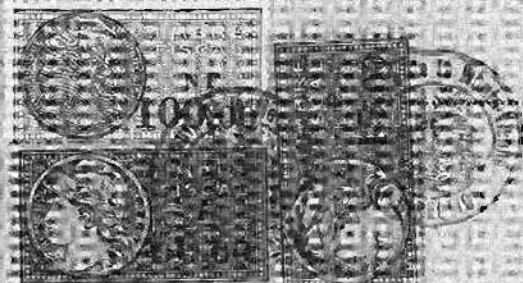
de la Haute-Vienne

Le Préfet

Pour le Préfet :

Le Chef de Bureau Delcoud.

Date : 22 JUILLET 1976



Date :



EL SECRETARIO PARTICULAR
DEL DIRECTOR GENERAL DE SEGURIDAD

Madrid, 18 de abril de 1.970

Sra. Doña María Saez de Vega
61 rue Pissarro
87 LIMOGES (FRANCIA)

Muy señora mía:

Me alegra mucho poder comunicarle que con fecha 16 del corriente la Auditoría de Granada, a quien correspondía conocer la Causa que en su día se instruyó contra su esposo D. MIGUEL VEGA ALVAREZ, ha resuelto el sobreesimiento de las actuaciones, tanto por lo que respecta a los hechos cometidos con anterioridad al 12 de Abril de 1939 como a su fuga de la Prisión de San Lorenzo el 27-2-1940. Por tanto, el interesado carece actualmente de responsabilidad y no hay cargo ninguno contra él - que le impida regresar a España.

Con mi enhorabuena, le saluda atentamente su s.s.

Pdo. Lorenzo Calatayud de la Hoz

▲ 27 Carta de sobreesimiento.

▼ 28 Con Mary en la estación de El Cuervo.



HASTA ALMENDRALEJO SIN INTERRUPCIÓN. UN CONTRATIEMPO SIN CONSECUENCIAS.

No sé cuántos kilómetros habrá de Mérida a Almendralejo, quizás ochenta o noventa. Paró alguna vez en las estaciones que median entre una ciudad y otra. Yo seguía sin apear-me. Pensaba seguir en el mercancías hasta que empezara a ser de día. Como mi meta no la tenía decidida, mientras más lejos llegara mejor. El mercancías no marchaba muy deprisa. Quería apear-me antes que fuera de día del todo no me fueran a coger y me entregaran a la guardia civil. Que bien podía darse el caso. En Almendralejo ya hacía un rato que estaba el tren parado. Yo siempre atento a todos los movimientos del personal. Pasó un ferroviario, con el farol que usaban por aquella época, por delante del vagón que yo estaba. Ya había pasado cuando se vuelve de pronto y sube a la garita en la que yo estaba. “Ya la vamos a tener,” me dije.

—¿Qué haces aquí?

—Pues que voy para El Pedroso—le dije— y trato de ahorrarme el dinero del tren porque es muy poco lo que tengo y necesito llevarlo para mi familia.

—Ah, no. Aquí no puedes ir.

—Hombre, yo no voy a arruinar a la compañía hasta El Pedroso, y no sabe usted el favor que me haría si me dejara.

—Nada, no puede ser. No insista que no lo dejaré. Si pasa algo sería yo el responsable. Coja el correo. Este tren está esperando para darle paso al correo, que, mírelo, está para arrancar.

El correo estaba parado para que los viajeros se apearan por el andén, en tanto que nosotros discutíamos por el lado contrario. Nadie del correo se veía por aquel lado. Sería seguramente la una de la noche. Nosotros estábamos en la entrevía. El correo iba pasando junto a nosotros. El último vagón, que estaba todo apagado, era un vagón como furgón de cola, mitad para mercancías; pero no iba nadie, y atrás del todo un compartimento vacío como para viajeros. Yo pensé que estaría cerrado, pero estaba abierto. Total, que conforme yo estaba hablando con aquel ferroviario vi que se marchaba el correo. Pegué un salto y arriba. Abrí la puerta del compartimento y me senté. Como todos los compartimentos, tenía una puerta por cada lado del vagón. Subí las persianas de madera que tenía la ventanilla de cada lado para que no pudieran ver, si alguien intentaba entrar. Se impone un paréntesis aclaratorio. El primer día, a la salida de Madrid, cuando empecé a caminar, me encontré un trozo de herradura y lo cogí. Dicen que da buena suerte. Lo tuve bastante tiempo conmigo, después se perdió, lo siento; y también encontré un trozo

de alambre: lo enrollé y me lo guardé. Cuando entré en el compartimento y cerré las puertas, lo primero que hice fue con aquel alambre amarrar convenientemente una puerta para que desde fuera no pudiesen abrirla. Quiero decir que lo que lié fue el picaporte, para que los ferroviarios con el llavín que tienen no pudiesen hacerlo girar. En una palabra completamente la bloqueé de un lado. Del otro me encargaba yo, sujetándolo con las manos. Toda la noche estuve en guardia y un poco mosca.

El correo marchaba a buena velocidad. Yo quería siquiera llegar a Guadalcanal; por allí yo ya conocía el terreno, y más adelante, Constantina y Cazalla, conocía a bastante personal y sabía que estaban algunos por la sierra. Pero si llegaba a El Pedroso me interesaba más. Me iría por el Canal del Viar, a ver qué encontraba por allí.

Pensando todo esto yo no creía que llegaría a El Pedroso con el tren aquel. Todavía noche cerrada, al pasar por una estación que no paró, leí Fuente del Arco; la próxima Guadalcanal, Cazalla, otra estación y El Pedroso. Pero antes de llegar a Fuente del Arco pasé un mal momento, aunque no tuvo consecuencias. Pero lo pasé y por eso lo digo. Al salir de una estación, quizás Llerena, empezaron a forcejear con la puerta que yo tenía bloqueada con el alambre. Estuvieron un momento moviendo el pestillo. Yo sabía que no lo abrirían, pero me inquietó mucho. Es posible que fuera otro que quería viajar como yo. Pero eso no lo sabía yo, y en la otra puerta, si alguien intentaba entrar, nos daríamos de cara. Yo no estaba dispuesto a que me estropearan mi marcha sin defenderme como fuera. Todo quedó en un susto.

Ya empezaba a clarear cuando nos acercamos a El Pedroso. No era del todo día claro, pero sí se veía bien a cierta distancia. A partir de Guadalcanal en todas las estaciones miraba, a través de la celosía de la ventanilla, el personal de las estaciones. La parada en las estaciones era muy poco tiempo, y en algunas no paraba, pero me interesaba saber si había vigilancia, y en efecto sí la había. Por toda esa zona había grupos de guerrillas que, si no eran muy combativos, sí tenían que buscarse la forma de vivir. Por tanto tendría que apearme del tren antes de que el tren entrara en la estación, para que no me viera la guardia civil. Cuando pasó de la entrada en la aguja me apeé por el lado contrario a la estación antes de que parase, y me metí por el pueblo por donde pude sin pasar por la estación.

Una vez en el pueblo entré en una taberna, tomé café y algo de comer. Esperé un poco por el pueblo, y cuando serían seguramente las diez de aquella mañana me pongo en marcha por la carretera del Coto de la Jarilla, que me llevaría hasta el Canal del Viar, a ver qué encontraba por allí. Al poco de

estar en marcha, un hombre que marchaba en la misma dirección que yo con dos bestias, dos mulos. No digo tres por respeto a su ignorancia de aquel hombre. Cuando llegó a mi altura, como era costumbre entonces -lástima que se pierdan las buenas costumbres-:

—Buenos días, amigo, ¿dónde se camina?

—Para el Canal del Viar—le digo.

—¿Está usted trabajando ahí?

—Pues no, voy a ver si encuentro trabajo.

—Ah, va usted a ver a Don Enrique.

—Al primero que encuentre —le dije— y me quiera dar trabajo.

—El encargado principal de toda la zona —me dice— es Don Enrique Llorent.

Yo no tenía ni idea de quién era Enrique Llorent, pero me alegró aquella información. Ya podía yo, si me preguntaba alguien, decir que buscaba al jefe de aquella zona del Canal, “Don Enrique Llorent.”

Seguimos nuestro camino. Me preguntó que si yo había trabajado antes en el Canal. Le dije que sí, pero me guardé mucho de decirle en el tajo que estuve. Le dije, porque me preguntó, que estuve en el puente de los Alisos. Este era otro puente que estaba cerca del puente del Gardón, que fue en realidad donde yo trabajé en la colectividad de la C.N.T., que era conocido en todo el Canal como puente de los anarquistas, y en todo el contorno así lo llamaban, el Puente de los Anarquistas.

Seguimos caminando carretera adelante, y me dice “Súbete en ese mulo. Es muy noble. Porque nos faltan cerca de veinte kilómetros.” Yo sabía bien que nos faltaba bastante. Aquel camino lo había andado más de una vez. En la conversación por aquellos tiempos era corriente preguntar “¿Dónde hiciste la guerra?” Yo por mi parte me guardaba de hacer tal pregunta. No era interesante para mí llevar la conversación por esos derroteros, pero cuando la pregunta surgía la respuesta había que darla. Estaba seguro que me lo preguntaría y le dije que con los nacionales inmediatamente de preguntarme. Le dije:

—Usted también la pasaría en esta zona.

Era un hombre de unos cincuenta años. Me dijo que no. Dice:

—Yo me fui con todos los del pueblo que huyeron para Cazalla, y después seguí, cuando perdimos Cazalla, y fui a parar a Ciudad Real, y allí he pasado toda la guerra. Yo no tenía edad de ir al frente.

—Estaría usted trabajando, le dije.

—Cuando yo llegué a Ciudad Real, me dice— me fui al Comité para que me emplearan en lo que fuera. Trabajaba en el campo y en lo que me mandaban.

Y ni corto ni perezoso me dice:

—También he estado enterrando a los fusilados cuando nos lo mandaban.

Por eso dije antes que me resultaba un poco mulo este hombre. Le dije:

—Hombre, eso no debe usted decírselo a nadie. Le puede traer problemas.

—Yo no los mataba—me dice—. Yo no he matado a nadie.

—Pero eso es mejor no decirlo siquiera.

Yo sabía que fusilaban a personas por haber ido a ver personas fusiladas. Me dijo:

—Además yo me pasé tres meses en un campo de concentración y después me pusieron en libertad.

—De todas formas—le dije—,no es bueno que diga eso donde lo conozcan, y menos delante de gentes desconocidas.

Aquel hombre era aperador de un cortijo de por allí. Lo fue antes de la guerra, y cuando volvió le dio el dueño del cortijo el mismo puesto. Esto lo supe algún tiempo después como cosa cierta por personas que lo conocían y yo llegué a conocer algún tiempo después. Posiblemente haré alguna referencia más adelante.

Cuando llegó el momento de separarnos porque él se dirigía al cortijo donde trabajaba, me indicó la casa del Canal donde vivía “Don Enrique Llorent”, como le llamaban por todo el contorno, pomposamente.

Cuando nos separamos yo seguí camino del Viar. Me paré en un arroyo para comer algo de lo que todavía guardaba de lo que compré en Mérida, y beber agua. Antes de separarme de aquel hombre le pregunté por unos pastores de Cazalla que yo conocía de cuando trabajaba en el Canal. Me dijo que uno estaba preso y otro se ahogó en el río:

—Según decían se suicidó—, me contó.

Yo pensaba buscarlos porque eran amigos de confianza. Así que opté por ir en busca del jefe de la zona aquella del Canal, “Don Enrique.”

**COMÍ Y DORMÍ AQUELLA NOCHE EN LA CASA
DE UN FALANGISTA VALENCIANO,
DE EXTREMA DERECHA SEGÚN SUPE DESPUÉS,
PASADO ALGÚN TIEMPO.**

Una vez que tomé un buen bocadillo me reposé un poco. Hacía un tiempo magnífico. Eran los primeros días de marzo de 1940. Posiblemente el 3 o el 4, y en plena sierra. Daba gusto ver ver la naturaleza y disfrutar del momento que se brindaba tan extraordinario después del tiempo privado de todo lo bello y agradable que nos brinda la vida. Era como para permanecer allí, con el tiempo detenido, una eternidad. Pero el tiempo es inexorable y sigue su curso y nosotros también seguimos adelante si no queremos vernos desbordados por la corriente que sigue su marcha.

Me puse a caminar río arriba pero por el canal que sigue paralelo al río y se camina mejor, en busca de la casa que habitaba el Don Enrique. Cuando llegué a la casa no había nadie. Estaba cerrada. Había un caballo no muy lejos amarrado. Se comprendía que tendría que venir alguien a recogerlo y meterlo en la casa, que tenía su cuadra correspondiente. Me senté en una piedra no muy lejos de la casa, donde me pudieran ver desde lejos cuando alguien se aproximara. Al rato de estar en espera apareció un hombre. Lo vi venir de lejos. Seguí sentado hasta que se aproximaba. Cuando ya me pareció oportuno me levanté antes de que llegara donde yo estaba. Me pareció mas correcto no esperarlo sentado. Lo acompañaban dos perros podencos. Traía la escopeta enganchada en el hombre y dos o tres conejos que había cazado. Después de las buenas tardes correspondientes me pregunta qué me traía por allí. Le dije:

—Mire usted, hace tres meses que me licencié y no tengo trabajo. Me dijeron que en el Canal del Viar sería posible encontrar algo. Me dijeron que en esta casilla del Canal vivía Don Enrique Llorent, que es el jefe de esta zona, y he venido a ver si puedo trabajar algún tiempo. Después del tiempo que llevo de mili mi situación y de la familia es delicada.

Me dice:

—Sí, el jefe de esta zona soy yo, pero ahora no tengo orden de la mancomunidad de admitir a nadie; solamente tengo cuatro o cinco hombres para el mantenimiento del canal, que hay días que no tienen apenas nada que hacer.

Me preguntó que de dónde era. Le dije que de Carmona. Le pregunté que si no había algún contratista más arriba haciendo algún trabajo por la cuenta de la mancomunidad. Me dijo que pronto tendrían que hacer algún trabajo en la

toma de agua del canal, pero que aún tardaría más de un mes en empezar. Seguimos hablando del trabajo y otras cosas que mayormente a mí me tenían sin cuidado. Fumamos un cigarro y le dije:

—Bueno, pues me voy a marchar antes que sea más tarde.

—¿Qué prisa tiene usted? —me dice— ¿Dónde va a ir a la hora que es ya.? Le cogerá la noche. Quédese aquí y por la mañana cuando se levante tranquilamente se marcha. Esta noche casualmente la familia que vive aquí conmigo no está. Han ido al pueblo y estoy solo.

Creo que aquella familia era de Almadén de la Plata, y él le daba sitio en la casa para que lo atendieran y no estar solo. Acepté la oferta. Me pregunto yo al cabo del tiempo, ¿cómo todo aquello me salió bien? También tuve fallos que me pudo costar quizás la vida, pero salí bien al fin. Es posible que aquel hombre quisiera que me quedara en su casa por no estar solo aquella noche, porque allí había grupos no muy activos de guerrillas, pero tenían que buscar su sustento como fuera, y eso lo sabían en todos aquellos contornos. Fui con él a recoger el caballo, lo metimos en la cuadra, le echó un pienso y entramos en la casa. La casa tenía un corral con una puerta para entrar el ganado, pero desde el corral se entraba a la casa. Una vez que entró el caballo yo me percaté de que la puerta del corral la cerraba bien a conciencia con una buena tranca, y además le puso un candado.

Una vez en la casa encendió la chimenea. Los conejos que traía los colgó en el patio. Yo creí que nos comeríamos alguno de aquellos animalitos aquella noche. De momento me decepcionó. “¿Para cuándo los guardará?” pensé. Pero una vez la candela bien encendida ya era noche cerrada y se empezaba a sentir el fresco de la noche, pero con lo agradable que es el fuego de la chimenea se sentía una sensación de bienestar fantástica. Pero no dejaba yo de pensar que siete u ocho días atrás dormía yo entre rejas, y ahora al verme en plena sierra con aquel panorama tan fantástico no me lo creía del todo, creía que soñaba. Pero que estaba dispuesto a no perder lo que había conseguido sin hacer una defensa a ultranza. No quería pensar verme de nuevo enjaulado, eso me quitaba el sueño. Charlando con aquel hombre, sentado cómodamente al fuego... pero todo esto me bailaba en la cabeza, desconfiaba de todo, necesitaba más tiempo para serenarme.

Cuando pasó un rato de estar sentados en el fuego y hablando de lo que fuera, de todo un poco, fumábamos de vez en cuando un cigarro. Dice:

—Bueno, es hora de preparar la cena.

Yo eché mano de lo que guardé aquel día para comer lo que fuera. Cuando vio que yo trataba de sacar algo para comer me dijo:

—¿Qué busca usted?

—Sacar para tomar un bocado—le dije.

—Ande, hombre, si aquí tengo yo comida preparada, la que no nos comemos. La dejó preparada la señora antes de irse para el pueblo.

Y en efecto, sacó de la alacena una cazuela de conejos en salsa y patatas para unos pocos. Apartó un poco en una sartén para calentarlo, pero una cantidad como para reventar si lo comíamos todo. Me dice:

—Aquí los conejos, los que queramos. Como ahora apenas hay cazadores pues se ven por el monte como si fuera una piara de chivos.

¡Cómo me puse, qué forma de comer! Pan tenía de sobra, y vino, un par de vasos. Eso no me lo esperaba yo cuando vi que colgó los conejos que traía en el cobertizo del corral. Una vez que comimos y pasó un rato dice:

—Será bueno acostarse ya.

—Creo que será bueno—, le digo, cojo el hatillo que yo tenía y me voy para el corral con intención de prepararme la cama en la pajareta. Me dice:

—¿Dónde va?

—A prepararme la cama en la pajareta.

—No, hombre —me dice—, arriba hay tres o cuatro camas de la familia que no está hoy aquí. Acuéstate en una de los chiquillos, que son bastante grandes.

Eran camas con cuatro tablas hechas por aquella familia, y los colchones de paja, hechos con sacos, pero a mí me pareció estupendo. Siempre desconfiado, eso no lo podía remediar, el sueño no era reposado ni mucho menos. Tenía que ser así, era lógico. Al menos yo lo pensaba. Escuchaba todos los ruidos. Tenía ganas de que fuera de día. Cuanto sentí que se levantó yo me arreglé rápidamente y bajé. Me preguntó que si había dormido bien. Le dije que sí naturalmente. De seguida preparó el café. Hicimos una buena tostada. Cuando desayunamos y pasó un poco de tiempo él dijo que tenía que ir para la presa, preparó el caballo y antes que él se fuera a ir yo me despedí y cogí canal abajo. Antes le pregunté el mejor camino para Cantillana y después de Cantillana ya vería la forma de llegar por la tarde a Carmona.

Pensé cómo le habría yo dejado la cama a aquellas criaturas de piojos. Estaba negro, tenía unas ganas de quitarme la ropa interior desesperadas; tantos días con la misma ropa sin desnudarme. Andando, mojándome alguna vez, seguía el canal caminando en la dirección que me convenía. Cada vez que pasaba por un arroyo me daban ganas de quitarme la ropa interior y lavarla un poco con una pastilla de jabón que tenía. Hasta que me decidí. Cogí un arroyo arriba por medio del monte. La sierra norte de la provincia de Sevilla tiene

mucha vegetación. Busqué un sitio que no me vieran, bastante retirado del canal, me quité la ropa toda, le quité los piojos que pude a la ropa interior antes de meterla en agua, la lavé como pude refregándola contra las piedras y la puse a secar. Mientras se sacaba la ropa que lavé seguía matando los piojos que podía al pantalón, la americana y toda la ropa, toda estaba igual. La colchoneta que cogí del carro de los gitanos lo mismo. Pasé unas pocas de buenas horas en estos menesteres. Tardaba más de lo que yo pensaba en secarse la ropa, y menos mal que no me dio por lavar el pantalón. Cuando me pareció que sería el momento de comer saqué lo que tenía. Como había ahorrado aún me quedaban reservas. Así, cuando se me secara la ropa no tendría más que ponérmela y salir marchando, pero no terminaba de secarse. Me equivoqué creyendo que sería cuestión de unas tres horas como máximo. El tiempo era bueno, pero el sol no calentaba demasiado, y en la sierra siempre hace fresco, y aún estábamos en marzo, en los primeros días. El día seguía avanzando, y cuando ya empezaba a caer la tarde aún menos esperanza tenía de que se secara la ropa. No quise hacer fuego para no llamar la atención. Cuando me pareció que no se secaría más me la puse como estaba, húmeda. Ya empezaba a ser algo tarde, pero aún quedaba bastante sol. Seguí por el canal adelante, hasta que tenía que coger un carril por medio del monte que me llevaría hasta Cantillana. Se me vino la noche encima. Me oscureció completamente y perdí el camino. Yo sabía la dirección que tenía que seguir para no desandar lo andado, pero en la noche es difícil andar por en medio del monte sin camino, aun cuando los caminos se hacen al andar. Sin ánimo de dramatizar diré que por aquella época por todas esas serranías había bastantes manadas de lobos. Sin embargo yo no pensaba ni por un momento que me pudiesen atacar, aun cuando tenía recelos. Pensé “Si siento algo raro trataré de hacer candela, aun cuando tenga que prenderle fuego a la colchoneta”.

Y AQUELLA NOCHE PUDO COSTARME LA VIDA DE UNA MANERA UN TANTO ESTÚPIDA

La noche cada vez más cerrada, y no tenía confianza en quedarme en medio del monte, y subirme a un árbol tampoco quería; el frío podía entumecerme y dar un batacazo. Había que seguir como fuera subiendo y bajando cerrillos, siempre andando. En una de esas, cuando monté un cerrillo de aquellos, veo una luz bastante lejos, y digo “Allá voy.” Cuando me metía en una cañada perdía la luz, pero cuando subía otro cerro volvía a aparecer. Estaba lejos o me lo parecía. Seguía siempre en la buena dirección, hasta que empecé a aproximarme. Todavía estaba bastante lejos, pero los perros ladraban deses-

peradamente. De seguida me di cuenta que aquello era un chozo de pastores. Los mastines aquellos parecían fieras, pero yo seguía en busca de la luz. “Alguien aparecerá.” Cuando estaba acercándome ya empecé a sentir voces. “¿Quién va?” Y yo adelante y sin contestar. Vuelta otra vez, “¿Quién va?” Y yo un poco testarudo sin contestar y marchando en dirección a la luz. Los perros que, cada vez más cerca, parecían leones, y el tío aquel repitiendo el mismo soniquete de quién va, y yo testarudo como una mula catalana sin contestar. Hasta que en uno de aquellos quién va me dio por decir “¡España!” Yo estaba ya a no más de unos tres metros de aquel hombre; yo distinguía el bulto lo mismo que él me distinguía a mí. Cuando se calmó un poco después de darnos las buenas noches me dice:

—¿Por qué usted no me ha contestado antes? Parece mentira, con las voces que le llevo dadas y no contestarme.

A todo esto tenía una escopeta de dos cañones en la mano. Me dice:

—Si usted no me contesta la última vez que le dije quién va le suelto una descarga a quemajara que no respira usted ni una vez más.

—Hombre, no era para tanto —le dije—. Además con el jaleo que tenían los perros tampoco se hubiese enterado.

—¡Qué no ni qué no me iba a enterar! ¡Mire cómo me enteré de seguida que me contestó!—. Era verdad que estaba bastante nervioso— ¡Cuidado que lo podía haber matado por su testarudez de no contestar!”

Cuando se calmó un poco me contestó que de dónde venía. Le dije que venía de hablar con Don Enrique Llorent por si tenía trabajo. De seguida me preguntó que si yo lo conocía. Le dije que sí, que yo había trabajado con él anteriormente en el año 1934 y 1935; totalmente mentira, pero como aquel era bastante conocido por toda la zona, alguna garantía podía ser.

Los perros no callaban, eran tres mastines enormes. Tenían cada uno un collar de cuero con unos pinchos de hierro para cuando peleaban con los lobos que venían en busca del rebaño, que según decía le hacían mucho destrozo, porque había manadas por allí debido a que como no había cazadores apenas, los lobos campeaban por su respeto.

Una vez que ya todo estaba más serenado me dice:

—Ya no seguirá esta noche andando.

—Yo no quisiera —le dije.

Ya me había preguntado que de dónde era; le había dicho que yo era de Carmona. Me preguntó que yo dónde había hecho la guerra. Le dije que con los nacionales.

—Bueno, vamos para adentro.

Entramos en el chozo. Había tres camas hechas con palos para levantarlas del suelo, y algunos pellejos de oveja y tres jergones de saco. Tenía unos leños encendidos dentro del chozo, una cadena enganchada en un palo de la techumbre, y colgada una calderilla de hierro: una olla de las de hierro fundido como las que corrientemente se usaban. Ahora sirven de decoración. En la olla tenía una caldereta de cordero que quitaba el sentido.

A él no se le quitaba de la cabeza que podía haberme matado. De vez en cuando me decía:

—No me puedo olvidar que está usted vivo de milagro. ¡De verlo a usted ahí sentado hablando conmigo, y pensar que podía estar usted muerto por su culpa, por no contestar a tantas voces como yo le daba! Hombre, eso no se hace.

Yo notaba que era verdad lo que decía porque se ponía nervioso. ¡Qué equivocado estaba! Podían haberlo hasta agasajado si hubiese disparado. Yo no tenía documentación, pero un montón de cartas de la familia sí las guardaba encima con mi nombre. Incluso el carnet militar del ejército republicano. Me dice:

—Usted no sabe lo que pasa por aquí. Hace unos días vinieron unos cuantos y les tuvimos que matar dos borregos y troceárselos para que se los llevaran. Les tuvimos que dar el pan que teníamos, el aceite, todo lo que teníamos para comer para la semana. De vez en cuando aparecen por aquí y se llevan lo que tenemos, lo que nos da el dueño. Aquí estamos vendidos. Cada ocho días vamos dos a casa y uno se queda aquí. Somos tres. Hoy me ha tocado a mí quedarme. Por eso están esas camas vacías. Y usted puede quedarse en una de ellas, y por la mañana se marcha una vez que tomemos el café.

A todo esto ya estábamos comiéndonos la caldereta, y, cómo no, charlando de la guerra, cosa que yo no buscaba nunca, pero era el tema más corriente, y casi imposible de evitar. Y aquel pastor no era trigo limpio. Me preguntó que si yo conocía a uno de Carmona. Me dio el nombre del individuo al que él se refería. Le pregunté que si sabía en qué trabajaba. Me dijo:

—De campo.

—No sé, no me suena ese nombre —le dije—. Yo me relaciono con los de mi oficio. A lo mejor lo podré conocer de vista. En los pueblos más o menos todas las personas se conocen así.

Me dijo que a él lo cogieron prisionero los rojos en Teruel, y al que él me preguntaba también, pero que por culpa del carmonés mataron a todos los que él conocía, y que le habían dicho que ellos fueron a fusilar rojos volun-

riamente, a los que aquel sabía que eran falangistas, a esos los denunciaba y los fusilaban rápidamente. Él contaba, y no acababa, de aquel “demonio”, cosa que me alegraba saber lo que me contaba, aun cuando le daba a él la razón. Me contó que el otro de seguida dejó de ser prisionero. A él y a los demás prisioneros me dijo que los llevaron a Francia, pero que inmediatamente una noche se escapó y que fue a parar a Zaragoza. Habló mucho aquella noche. Despertaba de vez en cuando y me decía que no estaba tranquilo pensando lo que podía haber pasado por mi culpa de no contestar cuando me decía quién va.

Así transcurrió la noche. De vez en cuando despertábamos. Los perros no callaban de ladrar, y yo no estaba tranquilo del todo y no me dormía bien por más deseos que tenía de echar un buen sueño. Antes que fuera de día ya estábamos levantados, en el momento que él empezó a levantarse yo hice lo propio, avivó el fuego que no lo dejó apagar en toda la noche y puso una cafetera para preparar café de cebada tostada. Cuando estuvo preparado el café lo puso a un lado, cogió una hogaza de pan y cortó dos rebanadas de pan bastante grande y las tostamos cada uno la suya, puso una mesilla que tenían y, sentados en los troncos que tenían como asientos, nos tomamos el café tranquilamente. Ya empezaba a apuntar el sol. Nos salimos a la puerta para indicarme el mejor camino que debía seguir en dirección a Cantillana.

OTRO MAL TRAGO AQUELLA MAÑANA ME ESPERABA

Cuando me daba las explicaciones del camino que debía seguir para Cantillana para después seguir hasta Carmona, veo que se acerca un tío a caballo con un sombrero de ala ancha; una tercerola o un rifle metido en la funda enganchado en la montura del caballo. Cuando se acercó vi que traía una banderola con una chapa de metal. Me di cuenta que era una guarda jurado. Estos tipos por lo regular son malas gentes, son elementos arrimados a los burguesillos de los pueblos y a los caciques, verdaderos esbirros y mercenarios también, que buen servicio que les dieron en la guerra matando trabajadores por ser de izquierdas, delito muy grave.

Nada más llegar a nosotros le pregunta al pastor (lo nombró por su nombre, se ve que se conocían):

—¿Quién es este hombre?

—Este hombre es de Carmona —le dice—, que viene de ver a Don Enrique para pedirle trabajo y se ha quedado esta noche aquí conmigo.

Me preguntó:

—¿Usted conoce a Don Enrique?—. Le dije que sí. —Entonces ha estado trabajando en el canal.

—Claro está —le dije.

—¿En qué tajos ha trabajado?

—Por varios tajos; yo trabajaba en un equipo que tenía Don Enrique y unas veces estábamos en un sitio y otras en otro. Íbamos retocando pequeños defectos que había que reparar.

—¡No estaba yo harto del canal —me dice—, no me han dado nada que hacer los delegados de las corporaciones! Yo en esa época estaba de sargento de puesto de la guardia civil en Cantillana y todos los días había conflictos.

—En el equipo que yo estaba no había delegados.

—¿Qué me va usted a decir a mí, que no había delegados en su equipo? Delegados los había en todos los equipos.

—Cuando usted vea a Don Enrique —le dije— pregúntele que si en el equipo que él tenía hubo alguna vez problemas. Nosotros trabajamos por la administración, por la Mancomunidad Hidrográfica del Guadalquivir.

En definitiva que pasé un verdadero mal trago aquella mañana. No sabía cómo terminaría aquello. Temía que le diera por pedirme la documentación. No sé si me sirvió de mucho el haberme tropezado con el que me encontré al salir de El Pedroso, que me indicó que fuera a ver al tal Don Enrique. También le había dicho al pastor que la noche anterior me quedé en la casa del Don Enrique, porque como hacía tiempo que me conocía me dijo que me quedara en la casa. Todo esto en la conversación se lo dije al guarda. Cuando después de la conversación me pude largar de la presencia de aquéllos me pareció un sueño. Salí marchando tranquilamente, en apariencias. Cuando los perdí de vista pude respirar algo tranquilo. Tenía prisa por llegar y pasar Cantillana. Cuando llegué al pueblo pregunté que por dónde debería coger para Carmona. Me indicaron que pasara por la barca y cogiera el camino de Guadajoz. Así lo hice. La barca era una plataforma bastante grande de madera con barandas a los dos lados. En cada extremo tenía como un portalón que lo elevaban con un guinche y lo hacían descender para que se embarcaran los carruajes o desembarcar, y un cable metálico fijo en cada orilla del río que pasaba por unas argollas que estaban fijas en las barandas de los lados de la barcaza. Y una vez embarcados generalmente todo el mundo ayudaba a tirar del cable para hacer marchar la barca.

Aquella noche me quedé en una casilla de vías y obras que no vivía nadie. Entonces llegaba el tren a Carmona. A la mañana siguiente pasé por el pueblo y compré algo de comer. Esto sería el 5 ó 6 de marzo de 1940. Seguí mi marcha hasta Dos Hermanas. Yo tenía la intención de llegar a la estación de El Cuervo, pero tenía que llegar por la noche para que no me viera nadie conocido. A mí me conocía allí todo el mundo; nos habíamos criado allí. Además cada vez que podía me gustaba volver adonde vi la luz por primera vez. No tenía enemigos allí, uno quizás, pero para evitar comentarios de los amigos no me interesaba que me vieran ninguno. Cuando llegué a Dos Hermanas era bastante temprano. Pregunté a qué hora pasaban los trenes en dirección Cádiz. Los mercancías eran los que me interesaban a mí. Le había cogido gusto a los viajes nocturnos en el tren. Me dijeron las horas de varios trenes. En esa dirección pasan bastantes mercancías. Cogí el que me pareció más adecuado para mis necesidades, que al llegar a Utrera fuera bastante entrada la noche. Como es sabido mi padre estaba de jefe de maniobra en Utrera y posiblemente podía estar de turno trabajando aquella noche. Me apeé antes que entrara el tren en la estación. Me fui a una taberna, pedí algo de beber. Todo esto al lado de la estación de Utrera. Comí un bocadillo y pregunté que a qué hora pasaría un mercancías para Lebrija. Las gentes que viven cerca de las estaciones del ferrocarril saben perfectamente las horas de los trenes. Me lo dijeron, y yo calculé el tiempo que pasaría desde la salida de Utrera hasta la llegada de la estación de El Cuervo.

Me fui cuando se acercaba la hora al sitio adecuado. Me subí en una garita cuando ya el tren estaba fuera de las agujas. Todo el camino fue bien sin ninguna novedad. Paró un poco en Lebrija. No me apeé del tren para nada. “La próxima estación es El Cuervo.” Me preparé para apearme antes de que el tren se parara. Con el cosquilleo en la barriga de tener que esconderme o pasar desapercibido en el sitio en el que pasé mis años de infancia y juveniles, y que tanto cariño tuve siempre por aquel rinconcito del que tan maravillosos recuerdos guardo. Mis padres, mis abuelos, mis tíos paternos y maternos, y personas conocidas desde que nací. Y también el panorama, que para mí es incomparable. Aun cuando todo ha cambiado. El olivar de Casa Blanca desaparecido; el monte de los Prados, desmontado; las lindes que dividían las pequeñas propiedades, liquidadas. Todo una propiedad. El pez grande que engulle al chico. Todo está cambiado, pero en mi retina lo guardo como era en los años veinte y treinta: muchos carruajes tirados por caballerías descargando cereales en el muelle en espera de vagones para el embarque, pilas enormes de sacos dentro y fuera del almacén, los hijos de los ferroviarios y de los vecinos que vivían cerca de la estación que nos reuníamos por las tardes a jugar, correteando y subiéndonos por las pilas de traviesas que las

almacenaban próximas a la estación. Todo es recuerdo entrañable, pero lo guardo como era. La estación está desafectada, las puertas tabicadas, hoy la puerta por donde nosotros entrábamos y salíamos a nuestra casa con nuestros padres tan jóvenes, las puertas y la ventana tabicadas, donde hubo ilusiones y amor todo está oscuro, cerrado para la eternidad. Muchos amigos muertos por ley de vida; otros, empezando a vivir, fueron fusilados cobardemente por los franquistas, como les ocurrió a los hijos del jefe de estación que hacía turno de noche, que fueron ejecutados el padre y los dos hijos. El padre, Otilio Arroyo Casado² y el hijo, Manuel Arroyo Parra, fusilados en Bélmez (Córdoba), y el hijo más joven en Porcuna (Jaén); los hijos 17 y 18 años, el más joven Leoncio Arroyo Parra. ¿Me he salido del tema? No. Lo digo como es.

Los preparativos para apearme del tren estaban ya preparados, pero cuando el tren entró en la aguja llevaba una velocidad que no era posible apearse sin romperse la cabeza. Lo que menos podía yo pensar es que aquel tren no parara en El Cuervo. En efecto, al pasar la máquina por la estación, una pitada y una velocidad que ni pensar en lanzarse, y la próxima estación, La Parra. Ni pensar que en La Parra pararía. Aquello es un apeadero muy pequeño. Y a Jerez ni pensarlo podía yo llegar. Era meterme en la boca del lobo. Cuando pasó el disco que está a la salida de la estación en dirección a Jerez me puse en el estribo de la garita. Ya esos vagones no existen prácticamente. El estribo era de unos treinta centímetros por cuarenta. Me puse con la barriga en el estribo para alcanzar con los pies al suelo. Del estribo al suelo había una altura bastante considerable.

La banqueta estaba bastante alta por allí, y yo lo sabía perfectamente de andar por allí con el ganado, que me juntaba con los hijos del capataz de vías y obras. Juntábamos los cerdos y las cabras para darles de comer al ganado y nos alejábamos por la vía adelante cinco o seis kilómetros y más.

Yo ponía los pies en el suelo para tantear la velocidad, y si me soltaba saber si podría aguantar el impacto sin dar un batacazo. Yo estaba algo acostumbrado a subir y bajar del tren en marcha, pero como era noche cerrada era más difícil aguantar el equilibrio. Yo no dejaba de tocar el suelo con los pies, pero llegó un momento que los pies se quedaron en el vacío. “¿Qué pasa aquí?” Inmediatamente lo adiviné, mejor dicho, lo recordé. Era el puente de

2 Fue músico de tercera de la Banda de Porcuna.

Los Prados, como se conocía aquel puente. No era muy ancho. Lo suficiente para que pasaran los carruajes por debajo. Aquel cortijo lo partía el ferrocarril, y debido al terreno era más fácil un puente que un paso a nivel. El asunto fue que me dio qué pensar si me hubiese dado por soltarme en ese momento. Lo he pensado muchas veces, Gracias a que el tren corría demasiado en ese momento. Como todo aquello lo conocía tan bien, yo sabía que tres o cuatro kilómetros más adelante había una cuesta que los mercancías se venían abajo la velocidad.

Cuando guardábamos el ganado los chavales había veces que nos montábamos en los mercancías en los estribos por darnos un paseíto, y que también nos ganamos algunos coscorriones de nuestros padres por esas travesuras.

Así que lo pensé y me subí a la garita. “Cuando el tren empieza a perder velocidad será la ocasión. La ocasión de yo apretar el freno a fondo.” De algo me sirvió estar relacionado con el ferrocarril desde mi nacimiento. Cuanto me di cuenta que el tren empezó a perder velocidad en la iniciación de la pendiente apreté el freno cuanto pude. El maquinista daba las tres pitadas para que los guarda-frenos aflojaran los frenos. Yo decía “Estás listo, mangas verdes.” Las ruedas de aquel vagón las dejé como si estuviesen cuadradas. Me apeé cómodamente. El maquinista seguía con sus tres pitadas. La máquina la sentía yo con el fan-fan de fatiga, subiendo la cuesta. Una vez en tierra me puse a desandar lo andado camino de las proximidades de la estación. Me habría pasado unos cinco kilómetros; las chozas de mis tíos Miguel y José Álvarez estaban cerca de la estación, la de mi tío Miguel algo más distante. Me pareció mejor la de Miguel porque tenía un vallado de chumberas próximo y podría ocultarme hasta que amaneciera.

Serían las tres de la madrugada cuando estuve cerca de la choza. Solté el hatillo que llevaba en el vallado, y me aproximé con todo el sigilo posible a la puerta, sentí roncar a alguien no muy lejos de la puerta, me retiré con la misma precaución que antes me había aproximado. Sería algún trabajador el que dormía allí. Mis tíos dormían a la izquierda de la choza que estaba dividida por un tabique de sacos blanqueados, sostenidos con palos desde el suelo hasta el techo y una cortina de lienzo como puerta; la choza era bastante grande, tenía una puerta al naciente, en el centro, y otra al poniente a la derecha, que era por donde entraban las caballerías para echarles piensos por las madrugadas, cuando dormían en el interior en tiempos de labores de siembra; en ese tiempo ya habían terminado la siembra y el ganado lo tenían fuera. Entre donde estaban los pesebres y el tabique quedarían más de treinta metros cuadrados libres que era donde hacían la vida. He hecho una descripción de cómo eran las chozas donde vivían mis tíos, el bardo hasta

una altura de un metro cincuenta de varetas de olivo, y por el interior repe-
llados con barro y blanqueado con cal, y el techo de juncos.

Aguanté toda la madrugada escondido en el vallado esperando a que amaneciera con cierta inquietud, no sabía lo que pasaría al levantarse el personal, y llegó la hora, nada más levantarse el trabajador aquel que tenía mi tío se va directamente al vallado a cavar, yo hice como si estuviese ya atacándome de haber cagado.

—¿Qué hace usted ahí?

—Pues que he estado cagando y ya me voy, tengo que ir a Casa Blanca.

De seguida llama a mi tío:

—Oye, Miguel, ven, aquí hay uno que dice que va para Casa Blanca.

Mi tío, cuando me vio, yo noté la impresión. Me dice:

—¿Qué hace usted aquí?

Le dije lo mismo que al otro. De seguida le dijo mi tío al otro:

—Llégate por las bestias—, que las tenía amarradas en un barbecho que habían dejado sin sembrar. Apenas el otro se alejó entramos en la choza. Nos saludamos con bastante afección, y a continuación me dice:

—Cuanto que te cojan, te fusilan. Tú no sabes la que tienes liada. Han estado en casa de abuela ya dos o tres veces, se llevaron la carta que le escribiste a tu hermana, tú no sabes cómo están.

—Bueno —le dije—, esto será si me cogen, todavía no me han cogido y procuraré que no me cojan, me he escapado para evitar que ocurra eso.

Allí estaba un chiquillo de unos seis o siete años, sobrino de mi tía, lo mandó adonde fuera para que no se apercibiera de nada. Cincuenta y cuatro años después, en el entierro de mi tío, este chiquillo que ya no lo había vuelto a ver, ni jamás lo hubiese conocido, me refirió aquel episodio. Si puedo, más adelante haré referencia.

Una vez que tomé el café le dije a mi tío que me largaba. Me preparó mi tía un bocadillo y me fui. Mi tío me dijo que me fuera al monte y cuando fuera bastante de noche que volviera, pero que procurara que no me viera ningún conocido, sería complicar las cosas más. Pasé el día en el monte cogiendo espárragos, cogí un buen manojo. Por la noche cuando volví no estaba el que tenían trabajando, le pregunté y me dijo que lo había mandado a Lebrija para algo, era de Lebrija aquella criatura, un individuo más que estúpido.

Mi tía sabía que a mí no me gustaba mucho el potaje de frijones, como le llaman en Lebrija a las alubias; era una persona que expresaba demostrando el afecto. Cuando llegué me dice:

—Miguel, te tengo preparado un potaje de frijones de los que a ti tanto te gustan.

En efecto, estaba estupendo, con su correspondiente chorizo elaborado en casa; mis tíos, siguiendo la costumbre de mi abuelo, hacían la matanza cada año para tener chacina hasta la próxima matanza. Comimos los cuatro, mis tíos, el sobrino de mi tía y yo.

Me tenía ropa preparada para que me mudara y lavar la que tenía puesta. Le advertí que la lavara aparte de la de ellos, porque estaba infestada de piojos, que la hirviera a cuantos grados fuera posible porque aquellos animalitos parecía que estaban inmunizados contra todo.

Mi tío aquel primer día de mi estancia por allí puso al corriente a mis padres de que yo estaba por allí, pero que se abstuviesen de ir a El Cuervo de momento, que dejaran pasar algunos días, ya él los avisaría. Mi tío tenía miedo de que me fueran a coger en su casa.

Tenía razón quizás, al principio del movimiento estuvieron presos algún tiempo, un par de meses más o menos, y presenciaban las sacas que hacían diariamente en la cárcel de Jerez a personas conocidas de ellos, y ese miedo a que les tocara a ellos no lo habían superado del todo, buscaron algunas influencias que intercedieran por ellos y se libraron. Me contaron que ellos lo que no querían era que supieran que eran tíos nuestros cuando estábamos en la cárcel.

Así pasé unos cuatro o cinco días, yo llegaría a El Cuervo seguramente el 5 ó 6 de marzo de 1940. Pasados estos días vino a verme mi tío José y me dijo que me fuera a su casa (José Álvarez, el hermano de mi madre y de Miguel). Seguía con la misma norma, me levantaba antes de que fuera de día y volvía bastante anochecido, todo el día lo pasaba en el monte.

Cuando pasaron otros cuatro o cinco días vino a verme mi tío José Vega, hermano de mi padre, que era encargado en el cortijo Casa Blanca, y me dijo: —Te vienes a mi casa hasta que se arregle algo donde te puedas ir, que ya trataremos de buscar alguna cosa hasta ver cómo se soluciona esta situación. Mi tío José Vega vivía en la gañanía del cortijo, era una casa bastante grande y tenía unas cuantas habitaciones, vivía nada más que la familia de mi tío en aquellas dependencias. Mi tía María Toro, que era muy buena nos trataba desde que éramos pequeños.

Pero las normas eran las mismas, antes del amanecer, al monte y bien entrada la noche al escondite, pero en casa de mi tío José Vega, como tenía me parece que siete hijos de todas las edades pues me llevaban la comida de medio día mis primos mayores. Así transcurrían los días del mes de marzo de 1940. Cuando ya hacía unos diez o doce días que merodeaba yo por la Estación de El Cuervo me vino a ver mi tío Miguel y me dijo:

—Esta noche te vienes a mi casa a dormir, que va a venir tu madre a verte.

Como de costumbre, entré bien entrada la noche a casa de mi tío Miguel, allí estaba mi madre esperando que yo llegara, ya habían pasado próximo a los tres años que no veía yo a mi madre ni a ninguno de mis hermanos, a Cristóbal lo vi por última vez el 18 de julio de 1936; cuando tuve las primeras noticias de él fue cuando llegó el abogado Solís a verme a la cárcel en Madrid. A partir del día 18 de julio de 1936 toda relación quedó interrumpida. Las primeras noticias que tuvieron de mí fue poco antes de la caída de Barcelona, que mandé un mensaje por medio de la Cruz Roja; yo no supe nada de ellos. Mi hermano Alfonso cuando empezó la guerra estaba herido de un balazo en una pierna, lo hirieron el 14 de abril de aquel año los fascistas, los falangistas que aquel día lo celebraron tiroteando a todos los grupos de personas que les parecía, sin importarles de quién se trataba, hirieron a unas veinte personas. Y cuando llegó el 18 de julio a todos los heridos que cogieron, que fueron casi todos, fueron ejecutados, creo que quizás mi hermano Alfonso fue el único que se escapó, y de pura casualidad. Mi hermano tendría unos dieciséis años, trabajaba en una fundición en Jerez, estaba en casa de mis abuelos, mis padres estaban en Utrera, que habían trasladado a mi padre de Jerez a Utrera. Alfonso todavía estaba cojo del tiro que le dieron, se fue a casa de otro tío nuestro, al cortijo de Santo Domingo, porque a todos los heridos los buscaban para liquidarlos. Ya había trascurrido un mes o más desde que empezó el *movimiento*, a los tres nos cogió el movimiento en Jerez. Mi madre un día cogió el tren para Jerez para ver a mi hermano Alfonso, que sabía que estaba en casa de mis tíos, en el cortijo, y que sabía que lo buscaban. Cuando llegó a Jerez de seguida se puso en camino para el cortijo, que dista de Jerez unos cinco kilómetros aproximadamente por la carretera que va a Sanlúcar de Barrameda. Mi madre iba a pie. En mitad del camino ve venir a mi hermano Alfonso cojeando en dirección a Jerez, ayudándose con un palo como bastón.

—¿Dónde vas?—, le pregunta de inmediato.

—Voy a presentarme

—¡Ni que tú lo pienses!

—Es que me ha dicho el tito que él va a ir para ver si habla con no sé quién que él conoce para ver si lo arreglan y me dejan de buscar.

—¡Nada de presentarse, para el cortijo!

Mi madre sabía que de todos los heridos del 14 de abril ya quizás no quedaría ninguno con vida. Uno de los primeros en caer fusilado fue Antonio Carbona, muy amigo de nuestra casa. Lo hicieron por casualidad, como a todos, tiraban al bulto; este amigo aún continuaba hospitalizado. El director del hospital se opuso a que se lo llevaran los falangistas, pero si no quería que se lo llevaran por las buenas se lo llevarían por las malas, y el director del hospital si seguía oponiendo resistencia podría acompañarlo. Lo metieron en un coche; decían que lo llevaban a la prisión de El Puerto de Santa María. Le dieron unos cuantos tiros; lo entregaron en la casa de socorro de El Puerto en estado agónico. Dijeron que sus mismos compañeros los habían tiroteado para liberarlo, los muy cobardes, así mataron a Antonio Carbona, un chico inteligente, pacífico y muy buena persona.

Mi madre cuando llegó al cortijo le dijo a mi tío que nada de presentarse, que se lo llevaba para El Cuervo, para la estación, y que lo dejaría en casa de mi tío Miguel de momento y después se iría para Utrera, que era algo complicado, porque como nos buscaban a mi hermano Cristóbal y a mí, todo eran complicaciones. Estuvo un poco de tiempo en casa de tío Miguel, después lo pasaron a Utrera y cuando le pareció se fue voluntario al frente que se encontraba más seguro

AQUELLA NOCHE QUE VI A MI MADRE DESPUES DE TRES AÑOS.

Nos acostamos tarde, muy tarde, contándonos tantas peripecias, tantos sustos, cómo entraban en la casa aquellas bestias de dos patas, pistola en mano, poniendo a mi madre por delante al entrar en las habitaciones, por si estábamos alguno de nosotros y tratábamos de defendernos.

A la madrugada siguiente, como de costumbre, me fui al monte y mi madre se marchó para Utrera. Me dijo que cuando pasaran un par de días vendría mi padre para verme. Yo seguía en casa de mi tío José Vega y, en efecto, unos días después vino mi padre, muy emocionado cuando me vio, por cierto. Me dijo cuando nos abrazamos:

—Hay que ver, Miguel, con lo que tú has jugado y has correteado por todos estos campos y que tanto sé que te gusta esta estación de El Cuervo y que tengas que estar escondiéndote aquí donde naciste y te criaste, qué cosas tiene el destino tan desagradables como impensables, quién nos hubiese dicho a nosotros cuando vivíamos aquí en la estación sin problemas ni alarmas de ninguna clase que nos encontraríamos en una situación tan delicada

aquí precisamente. Nos contentábamos pensando que la suerte aún no nos había dejado hasta el momento, seguíamos todos vivos, que era una suerte.

Recordábamos al jefe, de nombre Otilio Arroyo Casado, y a sus dos hijos muy jóvenes, por cierto los chicos, los tres fusilados ignominiosamente, Manolo y Leoncio. Y podíamos seguir recordando a cientos de personas conocidas tanto de mi padre como de nosotros, cuántos compañeros ferroviarios conocidos de mi padre, compañeros de trabajo, sin más delito que pertenecer al sindicato o ser directivo, fue suficiente para fusilarlos. Recordamos a Juan Ramírez Paredes, un hombre sencillo y bueno, guarda-frenos, por ser presidente del sindicato de ferroviarios, con unos cuatro o cinco hijos pequeños, fusilado por ese imperdonable delito. Si pusiera todos los nombres de las personas conocidas dónde iríamos a parar.

Mi padre me dijo que pensaban ir él y mi tío José a casa de un primo de ellos a Humilladero, que era juez de paz en el pueblo, era uno de los ricos del pueblo. Se dedicaba entre otras actividades agrícolas, a suministrar leña para la intendencia del ejército. Se llamaba este hombre Bartolomé Sanzo Vega. La leña la facturaban casi toda para Cádiz, toda prácticamente y tenía que pasar por Utrera que era donde estaba mi padre de jefe de la maniobra, y le encargaba a mi padre que hiciese todo lo posible para que no dejaran vagones cortados para que le pagaran a él cuanto antes.

Este hombre compraba un olivar que estuviese destinado al arranque o un encinar, lo que fuese, pero él no intervenía en los trabajos de desmonte, se los daba por contrata a los subtratantes, el personal que trabajaba en esas labores, él nada tenía que ver, se entendía con el contratista solamente. Pero podía influir para que me dieran trabajo que era lo que se pretendía. También me hablaron de enrolarme en una unidad de fuerzas italianas por mediación de una señora que tenía amistad con un teniente coronel del ejército. Esta señora estaba enterada cuando mi hermano Cristóbal estaba escondido, esta mujer cuando alguien estaba en peligro no le importaba si era de una u otra tendencia, lo que quería era ayudar a salvarlo, que no cayera en manos de sus enemigos. Esta proposición la deseché de inmediato, me decían que una vez ingresado tenía la posibilidad de pasarme a las fuerzas aliadas. Todo eso para mí estaba descartado, en esa dirección nada había que hablar.

En definitiva, se acordó que iría mi padre y mi tío José Vega a ver a su primo para que por su relación con los subtratantes del desmonte me pudieran dar trabajo en algún tajo. Allá que fueron a Humilladero, a casa de su primo, no sé si estaba mucho por la labor. Cuando regresaron fueron para Jerez y me compraron una bicicleta, nueva, para no viajar en tren ni en autobús, que

siempre pedían el salvoconducto. Una vez que ya habían hablado con su primo, dijo que fuera yo para hablar con él, a ver si podía conseguir que me dieran trabajo. Empecé a preparar para ponerme en camino, mantas, un par de mudas de ropa, todo lo necesario para una parada larga. Por mediación de esta señora de Utrera me saco un salvoconducto. Se llamaba Concha Giménez, un año o dos más tarde tuve la ocasión de conocerla, le dije que estaba muy agradecido por el salvoconducto que me sacó. Con él podía yo llegar al ayuntamiento donde trabajaba y me darían otro al caducar.

Con todo ya preparado me despedí de mis tíos que me dieron algún dinero, doscientas o trescientas pesetas, fue más, rondaba las cuatrocientas; mi tío Miguel me dio cien pesetas que se las dio un conocido suyo, y seguro que también conocería yo y mis padres, alguien que él lo puso al tanto de que yo estaba por aquellos contornos, pero que le advirtió de que no me dijera quién se las había dado, seguramente por miedo, por si me cogían que no dijera yo de dónde procedía el dinero. Es increíble, pero cuatrocientas en 1940 no es fácil en 1995 hacerse una idea de la cantidad tan respetable que representaba. Al despedirme, todos me daban buenos consejos, cómo debía hacer mi vida, sin meterme en líos de nada, que no trasnochara, que fuera lo menos posible por bares, una retahíla de mil demonios, con la mejor intención, por descontado. El que más sentí la despedida fue el tío Alonso, un cuñado de mi abuelo Miguel, el padre de mi madre, cuando me despedía se echó a llorar y me dice:

—Miguel, ya no te veo más.

—¿Por qué, tío Alonso?

—Ya yo soy muy viejo, no nos veremos más.

Me conocía desde que nací, y cuando fui mayor trabajamos temporadas juntos en el campo, unas veces en la recolección y otras en la siembra. Así fue, no nos vimos más, pero él vivió unos cuantos años más, pero yo no volví en muchos años por El Cuervo, tardaría en volver más de treinta años, ya estaba todo cambiado.

De buena hora me puse en marcha camino de Humilladero. Distaba de la estación de El Cuervo próximo a los doscientos cincuenta kilómetros, en el día era mucho camino para una jornada, mejor en dos etapas. Siempre desde que salí de Madrid cuando me veía obligado a pasar por algún pueblo trataba de no pasar por la puerta del cuartel de la guardia civil, nada más ver el asta de la bandera le daba un rodeo. Pero al pasar el pueblo de Paradas, que no tenía necesidad de entrar porque la carretera pasa algo distante, me dio la idea de entrar para comprar algo, y no pude evitar pasar por la puerta del cuartel; cuando me di cuenta ya no era prudente volverme, seguí adelante,

también podía pasar desapercibido —pensé—, pero no ocurrió así. Justo cuando pasaba por delante el guardia que estaba en la puerta me llama, yo creo que le llamó la atención la bicicleta nueva. Me pidió los papeles de la compra de la bicicleta, que en efecto los tenía. Se los di, los miró sin mucha atención, me pidió el salvoconducto y me preguntó que a qué iba a Humilladero, siempre tan impertinentes estos servidores del “orden”. Le dije que a trabajar. Todo ocurrió sin nada trascendental, pero fue la primera vez que me vi obligado a dialogar con la guardia civil después de mi fuga, cuando me llamó para pedirme la documentación yo me dije: ¡que la suerte me proteja! Una vez empezamos la conversación me sentí más tranquilo y confiado, pero estaba deseando de terminar la conversación para continuar mi camino. Todo terminó felizmente. Aquella noche me quedé en una posada en Estepa, cené en la misma posada.

Al día siguiente continué camino a Humilladero, llegué bastante temprano, a media tarde; pregunté a alguien dónde vivía Sanzo Vega. Me dieron razón de seguida, era una persona bien conocida en el pueblo, vivía en un cortijo justo a la salida del pueblo, un buen caserío con bastantes comodidades. Pregunté por él y me indicaron que estaba en su despacho, en la oficina. Me presenté, le dije que yo era el hijo de su primo Cristóbal, me saludó correctamente con un apretón de mano. Después de una breve conversación, sin hacer mención para nada de mi situación, me dijo que me fuera para la estación de Casariche y que preguntar allí por el tajo de los que embarcaban la leña en la estación para Cádiz, que allí me informarían, no estaba muy lejos de la estación, unos cinco o seis kilómetros.

Aquella noche me quedé en Humilladero en una posada también, me parecía mejor quedarme en posadas que en una fonda; en aquella época en las posadas por lo regular el personal que las ocupaba eran arrieros que hacían el transporte de mercancías en arrias de burros o carruajes, sobre todo en pueblos de las serranías. Eran más incómodas las posadas que las fondas, por descontado. Pero después de la guerra y la cárcel a mí me parecía un hotel de cinco estrellas a pesar del olor a cagajones y a cuadra que se percibía, el personal era distinto y el trato también, más fácil entablar diálogos de diferentes cosas, pero que en general terminaban donde yo no quería que terminaran, en la recién acabada guerra. Yo siempre hacía entender que la guerra la hice con los nacionales y que de cuestiones políticas y sociales yo pasaba, no entendía ni palabra, todo aquello para mí carecía de interés. Y a tragar quina tocan cuando la emprendían con los rojos, cualquiera se atrevía a hacer una ligera objeción, por tibia que fuese, en defensa de aquellos. Y muy posiblemente, aquellos que atacaban a los rojos quién sabe lo que ocultaban tras aquellos ataques, nadie conocía a nadie y todo era miedo de quien pudiese escuchar.

A la mañana siguiente cuando desayuné me puse en marcha para Casariche, busqué el tajo de los de la leña, como le decían, me dirigí al que hacía dedue-lo del desmonte, Frasquito, trabajaban dos hijos con él y tres o cuatro hombres más del mismo pueblo, Casariche, me puso inconvenientes, que no podía meter más personal, que ya quedaba poco trabajo, en fin, que no se decidía. Volví otra vez a Humilladero y se lo dije al primo de mi padre. Yo lo que quería era empezar a trabajar.

—Total —me dijo—, vete para el tajo que yo mañana iré para allá y hablaré con él.

Al día siguiente fue y todo quedó solucionado. Empecé a trabajar, el trabajo era duro, sobre todo para mí, que nunca había visto aquella clase de trabajos, arrancar olivos de raíz a base de un azadón, una herramienta que por un lado tenía un azadón y por la otra tenía un hacha. Era una herramienta bastante pesada, y sin la costumbre de manejar dicho artilugio. Había que hacer lo que fuera y sacar fuerzas de flaqueza para no quedarse atrás en la faena. Cuando teníamos una porción de olivos arrancados, a trocearlos con una sierra de un metro y medio de larga. Antes había que quitarle las ramas con un hacha, después el acarreo a un sitio determinado para cargarlo en un camión. También esta faena era bastante dura; dos palos en forma de parihuelas y a poner troncos entre los palos y al sitio determinado para la carga definitiva al camión. Después a cargar los vagones. También hicimos hornos para hacer carbón vegetal, hornos bastante grandes. Eso también tiene su labor, y dura por cierto, y durante la noche había que ir una o dos veces a darle vueltas, vigilarlos para que no se abriese una chimenea y todo se redujese a cenizas. Así pasé los últimos días de marzo de 1940, todo el mes de abril y mediados de mayo. Dormíamos en el mismo tajo, en unos sombrajos bien hechos para no pasar frío y aguantar la lluvia si no era cosa muy descompasada. La comida del medio día consistía en una porra o majado frío, como dicen en la provincia de Málaga, cosa que me gustaba mucho y aún me sigue gustando, también un poco de tocino crudo con pan. También de mi agrado ese bocado. Por la noche un puchero de garbanzos. De comida lo pasábamos bien.

Pero el tajo se terminó y me quedé sin trabajo. Para mí era un problema, andar deambulando de un lado para otro. Por esa época empezaba a escasear el tabaco. En la provincia de Málaga había tabaco. Estuve unos días que me iba donde encontraba tabaco y lo vendía donde no lo había, pero eso tenía el inconveniente que si me cogían podía traerme consecuencias fatales, y después de unos días lo dejé. Por esa época estaba mi hermano Alfonso todavía haciendo el servicio militar, estaba en Archidona destacado, según me dijo, había por aquella zona algunos grupos guerrilleros en la sierra.

Yo no lo había visto, naturalmente, desde julio de 1936, pero el tiempo que estuve en la cárcel nos escribíamos regularmente. Como yo sabía que estaba en Archidona, me decidí a ir a verlo. Como no tenía otra cosa que hacer más que caminar en bicicleta, un día dije “allá que voy”.

Cuando llegué a Archidona al primer soldado que vi le pregunté que si conocía a Alfonso Vega. Me dijo:

—Sí, ése es el cabo furriel.

—¿Dónde estará—, le pregunté.

—Pues seguro que está jugando al dominó en un bar al que suele ir por allí, si quieres te acompaño—, me dijo.

Acepté que me acompañara. En el camino le dije a aquél que éramos paisanos y que vivíamos cerca uno de otro, que teníamos amistad por ser vecinos. En efecto, allí estaba Alfonso. El otro le dijo:

—Aquí hay un paisano tuyo que pregunta por ti.

Nos saludamos delante de aquellos como amigos, después fuimos donde tenían la intendencia y comimos algo. Me quedé aquella noche en Archidona. Pero ese mismo día todo aquel destacamento lo mandaron para Canarias.

Yo bicicleta, carretera, manta y el saco de las bulerías. Sin rumbo, pedía trabajo donde veía una obra o no importa qué fuese el trabajo, pero nada. Estaríamos ya sobre más del día veinte de mayo. Me decidí otra vez a poner la proa rumbo al Canal del Vía. Desde Archidona había bastantes kilómetros, más de doscientos, pero yo no tenía otra cosa que hacer, darle a los pedales sin prisas, porque lo importante para mí era que pasaran los días, y meses, ya habían pasado tres meses desde que me escapé. Cuando me puse en marcha el día que salí de Archidona fue después de medio día. Aquella noche me quedé en una posada de Antequera. Me acuerdo de que tuve que tragar quina de la más amarga escuchando a un arriero echar pestes de los rojos y decir disparates sin parar con la tertulia que formó en torno suyo. No había más remedio que cavar y tragar saliva.

Al día siguiente seguí mi camino rumbo al Vía.

**AQUELLA DECISIÓN CREO QUE, CON TODA SEGURIDAD,
FUE LO QUE HIZO CAMBIAR EL RUMBO DE MI VIDA,
UNIDO TAMBIÉN A LA TOMADA EL 25 DE FEBRERO DE 1940.**

Cuando me adentré en la sierra norte de la provincia de Sevilla, pensaba: “si encontrara por aquí a algunos conocidos de los que andan por aquellos contornos, les preguntaba de forma velada sobre las cosas que se decían del personal que estaba huido por aquellos montes...”, pero no sabía nadie nada en concreto, o no soltaban prenda por razones más que justificadas.

Cuánto mejor no haber encontrado lo que entonces me hubiese gustado, es posible que no estuviese ahora escribiendo estos recuerdos.

Cuando llegué a Castilblanco de los Arroyos seguí la carretera que conduce a El Pedroso y Cazalla de la Sierra. Al llegar al río Viar dejé la carretera y seguí el canal adelante que conduce al embalse donde está la toma de agua del canal del Bajo Guadalquivir. Siguiendo el canal en dirección al embalse tenía que pasar necesariamente por la puerta de la casa de Enrique Llorent, el que me dio cobijo en su casa cuando me apeé del tren en El Pedroso, tres meses habían pasado ya desde que comí y dormí bajo el mismo techo. Le saludé, de paso, y le volví a preguntar que cómo estaba el trabajo. Me dijo que había una cuadrilla en el embalse, pero que no tenía nada que ver con el personal que trabajaba, se trataba de un contratista. Seguí camino adelante hasta llegar al embalse. Había unos diez o doce trabajadores. Pregunté por el capataz, me indicaron quién era, me fui directamente y le pedí trabajo. Inmediatamente me dijo que no tenía trabajo, que no quedaría trabajo más que para un par de meses. Le dije que me diera para lo que fuera, me hacía bastante falta trabajar. Otro de los argumentos que me planteaba era la cuestión de la comida, que ya escaseaba y que a aquella cuadrilla se veían con bastantes dificultades para suministrarles lo imprescindible para comer cada día. Le dije que yo me las arreglaría para buscar como fuera, pero me decía, y con razón, que era imposible, que el pueblo más próximo estaba a unos veinte kilómetros, Almacén de la Plata. Pero allí vivía una familia que vendían vino y algunas cosas para el personal que trabajaba por allí, le decían “la cantina”. La cantina, naturalmente, era una choza con un sombrajo en la puerta y allí vendían vino, tabaco cuando lo encontraban, y lo que buscaban para la venta. La cantina la mudaban según donde había un tajo con más personal. En resumidas cuentas, le dije al que se ocupaba del personal que, si me podía arreglar con la cantina para comer, si en ese caso me daría trabajo; quedamos conformes en eso. Fui a hablar con el cantinero y quedamos con-

formas para comer todos los días que fuera necesario hasta que se terminara el tajo, si yo quería. Por tanto, todo quedó arreglado y al día siguiente empecé a trabajar, fue el veinticinco de mayo de 1940.

De momento tenía solucionado por lo menos dos meses más de trabajo. Y en plena sierra, qué tranquilo me encontraba, dentro desde luego de la intranquilidad, no podía ser de otra forma, pero tener trabajo era algo de seguridad, dormir tranquilo en el mismo tajo, no tener que andar de posada en posada y tener que rellenar cada día un papel para la policía o la guardia civil, siempre pensando que pudiesen venir a media noche para comprobar papeles.

La tarde aquella la pasé hablando con los que serían mis compañeros de trabajo, todavía no me habían preguntado nada de dónde venía ni dónde vivía. Yo pensaba que me lo preguntarían y no tenía decidido qué les diría, si en Utrera o en La Rinconada. Yo había trabajado en 1935 una temporada en la descarga de la remolacha en la azucarera que hay en la estación de La Rinconada, pensaba si decirles de La Rinconada o de Utrera. Y esto, que parece que no tenía importancia, posiblemente sí la hubiera tenido si me decidí a decir que vivía en La Rinconada, porque precisamente el que hacía de capataz y su hijo, que también trabajaba allí vivían en La Rinconada en el barrio de San José, que era donde yo dudaba decir que vivía, en aquellos años todo el mundo se conocía en aquel barrio. Se habrían dado cuenta de que yo estaba mintiendo, y en ese caso todo habría cambiado cuando tan felices me las prometía para por lo menos un par de meses. La casualidad jugó un papel quizás decisivo. Cuando después de haber trabajado la primera jornada por la tarde me toman la filiación les dije que vivía en Utrera. Esperarían a que trabajara una jornada, por si no era rentable el rendimiento que daba, antes de seguir adelante, decirme que no interesaba. Pero todo fue bien y seguí trabajando, cuando unos días después, ya en conversación con los compañeros, me enteré de que el capataz vivía en La Rinconada. De buena me libré.

Yo me encontraba estupendamente en aquel tajo, dormíamos en un barracón bastante grande cinco o seis compañeros de trabajo. El barracón era de madera y el techo de chapa de cinc. Cuando llovía y yo sentía caer el agua en las chapas, si era por la noche, acostado en la cama que me fabriqué con unas cuantas tablas, en un jergón de paja, abrigado con la manta, sentía una sensación tan placentera que no lo cambiaría en aquella ocasión por un gran hotel. Todo marchaba bien en el trabajo, los días que amanecían de lluvia no se podía trabajar. Como estábamos en plena sierra, cuando hacía una clara, ya que los que allí trabajaban eran casi todos de Almacén de la Plata, algu-

nos cazadores furtivos de toda su vida, profesionales de la caza, apenas hacía una clara echaban mano de las escopetas y... al monte. Licencia de armas no tenía ninguno. Al principio yo no los quería acompañar, por temor a que se tropezaran con la guardia civil y se metieran en averiguaciones. A mí en aquella época me gustaba mucho la caza, siempre me gustó, pero en principio no me decidía a acompañarlos por precaución de que podía traerme graves consecuencias. Cada vez que salían traían un montón de conejos, de lo que yo también salía beneficiado, alguno me daban.

Me sentía un poco molesto conmigo mismo porque no colaboraba con aquellos compañeros, porque los que no tenían escopetas iban para prepararle la ocasión a los de las escopetas, aproximándoles las piezas donde se apostaban, así que pasando algún tiempo me decidí a acompañarlos. Nunca tuvimos tropiezos, y cacerías había en abundancia. Todo el tiempo de la guerra se puede decir sin equívocos que fue veda permanente.

Ya pasaba más de veintitantos días que estaba trabajando allí, nadie de la familia sabía nada de mí desde que vi a mi hermano Alfonso en Archidona, y un sábado le dije al encargado que no trabajaría por la tarde porque pensaba ir a Utrera, a casa. Así que cuando paramos para comer, una vez terminado el almuerzo, me puse en camino con mi bicicleta para Utrera. Yo no sabía dónde vivían mis padres, durante la guerra se mudaron de la casa en la que vivíamos antes para esconderse mi hermano Cristóbal, que estuvo un año por la provincia de Cádiz escondido y ya no podía seguir más tiempo donde se ocultaba. Buscaron una casa sola, un poco apartada, yo no sabía ir. Sabía la dirección de mi tío Manuel que era maquinista y estaba trabajando en Utrera en el ferrocarril también, como casi toda la familia.

Así que cuando llegué a Utrera, desde luego esperé a llegar bien entrada la noche me dirigí a la casa de mi tío que vivían en la Vía Marciala nº1, llegué preguntando por mi primo Miguel diciendo que era amigo suyo que nos habíamos conocido en la guerra, porque mis tíos vivían en una casa con varios vecinos, no saludé a mi tía, como si no la conociera, me hizo entrar en la casa, no estaba mi primo Miguel, estaba Manolo que era un niño y fue el que me acompañó a la casa de mi padre, fue la primera vez que entré en aquella casa. Pasado el primer momento de sorpresa todo se normalizó, todos contentos, como no me esperaban era lógico un poco de sobresalto. Dormí después de cuatro años en mi casa otra vez, pasé la noche del sábado y todo el día siguiente domingo, y de madrugada sobre las cuatro salí sigilosamente otra vez camino del Viar. A la hora que llegué me incorporé al trabajo.

Aquel día ya no comí en la cantina, mi madre me había preparado en una cacerola comida para tres o cuatro días, además también me buscó tres o cuatro quilos de garbanzos que ya me daban para comer unos buenos pocos de días, así que me despedí de la cantina para la comida, seguía frecuentando la casa para comprar lo que me hacía falta. El lunes por la tarde después que dimos de manos, me dice el compañero de trabajo:

—¿Tú quieres que vayamos esta tarde a cazar la liebre?.

Le dije de acuerdo:

—Pero tú sabes que yo no tengo escopeta.

—Yo tengo dos—, me dijo— te presto una.

—Estupendo—, le dije.

El conocía aquel terreno. Dice:

—Nos vamos a ir a un sitio que yo sé que por las tardes acuden a beber.

Yo me quedé en un sitio apostado y él se fue a otro sitio bastante lejos unos del otro, no nos veíamos, estábamos separados más de un kilómetro, yo seguía apostado, y ya estaba cansándome de esperar, pensé que no acudirían a aquel aguadero, pero sí, vi cómo se aproximaba una a aquel aguadero, cuando la tuve a tiro le arreé candela, era una liebre grandísima, pensé qué lástima que no fuera el día que fui a Utrera la hubiésemos guisado en casa. El compañero mató otra por el estilo de grande, yo esperé que llegara el compañero para irnos juntos para la barraca, así lo acordamos, pero cuando llegó donde yo estaba, la escopeta la tenía partida en dos, le dije:

—¿Qué te ha pasado, Cipriano?

—Al saltar un arroyo —dice— me caí y como llevaba la escopeta en la mano la apontoqué mal y se partió.

Seguimos caminando, y le dije:

—Cuando yo le disparé a la liebre estaba bastante lejos y no le alcanzó bien la plomada, salí a cogerla y cuando me aproximaba se me marchaba, yo podía haberle dado un leñazo con la escopeta pero temía partirla, así que agarré una piedra y le di una pedrada.

Me dijo el compañero:

—Eso tenía yo que haber hecho, porque a mí me pasó algo parecido, pero yo le di con la culata de la escopeta y por eso se partió.

¿He contado algo que no viene al caso? Posiblemente, pero como es algo que me ocurrió, pues ahí queda dicho.

Seguían pasando días y el trabajo avanzaba, cuando algún día amanecía de lluvia y no trabajábamos me alegraba infinitamente, era un día más que tenía seguro el trabajo, se prolongaría más la seguridad de tener sitio seguro, que

era para mí lo más importante, el invierno ya estaba pasando, pero aquel año fue muy lluvioso, sobre todo la primavera, pero cada día nos aproximábamos más al verano, al fin del trabajo que se terminaba y la inseguridad de nuevo, al acecho.

Cada semana iba alguno al pueblo en busca del suministro que le daban a los que estaban trabajando antes que yo. Cada vez que alguien se desplazaba en busca del suministro, yo le encargaba que me trajera el periódico, quería enterarme como marchaban los acontecimientos internacionales.

Aún cuando los periódicos eran parciales referentes a los triunfos de los nazis, que lo daban todo por la victoria del fascismo, era un hecho para los franquistas que el fascismo triunfaría en toda Europa, no fue así.

Leía y buscaba algo para no creermelo lo que leía, pero era evidente que los avances era un hecho, y que se tragaba a toda Europa, y allí supimos de la caída de París, también para mí fue un mazazo, pero yo decía Napoleón también tuvo casi toda Europa en sus manos y al fin fue derrotado. Había que buscarse un consuelo para seguir pensando que no estábamos del todo perdidos, francamente siempre creí que perdería la guerra el fascismo, a pesar de la carrera tan dislocada de triunfos, parecía imparable.

Y a todo esto se añadía para mí que el trabajo tocaba a su fin, y nuevamente me tendría que enfrentar a tener que deambular en busca de trabajo, cosa un tanto difícil de encontrar, no quedarían más que un par de semanas de trabajo. Como era lo que más me preocupaba, le dije a uno de los que trabajaban allí, que yo me había dado cuenta que era un trabajador fijo de la empresa: —¿Ahora cuando se termine este tajo dónde empezaréis a trabajar?

Me dijo:

—Creo que vamos a empezar un trabajo en Sevilla, se trata de una fábrica de material de construcción, postes de cemento, vigas, y todo lo relacionado con la construcción. Esto es en el barrio de San Jerónimo.

Me dijo que empezarían posiblemente después de que pasara el mes de agosto, durante la conversación me dijo:

—¿A tí te interesaría trabajar?

Le dije naturalmente:

—Si me dan trabajo sería estupendo, más cerca de casa y sobre todo tener trabajo para una buena temporada.

—Pues lo que tienes que hacer —me dice— es decírselo a mi cuñado, que es el jefe de la empresa.

Yo no sabía que era cuñado del que llevaba los planos del trabajo que estábamos realizando, el que se ocupaba del personal era el que distribuía el trabajo cada mañana, que fue con quien yo me entendí cuando llegué, por eso creía que era el que se ocupaba de todo.

En resumidas cuentas, hablé con el que se ocupaba de lo que a mí me interesaba. Me dijo que el trabajo empezaría después del mes de agosto, que él a su vez hablaría con el patrón, pero que él desde luego estaba de acuerdo, que si yo quería trabajar, por él no tendría ningún inconveniente.

A PARTIR DE AQUÍ SE PUEDE DECIR QUE EMPIEZA UNA NUEVA ETAPA

Estábamos próximo a finales de julio de 1940. El trabajo me dijo que empezaría después que pasara el mes de agosto. Podría ser en septiembre, los trabajos en la construcción tanto al empezar una obra como al final siempre se demoran, generalmente tanto al empezar como al terminar el retraso se puede dar por descontado, sobre todo en aquellos años.

Habían pasado ya cuatro meses desde mi fuga, si en realidad me daban trabajo podía ser una buena solución, pero tenía más de un mes sin ocupación, y eso me inquietaba, no tenía documentación ninguna, solamente un salvoconducto que cada mes tenía que renovarlo, si trabajaba era más fácil la renovación, diciendo que estaba trabajando en el tajo tal con la presentación de una hoja de pago, de no ser así había más inconvenientes. Así pues se terminó el trabajo, me despedí de aquellos que habían sido mis compañeros durante dos meses, al jefe le dije que yo pasaría al final de agosto más o menos por el sitio donde empezarían el nuevo tajo, pero seguía pensando en el tiempo que tenía que transcurrir hasta que pasara, todo el mes de agosto, y contando que fuera un hecho que me dieran trabajo.

Con todas mis pertenencias amarradas en el transportín de mi bicicleta, sigo el canal en dirección indeterminada, siempre siguiendo el curso del canal, pero sin saber dónde iría a parar aquel día y la noche próxima, cuando estaba próximo a Cantillana vi un tajo en el mismo canal del Viar, había bastante personal trabajando, me acerqué de inmediato a pedir trabajo, todo era piocha y pala, las máquinas excavadoras no se conocían en España, las más próximas no habían franqueado los montes Pirineos, esto si en el país vecino ya se conocían. Serían bien escasas si las conocían. Y me dieron trabajo, me dijeron que podía empezar el lunes próximo.

Faltaban cuatro o cinco días para empezar a trabajar nuevamente. Cuando me dijeron que podía empezar a trabajar el próximo lunes me preguntaron que si tenía cartilla de racionamiento, le dije que no, en la oficina me dieron un papel como que trabajaba a partir del próximo lunes en aquella empresa. Me dijeron:

—Con este papel vaya al Ayuntamiento de Cantillana para que le proporcionen una cartilla de racionamiento, que se la darán de inmediato.

Me preguntaron que si era yo solo o venía algún familiar conmigo, le dije que traía un hermano pequeño de diez años, así que saqué doble racionamiento, en la misma cartilla constaba yo y un hermano, eso me sirvió mientras duró el racionamiento en España siempre tenía doble ración.

Durante los dos meses que trabajé con los que me prometieron trabajo en Sevilla cuando empezara la nueva obra en San Jerónimo, fui dos veces a Utrera. La segunda vez me dijeron mis hermanas que en Villanueva del Río y Minas había una chica que la conocían ellas, que sus padres y su familia eran gentes de izquierda. Un hermano había estado con nosotros en la zona republicana, pero al poco de terminar la guerra murió en el hospital.

Y a ella que cuando empezó la guerra tenía quince o dieciséis años la pelaron los fascistas. Ella sabía que yo me había escapado, se lo dijeron mis hermanas. A mí no me conocía, ni pensarlo. Pensé que, en aquellos días que no tenía dónde ir ni nada que hacer, pasaría un día a saludarla y pasaría el día, si la cosa se presentaba bien. Yo no sabía su dirección pero no me resultaría difícil encontrarla puesto que sabía su nombre, y en efecto así fue, me presenté como primo de mis hermanas y primo de mi mismo. Fui bien recibido tanto por ella como por sus padres, les dije que trabajaba por allí, que el próximo lunes empezaba; por la tarde me fui a despedir, y me dice su padre:

—Quédate aquí en casa de todas formas, hasta el lunes no trabajarás. Mañana o pasado te vas.

Ella tenía familia en Utrera, buena su familia, y solía ir con frecuencia a pasar de vez en cuando unos días, y por esa razón conocía a mis hermanas y tenían mucha amistad, incluso se quedaba algunas veces en nuestra casa; y me quedé en su casa aquella noche. Ni que decir tiene que en la conversación salió el tema de mi primo, me preguntó que si sabíamos algo, yo le dije que no sabíamos nada, lo último que se supo fue la carta que le escribió a Anita el mismo día que se escapó, después nada.

Hablamos mucho del comienzo de la guerra, de los crímenes que hacían los falangistas por aquella zona, como perseguían a muerte a todos los hombres

destacados de los sindicatos. Ella me contó, cuando la cogieron para pelarla a rape, el miedo que pasó cuando se la llevaron al cuartel de los falangistas, ¡bueno!, las fechorías de aquellas bandas de asesinos amparados por los militares y la guardia civil. Eran todos cortados por el mismo patrón, asesinos desarrollando sus instintos sin freno.

Al día siguiente me despedí por la tarde, pasé todo el día con aquella familia. Salimos por la mañana a dar un paseo por un pinar que había cerca del río, un hermano de ella con una amiga de ellos y yo. Nos paseábamos y hablábamos de todo. Me preguntaba por mis primas, que se trataba de mis hermanas, pero insistía en qué sería o habría sido de Miguel. Yo le respondía que seguiría caminando en busca de seguridad, siempre se encuentra dónde refugiarse, nunca se cierran todas las puertas al mismo tiempo, seguramente cualquier día aparecerá por alguna parte cuando menos lo esperen. Y así hablando sin parar del tema, de buenas a primera le dije:

—Pues no está lejos, soy yo mismo.

Como preguntaba una y otra vez para que saliera de duda y terminar con la curiosidad me confíe, al principio se sorprendió, pero pronto reaccionó y se alegró de que fuera yo el hermano de sus amigas. Esta conversación la sostuve con ella a cierta distancia de su hermano y la amiga de ellos, le dije que guardara silencio sobre el particular, que la cosa era delicada, me dijo que estuviese tranquilo. Por la tarde al despedirme me dijo que volviera cada vez que quisiera a pasar el día con ellos.

Cuando salí de Villanueva del Río, como era temprano, me fui para las minas que distan unos cuatro o cinco kilómetros. Es como otro pueblo. Es un pueblo, solamente que es un solo ayuntamiento para los dos.

Fui a las minas por si encontraba a algún conocido de los que hicimos la guerra, conocía a varios de los que trabajaban en la mina, pero no vi a ningún conocido. Cuando di unas vueltas por el pueblo me dispuse a volver para irme a dormir a Cantillana, tenía que coger la misma carretera que había traído, pero ahora en sentido contrario, es la que enlaza con la de Cantillana. Ya era a la caída del sol, cuando el sol está en su caída y nos da de frente que nos deja prácticamente sin visibilidad. Yo marchaba a buen paso en la bicicleta, no miraba al frente por la molestia del sol, la carretera que yo llevaba entra en la de Cantillana pero no la atraviesa, hay que girar a izquierda o derecha, según dónde te dirijas. Pero yo deslumbrado con el sol, ni a izquierda ni a la derecha, de frente, y caí por un barranco, creo que me di un chocado con un poste de teléfonos que había más abajo.

No sé el tiempo que estuve allí caído. Cuando volví en mí me tenían cogido dos hombres que me habían subido a la carretera y la bicicleta la tenían en la cuneta. Ya el sol se había puesto y empezaba a oscurecer. Me puse la cara que todo era un puro hematoma, ensangrentada por todas partes. Me dicen aquellos dos hombres que si yo quería que me llevarían al hospital de las minas. En ese momento llegaba por allí el alcalde del pueblo con un carro y me dicen que me subiera en él, que me llevarían. Les dije que no, que aquello no era nada de importancia me arreglaron un poco la bicicleta y les dije que me marchaba para Cantillana que tenía que trabajar al día siguiente. Lo que quería era irme, no me fueran a llevar al hospital, ya que yo no tenía ninguna documentación y se me complicaran las cosas. Me despedí cuando pude deshacerme de aquellos hombres que lo que querían era ayudarme, pero yo ya estaba bastante atolondrado, me había dado un testarazo en la cabeza y me dolía. Me subo en la bicicleta, y en vez de coger dirección a Cantillana cojo la dirección de Lora del Río, se quedaron mirando la dirección que cogí, cuando ya había marchado unos doscientos metros me doy cuenta que iba en dirección contraria, me volví de inmediato, aún estaban parados mirándome. Al pasar junto a ellos les dije que el porrazo me había trastornado de momento, pero que ya la cosa había pasado.

Al llegar a Cantillana no sé por qué me dirigí a la estación del ferrocarril, pensé que tendrían botiquín para que me pusieran algo para desinfectarme. Cuando entré en el andén estaba parado un tren, y da la casualidad que en aquel momento del furgón le entregan una caja de botiquín a uno de los ferroviarios, esperé que se fuera el tren, me acerqué al ferroviario que había recogido el botiquín que ya lo había metido en la estación, le dije que quería que me pusiera algo para desinfectarme. Se lo dije como pidiéndole un favor, con la corrección debida, pero el tío me contestó diciendo que allí no había botiquín, le dije acaba usted de recoger un botiquín ahora mismo del tren que acaba de marcharse, lo he visto. Me dice:

—Sí que lo he recogido pero eso es para los ferroviarios.

Les dije algunas cosas referente a su actitud tan desproporcionada cuando una persona necesita de la solidaridad de los demás. En ese momento me fui en busca del jefe de estación y le dije lo que quería, delante del otro, en definitiva me curaron un poco, pero el jefe me dijo:

—Lo mejor es que vaya a casa de un médico que lo cure bien y que le ponga una inyección antitetánica, porque tiene usted la cara muy herida y necesita una cura en condiciones.

Pregunté por la dirección de un médico y allá que fui, me curó bien la cara, me limpió todas las heridas debidamente y me puso la inyección del tétanos. En aquella época las inyecciones antitetánicas eran enormes de grandes, me la puso en la barriga.

Cuando salí de casa del médico era ya bastante tarde, de inmediato me pongo a buscar una posada para dormir, cuanto la encontré me acosté, no comí aquella noche, me encontraba bastante mal, tuve toda la noche fiebre.

Por la mañana seguía con fiebre, me levanté y me fui a desayunar. Dejé la bicicleta en la posada porque pensaba quedarme todo aquel día en Cantillana y dormir también la noche siguiente. Así lo hice, me faltaban dos días para empezar a trabajar en el canal, en espera de que pasara todo el mes de agosto y empezaran las obras de San Jerónimo, que era lo que más me interesaba. Pasaron aquellos dos días y la fiebre no se me quitaba, pero yo tenía que presentarme al trabajo, tenía como mínimo un mes por delante y no quería estar de un sitio a otro. Trabajando estaba más seguro.

Así que el día que me dijeron que podía empezar a trabajar, allí estuve. Le dije al encargado del trabajo lo que me había ocurrido porque no se podía ocultar. Le dije que no me encontraba muy bien pero que empezaba. Me advirtió que si no podía que lo dejara y cuando me pusiese mejor que empezara, que problema no había. El trabajo era duro con ganas, había que sacar la tierra del canal a golpe de pala, con una profundidad tan grande debido al desnivel del terreno que desde el fondo había que lanzarla a la mitad de la altura, y desde esa altura afuera para que la retiraran las arrias de burros. Trabajé todo el día, pero por la tarde tenía una fiebre que no me tenía en pie, y el día siguiente, lo mismo. Fui a ver al encargado para decirle que no podía seguir, que cuando me pusiera mejor continuaría, y así lo hice. Como estábamos en el mes de agosto se podía dormir a la intemperie, con la manta no se pasaba frío. En un par de sacos de paja, o sea con rastrojo, así dormían casi todos los que trabajaban allí. La mayoría eran de Almería, en aquellos tiempos, la provincia más miserable de toda Andalucía y quizás de España, en la actualidad es todo lo contrario.

Pero yo me encontraba tan mal con las fiebres que me estaban dando que pasé un día tirado debajo de un árbol con el calor que hacía tan terrible, que temía que fuera a peor. Había por allí un porquero con una manada de cerdos bastante grande. No era de por allí, son de los que bajan de otros sitios para darle de comer al ganado en los rastrojos una vez recogida la cosecha de cereales. Tenía la familia con él. Había construido un par de sombrajos y allí lo pasaba con la familia. Él se iba con el ganado y se quedaba su mujer con un niño pequeño que tenían. Le dije a aquel hombre que si quería dejarme durante el día en un sombrajo, debido a las calores que estaba haciendo y lo mal que yo me encontraba. No puso ningún inconveniente, ni mucho menos. Me fui al sombrajo y allí pasé tres o cuatro días hasta que me puse mejor, aún quedaba todavía mucha solidaridad. ¡Qué bien me trató aquella

familia! La mujer se ocupaba de llevarme cosas para aliviarme el malestar que yo tenía, me llevaba caldo del puchero, la comida que ellos comían, eran unas personas muy atentas y solidarias; lástima que se haya perdido ese concepto de solidaridad tan espontáneo y sincero. Tan altruistas como maravillosos.

Salvando las excepciones, queda poco aún de aquella generosidad tan sincera. Aquella familia era de Alanís de la Sierra. Aun cuando le dije que si podía pasar el día en el sombrero, los días que compartí con aquellas buenas gentes fue tanto de día como por la noche, me quedaba en uno de los dos sombreros, y no seguí viviendo con ellos el tiempo que trabajé allí porque no quise. El hombre me dijo que podía ir a dormir si quería, pero la solidaridad, como todo lo bueno, se debe tratar con el mejor de los cuidados y no explotarla hasta el límite. Comprensión que no falte, ni aprovechamiento.

Cuando mejoré y pude trabajar me incorporé al trabajo. Los tres o cuatro que trabajábamos en equipo nos arreglamos para prepararnos la comida del mediodía juntos.

Yo visitaba aquella familia de vez en cuando, estaba bastante agradecido de su comportamiento, y aprovechando que eran de Alanís de la Sierra con un poco de cautela le dije que yo había trabajado con un grupo de muchachos de su pueblo. Entre los que nombré, pregunté si conocían a uno que se llamaba José Gata. En realidad, a pesar de su buen comportamiento conmigo no eran tiempos para confiarse de personas desconocidas ni fiarse de nadie, toda la precaución estaba justificada. Les dije que fue en el mismo canal allá por los años 1934 y 1935. En resumidas cuentas me dieron razón de mi amigo, me dijeron que estaba preso. Tenía interés por saber qué había sido de él, habíamos pasado tragos muy amargos y difíciles juntos. Yo pensaba que en el mejor de los casos, si lo habían cogido, estaría preso. Éste era uno de los cuatros que salimos juntos de Jerez en 1936, que ya lo mencioné en otra ocasión. Algunos años más tarde nos volvimos a encontrar cuando salió en libertad. Seguimos nuestra amistad hasta que yo me fui a Francia, me despedía de él el mismo día que cogí el avión para Barcelona. Me dio una dirección de un compañero que vivía en Barcelona por si tenía necesidad de algo. Fue la última vez que nos vimos, al despedirnos se emocionó bastante. Recuerdo que me dijo:

—Ya no nos volveremos a ver más, cuando tú vuelvas, si es que vuelves, ya no estaré yo aquí.

Y así sucedió, murió unos años más tarde. Cuando vino a España Mary, mi compañera, mi amiga, mi hermana y todo lo que es para mí, y ha sido a lo

largo de tantos años de convivencia, de abnegación, sacrificio y ejemplaridad, siempre animosa en los momentos que se nos presentaba la situación algo confusa debido a que preguntaba por mí la guardia civil en casa de mi familia y hacían pesquisas aquí y allá. Cuando vino Mary la primera vez a España después de nuestra partida le dije que se llegara a ver a mi amigo, ya habían pasado cinco o seis años. Mary lo conocía desde que empezamos a vivir juntos, los amigos míos y compañeros de lucha siempre fueron aceptados en casa, ella tiene una simpatía y comprensión que a todos les es agradable. Fueron ella y mi cuñada. Mi amigo siempre fue un poco bohemio, me contó, cuando regresó a casa, que estuvieron no sé cuántas horas arreglándole ropa, planchando y preparándosela. Se alegró mucho de saber que no lo olvidamos, nos escribíamos frecuentemente. Poco después murió.

De los muy pocos compañeros que sabían que yo me había fugado, él era uno, y otro amigo de Guadalcanal, José Ortega. No lo supieron más de cuatro o cinco compañeros, y donde yo vivía estos dos compañeros y otro excelente compañero, Antonio Centeno, buen compañero donde los haya. Cuando llegue el momento haré mención de este compañero. Nos conocimos en 1934, perdimos contacto en 1936, y nos encontramos nuevamente a finales de 1940.

Volviendo al percance del accidente de la bicicleta, ya habían pasado unos diez días, la fiebre ya había desaparecido, me encontraba bastante bien, pero la cara la tenía hecha una calamidad tanto un lado como otro todo era una pura postilla. Cuando me miraba al espejo pensaba que nunca se me quitaría aquella careta, además en la barba tenía un bulto bastante grande. No sé cómo me daría el golpe ni con qué, pero tenía el labio inferior atravesado, me llegaba la herida hasta adentro, era lo que más me seguía molestando.

Como habían pasado unos diez días, el sábado por la tarde, aprovechando que el domingo no se trabajaba, pensé: “ahora mismo cojo la bicicleta y me voy a pasar el fin de semana a Villanueva del Río y Minas”. Tenía que pasar por Cantillana y recuerdo que compré una caja de pasteles para llevar algo. Cuando me vieron entrar con aquella cara hecha una calamidad no sé qué pensarían. Les conté lo que me había pasado. Todo se pasó bien, comí y dormí aquella noche en casa de aquella familia y por la mañana paseamos por el pinar la muchacha amiga de mis hermanas y la amiga de ellos y el hermano. Cuando nos separamos algunos metros de su hermano y la otra chica, me dijo Araceli, que así se llamaba, que ella se lo había dicho a sus padres, que yo era el hermano de sus amigas, pero que no tuviese cuidado que a sus padres no les importaba que yo fuera por allí, que no tenían miedo, que fuera cada vez que quisiera.

Y en efecto, el padre me dijo:

—Cuando quieras tú vienes aquí, ten precaución siempre que no te ocurra nada, ese percance que has tenido podía haberte acarreado quebraderos de cabeza si te hubiesen tenido que hospitalizar.

Pasé todo el domingo con ellos y por la tarde me fui para el tajo, al sábado siguiente volví, y así hasta que dejé aquel trabajo para empezar en Sevilla, en San Jerónimo.

Pero antes de dejar ese trabajo un fin de semana esperé que fuera más de media noche y fui a Utrera a casa de mis padres, cuando vieron cómo tenía la cara no sé qué se figurarían, hasta que les expliqué lo que me había ocurrido, y ya estaba bastante mejorado, pasé aquel domingo en casa, y de madrugada salí como había entrado sin que me vieran los vecinos más próximos. En este ir y venir por la carretera en bicicleta, todavía estaba trabajando en el canal, iba camino de Villanueva del Río y Minas, todavía estábamos en el mes de agosto, con las calores que en ese mes hace por esta Andalucía, tenía mucha sed, y en una casilla de peones camineros paré para pedir que me dieran agua. Salió una señora vestida de negro y me preguntó qué deseaba. Le dije que si me podía dar un poco de agua, naturalmente la mujer sacó una jarra y un vaso y me dio agua. Me dijo:

—¡Qué barbaridad, cómo tiene usted la cara ¿cómo le ha pasado eso?

Le expliqué cómo me ocurrió. En el poco tiempo que estuve parado, como el luto que tenía se veía que sería muy reciente debido al velo que tenía en la cabeza, o sea, un pañuelo negro, que en esa época las mujeres todavía se ponían pañuelos negros cuando se trataba de un familiar muy allegado. Le pregunté con bastante delicadeza si había tenido recientemente alguna desgracia en la familia debido al luto que tenía. Me dijo:

—Hoy hace ocho días que un ciclista bajando esa cuesta le dio un topetazo a mi marido que estaba trabajando en la cuesta limpiándola y lo dejó en el sitio. La pobre señora me contó su problema, la situación que se le presentaba con sus niños pequeños y la situación que tendría que afrontar.

Pero en la conversación, y refiriéndose a cómo ocurren los accidentes, y lamentándose de su desgracia, me despedía ya y me dice:

—Si usted quiere le doy un líquido que lo prepara una señora con unas plantas que ella conoce. Tengo un poco aquí, si quiere le pongo un poco en un bote, es una cosa buenísima. Se unta un poco cada día y todo eso se le despegará solo, no se toque para nada, sólo se le desprenderá y no le quedará señal de nada.

Me dio aquel líquido y, en efecto, fue cosa verdaderamente extraordinaria, empezó a despegarse todo lo que tenía de postillas, a medida que me ponía el líquido se iban desprendiendo, y unos ocho o diez días más tarde sólo me quedaba un bultito en la barba, el resto todo se me había desprendido, me quedaron manchas blancas por todo, pero a medida que pasaba el tiempo fueron desapareciendo. Me quedó un saliente en la barba y cada vez que iba a la barbería me cortaba, y un día dice el barbero esto hay que arreglarlo, y sin más preámbulos, yo estaba sentado en el sillón, me di cuenta que le daba con alcohol a la navaja, ya me había afeitado y como siempre me cortó, aquello era un estorbo, se vino al sillón y me dijo:

—Eso te lo quito ahora mismo si quieres.

—Dale de una vez —le dije.

Me lo quitó y para ver la cicatriz hay que fijarse bien, quedé como nuevo. Quiero poner en claro: los peones camineros ya han desaparecido y las casillas quedan ya muy pocas, algunas sirviendo de puestos de la Cruz Roja, así dan un buen servicio. Su trabajo era el mantenimiento de las cunetas y la vigilancia. Como las nuevas generaciones no han conocido eso de *peones camineros*, esto es una orientación.

Nunca volví a ver más a aquella mujer que me dio aquel remedio para mis heridas que tan bueno fue, debía haber pasado alguna vez para darle las gracias, cosas que pasan, pero siempre lo recordé, y cuando alguna vez hablo de aquel percance, siempre hice mención de aquella buena mujer.

Antes de finalizar el mes de agosto pasé por San Jerónimo para ver si empezaban pronto la obra donde me prometieron trabajo. Ya tenían algún material sobre la plaza, me dijeron que la próxima semana podía empezar, así que pedí mi cuenta donde trabajaba aproximadamente un mes.

AQUÍ EMPIEZA UN NUEVO PERIODO PARA MÍ. SE ORIENTA MI SITUACIÓN EN SENTIDO DE MÁS ESTABILIDAD, CON TRABAJO FIJO.

Cuando empezamos el trabajo nada había en el solar, sólo material que habían traído de la obra que terminamos un mes y medio antes. Como estábamos todavía en verano no teníamos problema para dormir, nos quedábamos en la misma obra, de momento hicimos un abrigo con algunas tablas y así dormí-

amos, después el patrón nos autorizó para hacer una caseta de madera y el techo con chapas de cinc. Había dos compañeros de Almadén de la Plata y yo, y nos arreglamos para comer los tres juntos, nos preparábamos nosotros, cada día se ocupaba uno de cuidar del rancho.

Esta obra está en la carretera que conduce a La Algaba y siguiendo, a todos los pueblos de la Sierra Norte de Sevilla. Por la parte de atrás da al convento de San Jerónimo. En aquella época el convento era un secadero dedicado a engordar cerdos, en sus buenos tiempos estaba dedicado a engordar frailes. En la actualidad creo que lo ha recuperado el Ministerio de Cultura, la última vez que pasé por allí se notaba algo de restauración.

Como queda dicho, en principio dormíamos entre el material que teníamos amontonado en el solar, que ciertamente recuerdo que tenía catorce mil metros cuadrados. ¡Y vaya trago! Una madrugada nos despierta una pareja de la guardia civil. Cuando yo abrí los ojos y vi los tricornos me quedé atragantado, nos preguntaron de inmediato que si nosotros trabajábamos allí. Le dijimos que sí. Nos dicen de seguida:

—Es que nosotros hacemos la ronda todas las noches y al ver a ustedes... por eso hemos preguntado. Pero ya lo sabemos y en adelante no os despertaremos.

Se marcharon sin más, pero a mí me dicen la madrugada, la madre que los parió. Estábamos en 1940 y de veces se pasaban malos tragos, el cementerio está muy cerca, y sentíamos cuando había fusilamientos las madrugadas. La represión contra los que perdimos seguía. Después de lo que hicieron en 1936 aún no estaban ahitos de sangre. Los que cogieron al terminar la guerra seguían a merced de los informes que daban los caciques de los pueblos, que eran los que seguían disponiendo los que debían morir, informes adecuados en las denuncias para facilitarles la labor a los militares que formaban los tribunales para legalizar los crímenes que seguían cometiendo. Fascistas como Hitler y compañía. El exterminio de los vencidos sin piedad. No muy lejos de por allí acorralaron a dos chicos y una chica en una pasarela y los acribillaron a balazos, la guardia civil. Después dijeron que intentaron defenderse con unas pistolas que dicen que les cogieron, pero sin disparar. Era la cacería a los vencidos.

Volviendo al tema de nuestra instalación en la obra que acabamos de empezar: cuando construimos nuestra barraca, cada uno se fabricó una cama con tablas lo más adecuadamente posible. Allí tendríamos que vivir bastante tiempo, posiblemente años. No era muy grande. Una vez instaladas las

camas, la bicicleta también tenía que entrar, así que hice un artilugio para colgarla encima de mi cama. Quedaba un espacio para poner una mesa pequeña para comer y un banco para sentarse. Estábamos estrechos relativamente, pero a mí me parecía extraordinario, cuando me acordaba de Porlier o San Lorenzo, que nos teníamos que arreglar con unos 65 centímetros más o menos. El primer año de terminada la guerra estábamos apilados como cerdos en las prisiones. Ya habían pasado seis meses de mi fuga, aún me parecía un sueño que estuviese en libertad. No podía olvidar a tantos compañeros como quedaron en aquel infierno sin esperanza, con un horizonte muy limitado, a merced que la suerte no le fuera demasiado adversa. Yo me lo jugué todo a una carta.

De San Jerónimo a Utrera habrá unos cuarenta kilómetros aproximadamente. Cada mes iría una vez, saldría el sábado por la tarde me entretendría en Alcalá de Guadaíra hasta que se hiciera bien de noche, después emprendería la carretera despacio con el fin que nadie se percibiera de nada, la casa estaba un poco apartada, esto favorecía la entrada y salida. Así que un mes después de haber empezado en ese trabajo fui a Utrera. No me esperaban, yo nunca decía cuando volvería ni dónde estaba trabajando, así pasaron unos meses, pero a la hora que llegara a penas tenía que llamar, mi madre siempre estaba alerta. Así pasé sin decir dónde trabajaba quizás hasta final del año 1940, no tenían de momento por qué saber más, el final del año lo pasé en la casa, me quedé tres o cuatro noches. La muchacha que conocí en Villanueva del Río y Minas fue a Utrera a casa de su familia y fue a casa para ver a mis hermanas y nos encontramos otra vez. Fue la última vez que nos vimos. Muchos años después fuimos Mary y yo por saludarla, pero nos dijeron que ya hacía bastantes años que había muerto.

ANTES DE ESTO QUE ACABO DE RELATAR, A FINALES DE OCTUBRE DE 1940

Me dice un compañero de trabajo:

—El día de los difuntos vamos a ir al cementerio.

—De acuerdo —le digo— además, está muy cerca el cementerio de la obra en la que trabajamos.

Así que por la tarde, allá que fuimos, como teníamos pensado. Nos dirigimos a la fosa común, que es donde enterraban a los fusilados y a los que conti-

nuaban fusilando. Estaba al fondo del cementerio, hoy queda casi al centro, el cementerio lo han agrandado mucho. Allí están enterrados los restos de quién sabe cuántos miles de personas ejecutadas de Sevilla y la provincia, más los que ejecutaban en los pueblos y los campos y quedaban a merced de las alimañas.

En la actualidad, ese sitio está levantado con tierra y con una mureta de piedras puestas para retener la tierra, estará más alto que el resto del suelo aproximadamente un metro y algunos árboles sembrados, un poco de jardín y una cruz de aproximadamente dos metros de altura sin ninguna inscripción. Esto en la actualidad. Cuando llega el día de los difuntos ponen un trípode y una corona que dice escuetamente “Del Ayuntamiento de Sevilla” (con los socialistas en el poder, esto lo digo yo).

En 1940, cuando fui la primera vez, la tierra estaba removida y un socavón todavía seguía recibiendo víctimas. Había una alambrada con tres o cuatro hilos de alambre de espino, pero fácil de pasarlo, los alambres no estaban tirantes y fácilmente se pasaba, pero había unos municipales por allí para impedir que saltaran las mujeres que vestidas de negro traían flores para ponerlas por allí en recuerdo de sus deudos que muchos serían posiblemente arrancados de sus brazos para ser ejecutados. Pero no respetaban demasiado aquellos pobres diablitos que mucho sabrían y tendrían que responder de la responsabilidad que tendrían en más de una ocasión de los que estaban bajo aquella tierra. Por encima de todo, quisieran o no, ponían las flores: saltaban los alambres, las lanzaban con todas sus fuerzas. Aquel cuadrilátero mide más de cien metros por cada lado, forma un cuadro algo rectangular con algunos árboles, como queda dicho, y algunos cactus.

Cuando vi el gesto de aquellas mujeres sentí la satisfacción y la emoción de ver que a pesar del terror, el coraje para hacer cara aún no se había perdido del todo. Me alegro de haber presenciado aquel gesto, quedaban agallas todavía. Cada año después de nuestra vuelta de nuestro exilio pasamos ese día por ese sitio. Nos aproximamos para ver si alguien deposita alguna flor en testimonio de que no están del todo olvidados, alguna que otra flor depositada se ve, mi Mary-quilla deja unos claveles rojos depositados entre los siempreverdes. Esta compañerita mía tan sentimental dice que lo que se siente debe expresarse, no hay razón para ocultar un sentimiento noble, eso dice cada vez que hay que decirlo, que los sentimientos deben expresarse siempre y no guardarlos para uno solo. Y tiene razón. ¡Qué compañera encontré tan compañera! La suerte fue de cruzarnos en el camino, magnífico encuentro, cambió mi destino, así lo creo, siempre tan animosa y dinámica, para

todo siempre me dio ánimo, nunca decaía su moral frente a la situación o al menos no lo demostraba, siempre animosa, saldremos adelante, me decía siempre. ¡Y salimos!

Volvamos a donde dejamos el relato anterior, nos dispusimos a marcharnos haciendo comentarios de lo que habíamos visto momentos antes, aquellas mujeres unas jóvenes y otras menos jóvenes, todas vestidas de negro poniendo ramos de flores o lanzándolos donde suponían que podían estar sus esposos o sus hermanos o sus novios o padres. Salimos del cementerio y en vez de volver para San Jerónimo seguimos a pie camino para Sevilla, en dirección a la Macarena, marchábamos a pie, hacía sol y no cogimos el tranvía, daba gusto marchar, la tarde estaba muy templada. Caminaba mucha gente en la misma dirección, ya nos habíamos alejado del cementerio bastante, yo siempre buscaba con la vista para no encontrarme sorpresas desagradables de posibles personajes que no deseaba ver ni que me vieran, y también si encontraba a alguien que pudiese interesarme ver. Y vi a alguien que me sorprendió, lo vi de espalda pero lo conocí, francamente, lo creía en la fosa que habíamos dejado atrás, yo había preguntado a los compañeros de Sevilla durante el periodo de guerra por este compañero, era muy amigo mío, trabajamos en el mismo equipo por los años 1934 y 1935 en el puente de El Gardón, en el Viar, y siempre me dijeron que habría corrido mala suerte. Era de las Juventudes Libertarias y casi siempre pertenecía al comité provincial, ya en un cargo o en otro, pero siempre tuvo suerte de que no lo cogieran.

Cuando lo vi yo quería hablar con él, pero mi compañero de trabajo, que estaba a mi lado, no quería yo que se apercibiera de nada. Mi amigo caminaba con una chica que era su novia, y entre nosotros y ellos más personas que nos separaban, yo no lo perdía de vista, era muy alto, pero tampoco quería que él me viera y dijera algo inoportuno delante del otro, así caminamos un poco hasta que me decidí y le dije a mi compañero de trabajo: tengo que hablar con ese que va delante de nosotros, es algo particular referente a un asunto con su hermana (este compañero no tenía hermanas), era él y otro hermano solamente, pero algo tenía que decirle, así que se quedó algo rezagado y yo me dirigí al otro, este otro era Antonio Centeno, cuando le toqué el hombro y se volvió hacia mí se quedó de momento de una pieza.

—Tú aquí—, me dijo. Le contesté:

—Y tú.

La alegría de volvernos a encontrar fue grande de su parte como de la mía, ni uno ni otro pensábamos volvernos a ver, los dos pensábamos lo mismo: cuál habría sido la suerte que habríamos corrido.

Toda esta conversación pasó rápida, al otro que me esperaba le dije que trabajaba en Sevilla, no le dije dónde, quedamos en vernos el próximo domingo en la Plaza de España. Nos despedimos. Yo no le dije que estaba fugado de la prisión, el próximo domingo hablaríamos con más tiempo de muchas cosas.

Al domingo siguiente, como habíamos quedado, nos encontramos. Nos contamos las peripecias de la guerra y cada cual cómo pudo sortear el temporal para continuar viviendo. Él había hecho el servicio militar en artillería, como quedó atrapado en Sevilla y a su quinta la movilizaron de inmediato, se presentó en su regimiento y lo mandaron de seguida al frente, y sin más inconvenientes pasó la guerra.

De inmediato me dijo que se estaban organizando las Juventudes Libertarias, que si yo tenía algún contacto con los compañeros de Jerez. Le dije que no, que yo me había escapado de la cárcel de Madrid hacía unos ocho meses, pero que por mediación de mi hermana podría buscar contactos, quedé en ponerme en relación lo antes posible. Me preguntó el compañero Centeno que si tenía documentación, le dije que no tenía nada de papeles, solamente tenía un salvoconducto, ya tenía en perspectiva que un tío político mío me iba a dar su documentación, una partida de nacimiento, que la edad no coincidía con la mía, pasaba del doble de años con los míos, tenía que borrar cosas y poner otras. Me dijo:

—Tenemos alguien que trabaja donde dan las cédulas personales.

Ese era el documento que siempre se usó en España antiguamente y no todo el mundo se ocupaba de tenerlo. Así que le dije el nombre que tenían que poner en la cédula, el mismo de mi tío, coincide con la edad que yo tenía en verdad, y la próxima vez que quedamos en vernos ya tenía la cédula personal que me la dio en aquel momento.

Ya nos seguimos viendo frecuentemente para buscar el contacto con los amigos de Jerez. En esas fechas casi todos estaban presos, pero al fin mi hermana Anita encontró a Domingo Díaz, uno de La Barca de la Florida, que vivía en Jerez y en el mes de marzo o abril de 1941 vinieron a Sevilla mis hermanas Anita, Paca y Mary, que ya era mi novia, y el compañero Domingo Díaz. Se organizaron uno o dos grupos en Jerez, en Sevilla también los había, en Arahál y en varios sitios más. Pero pronto hubo una redada y todo se quedó en una porción de compañeros presos, palizas y muchos años de presidio. Yo, como siempre, a nadie le decía dónde trabajaba ni dónde vivía por lo que pudiera ocurrir. A mi amigo Centeno tampoco lo cogieron en aquella ocasión, nosotros nos seguimos viendo, nos citábamos donde nos teníamos que

encontrar o yo iba a su casa que todavía vivía en el mismo sitio de antes de la guerra, en la calle Huertas nº4.

Todas estas entrevistas con mi amigo Centeno eran en 1941. Continuábamos viéndonos todas las semanas, y con algún otro compañero, pero nunca los otros supieron de mi situación.

Dije anteriormente que las Pascuas de aquel año las pasé en mi casa. Hoy, al cabo del tiempo, no dejo de comprender tamaña imprudencia, era jugar con la suerte. Pero nunca me fue adversa. Después tardé más tiempo en volver por Utrera. Cuando volví, como de costumbre fue un sábado. El domingo lo pasaba dentro de una habitación que daba al camino que conducía a Utrera pasando por un paso a nivel del ferrocarril. En la habitación que yo estaba había una ventana que daba al camino. La puerta de la casa siempre estaba cerrada, así cuando alguien llamaba yo me iba a la habitación y cerraba la puerta, escuchaba lo que decían las amigas de mis hermanas que iban a la casa.

Esta vez llegó una morenita, yo las escuchaba reírse y hablar, no la veía apenas, yo miraba por la bocallave pero no podía verla, cuando empezaba ya a oscurecer vinieron sus hermanos a buscarla, no vivía lejos de la casa nuestra, entonces me fui a la ventana para verla pasar, entre la casa y el camino había un jardincillo que era de nuestra casa, ella no me vería si miraba hacia la ventana porque yo tenía la luz apagada y estaba de forma para que no me vieran, la vi cuando pasaba frente a la ventana, la seguí con la vista el tiempo que pude, no fue mucho, pero le vi una melenita de cabello negro ondulado que siempre fue mi delirio en las chicas, el paso por frente a la ventana fue una cosa fugaz, pero el rato que estuvo en la casa y yo sintiéndola hablar y una risa de vez en cuando, y me parece que hablaba de un chico, cuando yo salí de la habitación, dejé pasar un rato. Después le pregunté a mi hermana Paca:

—¿Quién es esa amiga tuya que ha estado aquí esta tarde?

—Es Mary Sáez, es amiga mía, viene muchas veces a casa, cuando tú estabas preso algunas veces me preguntaba por ti.

Dejé pasar el tiempo y la próxima vez que yo volví a Utrera, como siempre entraba el sábado bien entrada la noche.

El domingo a media mañana llegó ella a coser algo o no sé a qué. Ella trabajaba en La Utrerana en el almacén de aceitunas y los domingos tenía que arreglarse la ropa. Cuando se fue le dije a mi hermana:

—¿Esta tarde vendrá tu amiga otra vez?

—Yo no le he dicho que venga —me dijo—, porque si viene vas a tener que estar todo el tiempo metido en la habitación.

—No importa. Cuando almorcemos te acercas a su casa y le dices que se venga un rato aquí, de todas formas algún día la tengo que conocer.

Por la tarde fue mi hermana a buscarla a su casa, yo estaba como siempre en la habitación y ellas hablaban en la salita o en el patio. Cuando me pareció, salí y le dije a mi hermana:

—Preséntame a tu amiga por lo menos.

—Sí, este es mi primo, que ha venido a vernos.

Le dije a su amiga:

—¿Tú te lo crees? Yo no soy su primo, soy su hermano Miguel.

—¡No!

—¡Sí!

Se quedó algo sorprendida, pero al fin tuvo que creerlo. Pasamos aquella tarde un rato hablando de cosas sin importancia, nunca nos habíamos visto antes, no fue mucho el tiempo que estuvo después de presentarme. Cuando se marchaba le dije que cuando yo volviera otra vez si quería que se viniera, ya sabía el secreto de cómo yo andaba, a salto de mata. Fue más o menos lo que le dije.

Cuando el domingo de madrugada salí para San Jerónimo, ya estaba pensando en volver lo antes posible, lo poco que hablamos aquella tarde me dejó con ganas de haber hablado más tiempo pero la charla no se prolongó lo que yo hubiese deseado. Se fue pronto después de presentarnos, tal vez se puso algo nerviosa de ver a uno tan cerca que estaba reclamado por la bárbara justicia de aquellos tiempos tan tenebrosos. Eso pensaba yo. Claro que la manera de presentarme yo fue un poco quizás algo violenta sin esperarlo.

Sabía desde que me escapé que andaría por alguna parte, lo supe de seguida por mi hermana. Pero lo que menos esperaba era verme por Utrera. Una diciendo mi primo es este, y yo diciendo soy su hermano Miguel. Así nos conocimos. ¿Qué pensaría cuando se fue para su casa? Yo por mi parte en lo que pensaba era en volvernos a ver. Pronto, no tardé más de quince días en volver a Utrera. Le dije a mi hermana:

—¿Vendrá hoy tu amiga?

—No sé.

—Llégate a su casa y le dices que he venido, si quiere que venga, porque no va a venir.

Y sí, por la tarde se llegó por la casa y estuvimos más tiempo hablando. La tarde se nos fue con rapidez. Hablamos mucho, contándonos cosas de la guerra y de todo un poco, le dije que cuando yo viniera otra vez que se viniera

si quería a pasar el tiempo allí, yo no podía salir porque había bastantes personas que me conocían. Me dijo que vendría si podía. Yo no pensaba más que en volver lo antes posible. Eso que me dijo mi hermana de que tenía un pretendiente, y yo que antes de conocerla la escuché cuando hablaban en la otra habitación y se reía, yo que me di cuenta de que hablaban precisamente de eso... Aun cuando yo no había insinuado nada, era la segunda vez que nos veíamos. Pensaba yo en mi situación, si sería mejor dejar pasar algún tiempo. Por otra parte, pensaba en el otro, que vivía tranquilamente en una situación cómoda, algo privilegiada, si la comparaba con la mía, un abismo casi infranqueable. Volví varias veces hasta que planteé algo concreto, dejando margen para que pensara, pero yo tenía una inquietud que no me dejaba tranquilo. Yo sabía ya que ella supo desde que recibieron mi carta, que escribí el mismo día que me fugué, que estaba por donde fuera. Se encontró con mi hermana en la calle y le dijo:

—He soñado que se ha escapado tu hermano.

Como estábamos los dos presos, le dijo “tu hermano Miguel”, no nos conocía a ninguno, sólo de hablar entre ellas de nosotros. Mi hermana le dijo que efectivamente, que así era, que habían recibido carta mía diciendo que cambiaba de dirección y que la policía ya había estado en la casa con su estilo a lo nazi (en la carta había metido yo una foto que me hice en una plaza de Madrid nada más escaparme, porque si me cogían no me verían más. La carta la escribí en la misma plaza en un banco, casi a pulso, pero no hacía mención de la foto porque la policía pediría la carta última, como así fue, pero la foto está aún en nuestro poder).

Y cada vez que yo iba a Utrera se venía a la casa y pasábamos todo el tiempo posible juntos. Yo daba ya como un hecho que era mi novia. No me había dado su conformidad, pero lo daba por descontado. Y una tarde, ya noche, al tiempo de despedirse para irse a su casa me dice:

—¡Estoy de acuerdo!

—¿Cómo que estás de acuerdo?—, me quedé un poco sin saber qué decir.

—Con lo que me dijiste ya hace algún tiempo, ¿no te acuerdas?

—¡Claro que me acuerdo!

Aun cuando yo daba como un hecho que era mi novia, me dio tal alegría que me dijera aquello... “Sí, estoy de acuerdo”... cuando no esperaba tal cosa, porque pensaba yo que ella también lo daba por cosa hecha. Fue para mí inolvidable. La verdad es que siempre lo recuerdo como algo inexplicable, la satisfacción que me produjo aquel “sí”, cuántos besos le hubiera dado en aquel momento. Le dije:

—Eres una tramposa, dijiste una vez que me darías un beso y aún no me conocías, cuando te enteraste que me había escapado y nos besamos, no era para menos.

Qué contentos estábamos los dos de habernos encontrado. Ella tenía diecinueve años, yo cumpliría veinticinco. Qué tiempo más estupendo, cómo deseábamos vernos, siempre con la inquietud de si alguna vez podríamos estar tranquilos y gozar de estar juntos, pero siempre pensando en que todo podría romperse en cualquier momento. Esa pesadilla no nos la podíamos quitar del pensamiento, deseábamos tanto estar juntos que pensábamos que eso no podría llegar nunca, que nuestros pensamientos y nuestros deseos fueran alguna vez una realidad. Eran tantas las cosas y los obstáculos a vencer que parecía imposible que todo pudiese acabar alguna vez de forma satisfactoria.

Cuando a la madrugada siguiente salí para Sevilla tenía que pasar por la puerta de su casa. “¿Estará durmiendo todavía?”, pensé. Qué ganas tenía de volverla a ver. Aquel “sí, estoy de acuerdo” fue, no sé por qué, una impresión tan agradable que nunca la he olvidado. Siempre recuerdo aquello como algo tan decisivo para nuestra vida, a través de tantos años de vida en común, que nunca olvidé aquella tarde. Y aquella decisión que yo de antemano tenía por cosa hecha... pero me lo dijo de aquella manera, que aplicando el lenguaje que ahora está muy a la moda, digo: ¡Qué Tía —con mayúscula— con más cojones! Tuvo agallas en aquellos años tabúes. Una chica de buen ver, con diecinueve años, en los años negros de la España negra, desafiando lo que se presentara.

¡Hay que tener coraje! Siempre encontré una compañera dinámica en ella, en tantas situaciones como hemos tenido que hacerle cara a situaciones difíciles. Pero siempre estuvo a mi lado una mujer. “Saldremos adelante”, me decía, y la suerte nunca nos abandonó, sí es verdad que pasábamos muy malos ratos, teníamos muchas dificultades para todo. Lo que para cualquiera que estaba dentro de la ley era un puro trámite, para nosotros no era lo mismo. Pero siempre decía “Esto también lo solucionaremos,” y de una u otra forma se salía siempre que se presentaba alguna dificultad, de las muchas que una y otra vez teníamos que hacer cara. Cuando más confiados estábamos pensando “ya hace tiempo que no preguntan por mí, es posible que esté apartada mi búsqueda, ya ha pasado bastante tiempo”, a la carga otra vez: “han estado en casa de mi tía a preguntar”. Pasaban otros cuantos meses, cuando ya estábamos otra vez algo tranquilos, otra vez a casa de otro tío mío con las mismas preguntas, y así una y otra vez, años tras años. Otra vez estuvieron en casa de mi hermano Alfonso que vivía por los hotelitos, en Heliópolis.

En total muchos sobresaltos en los diecinueve años que pasamos en España con documentación falsificada. Y siempre encontré en mi compañera el apoyo más eficaz y el coraje sin igual, tener a una mujer dando ánimos al lado es lo que más vale para un hombre al que quieren acorralar. Y eso lo he tenido yo con la mía, compañerita buena y valiente donde las haya.

Volviendo a nuestro relato sobre la obra donde yo trabajaba en San Jerónimo, nuestro trabajo en principio era pico y pala, trabajo duro, teníamos que hacer de todo, el hormigón a la mano, no había hormigoneras, vueltas con la pala al material, así de la mañana a la tarde, y a buen ritmo, la jornada era de ocho horas, pero mientras el jefe no decía que era hora de dar de manos, había que seguir trabajando, cada día por lo menos trabajábamos de media hora a tres cuartos de hora más, y algunas tardes hasta una hora. ¿Y quién se atrevía a protestar? Yo quería dejar pasar el tiempo, mi situación no era la más adecuada para enfrentarme a aquel abuso, todos entre nosotros nos sentíamos indignados, pero nadie quería dar la cara. Así pasamos casi un año, hasta que por fin nos pusimos de acuerdo y dijimos, a partir de hoy cuando sea la hora paramos. El patrón llegaba cada tarde media hora antes de dar de mano y se ponía a charlar con el jefe, nosotros teníamos la convicción de que lo hacía a conciencia. El jefe hacía como que no se daba cuenta de la hora, y así un día tras otro. Hasta que nosotros sin esperar la orden del jefe una vez llegada la hora parábamos. Una tarde preguntó el jefe:

—¿Ya son las seis?

Y le contestó alguien

—Las seis dan en todas partes a la misma hora.

Y no pasó nada. Pero no tuvimos más remedio que hacerlo así. Cosas sin trascendencia, pero como pasaban hay que decirlo.

Yo seguía viéndome con mi amigo Centeno, nos reuníamos algunos grupos de compañeros, se organizaba la C.N.T., las Juventudes Libertarias y la F.A.I. Yo le decía a los compañeros:

—No opino yo que debíamos de estructurar así nuestra organización.

Yo creía que sería mejor agruparnos todos en una sola organización, y mejor coordinada, y no mucha cantidad y sí buena calidad. Eso era una opinión mía. Los demás creían que todas las ramas del movimiento libertario debían estar organizadas, eso yo opinaba que para los que no estaban en el interior era normal, pero aquí todo era muy complicado y muy difícil. La organización crecía demasiado en cantidad, pero no era buena del todo la calidad. Así una razia tras otra, en la siguiente entre los muchos que cayeron cayó mi amigo Centeno, y muchos tuvieron que ausentarse a otras regiones buscan-

do trabajo y refugio, para ya no volver más. Muchos de los compañeros que salían de las prisiones, que estaban presos desde el término de la guerra civil, se integraban a la organización, hablo de los años 1943 en adelante. Por esas fechas fue cuando salió mi compañero José Gata el de Alanís, y José Ortega de Guadalcanal, buen amigo nuestro y compañero, hicimos parte de la guerra juntos, también cayó preso posteriormente, cuando empezaron a buscarlo estuvo en nuestra casa un poco de tiempo, no queríamos que se fuera, ya vivíamos en Bellavista, pero se empeñó en marcharse, decía que quería irse a la provincia de Huelva con el compañero José Gata que trabajaba en la reforestación y que también lo estaban buscando. Pero lo cogieron antes, algún tiempo después cogieron a José Gata, a Ortega lo torturaron mucho, en el cuartel de La Calzada, la guardia civil. Cuando salió tres o cuatro años más tarde me contaba que cuando le preguntaban que dónde se había ocultado no quería acordarse ni de que yo existía, lo torturaron colgado por los tobillos en un gancho que tenían en el cuartel de la guardia civil para esos tormentos, el gancho en el techo de las cuadras y, una vez suspendido del suelo a la altura conveniente, le empujaban para balancearlo y vergajazo de los guardias civiles que se colocaban a un lado y otro, por supuesto que le quitaban la ropa, sólo le dejaban en calzoncillos, eso cuando no se trataba de otras torturas, como aplicarle corriente en el ano o en los genitales.

Estos compañeros y otros muchos después de salir se reintegraron a la lucha clandestina, estuvimos así seis o siete años, cada vez que hacían una razia la organización quedaba más mermada naturalmente, y por más empeño que poníamos cada vez los efectivos eran menos y las dificultades para seguir más difíciles.

Estas detenciones que acabo de hacer mención ocurrieron en los años 1950, en los primeros años de dicha década.

Me he saltado unos años pero tengo que volver atrás, son bastantes las cosas que, puesto que he decidido decírlas porque una y otra vez mi esposa (me cuesta trabajo decir mi esposa, porque es mi compañera de alegrías y penas), Mary, y algunos de mis hijos y familiares me decían: “escribe las cosas que han ido pasando”. Mi cuñado José Pérez Vega me lo decía en más de una ocasión, pero siempre he considerado que la época que nos tocó vivir los que hicimos la guerra, y además la perdimos y militábamos en alguna organización de izquierdas y que no nos conformábamos con la derrota, era lógico que quisiéramos hacer algo en la medida de nuestras escasas posibilidades. Pero que mi situación, aparte de la fuga y de tener que vivir con otro nombre, era análoga a otros muchos. Claro que el que estaba dentro de la legalidad aun cuando luchara en la clandestinidad, algún tanto más que yo tenía en

su favor. Yo seguía en mi trabajo en San Jerónimo. Esto que voy a contar es un poco anecdótico. Mi hermano Alfonso entró a trabajar en el ferrocarril una vez que lo licenciaron, y lo destinan a San Jerónimo, lo ponen de fogonero en las locomotoras, cosa que no le gustaba. Como trabajaba cerca de donde yo nos veíamos todos los días, y un domingo le digo:

—Esta tarde vamos a ir al fútbol, te invito.

Así lo hicimos, vimos nuestro partido. Salimos marchando a pie con intención de coger el tranvía en la Puerta de la Carne para dirigirnos a San Jerónimo, cuando ya hacía un buen momento que caminábamos, me dice mi hermano:

—Vienen dos individuos detrás de nosotros siguiéndonos, y hablan precisamente de nosotros, me parece que de ti.

—No mires para atrás —le digo—. ¿Qué trazas tienen? —le pregunté—, ¿Serán de la “pasma”?

—No sé, creo que no.

Aflojamos el paso para ver si pasaban, cuando se emparejan con nosotros, yo ya había metido el ojo y vi que no tenían trazas de policías. Yo no conocía a ninguno de los dos, me dice uno:

—Tú eres Miguel.

—Tú de qué me conoces—, le dije.

Y me dice:

—Porque te conozco, tú eres Miguel Vega, yo estaba trabajando en Casa Blanca cuando tú estabas segando con la máquina con tu tío José *el bombero*.

Me quedé de una pieza, porque además sabía que yo me había fugado, que me lo dijo en aquel momento.

—¿Y a ti quién te ha dicho eso?

—Me enteré en la cárcel.

Este individuo era un compañero de Lebrija, yo no lo conocí hasta ese momento, sabía de él que lo acusaban de que en una manifestación en Lebrija en una reyerta con la guardia civil mataron a algunos trabajadores y ellos mataron a un teniente, esto antes de la guerra. Él decía que nada tenía que ver con aquellos hechos, pero lo complicaron, y al terminar la guerra lo cogen, posiblemente lo acusarían creyendo que no lo cogerían, y los que cayeron, por quitarse el golpe de encima, se lo cargaron a éste. Por aquella época dieron una orden que los que no estuviesen procesados podían ser puestos en libertad si no tenían denuncias pendientes. El caso es que a este individuo lo pusieron en libertad por un error, y él se percató de inmediato y tomó la precaución de no ir a Lebrija porque de inmediato fueron a buscar-

lo. Me preguntó que si estaba en Sevilla trabajando o qué era de mi situación, le dije:

—Trabajo en Huelva y he venido por ver a este amigo.

No le dije que era mi hermano. Él me contó de seguida toda su situación, que pasaba unos días en casa de una tía suya que vivía por la Macarena en la calle Pozo, me dio su dirección completa para que si quería fuera por su casa, yo no pensaba ni mucho menos en ir, me decía que otras temporadas se marchaba a casa de otros familiares. En fin, que sorteaba el temporal como podía.

Yo le dije que estaba en Huelva, esto era en 1941, la escasez de comida era total, el hambre en aquel año fue de los peores, nosotros nos despedimos, yo creía que no nos encontraríamos más, yo no tenía ningún interés en vernos, aquel chico era demasiado frágil al hablar, no se daba cuenta de la situación. La obra en la que yo trabajaba estaba justamente en la carretera que conduce a La Algaba a la izquierda. En La Algaba vendían harina de maíz y de trigo, clandestinamente, por supuesto, como la carretera estaba tan cerca de la carretera, si daba casualidad que trabajabas en esa zona pues tanto tú veías a los que pasaban como te veían a ti. Y vaya casualidad, dos o tres días después de habernos encontrado ala salida del fútbol este compañero que pasa andando para La Algaba a comprar harina que su tía le había dicho que fuera por solucionar para poner algo de comer, nuevo encuentro, y él que se da cuenta que yo lo había engañado, me salí de la obra y estuve hablando con él, quedamos en vernos, yo quería decirle algo para justificarme, y lo que yo más sentía es que ya sabía hasta dónde trabajaba yo, eso me preocupaba bastante, en primer lugar porque yo no lo conocía, y además porque me daba cuenta de que era demasiado frágil, no gastaba la debida precaución cuando hablaba.

Nos vimos, fui a casa de su tía, salimos a dar un pasco y le dije que comprendiera que si yo no le había dicho dónde trabajaba ni nada de la verdad tenía que comprender que dada la situación por la que estábamos atravesando, todas las precauciones tenían justificación. Él me dijo que de vez en cuando iba por El Cuervo, que veía a mis tíos y a mis primos los que vivían en Casa Blanca, donde yo estuve cuando llegué de Madrid, le advertí que si los veía cuando fuera, que no se le ocurriera decirle que me había visto, que olvidara todo, que no hiciera el más mínimo comentario. Todo fue inútil. Les dijo que me había visto en Sevilla apenas fue a El Cuervo. De seguida lo supe, mis tíos se lo dijeron a mis padres, que les dijo que me había visto en Sevilla. No tuvo mayores consecuencias, pero me inquietaba la poca pre-

caución de este compañero. Después de todo esto nos vimos bastantes veces. Casi siempre era yo el que quería saber de él, porque sabiendo por dónde estaba, me sentía más tranquilo. Y tuvo la desgracia el pobre de que encontró trabajo en Huelva, precisamente, en la construcción, y cayó de un andamio y murió. Después, preguntando a los amigos de Lebrija, me decían que era muy buen compañero, pero despreocupado de la situación por la que atravesábamos, lástima que tuvo la desgracia de morir bastante joven.

Todo esto ocurría en los primeros meses de 1941, cuando este amigo murió en el accidente fue en principio del año 1944, yo hacía por lo menos dos años que no lo veía.

Yo continuaba en la misma empresa y me iba haciendo de documentación, por mediación del trabajo, una cartilla sindical con la clasificación que la empresa me acordaba, ya es algo, después otra cartilla para el médico, y así cada vez tenía más papeles que acreditaban mi falsa identidad, y que aún los conservo. A finales de 1941 nos salió un trabajo por nuestra cuenta, teníamos que hacer una nave para nuestra fundición. A mí me interesaba, pesábamos en unirnos y quería ahorrar algo para comprar por lo menos lo más imprescindible. Reuní con aquel trabajo unas tres mil pesetas, ya era bastante, o por lo menos no había más. Con eso nos arreglamos. Nosotros ya teníamos pensado unirnos. Se presentaba el problema de la vivienda, que era un problema, no había manera de encontrar casa y el tiempo apremiaba. Por fin, un compañero del trabajo que tenía una pequeña casita con dos habitaciones y una cocina me dice:

—Si quieres, yo te dejo una habitación, ponemos un tabique y una habitación para ti y otra para mí.

Y así lo hicimos. En una habitación de unos doce o trece metros, allí nos instalamos. Esto era en La Algaba, a unos cinco kilómetros del trabajo. Nosotros le pagábamos lo acordado por el alquiler.

Y el ocho de agosto de 1942 nos unimos y así empezó nuestra vida en común, estábamos estrechos, pero juntos al fin. Ya no tenía que ir a Utrera de noche y salir de noche como un bandolero. Y como el cantar dice, “yo no me la llevé, ella se vino conmigo, la culpa la tuvo el querer”. Pero nuestro tiempo de novios fue feliz, delicioso, cómo deseábamos vernos y estar juntos. Un año y medio o dos años duraron aquellos encuentros furtivos, emocionales, a escondidas, con sobresaltos, pero cuando nos despedíamos ya estábamos pensando en el próximo encuentro. Lo recordamos, naturalmen-

te, con nostalgia, pero con la satisfacción de haber vivido aquellos bellos años de nuestra juventud queriéndonos mucho. Y aquel fuego que se encendió cuando nos conocimos, sigue vivo, nos queremos; es muy difícil dejar de quererse cuando de verdad llegó eso que se llama “amarse”. ¿Qué si hemos discutidos y nos hemos enfadado? Qué duda cabe, bastantes veces. ¿Quién en más de medio siglo de convivencia no lo habrá hecho? ¿Habrá parejas que en tantos años de vida en común no se hayan enfadado? Lo dudo, no lo creo. Pero todo pasaba pronto, nuestros enfados nunca han sido serios. Yo siempre he sido débil para sostener un enfado por mucho tiempo, así es mejor.

Para nuestra unión, ni que decir tiene que tuvimos que organizar una comedia. Yo dije a mis compañeros de trabajo: “Para tal fecha, me caso”. Ellos conocían a mi novia, una de las veces que vino a Sevilla se la presenté. No invité a nadie a la boda, porque no hubo tal. Me fui un viernes para Utrera y el lunes ya estaba de vuelta al trabajo. Les di un puro a cada uno para terminar del todo la comedia.

Así salí yo del paso, pero mi Mary-quilla tenía su problema, que era más delicado que el mío. Tenía que dejar su puesto de trabajo, decir que se iba a trabajar a Sevilla, con lo guapa que estaba, con sus encantadores veinte años, y con lo mal pensados que son los mal pensados, con la maldad y la suspicacia de aquellos aborrecibles años negros de la España negra y sucia del franquismo criminal. Sabía que su reputación estaría en entredicho, cada cual a dejar rienda suelta a sus maldades. ¿Dónde habrá ido a parar? ¿Dónde estará metida? Eso lo sabíamos que lo pensaban. Pero qué TÍA con más cojones; todo lo aceptó con ese coraje y decisión que hay que tener para tomar decisiones importantes y decisivas sin titubeos, pero pensadas de antemano, sabiendo dónde se va y lo que se quiere. Así es esta compañera mía, fuerte y dinámica donde las haya, animosa en todas las situaciones difíciles, siempre encontré en ella el mejor punto de apoyo.

Sabemos lo que vale la libertad en toda su extensión cuando la hemos perdido, pero en un trance tan difícil de los que nosotros hemos atravesado, si no tenemos una compañera como la mía, que te da ánimo si lo necesitas, que nunca ha sido pesimista, que aun en situaciones difíciles se ha guardado lo negativo y ha sacado su dinamismo para decir “aquí no pasa nada, esto lo solucionamos nosotros”... Ay del que no tenga una compañera de este calibre, es como tener la libertad ganada y la seguridad de no estar solo.

Así pasamos, en definitiva, la comedia del casamiento nuestro, que en realidad tardó en que fuera efectivo dieciocho años más tarde, en Limoges

(Francia). Casamiento civil, naturalmente, que quede claro, y esto debido al legalismo a que nos tiene obligado esta sucia sociedad. Vivimos dieciocho años estupendamente, sin papeleos y sin necesitarlos. Fue el siete de mayo de 1960 cuando tuvimos que legalizar la situación.

Pero esos dieciocho años que pasamos en España libremente unidos, también los problemas los teníamos siempre sobre nosotros. Nacían nuestros hijos, los registrábamos en el juzgado. En aquella época en España todavía no había el “libro de familia”, eso nos remediaba algo, lo pusieron después de nuestra unión. Nuestros hijos yo los registraba con mi apellido verdadero, Vega, en el juzgado. Con llevar un certificado médico de haber asistido a una señora casada, el nombre de la señora y demás era suficiente, y dos testigos que siempre estaban por allí dispuestos, te pedían una o dos pesetas; increíble, pero así era. El certificado lo daba mi cuñado, que era médico. La primera hija lo dio la matrona, que fue en realidad quien asistió a mi compañera. Pero luego empieza otro problema, los puntos que daban por cada hijo, que yo no los cobraba. Creo que por uno no daban nada, no estoy seguro. Pero cuando vino el segundo me dicen en la empresa:

—¿Cuándo vas a traer la partida de nacimiento para que te paguen los puntos?

Nunca las llevé. Estaban apuntados con mi apellido verdadero, Vega, tendría que pensar en enmendar partidas de nacimiento, no quería complicaciones, ya tenía nuestra segunda hija más de dos meses y yo no pensaba arreglar nada. Cuando me decían algo siempre les daba cualquier excusa, decía que no era tanto lo que daban y que mientras menos se le tenga que agradecer al Estado, mejor para uno. Así iba dándole de lado a este problema, que no dejaba de serlo, pero que yo tenía que darle de lado como fuera.

Estábamos ya en 1946. Yo continuaba en la misma empresa, pero desde el año 1943 trabajaba en una draga que compró el empresario para la extracción de grava y arena del río Guadalquivir. Estaba clasificado como motorista. Se ganaba más que en tierra y el trabajo me agradaba bastante. Teníamos una prima por cada metro cúbico de material extraído, que suponía doblar el salario, y se terminaba la jornada más pronto que en tierra, generalmente trabajábamos entre seis y siete horas y al aire libre. Si en el invierno se pasaba algo peor, era bien soportable, teníamos fuego para darnos un calentón de vez en cuando, y en verano, estupendamente: de vez en cuando una zambullida, se tiraba uno al agua y quedaba como nuevo.

Trabajamos cinco en la draga, más los que trabajaban en el remolcador para remolcar las gabarras al muelle para la descarga. También estaba casi siem-

pre embarcado con nosotros un carpintero de rivera, por cualquier reparación a las gabarras, que eran de madera. Todos los que trabajábamos tanto en el remolcador como en la draga, todo el mundo se manifestaba de izquierdas, sin tapujos, pero el que yo tenía más cerca como compañero, que compartíamos el trabajo de la máquina, era la oveja negra, el tío era falangista y no lo negaba. Pero lo que tenía que tragar con nosotros era para divertirse. Era de Lora del Río. Decía:

—Yo soy falangista, y no lo niego. Me apunté a la falange en 1934

Pero con la particularidad de que al muy canalla le habían fusilado los señoritos de su pueblo a dos hermanos por haberles reclamado alguna indemnización por los abusos que cometieron con los trabajadores. Y nos decía:

—A mí me han dicho que cuando sacaron a mis hermanos iban los dos en mangas de camisa y con una entereza como de hombres sin miedo.

Lo que nosotros le decíamos a aquel tipo, el carpintero de rivera que trabajaba con nosotros, era de Triana, y le decía:

—Hay que ser cabrón para que le hayan matado a uno dos hermanos y seguir siendo falangista.

Cuando nos poníamos a discutir aquello era una guerra viva. Era un tipo bastante alto y fuerte de constitución. Cuando empezó el movimiento trabajaba en la Isla del Guadalquivir en una excavadora. Vivía en un poblado de por allí y todos los trabajadores lo conocían por lo que era: un falangista indecente, un ruin trabajador. Y cuando empezó el *movimiento*, lo primero que hicieron los trabajadores, que sabían quién era, fue quitarle la escopeta.

Organizaron unos grupos de milicianos con las escopetas propias y las que quitaron a los enemigos. Todo esto lo contaba él mismo:

—A los dos o tres días de estar con mí escopeta haciendo guardia, se ponen un día a hacer instrucción. Yo, que veo mi escopeta, le doy un tirón y le quito la escopeta de las manos.

—¿Y qué hicieron los otros?—, le pregunté.

—La escopeta era mía.

—Nunca debieron dejarte la escopeta sabiendo quién eras tú: un enemigo de tus compañeros. Nos has dicho tú que cuando llegaron por allí los *nacionales*, como ustedes les llaman a los fascistas, al primero que fueron a buscar fue a ti, para que les dijeras quién era cada uno. Y empezaste a chivatearte para saber por dónde tenían que empezar la represión. Y nos has referido que tú, en persona, llevaste a una cuadrilla de falangistas señalando a las muchachas más destacadas para que las fueran pelando. Y tú nos has dicho, en más

de una ocasión, que había unas cuantas muchachas valencianas, que eran hijas de los valencianos que se vinieron por esta zona como más conocedores de las labores de los trabajos relacionados con la siembra del arroz. Y nos has referido que eran unas chicas muy guapas, unas morenas con una mata de pelo negro... Y te vanagloriabas diciendo que les dejaban la cabeza como un nabo.

Cuando más arreciaban todas estas discusiones era cuando empezaba a verse más claramente el fin de la Guerra Mundial. Nosotros, en tanto que veíamos el triunfo de los aliados más cerca, más reproches le hacíamos, diciéndole todo lo que se merecía.

Él aguantaba, pero se defendía diciendo:

—Ustedes es que todos sois comunistas.

Un día le dije:

—Si te crees que con eso me ofendes, te equivocas. Me honras. Pero voy a hacerte una aclaración: yo soy anarquista.

Lo traíamos por la calle de la amargura. Todavía, cuando vamos a ver a uno de aquellos compañeros del trabajo a la residencia donde está, y hablamos de aquellos tiempos, siempre hacemos referencia, cuando viene al caso, a aquel individuo. Y nos dice:

—¿Te acuerdas cuando le dijiste: 'Si te crees que con llamarme comunista me ofendes, te equivocas. Me honras. Pero yo soy anarquista'.

Cuando llegaba el remolcador para recoger los barcos que ya estaban cargados, nos embarcábamos en él para recoger los boletines de información que distribuía la Embajada inglesa, dando cada día noticias de los acontecimientos militares y los hechos más importantes de las fuerzas aliadas. En cuanto nos juntábamos con los del remolcador, él decía:

—Ya está el comité de liberación reunido.

Le hicimos tragar quina a aquel bicho.

Esto que acabo de relatar carecerá de importancia, pero son cosas que pasaban y, al tratarse de un tipo de mala ralea, ahí quedan dichas.

Yo me encontraba muy a gusto en el trabajo de la draga.

Cada domingo, como no se trabajaba, uno se tenía que quedar de guarda hasta la tarde, momento en que venía el guarda nocturno. Esta jornada la cobrábamos como horas extraordinarias. Se pasaba el día bastante bien.

Cuando yo hacía guardia, que era casi todos los domingos, yo me arreglaba con los otros que se dedicaban a otras cosas y yo me quedaba. Teníamos un bote con motor y otro a remos. Nos paseábamos si se nos antojaba. Mi Maryquilla se venía conmigo cada domingo y allí hacíamos la comida del mediodía. Y Muchos domingos se venían compañeros de los que estaban perseguidos. También se venía algunas veces mi hermana Anita. Hacíamos una paella, o lo que podíamos, y pasábamos el día. Recuerdo a un compañero de Málaga que se llamaba Rueda. Lo mató la guardia civil algún tiempo después en la guerrilla. Y a otro malagueño, pequeñito de estatura, que lo cogieron también algún tiempo después en la guerrilla. Le hicieron un consejo de guerra y lo fusilaron.

Allí, en la draga aquella, pasamos muchos compañeros buenos ratos cada domingo para hablar de nuestras cosas, esperando lo que nunca llegó. Creíamos que con la derrota del fascismo alemán e italiano, nuestra situación tomaría otro giro. Pero todo siguió igual: la represión seguía implacable. Nosotros seguíamos reuniéndonos.

El sindicato de la construcción era el más activo, se cotizaba regularmente. Había muchas reuniones, quizá demasiadas. Y algunas demasiado concurridas. También había bastantes compañeros de Sanidad o de los laboratorios.

Recuerdo que en una ocasión me dieron una cantidad bastante considerable de medicamentos para que los hiciera llegar al Puerto de Santa María (al Penal, se entiende). Los llevó mi madre. Se trataba de inyecciones mayormente. Y botes reconstituyentes. Por esa época de estrecheces, en la enfermería del Penal, según nos decían, escaseaba de todo. Por aquellos años había compañeros de todos los gremios.

Las cosas anecdóticas tampoco faltaban. Una de tantas que me ocurrió: Marchaba una tarde por la carretera que va para San Jerónimo en bicicleta. Yo me había dado de cara ya varias veces con un compañero de Morón de la Frontera, que fue a Jerez por el año 1933, perseguido, como consecuencia de una huelga que hubo en su pueblo. Me parece que se trataba de la fábrica de cemento. Algún sabotaje que hicieron, no recuerdo...

El caso es que yo me quedaba mirando cómo reaccionaba. Pero nada: se hacía el desentendido, aunque nos conocíamos perfectamente.

Este compañero, cuando llegó a Jerez (creo que era cantero), encontró trabajo en una cantera y se puso a trabajar. Algún tiempo después, se le vino un

alud de piedras encima como consecuencia de un barreno. Se le partieron las dos piernas. La recuperación le duró, al menos, casi un año y medio. Él estaba en una pensión de la calle Corredera y nosotros, casi cada tarde, nos íbamos con él a darle compañía. Nos sentábamos en un parque que estaba muy cerca de la pensión. Tomábamos café y pasábamos el rato acompañándolo. Nos conocíamos perfectamente.

Él se fue a Morón cuando se puso bueno. Lo encontré en el campamento de Viator, cuando perdimos Málaga. Recuerdo que, cuando nos encontramos, estaba con un buen número de compañeros de Morón. Todos juntos. Entre ellos Bartolomé Lorda, al que lo fusilaron en Sevilla después de terminar la guerra: un excelente compañero.

El hecho anecdótico al que hago referencia ocurrió por el año 1938, más o menos. Nos vimos por última vez en febrero de 1937. Habían pasado nueve o diez años. Nuestra fisonomía no había cambiado mucho: tanto él como yo éramos perfectamente reconocibles.

Este día me decidí. Me apeé de la bicicleta y fui directamente hacia él. Lo acompañaba otro compañero al que yo no conocía personalmente. Le dije: —Tú eres Paco, el de Morón.
—Usted se ha equivocado —me contestó—. Yo no soy de Morón. Soy de Cazalla de la Sierra.

En Cazalla conocía muchos compañeros. Podía yo haber dicho que conocía a muchas personas de ese pueblo, pero el caso es que, diciéndome que era de Cazalla saca la cartera para enseñarme su documentación. Le dije: —Guárdate los papeles, que a mí no me importa de dónde eres. Me he equivocado.

Esto no tiene importancia. Pero yo sabía perfectamente que era él. El que lo acompañaba no dijo nada, ni yo le puse mucha atención. Me calculo que sería otro compañero. Buenas tardes y hasta la vista.
En cuanto volví la espalda, le dice dijo al otro: —Ese es Vega, Miguel.

El otro le dice: —Pero hombre, ¿por qué le has dado de lado diciendo que se ha equivocado? Esto me lo refirió el otro tres o cuatro meses más tarde, en una reunión de compañeros del sindicato de la construcción. Me dijo:

—¿Te acuerdas cuando hace algún tiempo paraste a Paco junto al cementerio y le dijiste ‘Tú eres Paco, el de Morón’?.

Al momento lo recordé. Le dije:

—Tú eras el que iba con él.

Este compañero era Antonio Tagua. Era el secretario del sindicato. Me dijo: —¿Por qué no te vienes aquí, al comité del sindicato? Te voy a proponer en la reunión.

Le dije redondamente que no me propusiera, porque no aceptaría. Yo vivía a seis o siete kilómetros de Sevilla. Por otra parte, para los que estaban en mejor situación de legalidad que yo, era diferente. Y como, de vez en cuando, hacían una razia y caían casi todos, sabía que me tocaría a mí si aceptaba algún cargo. Era inevitable: todos caían más tarde o más temprano. Y con las ganas con que me buscaban, yo no estaba dispuesto a que me cogieran tontamente.

Se hacían muchas imprudencias que costaban muy caras. Se pagaban bastantes veces con la vida. Así le ocurrió a Antonio Tagua: lo mataron en Algeciras cuando quería embarcar para Tánger. A otro lo hirieron. Cuando fueron a embarcar por la noche, allí estaba la guardia civil en la playa, esperándolos. Algunos días antes de ese desgraciado acontecimiento, lo encontré en San José de la Rinconada. Yo sabía de su situación. Estaba acompañado por otro de Morón. Le ofrecí dinero si le hacía falta. Me dijo que dinero no necesitaba de momento. Y pocos días después lo mataron.

Así se luchaba en aquellos tiempos... y se moría. Para una lucha en la clandestinidad, con un régimen tan brutal como era el franquismo, hacía falta mucha preparación, mucha conciencia, ser muy responsable y, sobre todo, mucha discreción (que no la había). ¡Y qué caras costaban las imprudencias! Hasta con la vida se pagaban las indiscreciones. Así, cada vez quedaban menos compañeros y la organización, ni que decir tiene, iba mermando. Se iba reduciendo a grupos de compañeros afines, casi sin ninguna vertebración entre sí. La desconfianza se imponía. Unos que caían y otros que se veían obligados a emigrar a otras regiones o al extranjero. Así me ocurrió a mí, cuando el cerco se cerró.

Y los que podíamos, o tuvimos la suerte de dar la espantada y que no nos cogieran, nos podíamos dar por muy afortunados. Pero el problema familiar era algo serio, tal como se presentaba en la mayoría de los casos.

Bueno, he hecho referencia a esta anécdota que me ocurrió con estos compañeros de Morón. Después he seguido narrando cosas que más o menos se

relacionan todas. La trágica muerte del compañero Antonio Tagua y, algún tiempo después, el otro compañero también cayó preso y le pusieron treinta años. Todos estos compañeros anteriormente ya habían pasado unos cuantos años en prisión al terminar la guerra, por tanto, fueron considerados reincidentes.

Sigo haciendo referencia a cosas de aquellos años: Década 1940-1950. Mi hermana Anita vivía por aquellos años en Barcelona con mi cuñado. Me escribió diciéndome que había un compañero que no podía seguir allá porque lo tenían localizado. Tenía que salir de Barcelona. Quería venirse a Sevilla. Me decía el sitio donde ya tenían acordado que nos encontraríamos, con el fin de que lo relacionara con los compañeros de Sevilla, para tratar de que encontrara trabajo.

Efectivamente, nos encontramos en el sitio que teníamos previsto. Yo, siempre algo desconfiado, por qué negarlo, di unas vueltas para estudiarlo antes de que él me viera. Cuando lo localicé, me metí en un bar y dejé pasar algún tiempo, para comprobar que estuviera solo y que se movía de un lado a otro como quería. Yo desconfiaba por si lo seguían o algo raro. Cuando pasó un rato me decidí a salirle al encuentro.

Yo sabía algo de este compañero antes de la guerra, pero no lo había tratado personalmente. Lo conocí en la guerra y por casualidad. Me parece que era de Cádiz y le decían *el Cordobés*. Se escapó de Cádiz cuando empezó el Movimiento con otros dos compañeros, en una lancha, y fueron a parar a Gibraltar. Uno de sus acompañantes era gallego. Se llamaba Pedro Rey; también lo conocí en el transcurso de la guerra. El otro no recuerdo quién era. Al que hago referencia principalmente, al *Cordobés*, lo conocí en el frente de Aragón. Estábamos en automovilismo. Un día me preguntó que de dónde era yo. Le dije que de Jerez. Por ahí ya nos conocimos. Después de lo del Ebro, ya no nos vimos más. Este compañero estuvo relacionado con un atentado que le hicieron a José Antonio Primo de Rivera por el año 1934 en San Fernando (Cádiz). Y, naturalmente, si lo hubieran cogido su suerte estaba decidida. A los otros dos implicados, los liquidaron.

En resumidas cuentas, este compañero encontró trabajo, era metalúrgico. Nos vimos varias veces. La última fue en Triana. Le pregunté cómo le iba. Me dijo que estaba trabajando y que le iba bien. Después perdí su pista. Por más que traté de saber algo, jamás oí de él. Ni idea de cuál habrá sido su suerte.

Estos relatos, aunque sin mucha trascendencia, pueden y deben decirse. Todo está relacionado con aquellos años difíciles de persecuciones, de lucha y clandestinidad. Con la inquietud de qué será mañana, siempre atento a lo que

se movía alrededor de uno. En cuanto se veía un personaje desconocido merodeando por casualidad por donde uno estaba, todo eran sospechas, noches de insomnio sin decir nada a la compañera para no inquietarla más. Cuando, por casualidad, llamaba a la puerta a deshora un vecino para pedir alguna cosa o favor, lo que fuera, qué sobresaltos se pasaban. Porque cada año eran dos o tres visitas de la guardia civil o de la policía a casa de la familia. Cuando más tranquilos estábamos, pensando que nos habían olvidado, otro recado de la familia: "Han estado aquí preguntando por ti." Y así meses y meses, año tras año.

Hasta la noche que me cogieron. ¡Qué angustia! 'Ahora ya no tengo solución' Cuando me vi de nuevo entre rejas, deambulando por el patio de la prisión pensé: "Todo está perdido. Ya no podré escapar. ¿Cómo me ha sucedido esto? Debí haberme marchado a Francia en cuanto tuve relación con los compañeros de allá. ¡Todo perdido! Mi compañera, mis hijos... Y estos no tienen piedad"

A esperar ya el final. Qué noche más larga. Qué angustia. ¡Ay, cuando desperté y me vi al lado de mi Mary-quilla...! Cuando le conté el sueño, que fue una la pesadilla, me dijo:

—Yo notaba que respirabas raro, pero no quería despertarte. Porque, en realidad, yo duermo poco y cuando me despierto, me es difícil volverme a dormir. Ella, entre sueños notaba que yo me movía, pero, como estaba dormida también, no me podía despertar. Y así pasé aquella noche de angustia.

Pero Vivir así, tanto tiempo, y cuando sabes que no dejan de buscarte, es muy difícil. Por mucho que quieras buscar tranquilidad, engañarte a ti mismo diciéndote que no pasará nada, sabiendo cómo las gastaban ... y Cuando tenían interés en machacar a uno, a quien fuera, si caía en sus manos, difícilmente tenía escapatoria.

Yo aparentaba tranquilidad, pero pasaba rachas en que no se me pegaba la ropa al cuerpo, sobre todo, cuando me avisaban que habían preguntado por mí.

He contado esta pesadilla, pero no queda la cosa ahí: vuelta a soñar.

Otra noche de angustia, más inquietud, si cabe: otra vez me cogían y, de nuevo, en la cárcel. Para volverse loco. Y, soñando, me decía a mi mismo: "Si fuera soñando, como la otra vez. Pero ahora no estoy soñando. Estoy en la cárcel. Ahora sí que es verdad."

Cuando despertaba y todo volvía a la realidad, en la calle, viendo la libertad que nadie nos puede impedir ver, mirar hasta donde la vista alcance, hasta el infinito...

A lo largo de diecinueve años viviendo fuera de la Ley, entre la canalla que nos rodeaba, los malos momentos que teníamos que pasar... Si, aún hoy, que ya quedó atrás la larga noche del franquismo, con aquella policía compuesta de sádicos criminales, todavía algunas veces sueño que me buscan.

Fueron tantos años con aquel inquietante sinvivir que difícilmente puede borrarse del todo. Aquella manera de vivir aparentemente normal para el entorno de las personas que nos rodeaban y con que nos relacionábamos normalmente como vecinos; que no sospechaban lo más mínimo. Mary, al mismo tiempo que yo, decíamos: "Si estas gentes se figuraran algo de nuestra situación, ¡cómo lo pasaríamos!"

Daba la casualidad de que en el barrio donde vivíamos antes de irnos a Francia, donde vivimos a la vuelta del exilio, Bellavista, en Sevilla, debido a la proximidad de los cuarteles del ejército, aquí vivían muchos militares. Pero algo más lejos estaba el Cuartel de Eritaña, de la guardia civil, por lo que también vivía una gran cantidad de guardias civiles en el barrio. Policías nacionales (los grises) había unos cuantos. Con uno de ellos hasta tuve alguna amistad (más adelante explicaré por qué. Era granaíno. Una vez estuvimos tirando al blanco con su pistola. Él se manifestaba de izquierdas, pero yo no me fiaba ni un pelo de nadie).

En este barrio, en aquellos tiempos, había de todo. También una cantidad formidable de familias de presos políticos. La colonia de presos estaba en la Corchuela, a unos tres o cuatro kilómetros de aquí, Bellavista. Estaban haciendo el canal del bajo Guadalquivir (mano de obra gratuita). Una vez que salían en libertad, se instalaba la mayoría aquí.

Entonces no había ni alcantarillado, ni agua potable. Las calles sí estaban marcadas y se respetaba el trazado. Las casas se hacían según las posibilidades de cada uno, sin necesidad de permisos para construir. En invierno, un barrizal.

Cuando alguien compraba una parcela, hacía un pozo para tener agua y, a los pocos metros, casi todos construían el pozo negro. Un caos... Pero íbamos pasando el tiempo.

Para que no faltara de nada, hubo una circunstancia algo especial. Un individuo que había sido guardia civil, y que, a consecuencia de un accidente que le ocurrió jugando al fútbol, se quedó manco y, naturalmente, dejó de serlo, sabía de mi situación. Fue novio de una hermana mía (ella murió en un acci-

dente de tráfico). Él me dijo que sabía cómo andaba yo, pero que podía estar tranquilo, que por él no tendría nunca ningún problema. Y efectivamente, no pasó nada, aunque yo pensaba en eso, y bastante. Toda su familia, empezando por el padre, ya jubilado, (los hermanos, los cuñados...) todos, guardias civiles. No creo que faltara a su palabra. Por esa parte, en honor a la verdad, no tuve nada que temer.

Después de volver de Francia, fui a saludarlo. Estaba en un lamentable estado. Le había dado una congestión, era una verdadera pena. No me conoció al principio. Cuando lo hizo, dijo: “¡Hombre, *el niño*!” Así me nombraban en la familia para no decir mi nombre.

Aquí, en este barrio, también vivió con sus padres el que fuera presidente del Gobierno, Felipe González Márquez. No sé si lo dije anteriormente. Su padre tenía una vaquería. Era un barrio muy homogéneo, había de todo. ¡Hasta un Presidente de Gobierno!

Otro detalle que me ocurrió en uno de los viajes que hacía a Utrera: Como tenía que pasar por Alcalá de Guadaira por carretera, para ver a mi novia, siempre me paraba en un bar para hacer tiempo, para que se hiciese bien la noche, con el fin de llegar lo más tarde posible.

Ya oscurecía cuando entré en Alcalá. La carretera en aquellos tiempos pasaba por el centro del pueblo. Yo bajaba una cuesta cuando vi un grupo bastante grande de gente y un tipo con una cruz, cantando no sé qué (desde luego, no era cante flamenco). Vi una calle estrechita y me dije: “Por aquí me excuso.” Pero un par de tipos que venían delante, creo que eran falangistas, se vinieron en busca mía y me dijeron:

—¿A dónde vas por ahí?

—Hombre —les contesté—, como viene esa manifestación por ahí, me metí en esta calle para no estorbar con la bicicleta.

—¡Qué manifestación ni manifestación! Eso es la oración.

Creo que eso fue lo que me dijo.

—Pon la bicicleta ahí, sobre la pared.

Me puso la mano sobre el hombro y me dio un tirón para abajo.

—Ahí, de rodillas hasta que pase el último de los que vienen rezando.

A tragar quina. Esto era el año 1942.

Por esos años, aquí, en Sevilla, cuando pasaba uno por la puerta de los cuarteles por las tardes, cuando arriaban la bandera y tocaban aquel pitido con la corneta, todo el mundo se tenía que parar en posición de firmes mientras duraba aquella payasada del régimen indecente que padecíamos.

En esos viajes a Utrera, una vez nos pusimos de acuerdo para encontrarnos en un pinar que había algunos kilómetros antes de la entrada al pueblo. Vinieron mis hermanas y Mary Sáez. Lo pasamos bien. Pasamos una tarde bastante agradable. Yo buscaba algo para merendar y pan, que por aquellos años escaseaba bastante. Esto lo repetimos varias veces. Después ellas se marchaban y yo esperaba para llegar más tarde. Cosas sin mucha trascendencia para cualquiera. Cosas que hicieran una vida más normal. Pero como lo nuestro no era normal, por eso lo cuento.

Otra noche de las que iba para Utrera, me esperaban mis hermanas y Mary en la carretera, algunos kilómetros antes. Sabían que esa noche llegaba yo. Me dijeron que volviera, que habían tenido alguna referencia de que la guardia civil estaba vigilando la casa. No sabemos si aquello tenía fundamento o no, pero me tuve que volver a Sevilla.

Cuando llegué a la barraca serían seguramente las dos de la madrugada. Mis compañeros de trabajo se extrañaron de verme entrar a aquellas horas, sabiendo que aquella tarde me había ido a Utrera. Les dije que me encontré con unos amigos en Sevilla y nos tomamos unas copas, que nos fuimos al cine y que, cuando salimos, ya no era hora de coger la carretera camino de Utrera. Tras esa ocasión, estuve más tiempo sin ir. Vinieron algunas veces y pasamos el día juntos.

Estoy contando cosas de cuando aun éramos novios. Aclaro esto porque ya conté la comedia de nuestro casamiento. Lo que hago es contar todos aquellos años, que para nosotros tuvieron tanta importancia, por la forma en que los vivimos. Por si alguien lee esto que se haga cargo de que lo que aquí encuentre son las cosas que nos sucedieron y que las referimos como fueron. Si no se siguen los relatos correlativamente, no tiene importancia. Todo ocurría así. Es posible que algunos relatos los cuente más de una vez por no haber tomado notas debidamente. Disculpas.

Sigo contando anécdotas.

Trabajaba por las noches en un cine de verano que puso el patrón. Nos dijo que si queríamos, podíamos trabajar por las noches de porteros o acomodadores, así nos ganábamos otro sueldo.

Una de esas noches, después de terminar en el cine, sería más de la una de la madrugada, cuando iba para nuestra casa (ya vivíamos juntos en la Algaba). Hay una distancia de unos seis kilómetros desde San Jerónimo. Al pasar junto a uno de los árboles que hay en la carretera, vi a tres o cuatro tipos

debajo. Me extrañó aquello, pero yo seguí mi camino adelante. A unos cincuenta metros más, se cruzaron conmigo dos ciclistas en sentido contrario. Al llegar donde estaban los que vi debajo del árbol, sin esperarlo, se abalanzaron sobre ellos y a estacazo limpio (o sucio, mejor dicho); los tiraron por tierra como si estuviesen apaleando a un animal peligroso; los tres o cuatro, sin consideración. Los que estaban por tierra, dando unos berridos descomunales. Y yo, sin pensarlo, me vuelvo a enderezar entuertos. Cuando me acerqué, dando gritos:

—¿Qué pasa aquí?

Los que daban leña:

—¿Quién es usted?

Yo, ni corto ni perezoso, les digo dije que soy guardia civil del puesto de la Algaba. Los que daban huyeron corriendo. Los otros se quedaron allí. A uno le habían partido el brazo y el otro tenía una o dos heridas en la cabeza. Me pidieron que tomara nota de lo sucedido. Les dije:

—Yo no soy guardia civil, ni mucho menos. Les dije eso para que los dejaran a ustedes... Si no digo eso, a lo mejor hubiese cobrado yo también.

Aquellas gentes eran parcelistas: los que cobraron eran gallegos, los otros granadinos. La pelea fue a causa del riego: se quitaban el agua unos a otros, cerraban las trampillas de las acequias, o lo que fuera. El caso es que me metí donde no me llamaron.

Los gallegos me pidieron que fuera al día siguiente a su casa de la parcela por patatas. Les contesté que de eso nada.

Un par de años después me llamaron a juicio. Tuve que asistir. El juez me preguntó que para qué tuve yo que decir que era guardia civil. Le contesté que para que no les dieran más.

Eso por meterme donde no me llamaron. Pequeña historia, o historieta. Pero, así pasó.

Siguen sucediendo cosas parecidas, que, si no se tratara de aquella época y de la situación en que yo me encontraba, carecerían de interés absolutamente, pasarían desapercibidas. El siguiente acontecimiento me ocurrió por la noche.

Serían, seguramente, las nueve más o menos. Era en invierno, porque recuerdo que lloviznaba. En el regreso en bicicleta a casa, me había entretenido con unos compañeros, por eso se me hizo de noche.

Por la carretera, un individuo con un carro. El hombre arreando los mulos, crujía el látigo. Yo estaba adelantando el carro y, como no llevaba luz en la bicicleta, el carrero no se dio cuenta de mi proximidad. Al crujir el látigo no me dio, pero sentí que la rabiza me pasó cerca. Le di un grito, diciéndole: —¡Ten cuidado, coño, que me vas a dar un latigazo si me descuido!

El carrero, con más calma que yo, contestó:

—Hombre, usted perdone, no me di cuenta que estaba usted cerca. No lo había visto.

Cuando me habló así, me dije “Éste es más tranquilo que yo.” Para arreglar la cosa, le dije:

—No tiene importancia, de todas formas no pasó nada.

Yo no lo veía porque era estaba oscuro, pero en el corto diálogo me di cuenta de que aquella voz me era conocida. Me apeé de la bicicleta y le dije:

—Tú no eres de la Algaba.

—No, soy de Carmona. Trabajo con el hijo del *Algabeño*, con Pedro Luis— (o algo así), me dijo.

Estos *Algabeños* eran unos fascistas de primera fila. En particular, el mayor. Tuvo algo que ver con el fusilamiento o ley de fugas de cuatro compañeros por el año 1932, en el Parque de María Luisa, aquí en Sevilla. En Málaga, creo que le hicieron un atentado cuando salía de torear. Lo hirieron solamente. Pero cuando empezó la Guerra Civil mandaba un escuadrón de caballería. Con más suerte, en Cerro Muriano, una bala tropezó con él y no pudo resistir el choque. También en Cerro Muriano murió otro excelente compañero nuestro de Sevilla, tal vez en el mismo sector. Éste se llamaba Juan Arcas. Eran tres hermanos: Julián, Juan y Miguel.

Me he desviado del encuentro con el carmonés al hacer referencia a estos matadores... Vale la pena decir quiénes eran.

En el momento en que me dijo que era de Carmona, me dije: “Ya está, éste es *Tostá*.” En los pueblos raro es el que no tiene mote. Le dije:

—Tú eres *Tostá*.

—¿Tú eres de Carmona?—, me contestó.

Como no nos veíamos bien, le dije que yo era de Jerez. Al oír esto, me reconoció de seguida: habíamos estado gran parte de la guerra en la misma unidad. Siempre estuve con gente de Carmona durante la guerra. Conocía a todos los personajes del pueblo, de escucharlos a ellos hablar de unos y otros. Tanto como si fuera del mismo pueblo: a los burqueses, a los municipales, a los políticos, al tonto del pueblo. Todo lo que se habla cuando se está aleja-

do del ambiente o entorno donde las personas se han desarrollado, es para recordar y hablar de lo que todos saben. Eso una vez y otra, se vuelve a hablar de lo mismo: es inevitable, así es en todas partes.

En resumidas cuentas, le pregunté si aquella noche se iría para Carmona. Me dijo que iba a soltar el carro y que se quedaba aquella noche en la Algaba. Lo acompañe a dejar el carro. Lo metió en un corralón y amarró los mulos en el pesebre. Lo invité a que viniera a casa a comer y así lo hizo. Estuvimos mucho tiempo charlando de todo lo que teníamos por delante. Desde luego, no le dije nada de mi situación verdadera. Le conté también que estuve preso; y que, después de unos tres años, me soltaron; que me vine a Sevilla por no estar en Jerez. No sé si él sabía algo de mi situación real, pero así pasó aquel el encuentro.

Después de regresar del exilio, cuando fui a Carmona por primera vez, pregunté por él de seguida. Me dijeron que ya hacía algunos años que había muerto: era mucho mayor que yo.

Es Carmona un pueblo al que vamos con bastante regularidad. Y digo vamos, porque a esta Mary mía no le gusta dejarme solo, ni a mí que me deje... y nos enfadamos y todo, pero siempre juntos.

Sigo contando los encuentros que, a lo largo de los años, era lógico que se fueran sucediendo, y que no logré esquivar. Porque a los que pude dar de lado, lo hice. Otros tal vez harían lo mismo conmigo. La época así lo exigía: precaución y miedo. Había de todo.

Este encuentro sucedió más o menos sería por los años 1945 o 1946.

Iba para el trabajo. La draga estaba en un sitio que le llaman la Barqueta, o llamaban, ya que eso está todo totalmente cambiado: con la Exposición de 1992 lo cambió todo por esa zona. Está cerca de la estación de la Renfe Plaza de Armas o Estación de Córdoba. Por la Barqueta pasaban todos los trenes con dirección a Madrid. Las mercancías las descargaban allí.

Había una entrada bastante grande, para entrar los camiones y los carros, entonces había muchos todavía. Entré por aquella puerta subido en la bicicleta y, a un lado de la misma vi a uno que estuvo en la Prisión Porlier conmigo. Yo no le hablé. Hice como si no lo hubiera visto. Él tampoco me habló, pero tanto él como yo nos reconocimos perfectamente.

Para evitar que supiera dónde trabajaba, en lugar de llamar para que viniera a buscarme el bote que teníamos en la draga, que se encontraba en medio

del río, justamente frente a aquella entrada donde estaba él, me fui para donde estaban los vagones y los carruajes cargando y descargando mercancías.

Y, en vez de entrar al trabajo, seguí la vía en dirección a San Jerónimo, para despistar a aquel compañero, que yo sabía que él sabía que yo me había escapado. En páginas anteriores hice mención a él, cuando me apunté para trabajar, debido a las críticas que hacían algunos por apuntarnos. Este compañero era de Gerena, un pueblo de la provincia de Sevilla. Se llamaba Antonio Quesada. En aquella ocasión, le dije por qué y para qué lo hacía.

Pero Cuando lo vi aquella mañana, tenía una ropa gris y una gorra a tono con el traje. Me figuré: “Éste estará de portero en algún hotel o en algún sitio por el estilo.” Y, efectivamente, estaba trabajando no sé si de portero o conserje en una oficina de aviación que había en la calle García de Vinuesa. Cómo se colocó allí, no lo sé. Pude haberle preguntado, pero no lo hice.

Lo encontré otra vez por Sevilla y ya estuvimos hablando. De seguida me dijo lo de mi fuga, que se enteraron en Porlier rápidamente. Le conté que me cogieron un año después y que me tuvieron tres años y pico preso; que ya estaba libre, como él.

Me lo encontré varias veces más. Hablamos de nuestras cosas. Él no creo que se mezclara en la organización.

Al cabo de los años, fui a comprar huevos para una incubadora que teníamos nosotros, que los vendía un sargento de aviación que tenía una pequeña granja, fui a aquella dependencia de aviación de la calle García de Vinuesa. Allí me encontré con Quesada, y hablando con el sargento, se conoce que él tenían confianza le dijo:

—Este amigo mío también estuvo preso en Madrid conmigo.

Así ocurrían estos encuentros, que para los demás no tenían ninguna trascendencia, pero que a mí me causaban preocupación, aun cuando yo le decía que ya yo estaba en paz con la Justicia.

Nosotros vivíamos en la Algaba, en un barrio que le decían El Aral, algo separado del pueblo.

Había allí unas casas que anteriormente habrían sido casas de labranza, y cuyos propietarios las habían adaptado como casas de vecinos. No disponían de ninguna comodidad, ni servicio de higiene: a cagar, al campo y bañarse, al río Guadalquivir, que no estaba lejos.

Nosotros, en un principio, vivíamos en un corral de aquellos. Pero cuando pasó cierto tiempo, alquilamos una casa para nosotros solos.

Había bastantes casas también de particulares, hechas como cada cual podía, y con las posibilidades económicas con que contara, siempre escasas.

Cuando fuimos a ver la casa por dentro, vimos unos ganchos en las vigas y le preguntamos al dueño:

—Esos ganchos... ¿para qué están ahí?

—Hombre, eso es para cuando viene la riada enganchar todo lo que se pueda de muebles, levantarlos, con el fin de que no les llegue el agua.

—Eso está bien pensado—me dije—, pero ¡vaya perspectiva!

Y, efectivamente, vino la riada. Por la mañana, yo me fui al trabajo en mi bicicleta. Por la tarde, entré en la casa en un bote de los que teníamos en la draga, con la suerte de que, no hacía mucho tiempo, habíamos mudado la draga río arriba y no estaba lejos de casa. Cuando llegué, a colgar los trastos en aquellos ganchos y a buscar las alturas para nosotros. Nos fuimos al corral donde habíamos vivido antes de alquilar aquella casa, que estaba algo más alto. Estuvimos aislados cuatro o cinco días.

Allí había una Ermita. Y Cuando a las gentes les parecía, se agarraban a la campana para que vinieran “las fuerzas vivas” de la Algaba. Algunas veces venía el alcalde y el cabo de la guardia civil, como un par de basiliscos. Otras veces, traían algún pan, pero echando pestes, diciendo que no alarmaran, que el tiempo ya empezaba a mejorar.

Pero así pasamos una semana. Después, a quitar el barro y hacer candelas para quitar la humedad.

Esto de la riada lo he referido por la pregunta que le hice al dueño de la casa referente a aquellos ganchos que me llamaron la atención y, como así ocurrieron los acontecimientos, ahí queda dicho.

Pero mi propósito es contar que, en aquellos corrales, cuando alguien llegaba para alquilar algo de vivienda, si había algo que alquilar, no ponían muchos inconvenientes, si se trataba de individuos que trabajaran por aquellos contornos. Cómo habían llegado allí y por qué estaban lejos de sus pueblos, eso lo sabrían ellos. Casi todos venían con sus familias.

El caso es que un día se presentó por el barrio el cabo de la guardia civil y un Guardia Rural preguntando en cada casa por los vecinos que vivieran que

no fueran del pueblo. También estaba un guardia que tomaba nota de cada uno, según le ordenaba el cabo.

Yo estaba en el trabajo, pero, como nosotros siempre teníamos la mosca detrás de la oreja, me lo contó Mary cuando llegué. Ella dice me contó que estaba en la puerta observando y, al pasar cerca de nuestra casa, le dijo el cabo al Guardia Rural:

—¿Y esta familia que vive aquí?

—¡Ah, a este hombre lo conozco! Está trabajando en la draga, ahí, en el río. Son personas bien conocidas.

Nosotros conocíamos al Rural de verlo por allí, de hablar algo con él, buenos días o buenas tardes, nada más. Sabíamos que era falangista, porque los vecinos nos lo habían dicho. No le habríamos caído mal. El caso es que a nuestra casa no se acercaron.

Pero, a la mañana siguiente, algunas familias no amanecieron allí. Aquella noche se fueron.

Yo conocía a algunos que habían estado en la zona republicana con nosotros. Había dos de Lora del Río que se quitaron de por allí tan pronto como se hizo de noche, y habían estado presos algunos años. Se conoce que no tenían interés en que los jefes del pueblo supieran por dónde andaban. Porque aquellas investigaciones iban encaminadas a pedir informes de quién era cada cual. El caso es que, por puro azar, a nosotros en aquella ocasión no nos causaron molestias aquellas las pesquisas.

No dejábamos de inquietarnos siempre que ocurrían cosas más o menos así, cuando veíamos algunas veces a la guardia civil muy cerca de nuestra casa, o que si pasaban dos veces seguidas, ya estábamos mosqueados. La situación era que vivíamos en un estado policiaco, sin ninguna garantía para nadie, y menos para nosotros que vivíamos fuera de la ley.

Aun cuando lo que voy a hacer mención es cosa que a simple vista parece que carece de importancia, pero no deja de tenerla. La policía, como la guardia civil, se valían de trucos, por si picaban los que buscaban.

En una ocasión —ya había pasado cerca de un año de mi fuga— fui a casa, como siempre, bien entrada la noche. Al poco rato de estar en casa, me dice mi madre:

—Ha estado aquí la guardia civil y ha traído tu cartilla militar.

Le pregunté a mi madre qué le habían dicho.

—Dijeron que ése que menciona la cartilla es el regimiento al que perteneces, que te puedes presentar por tu quinta, porque los que hicieron el servicio militar en la zona roja, aun cuando fuera por su quinta (yo era de la quinta de 1936) eran “mal incorporados” y tenían que reincorporarse a filas.

Yo dije:

—¡Eso ya está hecho! Pronto vendrán a ver si me he presentado.

Y, efectivamente, al poco tiempo, volvieron otra vez a preguntar por la cartilla, por si yo la había recogido. Mi madre les dijo que no había vuelto a saber nada de mí, y, claro, se llevaron la cartilla militar. A mí para nada me hacía falta. (A esto creo haber hecho mención anteriormente).

Yo seguía trabajando en la misma empresa. Me encontraba bien y más seguro que andando a salto de mata, hoy en un sitio y mañana en otro. Por otra parte, me hacía de documentación: carnet sindical, cartilla del seguro de enfermedad, otra cartilla del Ministerio de Trabajo con la clasificación o categoría que acordaba la empresa, cartilla de navegación de la Comandancia de Marina. Todos estos documentos los gestionaba la empresa y me los daba una vez adquiridos. Me pedían datos, yo se los daba con arreglo a la falsa identidad que yo poseía. Es verdad que cada vez que me pedían datos para estas cosas siempre pensaba: “Ya veremos si se ponen a averiguar más de la cuenta.”

Pero todo iba saliendo bien y yo tenía una documentación, como todo el mundo. Hasta saqué el carnet (documento nacional de identidad). La verdad es que lo tuve que gestionar personalmente, y lo dudé mucho. Tenía que ser, en aquellos tiempos, en la comisaría de policía. Tener que llevar fotos, estampar las huellas digitales en unos cuantos papeles... Todo eso me lo pensaba mucho. Como cuando nos cogieron, una vez que ya estábamos en la prisión, cuando pasó algún tiempo, estuvo viniendo la policía para ficharnos a todos... Nos hacían una fotografía de frente con un cartel con un número; otra de perfil, por la parte izquierda; otra, por la parte derecha; y no recuerdo si nos la hacían de espaldas... creo que también.

Estuve mucho tiempo pensándolo. Mientras no lo exigieran ese documento, le iba dando largas. Pero, cuando ya empezaron a exigirlo para muchas cosas, no hubo más remedio que tomar una determinación. Yo me decía: “A todo el mundo no van a investigar.”.. pero tener que ir a la comisaría, con las fotos y poner las huellas digitales y todo esto, con documentos falsos y algo falsificados además (porque la documentación que yo tenía a la partida de nacimiento hubo que “arreglarla”, porque la edad que yo tenía era muy dispar de la per-

sona que me dio su documentación). Pero había que decidirse y así lo hice. “A ver qué pasa. De momento, no me van a detener”, me decía yo. Como entonces tardaban por lo menos tres meses en avisarle a uno para recoger el documento, mientras tanto, te daban un papel que ya te servía como si fuera el carnet. Aquellos papeles iban a Madrid y allí era donde hacían el resto.

Total, que aquello lo solucioné también y respiré tranquilo cuando me dieron el dichoso documento.

Y ahora se presentó otro problema: éste de orden laboral. Los compañeros de trabajo empiezan a decir que no teníamos hora fija para entrar al trabajo, y que nosotros teníamos que reclamar a la empresa horas extra, porque, algunas veces, es era verdad que teníamos que entrar más temprano o más tarde debido a las mareas. Pero, en verdad, raro era el día que se pasaba de las ocho horas: casi siempre se terminaba antes. Yo les decía:

—No vamos a conseguir nada. Esto lo expondrá la empresa y no va a ser fácil que consigamos algo. Os digo que no estoy de acuerdo porque no vamos a conseguir nada. Esto, entre nosotros. Yo así opino, pero como vosotros hacéis mayoría, yo voy con vosotros.

Y allá que nos lanzamos. En principio, en el sindicato, toda la razón la teníamos nosotros.

—¿Tú ves?—, me decían mis compañeros, —aquí le sacamos a la empresa lo nuestro.

Yo les decía:

—Esto marcha, pero todavía no hemos terminado.

Al poco tiempo, la empresa también empieza a ir al sindicato. A nosotros, cuando vamos otra vez de nuevo, ya el mandamás del sindicato empieza a cambiar de actitud. Entonces, vamos a la Delegación de Trabajo en Sevilla. También allí nos dan dieron la razón y siguen. Pasaron los meses en este ir y venir. Mandan todo el asunto a la Dirección del Trabajo, en Madrid.

Ya han pasado dos años desde que empezó todo. Un día nos dicen que este asunto había que pasarlo a Magistratura de Trabajo. Bueno, ¡pues a Magistratura! Sigue pasando el tiempo: ya nos llamarían cuando sea para estar en la decisión que vaya a tomar Magistratura.

Y, sí, nos llamaron.

Cuando entramos allí, vemos al abogado que se encargaba de aquel asunto nuestro pasar por delante de nosotros y salir para la calle. Al momento, sale otro tipo de allí. A nosotros nos dijeron cuando llegamos que nos esperaríamos en la sala de espera. El tipo que salió después de nuestro abogado “defensor” traía unos papeles en las manos y nos dice:

—Esto es para que lo firmen ustedes.

—¿Y esto qué es?

—Esto son las actas del juicio que ya se ha celebrado. Si ha pasado por aquí el abogado y no os ha dicho nada es que lo habéis perdido.

—Nosotros no firmamos esto—, le dijimos a aquel individuo. —Además, no estamos aquí todos.

—No importa. Tenéis que firmar porque el juicio lo habéis perdido.

Viendo nuestra negativa, entra para dentro y al momento sale, y venía con él una pareja de grises (policía nacional). Y nos dicen:

—Tenemos orden de que si os negáis a firmar, tendréis que venir con nosotros a comisaría.

Inmediatamente, cogió uno que era el que mandaba en el barco, el que hacía de patrón de la embarcación y firmó. Entonces dijo el individuo aquél:

—Con uno es bastante.

—Firmaremos todos— le dijimos.

Y así terminó nuestra demanda. A mí, no me han contado esto: eso lo he vivido yo. Fue en el año 1947, en la Magistratura de Sevilla.

Salimos de Magistratura y cada uno se fue a su casa. Le habíamos avisado a la empresa que teníamos que ir Magistratura. No trabajamos aquel día. Cuando al día siguiente nos reunimos en el trabajo, les dije a los otros:

—Para este viaje, hubiese sido mejor no embarcarnos. Hemos naufragado.

Los otros decían:

—Hemos hecho lo que hemos podido.

—En concreto, nada—, les dije— y ahora, el patrón tan campante. Si le da la gana de quitarnos la prima que nos da por los metros de material que extraemos, nos la quitará. Así que yo pido la cuenta hoy mismo.

Y así lo hice. Los otros siguieron casi todos hasta que se jubilaron, casi treinta años más tarde.

Yo me fui otra vez a cortar eucaliptos a un cortijo que está frente al Aeropuerto de Sevilla. Desde la casa, veinte kilómetros por la mañana y veinte por la tarde: cuarenta kilómetros... y perder un buen trabajo... y un trabajo más penoso el que me salió. A lo mejor, debía haber pensado mejor aquella decisión, pero ya el paso estaba dado.

Después de unos cuantos meses en aquel trabajo, lo dejé. Me fui a una empresa que estaba haciendo los trabajos de para cortar el Guadalquivir por Chapina. Esto es por donde está la Estación de Plaza de Armas o Estación de Córdoba, que por los dos nombre se conoce.

Este trabajo era durísimo: traían piedras de Alcalá de Guadaira en un mercancías que llegaba a la Punta del Verde. Esto queda por donde están los Astilleros, por esa zona más o menos. Allí descargaban los vagones. Todo esto a mano. Máquinas, como ahora en la actualidad, eso era desconocido. Después, a cargarla en camiones. Piedras que la mayoría no se podían lanzar por el tamaño que tenían. Cuando se empezaba a cargar el camión, abríamos las compuertas del camión. Pero una vez que estaba a la mitad, teníamos que cerrarlas y empezar a lanzarlas por lo alto. Guantes de goma no existían. Las manos peladas, chorreando sangre: un trabajo durísimo. Y como tenían prisa por teminarlo, horas y más horas. Lo mismo se trabajaba durante el día que durante la noche.

Los camiones de aquella epoca la mayoría eran trastos que no basculaban. Se descargaban a mano igual que se cargaban. Ni que decir tiene que la descarga era más fácil.

El encargado general del personal era buena persona. Era de Guadalcanal, provincia de Sevilla. Había pertenecido a las Juventudes Libertarias y guardaba aun reminiscencias de su pasado libertario.

En el equipo en que estaba casi todos los compañeros eran de Guadalcanal. Cazalla, Constantina... Todos habíamos estado en la zona republicana haciendo la guerra, y algunos en la misma brigada. Todos éramos de la C.N.T., Confederación Nacional del Trabajo.

En aquella época se cotizaba a la organización como cosa normal. Al encargado se le daba un montón de sellos para que los pagara. Le decían sus paisanos:

—Venga, paga, que tú ganas más que nosotros.

Él protestaba, pero pagaba. Los del Partido Socialista, que también había bastantes, cotizaban a su organización.

Había muchos extremeños. Extremadura es, o era, feudo socialista. Había buenas gentes y buenos compañeros.

Todo esto ocurría por el año 1948. Después vendrían represiones para acabar con las organizaciones clandestinas.

Como queda dicho, el encargado principal era una persona bastante competente. Éramos una cantidad de personal importante, seguramente pasaríamos de doscientas personas. Los trabajos, todo movimientos de tierras y todo, a

base de espiocha y pala. Cuando se terminó la corta del río, a hacer un muro de contención en la vega de Triana. En la actualidad pasa por allí una autovía.

Debido a la cantidad de personal, había bastantes encargados de menor importancia, tipos bastante estúpidos y engreídos por tener un cargo sin ninguna relevancia, pero que se vanagloriaban creyéndose algo. Y estos eran los verdaderos negreros, si nos dejábamos.

Casi siempre, cuando se querían hacer el gallito se equivocaban. Entre estos personajes había unos cuantos que habían estado en la División Azul: eran los más engreídos... y los que peor escapaban.

Como todo el personal era poco, no querían despedir a nadie por cosas de poca importancia. Algunos les reprochaban el haber estado en la División Azul y se formaban discusiones bastante violentas. Yo, por mi parte, jamás les dirigía la palabra si no se trataba de algo que tuviese que hablar por necesidad con alguno de ellos.

Un día ocurrió algo con uno de aquellos pequeños encargados. Nos dijo el encargado principal a uno de Constantina y a mí:

—Os marcháis a tal sitio—. Y nos dijo lo que teníamos que hacer.

Nos pusimos a trabajar: sabíamos lo que teníamos que hacer.

A media mañana, se presenta uno de estos tipos que no hacían más que dar vueltas para justificar su salario mal ganado. Se paró delante de nosotros, con las manos en los bolsillos del pantalón. Al poco de estar en esa actitud, le dice mi compañero:

—Oye, ¿es que tú no tienes nada que hacer más que mirarnos trabajar con las manos en los bolsillos?

—Es que a mí me pagan para eso.

Pero se fue, de malas ganas. Mi compañero me dice:

—¿Ves como lo he echado?

—Pero volverá—, le dije—. Déjalo que se cansará y se largará a otra parte, ¿no ves que hay muchos tajos?

—Sí, pero como vuelva y se plante ahí delante, le digo que se vaya, o que se pasee, pero ahí plantado no lo quiero.

Y efectivamente volvió en las mismas. El otro le dijo:

—Te he dicho que no te estés ahí plantado mirándonos trabajar. Coges herramientas y te pones a trabajar con nosotros o te vas ahora mismo.

Conforme estábamos discutiendo salió de la trinchera que estábamos haciendo y, sin más, le largó unos cuantos puñetazos.. Lo tiró por el suelo:

—Si te hubieses ido cuando te dije, te podías haber ahorrado esto. Y, ahora, quien se tiene que ir soy yo.

Ni que decir tiene que el otro se fue directamente a la oficina a pedir la cuenta.

Son pequeñeces de las que pasan a lo largo de una vida. Por eso le he puesto a esto “Episodios personales.”

En este muro de tierra que levantábamos por la vega de Triana, y que en la actualidad pasa una autovía que entra en la Exposición del Quinto Centenario, un día de los que trabajaba allí, había tierra un poco removida. Metí la pala y saqué un cazo de plata y algunas monedas. Pero monedas de nuestra época. Las monedas se gastaron, pero el cazo sigue en nuestra casa. Es el un objeto que estimamos bastante, y es una pieza buena. Alguien lo birló y yo lo encontré. Ya tiene medio siglo en nuestro poder: empieza a ser pieza arqueológica (Se trata de un cucharón, como vulgarmente se dice, para sacar la comida de la olla). Es posible que contar estas cosas sea algo absurdo, pero así fueron y así las digo.

Cuando aquellos trabajos fueron a menos, nos quedamos casi todos en paro. Se quedó el personal que era fijo de la empresa. Pero el jefe principal nos dijo que se trataba de unos cuantos días, que no buscáramos trabajo en otro sitio. Se trataba de un grupo formado por sus paisanos, yo entre ellos. Y, efectivamente, unos ocho o diez días después nos dijo que podíamos empezar a trabajar.

Pero en aquellos días de paro, dije para mí: “Podría hacer algo para ganar algo en estos días.” Lo consultamos entre los dos, Mary y yo. Pensamos que tenía su riesgo. Se trataba de ir a los pueblos que donde sabíamos que vendían aceite de contrabando, de estraperlo, se decía. Nosotros pensábamos: “Si me cogen con la mercancía, tendrá consecuencias graves”, pensando nosotros en la situación en que yo me encontraba.

“Por otro lado”, nos decíamos, “estos, cuando cogen a uno con artículos intervenidos por la Junta de Abastos, lo que les interesa es quitarle el artículo y poner la multa.” La mayoría de la veces se quedaban ellos con lo que intervenían, si se trataba de poca cosa. En definitiva, como siempre hemos dicho: “Ningún perdido puede ir a menos.” Como no teníamos nada que perder... pues, embarcamos en una nueva aventura.

Cogí un par de latas que harían entre las dos unos doce litros de aceite; las amarré en el portaequipaje de la bicicleta y, hala, puse rumbo a Pilas, un pueblo de la provincia de Sevilla. Nunca había yo estado metido en esos negocios. Di unas cuantas vueltas sin rumbo, hasta que me decidí a preguntar. No

me iba a volver sin intentar algo. Por fin, me orientaron, pero no dio resultado. No sé si por desconfianza, no me quisieron vender. Seguí haciendo pesquisas. Ya empezaba a pensar que me tendría que volver sin nada, pero al fin me dijeron dónde una mujer podría venderme algo, era una que se dedicaba a ese negocio. Allá que te fui y, por fin, pude comprar. Ahora, caminando para Sevilla. Con suerte que no me fueran a coger. Salió bien la vuelta. Llegué a casa sin tropiezos.

A la mañana siguiente, para Sevilla a tratar de vender el aceite. Todo esto era la primera vez que yo me veía metido en esos negocios de comprar y vender. Me costaba trabajo ir proponiendo a los sitios la mercancía, pero, ya que me había embarcado, no podía dar marcha atrás sin quemar todas las posibilidades. Y tuve suerte. Lo vendí en dos puestos de churros. Seguí buscando clientes. Encontré algunos sitios más para seguir el negocio.

A todo esto, fueron los compañeros del trabajo a casa para que me fuera a trabajar. Les dije que, de momento, no podía ir.

Seguí con la marcha de aquello. Empezamos a vender algo en la casa. Un día fui a la Rinconada, un pueblo próximo a Sevilla, donde se sembraban muchas patatas y batatas en las parcelas que por allí había. Todo esto estaba intervenido por la Junta de Abastos, pero los parcelistas lo vendían clandestinamente. Compré un saco de patatas y lo cargué en la bicicleta y... de regreso a casa, a vender patatas.

Un día, en uno de los puestos de churros a los que yo les vendía aceite, vi un peso de esos que tenían platillos. Ya entonces empezaban a ser antiguos (hoy, piezas de museo). Lo tenían en una estantería, dado de baja. Le dije que si me lo vendía. Me lo vendió y con aquel peso empezamos a vender patatas. Todo esto en la casa, bueno, en la chabola. Sin licencia de apertura ni nada. Yo salía a comprar lo que encontraba y Mary a vender en la casa. Se daba buena maña. Simpatía que tenía. Y le acompañaba su palmito, aquel pelo tan lindo y negro que tenía. ¡Vaya piropo!

Como el negocio marchaba, sacamos una licencia de apertura de semillería, a nombre de Mary. Yo ponía todo a su nombre, mi sin par compañera. Y así empezamos una nueva etapa. Vendíamos de todo lo que yo buscaba. Teníamos que vivir: Mercado negro, estraperlo, contrabando, llámese como se quiera, pero teníamos que seguir viviendo, y, además, teníamos ya tres hijos. Trabajar en una empresa empezaba a crearme problemas. Pagaban unos beneficios por los hijos que yo no podía cobrar a causa del papeleo, y esto creaba inconvenientes y sospechas. Teníamos que seguir adelante con

nuestro negocio, que hacíamos funcionar trabajando sin parar. Siempre con la inquietud de la situación.

Como el negocio marchaba, nos decidimos a ampliar la licencia de apertura. Conseguimos una licencia de ultramarinos. Ya había algunos artículos que empezaban a estar en libre circulación, no intervenidos por la Junta de Abastos, aunque la mayoría seguían estando intervenidos.

Sí, vendíamos mucho, pero casi todo a crédito. Eso tenía su riesgo, pero nosotros decíamos: “Hay que seguir.” Muchas personas se atrasaban en los pagos, pero, con los que pagaban, que era la mayoría, nos daba para seguir adelante. Ya teníamos nosotros también crédito para comprar en los grandes almacenes. Respondíamos correctamente a los pagos y todo marchaba bien. La venta siempre era bastante buena.

Además, los panaderos del barrio compraban harina clandestinamente para vender más pan del que les correspondía por las raciones asignadas. Como todo el mundo necesitaba más pan del que le correspondía por la ración, lo compraba en la misma panadería. Un día fui por el pan yo a la panadería y me propone el panadero que por qué yo no le llevaba harina, que él me compraría cierta cantidad diaria. Nos pusimos de acuerdo otro y yo para este negocio. Esto tenía bastante riesgo, pero era una posibilidad de seguir adelante.

Cada día había que estar en la carretera en bicicleta con una carga de harina y siempre con la una intranquilidad que te quitaba el sueño. Siempre dándole de lado a los guardias. Lo bueno era que todo el mundo colaboraba y te advertían siempre que había peligro. La colaboración era absoluta. No tenías que preguntar a nadie: todo el mundo te decían el camino que no debías seguir para evitar encontrártelos. Como en aquellos tiempos todo cristó estaba tan en contra de la calamidad que estaba sufriendo España con el un régimen tan canallesco, cada uno, a su manera, lo expresaba como podía. A las bicicletas les poníamos una rueda trasera acorde con la carga. Como mínimo para cargar más de setenta kilos.

No viene al caso contar cómo algunos de la policía nacional nos dejaban paso libre cuando nos conocían. Desde luego que les teníamos que “engrasar las válvulas.” Pero así eran las cosas. Y así pasaron.

Cuando pasaron unos dos años de tener la tienda, un día se presenta el dueño de la casa. Esto fue ya en Bellavista. La casa era poco menos que una chabola. Nos propone que le compráramos la casa. Nosotros no queríamos com-

prar nada: nuestra situación siempre tan insegura... No queríamos más complicaciones. Pero el hombre se empeñaba en vendémosla. Trabajaban él y su hijo en el Parque Móvil del Ejército. Su hijo había gastado un dinero que no era suyo... Total, que se la compramos. Pero tampoco teníamos el dinero y se lo hicimos saber. Nos dijo que él tenía que pagar una cantidad cada mes para reponer la suma debida, que si le dábamos dicha cantidad cada fin de mes era suficiente.

Así que, sin querer, nos hicimos propietarios. Él puso el precio, los papeles, como todo lo que emprendíamos, a nombre de Mary, como era lógico.

Cuando terminamos de pagar la deuda, un buen día se presenta en casa la señora de este hombre. Hay que decir la buena fe de esta mujer. Era extremeña. Que era conveniente que nos dispusiésemos a hacer la escritura cuanto antes: su marido estaba en el manicomio, había perdido la razón, y la buena señora quería que se arreglara ese asunto cuanto antes, no fuera a ser que, más adelante, tuviésemos más inconvenientes.

A este hombre le gustaba el vino más que a los chivos la leche. Alguna vez tuve que beber más de una copa de más contra mi voluntad con este individuo. La señora nos dijo:

—De vez en cuando, se pone mejor y lo dejan venir a casa. Yo les avisaré para que se pongan ustedes de acuerdo con el Notario para, el día que esté en casa, llevarlo para hacer estos trámites.

Así lo hicimos y cuando nos dijo:

—Para tal día está en casa.

Fuimos a la hora convenida con un taxi, para ir de seguida a casa del Notario. El hombre estaba fatal, como una cabra. Lo primero que me dijo la mujer fue que compara caramelos para entretenerlo. Así lo hice. Si me pusiese a contar las peripecias de aquella mañana en la casa del Notario habría para un momento...

El Notario tardó en llamarnos no sé cuántas horas, y eso que se le advirtió de cómo estaba la cosa. Esto era en la calle Gravina. Y de vez en cuando, sin esperarlo, de buenas a primeras, aquel hombre cogía la puerta y salía disparado. Y yo detrás de él, con los caramelos, para convencerlo de que se viniese conmigo. ¡Vaya mañana que me dio el pobre hombre!

Pero lo que tiene gracia es cuando el Notario dice: “Intervienen por su propio derecho, aseguran tener y, a mi juicio tienen, capacidad legal bastante...”, o que “están en plenas facultades mentales.” Algo así dicen.

En fin, esto es una anécdota, un episodio más. Ahí queda dicho, tal como pasó.

Pasado algún tiempo, un par de años más tarde, nos dispusimos a construir una casa en mejores condiciones, con arreglo a nuestras posibilidades, que no eran muchas. Pero pusimos la tienda más presentable. Y nosotros estábamos mejor alojados. Pero siempre con la inseguridad.

La policía, un par de veces por año, daba vueltas por casa de la familia. Unas veces a casa de uno, otras a casa de otro. Siempre estábamos esperando que nos dieran la noticia de que no nos olvidaban. Si por cualquier circunstancia pasaba algo que pudiese tener relación con los que estaban fuera de la ley franquista, achuchaban más. Digo los que estaban en la sierra, en la resistencia. Fuera de la ley estaba yo también, aun cuando pareciera lo contrario por tener una documentación falsa, una identidad que no era la mía.

Pero con todas estas dificultades había que seguir adelante, no nos quedaba otro camino ni otro modo mejor de ganarnos el pan de cada día, y como además no nos defendíamos bien con la tienda, lo mejor era seguir con el medio que casi por casualidad pusimos en marcha. Trabajar en una empresa me era más difícil debido a que pedían documentación de los chicos para los beneficios sociales a que tenía derecho. Todo se complicaba más, así que lo mejor, seguir con nuestro pequeño negocio, y como seguía marchando bien comíamos, y los clientes estaban contentos con nuestras maneras. Aún conservamos la amistad después de nuestra vuelta del exilio. Muchos de nuestros clientes eran los familiares de los presos de una colonia penitenciaria que estaba muy cerca de este barrio.

Estas familias se venían aquí de sus respectivos pueblos por estar más cerca de los suyos y atenderlos en la medida que podían. Se entiende que estos presos eran todos presos políticos de nuestra guerra civil. Muchos, una vez que salían en libertad seguían viviendo aquí. Muchos ya han muerto. El tiempo es inexorable y todo se lo lleva por delante. Y como el tiempo sigue su marcha aquí no vamos a quedar ni uno. También hemos visto muchos de nuestros enemigos que han hecho el último viaje. Lo que digo, aquí no vamos a quedar ni uno. Todos nos vamos.

Por los años 1955 ó 1956 compramos una moto, anteriormente casi todo el género que se vendía en la tienda lo acarreaba yo en la bicicleta. Era un trabajo que no tenía reposo, siempre montado en la bicicleta con calor o frío. No podía parar para tener abastecido el negocio. Los transportistas de aquí del barrio nos traían las cosas más pesadas, los bidones de aceite, los sacos de garbanzos, azúcar, en fin, todos estos géneros que ya estaban libres de control, pero el resto era cosa mía. La moto no era muy grande, 125 centímetros,

pero para la época a la que nos referimos estaba bien. No necesitaba permiso de conducir. Después sí obligaban al permiso, otro inconveniente que tuve que solventar con los problemas del papeleo. Con la moto ya me podía desplazar más lejos en busca de cosas más baratas que interesaran para la venta. Encontré un alivio para los desplazamientos, sin tener que pedalear, que me parecía que estaba siempre de paseo. La calor en la moto era más soportable, y los viajes más rápidos. Aclarando que cuando íbamos de compras algo lejos con las bicicletas siempre nos poníamos de acuerdo dos o tres compañeros que también tenían tiendas. Lo hacíamos así por los inconvenientes que se podían presentar por averías en las biciletas, aun cuando las teníamos muy reforzadas. Pero como generalmente siempre las cargas eran excesivas, entre 70 u 80 kilos y a veces más... Parecerá increíble, pero así era. Éramos un grupo de amigos que nos entendíamos muy bien. Todos ya se fueron, y el caso es que todos eran más jóvenes que yo. El más joven fue el primero que murió, treinta y tres años. Lástima de muchacho, simpático y alegre. Manolín *el de la Granaina*, así lo conocíamos todos. Su padre también de la C.N.T. de Granada. Cuando este chico murió ya nos habíamos tenido que ir a Francia. El padre de este muchacho, después de terminar la guerra, pasó unos años en la cárcel y al salir en libertad se quedó por aquí, con toda la familia.

Una vez nos dio por ir a Granada a ver un partido de fútbol. Jugaba el Granada y el Betis. Los dos equipos estaban en primera división. Eran los primeros días del mes de enero. Yo le dije a Manolín:

—Abrígate bien que a la hora que vamos a salir hace mucho frío.

A las cuatro y media de la madrugada. Íbamos cuatro. Él llevaba a otro amigo en la moto, otro y yo. Cada uno en su respectiva moto. Cuando llegamos a un pueblo, a Osuna, vimos un bar abierto y entramos a tomar café. Cuando puso los pies en el suelo me dice:

—Paco, no me siento los pies.

Yo pensé que serían bromas tuyas pero era verdad. Estaba morado de frío. Se había puesto zapatos de vestir. Ni pasamontañas ni nada. Y aquí me tienes dándole friegas por las pantorrillas para que reaccionara. Tenía familia en Granada, y la madre le aconsejó ir vestido con elegancia. A todo esto paran dos o tres individuos que iban en un auto, y como vieron el plan nos preguntaron que para dónde íbamos. Les dijimos:

—A Granada.

—¿Van ustedes a ver el partido?

—Sí.

—Pues nosotros también. Si quiere que se venga con nosotros, y en Granada quedar en el sitio que se encontraréis.

En definitiva dijo que lo dejaran en Antequera y allí lo recogeríamos. Su amigo, bueno, nuestro amigo también, el que él llevaba en la moto, siguió, y en Antequera lo recogimos. Pero qué mal rato pasó nuestro amigo Manolín. Después lo pasamos bien en Granada. Cosillas que nos han pasado a lo largo de nuestra vida, ya algo dilatada, que siempre se recuerdan con nostalgia. Cuando salimos del fútbol ya era tarde para ponernos en camino de vuelta para Sevilla. Buscamos una fonda y por la mañana temprano salimos en marcha para Sevilla. A seguir nuestra lucha por el pan de cada día. Nuestro negocio era pequeño y no podíamos abandonar nuestro trabajo para diversiones. Esto fue una sola vez.

CÓMO VIVIMOS UNOS CUANTOS AÑOS DE LA TIENDA, MERECE HACER MENCIÓN

Vivíamos algo desahogados, a costa de nuestro trabajo, por supuesto. Pero nuestra preocupación nunca nos permitía tranquilidad. Es difícil acostumbrarse a vivir siempre pensando “¿Qué será mañana? Si estamos como hoy podemos darnos por contentos.” Y así pasaban días, semanas, meses y años. Manteníamos nuestra moral a pesar de todo, pero ¿cómo no pensar en la realidad? Si era una cosa que la vivíamos constantemente. Y ya estamos por los años 1954 ó 1955. La situación económica empezaba a mejorar, pero la nuestra particular siempre era la misma.

El negocio de la tienda seguía marchando bien. Un día llegó un representante de una casa de Salamanca que tenían un depósito de chacinas en Sevilla proponiéndonos su mercancía. Total, le dije que mandara una caja de tocino de cincuenta quilos. Mandó dos. El tocino era fantástico. En aquella época todavía se acostumbraba a comer mucho tocino con pan. Era una costumbre ancestral en nuestra Andalucía. Total que tuvo bastante aceptación aquel tocino. Todavía por esos años los cerdos se criaban sin piensos compuestos, y todos los productos tenían su verdadero sabor. De paso diré, ya que se presenta la ocasión, que los cerdos que más apestaban y nadie los podía tragar, eran los que se engordaban en el Palacio de El Pardo. Vaya piara de gorriños. Eran alimañas franquías. Dejemos esas porquerías.

Nosotros siempre sabíamos de la buena chacina de la provincia de Málaga y Cádiz, de toda esa serranía; todos esos embutidos de esos pueblos de Ronda, Montejaque, Grazalema: por toda esa parte la chacina siempre ha sido muy buena, pero yo desde que terminó la guerra civil no había vuelto por esa

zona. Y como por esa parte había grupos guerrilleros , también había más vigilancia de la guardia civil. Aun cuando por estos años ya quedaban escasos grupos. De todas formas me lo pensaba. No me gustaba cuando me pedían la documentación, aun cuando estaba en orden. Si no tenía que enseñarla mejor. Lo pensaba porque además las carreteras no eran muy buenas y estaba bastante lejos. Al fin tomé la decisión de ir en busca de lo que fuera.

Un día preparé la moto por la tarde, y a la mañana siguiente, de buena hora, con unas angarillas que tenía preparadas para la moto, en marcha para Ronda. “A ver qué encuentro por ahí.” Me fui solo. Cuando llegué pregunté por algún matadero que vendieran buena chacina. Me dijeron un par de direcciones. Fui a consultar precios. Me decidí por el que me pareció más aceptable. Compré una buena carga para ser el primer viaje. Unos cuarenta kilos entre chorizos y morcillas, más cantidad de morcillas. Se vendería mejor. “A ver cómo se da la venta de esta chacina malagueña.” Y se vendió estupendamente bien. A la semana siguiente di otro viaje y traje más cantidad. Le dije a mi amigo que viniera conmigo pero me dijo que si lo dejaba para la otra semana sí iríamos. Total que me fui solo otra vez. Aquello se presentaba bien y había que aprovechar la ocasión. A la semana siguiente me dice Manolín:

—Paco, ¿cuándo vamos a ir a Ronda?

—Mañana mismo—, le dije.

Y en adelante casi siempre íbamos juntos. Era un viaje largo que había que emplear todo el día; los caminos malos, y en el matadero siempre había muchos clientes esperando su turno para que los despacharan.

La venta de la chacina ya era mercado libre, o sea, que estaba legalizada. Daban la factura correspondiente porque con frecuencia la guardia civil pedía la factura y comprobaba si el marchamo -esto es una chapa metálica que en cada embutido tenía que tener, unida a una cuerda- si correspondía en efecto al matadero de la factura. Para perseguir las matanzas clandestinas, supongo, que existieran. Siempre que nos paraban a continuación nos preguntaban que si llevábamos café. El café sí seguía intervenido. A todo esto algunas veces tenía que ir yo solo. Se nos acababa la mercancía, y si los otros no tenían necesidad pues yo me ponía en camino en busca de la chacina. Uno de esos viajes en solitario lo recuerdo porque era en pleno invierno; los días muy cortos. Salí de buena hora de casa. Cuando llegué al matadero había bastante personal esperando su turno. Llegó la hora de la comida y paran para comer. Una hora de espera, y el día amenazando lluvia.

Cuando llegó mi turno y terminé de hacer la carga ya quedaba poco día, o sea, poca claridad.

En una venta del camino dos tipos me paran. Tenían trazas de falangistas. Me piden la factura; se la enseño. Me dicen:

—¿Cuánto café llevas?

—Ni un grano —les dije—. Yo no llevo más que la chacina que está en la factura.

—No me lo creo.

—Pues así es.

—Vas a tener que descargar todo para nosotros comprobarlo.

Por más que discutí para convencerlo no hubo manera. Me decía:

—Si no llevas café será la última vez que te moleste cuando pases.

—Como está la tarde —les dije—, que ya empieza a oscurecer, lloviznando, y me quedan para llegar a Sevilla casi noventa kilómetros...

No hubo manera. A descargar hasta el fondo. Después, para volver a colocar todo, y de prisa, porque la noche se venía encima. Terminé como pude y mal con las prisas. La noche se presentó con un aguacero de espanto. Me paré en otra venta para resguardarme un poco. Cuando aflojó la lluvia seguí el camino. Faltarían unos veinticinco o treinta kilómetros para llegar a casa: otro aguacero, pero ya noche completamente cerrada. La moto empieza a fallar. “Lo que me faltaba.” Paré de momento debajo de un eucalipto para ver si le cambiaba la bujía. Había una casa a unos cien metros más adelante un poco al lado de la carretera. Empujé la moto como pude y me acerqué a la casa para en la luz ponerle otra bujía. El tipo que estaba en la casa, es cosa un poco rara, pero era un tipo poco simpático. Estaba molesto porque me acerqué para en la luz cambiar de bujía. Una vez que la cambié salió marchando sin más inconvenientes y pude llegar a casa. Pero fue un mal día. Llovía mucho aquella noche, y con bastante viento, en pleno invierno. En adelante procuraba, sobre todo cuando los días son tan cortos, esperar a que otro estuviese en disposición de ir, porque la noche siempre nos cogía en la carretera. En el matadero aquel se perdía mucho tiempo. Siempre había mucha gente para comprar.

Son cosas sin mayor importancia, pero nos han pasado y ahí quedan dichas.

TUVE AMISTAD CON UN POLICÍA NACIONAL

Este hombre era tío de mi amigo, también de Granada. Vivía también en este barrio, en Bellavista, y también tenía una tiendecita. Se ocupaba del negocio su mujer, y él también cuando el servicio se lo permitía. Compró como nosotros una moto, y se aconchó a nosotros para los viajes a la Sierra de Ronda en busca de chacina.

Ni que decir tiene que estas personas no tenían ni la menor sospecha de mi situación. Todos se manifestaban como de izquierdas. Yo en el momento que sospechaba que cualquiera de los que yo tenía que tratar era sospechoso de ser de la otra banda, ése no trababa amistad conmigo, cortaba radicalmente. Este policía venía algunas veces a nuestra casa para ponerse de acuerdo para ir los dos juntos a Ronda. Me decía:

—Paco, para tal día estoy libre de servicio. A ver si combinas el viaje y vamos los dos juntos.

Y así lo hacía. Además, cuando él venía con nosotros si nos paraba la guardia civil no había problemas, o por lo menos nunca los tuvimos. Una vez nos paró la guardia civil a la salida de una curva porque no habíamos claxonado. Entonces parece que era obligatorio claxonar en las curvas que no había visibilidad. Se dispusieron a poner la multa. Él no había dicho que era policía, pero cuando se lo dijo y le enseñó la documentación todo quedó solucionado. Aquel día también venía su sobrino. Estuvimos un rato parados, echamos un cigarro y para adelante. Yo decía “Si éstos supieran cómo me buscan.” Son cosillas algo anecdóticas.

Algunos viajes él se traía su pistola y me decía:

—Paco, vamos a tirar unos tiros al blanco.

Yo le quitaba las ganas, pero él insistía y tirábamos tres o cuatro tiros cada uno en cualquier casa de las que estaban en ruinas. Y una vez salieron de otras casas que vivían gentes de seguida que sintieron tiros de pistola. Se lo dije:

—¿Tú estás viendo? Si por casualidad está por aquí la guardia civil vas a tener que dar explicaciones sin necesidad, así que dejas la pistola en tu casa. Yo no me paro si piensas tirar tiros por aquí.

Detalles que pasan en tantos años de vida irregular. Para el que está dentro de la ley, sin importancia.

EL TIEMPO SIGUE SU CURSO, INEXORABLE.

Ya vamos por los años 1957-1958. Nuestra situación, siempre igual. La familia nos comunicaba siempre que la policía o la guardia civil se presentaba a preguntar por mí. Esto era cada vez más desesperante. No se les olvidaba que tenían que buscarme y ya habían pasado años de la fuga, casi dieciocho años. Nuestros hijos se hacían mayores, todo tenía tendencia a complicarse cada vez más. Ellos no sabían la verdadera situación. A criaturas pequeñas no se les puede comunicar cosas tan delicadas.

Quizás los mayores podían darse cuenta de que la situación nuestra no era del todo normal, pero no sabían a qué se debía si sospechaban algo. Ellos usaban el mismo apellido que yo, que no era el mío auténtico. Ellos, como yo, para todo el mundo su apellido era Hidalgo. Pero ya he dicho que el Juzgado están apuntados con mi apellido auténtico, Vega. Y de paso vuelvo a repetir que ni antes ni ahora que puede, mi Mary-Quilla jamás me ha dicho mi nombre, ni siquiera el que tenía supuesto. Me compuso un nombre que a ella le sonaría bien y así sigue llamándose; para ella soy Paco-Pérez, y yo me he acostumbrado a que ella me llame así y me da igual. Alguna vez le he dicho:

—¿Es que tú no me puedes llamar ya por mi nombre?

—Ah, descuida ya no te lo diré más.

Pero no le sale otro nombre. Siempre seré para ella Paco-Pérez. Así que por eso sin problemas, Mary.

Volviendo al asunto de los hijos, pronto tendrían que tener documentación. La mayor tenía ya quince o dieciséis años. Todo esto lo teníamos nosotros presente. Podíamos aguantar algunos años más, pero no muchos. El franquismo seguía inamovible, y tan sanguinario como cuando empezó su andadura en 1936; y la insistencia en mi persecución. Algunas veces para sostener la moral había que hacer esfuerzos para sacar coraje y disimular la situación. No quería que Mary, mi sin par compañera, que también sabía y compartía la situación, se agobiara. Los dos sabíamos la situación por la que estábamos atravesando sin decirnos nada. Cada uno aguantaba sus pensamientos cuando eran pesimistas. Para decirnos "Estos tipos no tienen ni idea de por dónde andamos. Si supieran algo. Pero siempre donde preguntan por mí es en Jerez. Aquí no pasa nada. A sacar coraje como sea." Pero sabíamos de verdad que la cosa se ponía seria cada vez más. Pero teníamos que seguir con nuestro modo de ganarnos la vida. La tienda era nuestro vivir y había que seguir adelante.

Yo seguía con mis viajes a Ronda en busca de chacinas. Algunas veces con los compañeros, pero algunas veces solo. Cuando iba solo tenía más tiempo para pensar en mi situación, que cada vez se complicaba más. “¿Qué será mañana? ¿Volveré otra vez por aquí? ¿Dejaré de volver a ver este paisaje tan maravilloso que a mí me sugiere su contemplación, su leyenda, su romanticismo, la rebeldía de los hombres que cabalgaron por estas montañas fuera de la ley por su disconformidad con las injusticias de siempre de una sociedad tan injusta con los más débiles.”

Tenía la seguridad que a no tardar mucho aquello tocaba a su fin. Tendría que dejar de contemplar aquella fantástica obra de la naturaleza. “Si se salen con la suya de echarme el guante, quién sabe lo que me espera. Son tan persistentes en su persecución contra mi persona que se pregunta uno ¿a qué vendrá esta insistencia, este interés por mi detención?” Yo sabía de sobra que aquellos falangistas que en más de una ocasión en Jerez tuvimos altercados no lo olvidan. También mi detención el 18 de julio de 1936 con una pistola, y mi puesta en libertad horas más tarde, y que inmediatamente fueron en busca mía. Pero como yo esperaba eso se quedaron con las ganas. “Pero es que ya han transcurrido muchos años de todos esos acontecimientos. Estamos pasando más de la mediana de los años 1950. Han pasado muchos años de los últimos encontronazos. ¿Por qué esta insistencia en mi busca? Yo observaba que cada vez que ocurrían hechos violentos de la índole que fuesen por esa zona, de inmediato la batida a casa de la familia a preguntar por mí. Y sin perspectivas de que esa situación tomase otro giro. Siempre la inseguridad para todo nuestro clan si ocurría algo desagradable que podía ser mi detención. Aun cuando ellos supongo que estarían exentos de responsabilidad, con permiso de la cuadrilla que tiranizaba a España. Asesinos todos, militares y ministros, con su amo Franco como principal cabecilla.

De nuestro clan, el primer responsable, yo, y de rebote mi sin par compañera Mary Sáez, por haber unido su vida a la mía a sabiendas que era un perseguido del régimen fascista, un fuera de la ley.

Y ASÍ LLEGAMOS AL AÑO 1959

Ya han pasado más de diecinueve años de mi fuga de la prisión de San Lorenzo de Madrid. Fue el día 25 de febrero del año 1940. Fue el 25 y no el 27 como consta en el documento que tengo expedido por la Dirección

General de Seguridad de Madrid. Y era domingo. Una fecha tan importante para el que ha vivido tantos años en una situación tan especial es totalmente difícil de olvidar el día y la hora. Serían la cuatro de la tarde. Yo supongo que cursarían el parte de la fuga con dos días de retraso en espera de ser detenido por los alrededores de Madrid. Se habían dado algunos casos de fuga y su pronta detención. Esto no ocurrió en mi caso.

Estábamos a mediados de marzo de 1959. Aquí vivía otro amigo de la C.N.T. Yo lo conocí aquí. En conversación una vez me dijo que él había hecho la guerra en la 148 brigada. En esa brigada había muchos amigos míos de Jerez y de la provincia de Cádiz y Sevilla y Málaga, y cuando hablábamos sobre el particular me los nombraba a muchos. Cosas del pasado, y que cuando se termina conversación se recuerdan a tantos compañeros sin saber el fin que han tenido por la imposibilidad de establecer relaciones debido a situaciones tan irregulares para todos. Este amigo, cuando terminó la guerra, estuvo unos años preso, y una vez en libertad se estableció aquí, y también tenía una tienda. Los pequeños tenderos que por circunstancias habíamos emprendido ese modo de ganarnos la vida aquí en este barrio todos guardábamos buenas relaciones. Los advenedizos, como nos decían los profesionales. Aclaro esto porque siempre hablo de los compañeros de las tiendas. Dicho esto vamos al asunto. Este amigo era de Dos Hermanas, un pueblo muy cerca de este barrio sevillano de Bellavista.

Un día encuentro a este amigo no muy lejos de casa. Me paro con él y nada más empezamos a hablar me dice:

—Paco, estoy intrigado. Me ha llamado el cabo de la guardia civil y me dice que le lleve una foto.

—Es raro —le dije—, porque tú no tienes que presentarte ni cada mes—. (Al principio de salir en libertad se tenían que presentar cada quince días, y más adelante una vez por mes.).

—Ya hace un montón de años que no tengo por qué presentarme.

—No te inquietes —le dije—. Eso no tendrá gran importancia.

Él sí estaría inquieto, pero en el momento que me dijo lo de la foto me dio qué pensar, y unos días después de haber tenido esta conversación hice como si nos encontráramos por casualidad. Le dije:

—¿Qué, le llevaste la foto a ese tipo?

—Sí.

—¿Qué te dijo?

—Nada, la estuvo mirando sin darle importancia y la guardó en un cajón de la mesa de su despacho.

Este amigo, como los demás, tampoco sabía nada de mi situación de ilegalidad. Pasaron unos días. Yo como siempre seguía mi rumbo, pero con la mosca detrás de la oreja. Un día, cuando llegué a casa; venía de hacer compras. Habían pasado ya unos quince días de la última conversación que tuve con este amigo. Era martes o miércoles de Semana Santa. Estábamos en el mes de abril. Me dice Mary:

—Aquí ha estado el cabo de la guardia civil y me ha dicho que cuando vinieras que fuéramos los dos al cuartel.

—¿Te dijo para qué?

—Sí, que estaban haciendo un inventario de las tiendas del barrio y que teníamos que ir los dos.

—¿Qué hacemos?

Decidimos presentarnos.

—Si es cosa de la tienda nosotros tenemos todo en orden.

La tienda, como todo, estaba a nombre de Mary. Cuando entramos le preguntamos para qué nos quería. Nos dijo que era cosa de algo sobre las tiendas del barrio, pero nos pide nuestra documentación. Toma notas de todo y nos la devuelve, pero se lía a preguntas a Mary: que si tenía familiares en el extranjero, exiliados de la guerra; bastantes preguntas. Y a mí también, por supuesto: que dónde había hecho la guerra; yo le dije naturalmente que en la zona nacional. En definitiva, después de muchas preguntas nos dijo que podíamos marcharnos, pero cuando salíamos del cuartel sabíamos que aquello no tenía nada que ver con la tienda. Había que tomar precauciones. Empecé por no quedarme en casa. Pasaron unos días sin ninguna cosa rara a simple vista, pero seguían haciendo investigaciones. Fueron a Utrera, la guardia civil, preguntando por Mary, que con quién se había casado. Todo esto en casa de sus tías y primos. De seguida vino un primo suyo advirtiéndonos de lo que pasaba. Un domingo dijimos:

—Hoy vamos a ir a La Algaba, por el barrio donde hemos vivido, a ver qué nos cuentan; si por casualidad ha tenido esto repercusión por allí también.

Cogimos nuestra Montesa; ésta era la marca de la moto que teníamos. (He de decir que cuando compré la moto no se necesitaba para las motos de 125 CC carnet de conducir, pero que después tenía que sacarlo y se me presentaba otro problema con la nueva disposición: papeles que arreglar, falsificando documentos; también salí de ese inconveniente. Conservo toda mi falsa documentación. Cuando se la enseñé en Toulouse al policía que me tomó la filiación yo no esperaba que me la devolviera. Pero todo me lo entregó. Aquél se veía que no tenía ninguna simpatía por el régimen franquista, según de la forma que me hablaba. Más adelante lo demostró.)

NOS APROXIMÁBAMOS A DONDE HABÍAMOS VIVIDO.

Esto es una barriada de la Algaba que dista del pueblo un kilómetro más o menos. (Esto tiene algo anecdótico y trágico, lo sucedido a nuestra leyenda). Cuando nos aproximábamos a la barriada vemos un grupo de personas bastante numerosas bajo un poste metálico de alta tensión. Paramos en la carretera antes de aproximarnos porque vimos entre las personas allí reunidas una pareja de la guardia civil. A todo, esto en lo alto del poste, un chico enganchado entre los hierros que se cruzan para la armazón metálica. Algunos instantes después los guardias civiles se suben en la moto y se largan (supongo que irían en busca de refuerzos).

En ese momento nos acercamos nosotros, una vez que estaba el sitio libre de...Nada más llegar:

—¡Ay, Paco, mi niño!, ¿por qué no se sube usted y lo baja?

A todo esto, allí estaban un montón de familiares del chico. Me parece que también estaba el padre. El chaval se había cogido para coger un nido. Se aproximaría demasiado a los cables y le dio una descarga y lo despidió. Suerte que tuvo que se quedó con las corvas enganchado y los pies entre los hierros y no se podía caer, pero colgando, con la cabeza para abajo. Total, que me decidí de seguida a trepar por el poste, que estaba bastante alto, era de esos tendidos que van por los campos con una altura de bastante consideración. El chico, como me conocía, me decía:

—¡Aligere usted, Paco, que no puedo respirar, que me ahogo!

Yo le decía:

—No te preocupes, ya mismo vamos a estar abajo, no te pasará nada. Y efectivamente, lo empujé un poco para arriba para enderezarlo, porque estaba colgando, me echó un brazo por el hombro, le saqué los pies de entre los hierros y a descender con el chaval a cuestas. El zurriagazo se lo había dado en la cabeza, chorreaba sangre y suero, estaba medio morado. Me puse un traje claro que llevaba todo chorreando de sangre. Cuando lo solté lo metieron en un isocarro y se lo llevaron al Hospital de Sevilla. Yo pensaba que no sería grave, pero según supe muchos años después se pasó bastantes meses hospitalizado. Pero ahí no queda la cosa. Ahora viene lo bueno:

Cuando aquello se aclaró nos pusimos a hablar con las personas que más amistad teníamos. Nosotros hablábamos del acontecimiento inesperado del chaval a nuestra llegada. Preguntábamos por las personas conocidas que no estaban entre los que vimos. Pero de seguida aquellos con quien entablamos conversación nos dicen:

—Hace dos días la guardia civil ha estado aquí preguntando por ti. Preguntaban que a dónde se habíais marchado.

En fin, preguntaban muchas cosas según nos dijeron aquellas personas conocidas. Preguntaron que si sabían cómo yo me llamaba. Nosotros para quitarle importancia al asunto dijimos:

—Es que yo estoy haciendo gestiones para sacar un pasaporte porque quiero irme a Francia a trabajar.

Yo siempre decía eso cuando se terciaba conversación sobre el particular. En definitiva, que nos enteramos de lo que queríamos saber, que estaban detrás de la pista, que la cosa se ponía cada vez más complicada. Regresamos a nuestro barrio. Yo no iba a casa, me acercaba lo menos posible. Era una situación de agobio insostenible. Me quedaba unas veces en un sitio, otras en otro; “al salto mata” como se dice en situaciones así.

Pero ahora viene el chiste. Esto tiene una gracia como la madre que los parió. Al día siguiente de nuestro viaje a La Algaba yo compro el ABC. Doy un repaso a las cosas que a todos nos interesaban, pero que nada de interés encontraban en aquellos periódicos, como no fuesen cosas siempre desagradables para nosotros. Voy a la página de sucesos. Agárrate que vienen curvas. ¿Qué creen que dice la reseña del suceso del chico que yo descendí del poste metálico? Que gracias a la intervención de la guardia civil se salvó de una muerte casi segura. La cosa tiene gracia. Pero lo que sí es seguro es que si la guardia civil no se larga cuando nosotros estábamos cerca del suceso, lo que es yo no me aproximo, esto es seguro. Siempre que podía, en aquellos tiempos trataba de no pasar cerca de ellos.

TODOS ESTOS ACONTECIMIENTOS OCURRÍAN EN ABRIL DE 1959

Yo me marché de Sevilla en mayo de ese mismo año. Fue la primera vez que subía en avión. “*Juyendo de los sivile.*” Después de nuestra estancia en Francia, y de nuestro regreso a Sevilla, y de haber pasado unos cuantos años, un día me decidí a ir para ver si encontrábamos a ese chaval en La Algaba. Preguntamos por él. “Trabaja en el Ayuntamiento.” Seguimos haciendo indagaciones hasta que por fin lo localizamos. Él no nos conocía ya, y nosotros a él nos hubiera pasado igual. De nueve o diez años que tenía en la época de

los años 1950 a cuando lo volvimos a ver más de treinta años después, con cuarenta y tantos años: todos desconocidos, él y nosotros. Nos dijo que fuéramos un fin de semana para pasar un rato.

Aún no hemos vuelto, iremos algún día. El accidente fue más grave de lo que en principio parecía, nos contó él cómo lo pasó. Tiene una cicatriz en todo lo alto de la cabeza de unos ocho o nueve centímetros de largo y profunda de al menos dos centímetros. Nos dijo que pasó mucho tiempo en el hospital, y que al principio sufría muchos dolores de cabeza. Él sabía quién lo descendió del poste; se lo dijeron los vecinos y sus familiares. Sin embargo alguien le quiso dar a entender que había sido él quien subió a buscarlo. En aquel momento todos los que estaban alrededor del poste tenían miedo. Se creían que al tocarle al chico les iba a dar corriente. Cuando estaba a una distancia retirado de los cables, a un metro más o menos, con la cabeza le tocó al cable que le dio la descarga, pero los pies, todo el cuerpo del chico lo distanciaban lo bastante para que el riesgo fuera nulo. Al menos yo así lo creía, y tomé la decisión de subir. Los generales ganan las batallas, eso dicen, pero los que mueren son los soldados. Eso es la verdad. Y gracias a la intervención de la guardia civil se salvó este chico. ¿Será así como se escribe la historia? Si es así tiene más mentiras que verdades.

VOLVIMOS MÁS PREOCUPADOS

Ni que decir tiene que nuestra preocupación fue a más. Si nos dicen que la guardia civil ha estado investigando sobre mí. Todo hace suponer que se cierra la tenaza. La decisión hay que tomarla. Los días pasaban, una tarde, casi oscurecía ya, fui a casa de mi madre. Ya había muerto mi padre. (Aquí en este barrio, como nadie nos conocía, yo pasaba por sobrino de mis padres. A Mary la mayoría de las gentes la tomaban por hija de mis padres). Me dice mi madre que dónde me iba a quedar aquella noche. Le dije “No sé, pero tengo sitio de sobra donde quedarme.” “Te voy a preparar la cena.” Cuando se dispone a preparar de cenar se presenta mi hermana Paca que vivía en Jerez. Paró un taxi en la puerta y desciende mi hermana, y dice:

—Vengo a decirte que la guardia civil ha estado en casa de tito Paco y le ha dicho que vaya al cuartel. Le dijeron que en Sevilla hay una persona que se llama como él, pero que la edad no coincide.

Este tío nuestro, tío político, buena persona donde las haya, como su mujer, nuestra tía Frasquita, que decía que a nosotros los mayores nos quería como

a sus hijos, y nosotros le correspondíamos igualmente, estaba siempre en casa de soltera, hasta que se casó. Ayudaba a mi madre. Éramos una caterva, todos chicos. Este tío nuestro fue el que me dio su documentación. Le dijo a mi hermana que él no iría al cuartel hasta el día siguiente; que me avisara de todas formas. En ese momento me fui de casa de mi madre. Me quedé aquella noche en casa de mi hermana Elisa y de mi cuñado José Pérez Vega, que era el médico de Bormujos. La noche siguiente no recuerdo dónde me quedé, pero en nuestra casa no fue. Ya hacía tiempo que no me quedaba. Ya estábamos en mayo de 1959. La noche siguiente me volví a quedar en Bormujos. Dejé la moto allí en casa de mi cuñado. Por la mañana del día 10 de mayo telefoneé a Iberia para sacar un billete para Barcelona. Me dijeron que no había hasta el día siguiente. Les insistí que si no había forma de llegar a Barcelona aquel día, que si no podía por otra línea. Me dijeron que por Valencia, Manises. Les dije que me reservaran un billete, que inmediatamente iría a buscarlo. Y aquel 10 de mayo de 1959 me subí por primera vez en un avión.

Recuerdo que también iba un periodista deportivo en el mismo avión, amigo según decía de un gimnasta que hacía muy poco tiempo que había muerto en accidente de avión (Joaquín Blume), en viaje de Vigo a Madrid. Hicimos trasbordo en Manises. Lo invité; le dije que era mi primer bautizo del aire. En Prat me indicó la dirección que tenía que seguir para ir donde yo me dirigía. Opté por un taxi. Yo no había vuelto a Barcelona desde 1938 y no tenía confianza. Tenía que coger autobuses y metro según me indicó. Yo tenía que atravesar todo Barcelona, estaba lejísimo y no quería marearme en preguntar una y otra vez. En el taxi llegué sin inconvenientes. Era por la tarde cuando llegué.

Al día siguiente fui a ver unos compañeros de las Navas de la Concepción. Esto es un pueblo de la provincia de Sevilla. Estos compañeros se fueron a Barcelona para camuflarse de las persecuciones. Ni que decir tiene que estaban integrados en la clandestinidad de la C.N.T. Me dio su dirección mi amigo José Gata, el de Alanís. Los puse al corriente. Me preguntaron que si tenía la dirección del guía que me podría pasar la frontera. Les dije que tenía una dirección que me había mandado de Francia el Comité Nacional (C.N.) de nuestra organización. Les pregunté que de quién se trataba. Me dijeron que era de toda confianza. Fui al hotel donde se alojaba. Pregunto en la recepción. No estaba. Me dijeron que estaba de viaje. Yo me di cuenta que allí sabían a qué se dedicaba aquella persona, y ni que decir tiene que todos colaboraban. Me preguntaron que si me iba a quedar allí hasta que volviera. Les dije que de momento tenía donde quedarme, en casa de familia que yo tenía en Barcelona.

Yo sabía de muchas cosas raras que habían pasado con los guías y no me fiaba. Después siempre me han dicho que esta persona era de toda confian-

za. Nosotros, Mary y yo, antes de todo este asunto de que nos llamaran al cuartel de la guardia civil y demás acontecimientos que se fueron sucediendo, habíamos ido a una agencia de las que se dedicaban a gestionar pasaportes. Les preguntamos que si me podían gestionar el pasaporte. Me dicen los documentos que necesitaban: certificado de penales y no sé qué cosas más. Les dije que si ellos podían gestionar todo. Me dijeron que sí. Me pidieron una fotocopia del documento nacional de identidad, pidieron el certificado de penales, y me dijeron que cuando lo tuvieran me llamarían para ir con ellos a la policía para las firmas y las fotos que tenía que llevar. Después tenían que ir a Madrid todos los papeles y que tardaría por lo menos un par de meses. Pero desde que empezamos ya habían transcurrido quizás tres meses, y en todo ese tiempo se había sucedido todo esto que acabo de contar. Y el pasaporte no llegaba. Yo fui a la agencia antes de irme a Barcelona. Les dije que si se lo podían entregar a Mary una vez que llegara porque yo me marchaba a trabajar fuera de Sevilla. No había inconveniente. Yo, una vez en Barcelona, telefoneaba a Sevilla casi todos los días para saber cómo lo pasaba Mary y si por casualidad había llegado el pasaporte. A los seis o siete días me dice Mary, que me llamó por teléfono:

—El pasaporte te lo he mandado certificado.

De seguida que lo recogí me alegró la noticia. Apenas lo cogí fui a la estación de Francia en Barcelona y saqué billete. Vi un grupo de trabajadores emigrantes y me metí entre ellos. Al rato llega la policía pidiendo los pasaportes. Se los quedan todos. Yo me quedé bastante sorprendido pero sin hacer preguntas. Cuando se fue la policía le dije a uno:

—El pasaporte no nos lo devuelven.

—Yo creo que nos lo tendrán que devolver —dice—, si no, no nos dejan entrar en Francia.

Otro que ya lo sabía dice:

—Sí, nos lo devuelven cuando estemos cerca de la frontera. Eso se lo llevan por ver si alguien está reclamado o lo buscan por algo.

—Sí, claro, es lógico—, dije yo, pero el trago que estaba engullendo era más que una broma.

Cuando empezaron a nombrar para devolver los pasaportes, hasta que llegó mi turno y me lo dieron fue otro traguito no muy dulce. En un par de horas que tardaron en devolver los pasaportes me dio tiempo a pensar si no hubiese sido mejor decidirme por el guía. Pero todo iba saliendo bien hasta el momento. Cuando llegamos a la frontera, allí había como un mostrador largo con unos recovecos por donde teníamos que pasar, pero todo esto en la parte

española. Cuando llegó mi turno me dice el guardia:

—Póngase allí y abra la maleta y saque todo para ver qué lleva.

Me pongo donde me dijo y lo saqué todo. Llegó otro y lo estuvo mirando:

—Recójalo todo; está bien.

Me dio el pasaporte y pasé. Cuando me reuní con los otros, que ya de viajar en el mismo departamento habíamos entablado conversación, le digo a uno:

—¿Te das cuenta por qué me apartaron de todos y me hicieron sacar todo lo que llevaba en la maleta?

—Seguramente —dijo aquél— es porque como vas vestido en plan señorito se mosquearían, dirían, ¿qué hará aquí entre los pobres?

Pero ya estábamos en Francia, y para mí es como si hubiésemos llegado a una meta casi imposible de alcanzar. Cuando leía los rótulos de las estaciones en francés, con la seguridad que ya había escapado de las zarpas del fascismo, no pude aguantar más y les dije a los que hablábamos en el departamento:

—No volveré más a España mientras el hijo de puta de Franco esté en el poder.

Algunos se quedaron un poco sorprendidos por la expresión, pero se lo volví a repetir con las mismas palabras y algo más ampliadas. Tenía tantas ganas de decirle insultos donde se enteraran los españoles que pudieran escuchar sin miedo a posibles chivatos que me importaba un comino que aquellos con quien viajaba fueran adictos al franquismo o no. No creo que ninguno de aquellos fueran del régimen, pero yo seguía dándole suelta a la lengua, por si alguno era del régimen: ahora le tocaba aguantar y callar.

Al fin me dijo uno:

—Si no tienes contrato de trabajo no sé cómo te las vas a arreglar.

—No tengo, pero espero que lo tendré.

—Si conoces alguien que te dé trabajo...

—Tampoco conozco a nadie que me dé trabajo. Conozco a muchos exiliados de la guerra que espero me ayudaran a solucionar el problema—, les dije—. Tengo muchos amigos de la C.N.T.

—Yo también pertenezco a esta organización.

Aquellos se creían que yo era del partido comunista, por eso les hice saber a la organización a la que pertenecía. Cuando se apearon se despidieron de mí deseándome suerte. Yo también se la deseé a ellos. Mi billete lo saqué hasta San Rafael. Allí había una familia que conocimos aquí en Bellavista, y allí

fui a parar. Eran amigos pero no pertenecían a ningún partido ni organización. Pasé unos días con ellos. Sabían mi problema, se lo dije cuando llegué. Eran buenas personas. Podía haber estado más tiempo allí, pero yo quería arreglar mis cosas cuanto antes. Una semana después me fui a París para tratar de arreglar mi situación.

En París pasé unos días. Yo me fui de seguida que llegué a ver a los compañeros de la organización. Al primero que fui a ver fue a Juan Ferrer. Era en esa época director de Solidaridad Obrera, que se editaba en París. En la Federación Local de la C.N.T. en el exilio de París encontré a un chico joven que hablaba correctamente español y francés. Acababa de llegar de Casablanca. Hicimos un poco de amistad. Salíamos juntos para el restaurante para comer y pasear. En conversación me dijo que acababa de llegar a Francia, que él se había criado en el Marruecos francés; que su padre era Carlos Zimmermann. La casualidad de encontrar a aquel joven y que su padre fuera conocido. Los días que pasé en París me vino bien el encuentro. Yo en el idioma estaba perdido. Después ya habían pasado dos años de mi estancia en Francia cuando se celebró un Congreso de la C.N.T.

En Limoges vi a Carlos Zimmermann. Que yo no lo hubiese conocido si no es que me dice otro amigo, “¿Has visto a Carlos?” Estaba desconocido. La última vez que lo vi fue en enero de 1936. Por un problema de algo que tenía que ver con cosas del juzgado. Él estaba en esa época en la comisión jurídica. Total que una vez que lo saludé, estando en conversación se acercó Cipriano Mera, que había sido jefe del IV cuerpo de ejército. (Que fue donde yo terminé la guerra). Trabajaba en París en su oficio de albañil, subido en el andamio como siempre. (Los cabrones franquistas decían que los jefes se habían puesto las botas robando). De general a su puesto de buen obrero, y así murió. En resumidas cuentas, después de hablar y recordar cosas ya algo lejanas los invité a casa a comer, aceptaron de muy buena gana. Nuestra modesta casa en ese momento se componía de dos habitaciones, cocina incluida. Me he salido del tema al hacer referencia a este encuentro fortuito y lo que le siguió.

Después de cuatro o cinco días en París me dicen los compañeros que en Toulouse el Comité Nacional tiene más posibilidades para mi asunto con la policía de allí; pero que antes de irme vaya al *Office français des réfugiés et apatrides* para darles los datos míos para que cuanto la policía me dé los documentos de permanencia como refugiado político, gestionar el certificado, para evitar posibles complicaciones. Allí había un compañero que se ocupaba de los españoles. Así lo hice. Al día siguiente cogí billete para Toulouse,

fui de seguida a 4, rue Belfort. En esa fecha el secretario del C.N. era un maño que se llamaba Estalló de apellido; él me esperaba. Ellos me habían dado la dirección del guía en Barcelona. Me preguntaron que cómo había hecho el viaje. Les dije que bien, pero que lo había hecho con documentación falsa. Me advirtió que eso era más complicado, decirle a la policía que había entrado con falsa identidad.

—Hay que decirles que has pasado clandestinamente.

A mí me daba igual, lo importante es solucionar mi permanencia en Francia. Me acompañó al departamento de extranjeros; él se quedó en la sala de espera. Le expliqué al policía lo que me preguntaba desde mi fuga, le enseñé todos los documentos que tenía con mi falsa identidad, tomó nota de todo y me devolvió todos los documentos, cosa que yo no esperaba. Me dio un documento provisional con mi nombre y después, un día o dos más tarde, me dieron una carta de identidad por seis meses, en la que se me prohibían casi todos los departamentos, y en las proximidades de la frontera española por todas partes prohibido. Total que donde me podía mover era en tres o cuatro departamentos del interior. Pero mi destino fue Guéret, un departamento perdido en las montañas. Me dieron una lista de embarque para que no me costara nada el tren, me dijo el policía que cuando el revisor me pidiera el billete que le diera aquel papel para que no me cobraran nada, así que cuando llegó el revisor le di aquellos papeles. De seguida el hombre cuando vio que acababa de llegar de España como refugiado político empezó hablando mal del franquismo y de toda su corte celestial. Hablaba bien el español. Me dijo que él había estado en el maqui cuando la guerra y que había muchos españoles en la agrupación que él pertenecía y por eso sabía algo de español.

Cuando llegué a Guéret fui a la dirección que me habían dado los compañeros de Toulouse para que los de Guéret me acompañaran a la policía. En Francia hay que dar cuenta a la policía cuando llegas y cuando te vas, y cada vez que cambias de domicilio. Me advirtió Estayó/Estalló, que de ninguna manera, aun cuando la policía me coaccionara para que trabajase en el campo, no lo consintiera:

—Tú les dices que eres albañil y que de campo nada, porque si te dan la carta de trabajo de la agricultura es difícilísimo que te la cambien. Falta mano de obra en la agricultura y no hay manera.

Yo tenía mi carta de identidad para permanecer en Francia. Pero la carta de trabajo me la darían cuando empezase a trabajar. Yo de seguida le advertí al que me acompañaba lo que me dijeron en Toulouse. Efectivamente de segui-

da me preguntan que donde pienso trabajar. Les dije que en la construcción. El que venía acompañándome era bastante conocido. Llevaba viviendo en Guéret desde que entró en Francia en 1939. Le dijo al policía que él me buscaría trabajo entre sus amistades. Me dijo que cuando me hiciesen el contrato de trabajo fuera de seguida para hacerme la carta de trabajo. Todos estos papeles eran por seis meses. Cuando tuviese el certificado de refugiado político, ya las cosas tenían ciertos privilegios. El que me acompañó era un madrileño. Como tenía que poner un domicilio en Guéret le dijo al policía que pusiese el suyo. Me quedaría en su casa hasta que solucionara lo del trabajo. Las cosas se iban solucionando relativamente sin muchos inconvenientes. De seguida que salimos de la policía le dije al que me acompañó: —Mañana mismo voy a Limoges. Tengo allí algunos conocidos que hicimos la guerra juntos. Si puedo arreglar de quedarme en Limoges me quedaré. —De momento será difícil—, me dijo. —Inténtalo. Si lo consigues, mejor. Limoges es una capital que hace por tres de ésta, y siempre habrá más posibilidades para situarse.

Y tal como lo pensé, al día siguiente cogí el tren y allá que fui. Yo tenía la dirección de Miguel Fernández Piñero (Portillo para los amigos, excelente persona). Fui a su casa, 4, rue de la Providence. Su compañera yo no la conocía, pero le dije que éramos amigos de muchos años, de antes de la guerra, y que gran parte de la guerra la hicimos juntos. Me dijo que lo esperara que pronto llegaría para almorzar. Cuando pasó un rato que se acercaba ya la hora del almuerzo, le dije que me dijera por la dirección que venía. Quería verlo en la calle por si nos conocíamos después de veinte años sin vernos. Y sí, yo nada más verlo que se apeó de un coche que lo traía otro compañero del trabajo, lo conocí. Lo dejé que marchara un poco calle adelante. Yo iba un poco detrás de él, cuando me pareció apreté el paso y le dije:

—¿Usted es español?

—Sí —me dice.

—Es que yo vengo buscando una calle que me han dicho que esté por aquí cerca, rue de la Providence.

—En esa calle vivo yo. ¿A quién busca?

Yo lo vi un poco como si sospechara algo. Le dije:

—A ti, coño, ¿es que no me conoces?

—¿Tú eres *el niño*?

—Sí.

—Es que me parece que fue *el Bua* el que me dijo que te habían cogido y te habían fusilado.

—Esta es la segunda vez que *el Bua* se ha creído lo mismo. Cuando lo encontré en Málaga lo vi de espalda; esto fue en noviembre de 1936. Le di

un tortazo en el hombro, y cuando volvió la cara se quedó de una pieza, me dijo, 'si a mí me dijo Pepe *el Tranquilo* que te había visto fusilado con Gallardito y tres o cuatro más'.

El Tranquilo, como nosotros le decíamos, es José Pérez Núñez. Éste escapó de Jerez después que yo, es uno de los que formaba en la comisión que las Juventudes Libertarias nombraron para gestionar la aprobación de los estatutos del Ateneo Libertario. La comisión la componíamos tres: Manuel Tejero Romero, el compañero anteriormente nombrado y yo. A Tejero lo mataron pocos días después, y éste siguió por los alrededores de Jerez hasta que pudo escapar, y vio algunos de los que fusilaban por los caminos y en los alrededores, y según me dijo a mí mismo cuando lo vi en Málaga, que él creía haberme visto entre unos cuantos de los que vio muerto. Se equivocó: mejor para mí.

Lo que yo quería no era posible. Me había la policía de Toulouse enviado a Guéret como residencia obligada y allí tendría que arreglar todo hasta que me dieran la carta de trabajo. En los días que estuve en Limoges vimos a un compañero que trabajaba en una empresa importante, que empezaba en aquellos días un complejo hospitalario en un pueblo próximo a Guéret. Así que todo se arregló y de seguida empecé a trabajar. Esto fue en los primeros días de junio de 1959. Allí trabajé hasta final de aquel año.

En esos meses, también algún sobresalto. Un día recibo una carta del Secretario del Comité Nacional. Estalló, que era el Secretario, me escribió para que sin pérdida de tiempo activara para que me dieran el certificado de refugiado político. Yo cuando estuve en París dejé todos mis datos en la dirección de l'Office français de protection des réfugiés et apatrides, pero no me lo podían dar hasta tener la carta de identidad. La carta ya la tenía. Me la dieron en Toulouse, pero yo no había mandado los datos al Oficio de refugiados. En la carta me decía el Secretario que la policía de Toulouse lo había puesto al corriente que la Interpol estaba haciendo gestiones para que me detuviesen en Francia y llevarme a España. Inmediatamente escribí a París con la fotocopia de mi carta de identidad y de seguida me mandaron la carta de refugiado político. Yo sigo sin comprender, si eso que le dijo la policía de Toulouse al Secretario del Comité Nacional era cierto, ¿qué razón podían tener las autoridades de España y en qué se basaban para que me devolvieran a España? No sé por qué tanto interés en mi detención, Nunca lo sabré.

DESDE QUE YO LLEGUÉ A FRANCIA MARY EMPIEZA A HACER GESTIONES PARA TRASLADARSE CUANTO ANTES Y REUNIRNOS

Ni que decir los inconvenientes que se le presentaban. Pero con inconvenientes o sin inconvenientes se las arregló para conseguirlo y lo consiguió. Se sacó los pasaportes para ella y para nuestros hijos. Y el 12 de noviembre nos reunimos nuevamente. Estuvimos seis meses separados. Seis interminables meses. Nos parecía mentira que volviéramos a estar juntos. Qué largo se nos hacía el tiempo. Hasta que no tuvo los pasaportes arreglados no respiramos tranquilos. Inmediatamente se dispuso a liquidar lo de la tienda, y una vez todo arreglado debidamente, los preparativos para la marcha. Yo la esperaba en la frontera, en Cerbère. Se vino por Barcelona.

Y UN PAR DE PERCANCES SIN CONSECUENCIAS QUE PUDIERON SER DECISIVOS

Vale contar estos detalles porque pudieron dar al traste con todas nuestras ilusiones de estar juntos para siempre y tranquilos de persecución, aun cuando todo sería más difícil hasta adaptarnos a la nueva situación. La situación económica mucho más restringida, y todos los inconvenientes que se presentan cuando a los cuarenta y casi cuarenta y cuatro años hay que empezar una nueva aventura partiendo de cero, y una familia de seis personas, pero nosotros pensábamos por encima de todo que en España habíamos sorteado una situación más difícil. Aquí no nos perseguía nadie. Si se ganaba para comer ya era bastante por el momento. No teníamos casa por el momento. Por fin nos alojamos en una habitación que se veían las estrellas a través del techo. Cuando nos acordábamos de la casa que habíamos dejado y dónde estábamos metidos era para desmoralizarse, pero teníamos el coraje de no desmoralizarnos y pensábamos que mejorarían las cosas y nuestra situación tendría que cambiar. Por lo menos teníamos la tranquilidad de nadie nos buscaba. La policía española la habíamos dejado lejos, que fue nuestra pesadilla durante tantos años, y lo mejor que a mí me pudo pasar es... haber dado el mejor tropezón de mi vida, el haber encontrado una compañera que siempre me fue a la zaga en cuestión de hacer frente a situaciones difíciles. A todo le encontraba solución: "Esto tiene arreglo; eso tiene buena solución." Y así sigue. Vaya suerte la mía.

Pero vamos con esos percances que no tuvieron ninguna consecuencia. Pedí permiso en la empresa para ir a esperar a los míos a la frontera, que tantas ganas tenía de volver a verlos. Me dijo el jefe de la obra que podía naturalmente ir y coger el tiempo que necesitara hasta dejar instalada a la familia. Cuando paramos a medio día para comer le planteé la cuestión al jefe de la obra, para al día siguiente marcharme para Limoges y desde allí coger el tren hasta la frontera, a Cerbère, que es el último pueblo francés. Yo tenía que trabajar el medio día de la tarde. Trabajábamos otro y yo en una hormigonera muy grande preparando hormigón. Aquella hormigonera era un aparato muy grande y tenía unos cables y otro cacharro para cargar la hormigonera de la correspondiente arena, grava y cemento. Todo era mecánico. Después hacíamos girar el tambor de la hormigonera para llenar la cuba que transportaba la grúa al sitio conveniente. El que trabajaba en la grúa no la manejaba muy bien; se estaba enseñando. Siempre esperábamos la grúa por donde normalmente tenía que venir, siempre hacía el giro la grúa en el mismo sentido, y por allí esperábamos que llegara. Él ya tenía más o menos cogido el tacto y no llegaba con mucha violencia, pero esta vez le dio por girar al contrario de su costumbre. Yo estaba en mi sitio de costumbre y pendiente de mi trabajo. Con el ruido de la hormigonera yo no estaba al tanto del giro de la grúa ni mucho menos, pero el compañero que trabajaba a mi lado se dio cuenta de que la cuba venía por el otro lado. Como el gruista no era muy experto, además no tenía el cálculo cogido de girar en aquel sentido, pues la cuba venía con una violencia de espanto. Mi compañero tiró un jalonazo de mí y caí sobre la arena. La cuba pegó un zambombazo contra la hormigonera en el sitio que yo estaba, que si me hubiese cogido por delante me quedo sin tripas y Mary sin Paco-Pérez. Hasta ahí el primer percance pero sin consecuencias. Una vez en la guerra nuestra, en esa ocasión me acordé de un detalle que sí tuvo consecuencias. Se trataba de un compañero, me parece que era de Arriate, provincia de Málaga. Este compañero era capitán. Le llega la noticia que su mujer se había pasado a nuestra zona. Pide permiso para encontrarse con ella. Naturalmente se lo conceden. Anda por la trinchera despidiéndose por unos días de amigos y compañeros con la alegría que es de suponer, pero cuando más felices se las esperaba llegó una bala y le atravesó la cabeza. Pobre compañera cuando recibió la noticia. Nadie podrá imaginar su dolor y su desesperanza.

De momento cuando me ocurrió aquel percance sin consecuencias no le di importancia. Pero después más en frío cuando pensé en las consecuencias que pudo haber tenido si me hubiese despanzurrado contra la hormigonera, Mary en camino con nuestros hijos y ya sin posibilidad de comunicar con ella; buena se podía haber liado, pero nada pasó, y aquí estamos.

AÚN NO TERMINARON LAS PERIPECIAS PARA ENCONTRARNOS

Cuando aquella tarde terminé mi jornada, me fui a Guéret para coger el tren hasta Limoges, y desde allí sacar billete hasta la frontera, para Cerbère, el último pueblo de Francia. Después en Portbou, el primer pueblo español, se pasa por la aduana española con la guardia civil y la policía de España. Yo saco mi billete para Cerbère. Allí tienen que pasar la aduana los viajeros que entran de España, y allí esperaré la llegada de los míos. Salí de Limoges muy de madrugada. Hice trasbordo en Toulouse. Ya ese tren era el que iba para España. Yo tan confiado en que el tren que yo había cogido tenía parada en Cerbère. Ya estaríamos a una hora de la frontera. Llega el revisor, pide los billetes a todos los viajeros, todo perfecto, pero me da por preguntarle al revisor que a qué hora llega el tren a Cerbère, una pregunta por pura casualidad que me dio la idea de preguntar. Me dice:

—¿Usted dónde va?

—A Cerbère, a la frontera —le digo—. Voy a esperar a mi familia que llega de España.

—Este tren no para en Cerbère —me dice—, éste va directamente a España.

Le pregunto que si todavía tenía alguna parada antes de entrar en España. Me dijo que tenía una parada, no recuerdo el nombre de la estación, y que allí podía coger al tren que pasaba por Cerbère que tenía parada y además seguía otra línea que no entraba en España. El hombre era bastante amable. Hablaba bien español. Le dije que yo hacía poco tiempo que estaba en Francia y que era refugiado político. Me dice:

—Pues si se mete usted en España en este tren no se hubiese escapado.

Y eso lo sabía yo. En el momento que me hubiesen pedido el pasaporte, que no tenía, y me cogen los certificados de refugiado político, para qué quería más. Pero la suerte y la casualidad cuando se alían con uno es un buen punto de apoyo. También hay que ayudar por supuesto a esta alianza que de vez en cuando se nos ofrece por puro azar. No sé qué hubiese pasado si este cúmulo de circunstancias se hubiesen presentado totalmente adversas. Que yo no le preguntase a aquel revisor que a qué hora llegaba el tren a Cerbère. Aún pasado el tiempo, cuando recuerdo esos detalles, después de tantos años jugando con la suerte, tanta inquietud, día tras día sin poder olvidar la situación ni por un momento, que de ahora a una hora después o a mañana, en cualquier momento todo podía hundirse, deshacerse toda nuestra esperanza de poder vivir un día tranquilos. Y cuando todo lo teníamos conseguido,

cuando nos parecía haber alcanzado la meta, que por esas cosas tan absurdas que para bien o para mal la casualidad nos pone en un camino, que tanto puede ser el bueno como todo lo contrario. Por qué poco todo pudo cambiar, y ni que decir tiene que todo pudo terminar en una verdadera catástrofe para nosotros. Pienso cómo se las hubiese tenido que componer Mary con cuatro hijos sola para seguir luchando. Mejor no pensar en lo que pudo haber sido pero que no pasó nada. Y otra vez la casualidad o la suerte estuvieron de nuestra parte.

Alguna vez ya lo he dicho a lo largo de este relato, la casualidad, la suerte o lo que sea. Pero desde el 18 de julio de 1936, que es cuando empieza el largo calvario para la mayoría de los españoles que estábamos dispuestos a defender la legalidad republicana y nuestras libertades y el derecho a vivir con dignidad. Yo puedo decir que por casualidad la suerte ha estado de mi parte. Porque cogerme con un arma el 18 de julio, soltarme unas dos horas más tarde, devolverme el arma, y algunas horas más tarde ir a buscarme a casa la policía y los falangistas, pero yo sabiendo que me buscarían para no soltarme más, no pensé volver más por casa.

Los ocho o diez días pasados en Jerez, desde el 18 al 27 o 28 de julio, sin saber dónde pasar las noches y los días, todo inseguridad, la forma de poder salir de Jerez para escapar, los choques a lo largo del camino hasta llegar a zona republicana teniéndonos que jugar la vida en más de una ocasión. La terminación de la guerra y la prisión. Unas acusaciones tan falsas, injustas, hechas con la peor intención y con toda animosidad, con el propósito de perjudicarme hasta alcanzar el máximo castigo. La suerte de poderme escapar una vez procesado con acusaciones tan canallescás: lo propio de un régimen fascista que es lo que caracterizaba al régimen que encarnaba Franco y sus secuaces; la marcha desde Madrid hasta Andalucía en una época que pedían salvoconducto para moverte de un lado a otro, en fin peripecias de todas suertes a lo largo de unos diez u once días de camino desde Madrid hasta la provincia de Cádiz. Hasta la estación de ferrocarril de El Cuervo. Todo quedo en eso. Me dio la idea de preguntar al revisor la hora de llegada del tren a Cerbère, y mi pregunta se debió más que a otra cosa a que observé que el revisor hablaba español, y por eso se me ocurrió preguntar, cuestión de suerte.

Cuando el tren llegó a Cerbère, que yo ya no me quité de la ventana una vez que hice el trasbordo no me fuera a pasar, aun cuando aquel tren no iba para España, seguía otra línea, pero aún seguía pensando lo que pudo ocurrir si no me da por preguntar la hora de llegada a Cerbère, me apeé apenas el tren paró. Mi equipaje era sólo una caja de cartón con una muñeca que había comprado en Limoges para nuestra hija Celia que tenía dos años y medio.

Cuando el tren procedente de España lo escuché que llegaba hasta que vi aparecer los primeros viajeros y esperar para ver a los míos que con tanto equipaje no podían ser los primeros, me parecía que el tiempo no marchaba, por fin los vi aparecer, Mary y nuestra descendencia. Aún tenía su linda melena de pelo negro, y 37 años que no los representaba.

Ya estábamos cerca pero no nos podíamos reunir hasta pasar los trámites aduaneros. Por señas nos hablábamos hasta que por fin nos reunimos, una vez acabados esos trámites. Ya todos juntos, ahora a esperar el tren que nos llevaría a Limoges, nuestro nuevo destino.

Llegamos bien entrada la noche, nos esperaba nuestro amigo Portillo en la estación. Aquella noche y algunas más dormimos en su casa, que no era muy grande. Saliendo un poco del tema, y de las casas más o menos grandes. En agosto de 1960, con ocasión de un congreso que se celebró en Limoges de la C.N.T. (Confederación Nacional del Trabajo), invitábamos a comer en nuestra casa a algunos compañeros. El congreso duró una semana. Un día invitamos al secretario del Comité Nacional, Roque Santamaría se llamaba, otro compañero de Sevilla, Carlos Zimmermann, y a Cipriano Mera. Albañil de profesión, general en el ejército republicano. Mandaba el IV cuerpo del ejército. Las fuerzas que él mandaba hicieron morder el polvo a los italianos en la provincia de Guadalajara. Hicieron unos diez mil prisioneros, y albañil en el exilio hasta su muerte en París. Ganándose la vida trabajando. Les dije:

—Les advierto a ustedes que nuestra casa no es muy grande.

Y siempre recuerdo lo que contestó Santamaría:

—Nuestras casas son grandes porque lo es nuestro corazón.

Unos días después, por mediación de otro compañero encontramos una habitación chica en extremo, y se veían las estrellas a través del tejado, llena de trastos de la propietaria. Para guisar, con un infiernillo de alcohol en un pasillo fuera de la habitación. Para olvidar aquellos dos meses.

Yo seguía trabajando en Guéret, a unos cien kilómetros de Limoges. Cada semana, el sábado, después de terminar la jornada emprendía viaje a Limoges en el tren. Llegaba bien entrada la noche. Guéret es una capital pequeña, en la montaña. Para ir a Limoges hay que hacer trasbordo en San Sulpicio de Laurier para enlazar con el tren que viene de París, y hay una espera de aproximadamente tres horas, tanto a la ida como a la vuelta. Por esa razón pasaba tanto tiempo de viaje en cien kilómetros. El lunes de madrugada a las cuatro tenía que estar en la estación de Limoges para el regreso, y a esperar y a desear que llegara el sábado siguiente para reunirnos otra vez. En uno de aquellos viajes, siempre por mediación de los compañeros me dice Mary que ya teníamos una casa mejor para mudarnos de seguida. Claro que era mucho mejor sin duda: dos habitaciones, una habitación,

un pasillo por donde tenía que pasar otro vecino que vivía más adentro, si estaba una frente a la otra, pero por allí tenía que pasar el que vivía más al interior. Nuestro dormitorio era el comedor y la cocina. En la otra habitación dormían las tres chicas y el chico. Más adelante se agregó una sobrina nuestra que vino a Francia a aprender francés. Las habitaciones, de grandes nada. Pero como dijo Roque Santamaría, es nuestro corazón lo que hace grandes nuestras casas, y es verdad. Pero tengo que decir que mi compañera Mary nunca va a la zaga, se adelanta, sin algaradas ni palabrerías. En nuestra casa siempre que alguien ha necesitado de nosotros la ha encontrado. Nos ha encontrado a los dos.

Nos agrada poder darle satisfacción al que viniera a nuestra casa; que cuando se marche se lleve el mejor recuerdo.

Me he perdido diciendo cosas que no debe uno decirlas, pero como es verdad, ahí queda para la crítica.

Hicimos de inmediato nuestra mudanza al nuevo domicilio. Era poco lo que teníamos que mudar y rápidamente se hizo. De cuarto de baño nada. Era un primer piso. El WC en el piso de abajo para todos los vecinos, Era una casa antigua, si bien la fachada aparentaba otra cosa, para bañarse, en un barreño como mejor podíamos. Las casas antiguas de Francia eran muchas por ese estilo. En esas pésimas condiciones estuvimos viviendo desde diciembre de 1959 hasta finales de 1963. Aún vivíamos en esas condiciones cuando nació nuestro último hijo, Cristóbal, pero nació en una clínica. Desde el principio que nos reunimos toda la familia empezamos a hacer demanda para un alojamiento en condiciones, un HML. Esto son casas que proporciona la municipalidad, y que, tratándose de familias numerosas, resultaban de un alquiler muy económico. Venía la inspección que dicho organismo tenía para comprobar las condiciones en las que vivíamos, nos daban los puntos que creían convenientes para aportarlos al organismo adecuado, pero todo quedaba en buenas palabras, y un alojamiento en condiciones para nosotros resultaba muy caro para nuestras posibilidades. Pero en definitiva tuvimos que decidarnos y alquilarnos un alojamiento bueno, pero caro, no tuvimos otra solución. Yo siempre trabajando, no perdía un día, y el trabajo que me salía fuera de la empresa lo aprovechaba. No tenía otra solución. Éramos siete personas. Cuando se fue para España nuestra sobrina, poco tiempo después se vino con nosotros otra sobrina, hija de mi cuñada Carmen, hermana de Mary. Pero nosotros francamente lo aceptábamos de buen agrado. Jamás nos incordiaba nadie que llegara a nuestra casa. Nosotros creíamos que así debe ser y así lo hacíamos y nos encontrábamos satisfechos de nuestra manera de proceder, sin pensar en nada a cambio: eso sería miseria de nuestra parte. El contar

estas cosas no es ni mucho menos por alardear. Es solamente por lo reducidísimo del espacio vital que disponíamos para tantas personas. ¡Ah!, pasados los años, cuando Cristóbal, nuestro hijo, tenía que hacer el servicio militar en Francia y no quería hacerlo allí, decidió venirse a España. Dejó los estudios en Francia y los continuó aquí. Se hizo la convalidación, y en ese caso mi cuñada, la hermana de Mary, de inmediato dijo “Que se venga a mi casa; nos arreglaremos.” Tampoco su casa era muy grande para los que vivían en ella. Pero tanto mi cuñada como su marido eran formidables. Ya no están... Se fueron relativamente jóvenes.

Yo seguía trabajando en Guéret, a unos diez o doce kilómetros, en un complejo hospitalario bastante grande. Pero en el momento que tuve la documentación en orden me busqué trabajo en Limoges, y en febrero de 1960, ya todos reunidos en aquella casa tan chica. Hasta finales de 1963.

PRIMERA EMPRESA EN LIMOGES: SIEMPRE EN LA CONSTRUCCIÓN

Empecé a trabajar la última semana de febrero de 1960. Esta empresa empezaba la construcción de un supermercado en el centro de Limoges, en la plaza de la República concretamente. Y allí fui a parar. Una excavación bastante profunda, si bien las excavadoras habían hecho el trabajo de profundizar toda la superficie del edificio que se iba a construir, un piso para abajo, como un sótano, pero había que perfilar el resto a base de piocha y pala.

Aún era pleno invierno, y la lluvia menuda pero molesta, y allí metido en barro hasta las rodillas, si bien teníamos botas de goma, pero lloviznando constantemente y con una temperatura bastante fría, casi todo el día con la ropa de agua puesta. En esa época todavía se trabajaba los sábados. Y aquel sábado fue Mary con la compañera de Portillo para hacer la compra y tenían que pasar cerca de donde trabajábamos. Le dice la otra:

—Vamos a pasar por donde están trabajando nuestros hombres.

Mary no tenía ni idea, ni por la imaginación le pasaba que estuviésemos trabajando en esas condiciones. Cuando nos vio metidos en agua y barro, ella sabrá la impresión que le causó. Cuando llegué a casa me dijo que jamás podía creerse que estuviésemos trabajando de esa manera. Todavía lo recuerda cuando hablamos de nuestros principios en Francia. Son rachas que por

duras que sean hay que aceptarlas y superarlas como se pueda. Los seres humanos somos plantas que soportamos situaciones inimaginables, y las superamos en muchas ocasiones. En otras el camino se termina. Pero en la mayoría seguimos si nos lo proponemos.

En aquellos años ya muy lejanos había mucho trabajo, y cuando encontré otra empresa que pagaban más, dejé aquella y me fui donde ganaba más. Después a otra. Donde se ganaba más, allá que iba. Cuando le daba el tiempo reglamentario para que me prepararan la cuenta, de inmediato decían “Lo que te paguen donde te vas te lo pagamos aquí.” En aquellos años las empresas estaban desbordadas de trabajo y les tocaba aguantar. Pero lo bueno dura menos que lo malo. Yo seguía trabajando sin interrupción. Llegó un contra-tiempo. Hay que contar con los imprevistos no deseados. Y llegó.

TUVE UN ACCIDENTE DE TRABAJO

El 7 de julio de 1965 me accidenté: falló algo del andamio donde estaba trabajando y caí de una altura de unos cuatro metros. Me partí el talón del pie izquierdo. Me pasé once meses de accidente. El salario que cobraba no estaba mal, pero el trabajo que yo hacía fuera de horas y de la empresa no podía hacerlo, y naturalmente los ingresos no eran los mismos. Los vecinos del inmueble donde alquilamos, todos eran personas mejor situadas que nosotros. Tenían buenos empleos en la administración. No había ningún obrero manual, yo el único. Pero eran personas muy tratables todos. Un día me preguntó uno de los vecinos que trabajaba en el Ayuntamiento de Limoges. Era jefe de los geómetras que trabajaban en el Ayuntamiento; aquel ayuntamiento siempre estaba gobernado por los socialistas. Me preguntó por el accidente. Le dije que mejoraba, pero que el doctor me decía que la rotura de talón era cosa delicada, cuestión de paciencia. Seguimos hablando y me dice en el curso de la conversación que por qué yo no hacía una demanda para que me dieran un alojamiento de los que la municipalidad da a las familias numerosas. Le dije el tiempo que hacía que hicimos las gestiones esas y no daban resultado.

—Si ahora que tenemos un alojamiento en condiciones vienen y ven cómo estamos alojados... No vale la pena molestarse.

—Yo le voy a traer los impresos si usted quiere —me dijo—, y los cumplimenta, los firma y me los da. A ver si puedo conseguir algo.

Y efectivamente poco tiempo después recibimos una carta del Ayuntamiento comunicándonos que teníamos un alojamiento a estrenar. Era grande con todas las comodidades, un cuarto de aseo grande y un cuarto de baño, calefacción por todas las habitaciones y agua caliente.

Allí estuvimos viviendo muy desahogados y con un alquiler muy barato hasta que se fueron casando, y nos fuimos quedando cada vez menos, hasta que nos quedamos los dos solos. Como cuando empezamos, pero... ahora al revés.

ME PUSE A TRABAJAR POR MI CUENTA.

Pasados algunos años de vivir en la nueva casa decidí instalarme por mi cuenta. Según decían la carta de refugiado político daba ciertos privilegios. Así que me asocié con otro. Un asturiano fue mi socio, y así estuvimos trabajando hasta que llegó la hora de la jubilación, unos once años. Nos dedicamos a la construcción de pabellones sobre todo. Pero todo lo que nos salía si era interesante lo cogíamos. Y uno o dos que teníamos asalariados; algunas veces más, según las exigencias del trabajo.

La verdad que una empresa pequeña si quiere uno que marche es una auto-explotación, porque, el que trabaja a jornal, cuando se termina la jornada se terminó. Pero una empresa chica cuando dejas de trabajar como los demás tienes que seguir. Tienes que hacer cuentas, tienes que llevar toda la administración, hacer presupuestos que no siempre son aceptados, pero el tiempo lo tienes que pasar. Facturas, pedir el material, muchos detalles que no te dejan mucho tiempo libre. Yo lo prefería y lo soportaba bien con tal que nadie me mandara. Así pasamos los últimos años de trabajo en Francia.

Terminando lo del papeleo para la jubilación estábamos ya en 1981. Hacíamos nuestros cálculos para nuestro regreso a España. Yo nunca pensé quedarnos en Francia, Mary y yo se entiende. Teníamos nuestra casa en España, Cristóbal también estaba ya en España. Seguía estudiando. Se quedaban en Francia dos, Miguel y Celia, en Dinamarca otras dos, Ana María y Mary Carmen. Y de todas formas nuestra decisión siempre la tuvimos clara, volver a España. *"A tu tierra, grulla, aun cuando sea con una pata."*

Siempre resulta traumático cuando nos vamos a separar las familias, pero en nuestro caso ya se puede decir que estábamos separados. Miguel con su

mujer y sus hijos vivía en Limoges. Celia con su marido y sus hijos en Poitiers, Cristóbal en España, Ana María y Mary Carmen en Dinamarca.

Así es, queramos o no, nos guste o nos disguste, la vida sigue su curso. Todos los pájaros abandonan el nido cuando pueden valerse. Es la ley de la vida, ley inexorable. Es la lucha por la vida que nos exige toda clase de pruebas para seguir viviendo.

Ya he dicho que estábamos en tren de arreglar mis papeles para la jubilación. Llega el momento poco deseado de pensar que hay que dejar el sitio, para los que nos reemplazan. Hay que aceptarlo, con la satisfacción de que algo ha dejado uno hecho a nuestro paso. Aquí termina un capítulo de deambular por la vida. Para irnos aproximando... Bueno, eso ya lo sabemos.

AQUÍ EMPIEZA OTRA NUEVA ETAPA PARA NUESTRA TRISTE HISTORIA. 23 DE FEBRERO DE 1981.

Serían las siete de la tarde cuando llegué a casa. De seguida empezamos a escuchar por radio y televisión rumores sobre un asalto al Congreso de los Diputados en España. Las primeras noticias; otra vez los militares como siempre a lo largo de su historia. ¿Pensarían arreglar otra vez a España con otra escabechina? Porque los elementos implicados se trataba de los más reaccionarios y sanguinarios. A pistoletazos sucios se presentaron. Como decía el director, “hay que sembrar el terror desde el primer momento”, población civil, o militares, quien sea. El director por si alguien no lo sabe, se trata del general Mola. Eso lo decía y lo hacía en 1936. Asesinaban a todo lo que se le ponía por delante.

Pensé en nuestra situación; tendríamos que retrasar más de lo que teníamos pensado nuestro regreso a España. Pero al mismo tiempo pensaba que difícilmente se podría regresar a la situación anterior. A medida que pasaban las horas en la noche del 23 y no saltaban más fantoches que el tipo ese que estaba en Valencia, el Milán del Bosch, y el Tejero que estaba en el Congreso de los Diputados metido con su tropa de forajidos, porque no eran inocentes, sabían lo que estaban haciendo. Las otras capitanías no saltaban, pero sí estaban más de los que dieron la cara comprometidos y eso lo sabía desde el Rey hasta el último político. Y si no lo sabían es que no eran demasiado listos.

Pero lo sabían y los dejaron hacer. Como el 18 de julio de 1936. También lo sabían aquellos políticos lo que se preparaba, y cerraron los ojos, y cuántos torrentes de sangre nos costó por su culpa. Pero en esta ocasión, después de cuarenta años de crímenes y torturas a muerte por los esbirros de aquel mal engendro que atendía por Franco, criminal que firmaba las penas de muerte sin mirar y seguía tomando su café tranquilamente. Y cuando alguien quería interceder por alguna persona le contestaba “¿Pero todavía ese está vivo?” Todo esto que yo transcribo aquí, dicho y escrito por los que han convivido junto a él durante muchos años. Uno de tantos, el teniente general, Francisco Franco Salgado, primo hermano del “Caudillo”, secretario de la casa militar: Mis conversaciones privadas con Franco. Y varios personajes más que debido a su convivencia cerca de dicho mal engendro, nos hemos podido enterar de cosas que difícilmente se hubiesen sabido. Estos personajes han aprovechado la ocasión para ganar dinero con sus libros. Y cuando llegó el 23 de febrero ya hacía años que la transición del franquismo al postfranquismo ya estaba hecha y sin trauma. Para los franquistas, se entiende. Y para los hijos y los nietos de los franquistas y toda su descendencia. Sin molestarlos para nada, todos quedaron en sus puestos que fueron heredando de los matarifes y de los delatores de la gran masacre que debiera pesar sobre su sucia conciencia.

Policías, torturadores, altos mandos del ejercito, jueces que habían condenado a muerte a personas a sabiendas que no eran culpables, todo quedó en sus manos como antes. ¿Una constitución en España? ¿Para qué? A terminar cuanto antes con esa “chusma.” Así llamaban los franquistas a los demócratas que tenían constitución en los años 1936 y siguientes, y así siguen pensando, aun cuando se les llene la boca de respeto a la Constitución. Son reaccionarios como sus ascendientes.

Nadie deseaba otro enfrentamiento. Pero ¿por qué lo intentaron ellos otra vez? ¿Era eso lo que buscaban? ¿Otro choque como en 1936? Esta vez tenían la ventaja de no tener en frente un pueblo con una conciencia social como la había en el año 1936. Dispuestos a defender nuestros derechos y las libertades republicanas ganadas limpiamente en unas elecciones libres, costara lo que costara. En 1936 con armas o con nada la clase obrera y todos los demócratas estaba en la calle, dispuestos a dar todo por la democracia. Pero en 1981 el movimiento social no existía prácticamente. Cuarenta años de crímenes ininterrumpidos contra toda oposición a la dictadura, terror y torturas a muerte de opositores, habían terminado aniquilando el empuje social de los demócratas. No existía prácticamente nada de organizaciones obreras bien organizadas y combativas.

Cuando hicieron nuestra Constitución, gran parte de sus patrocinadores fueron los franquistas, uno de tantos, Fraga Iribarne, franquista cien por cien. Y la hornada de políticos nuevos, todos habían nacido en la era franquista y habían vivido mucho franquismo, por muy abogados que fueran, y muchos estudios y preparación intelectual que tuviesen. Salvando las elecciones pocos sentían el antifranquismo de verdad; y el socialismo eso ni se lo planteaban. Cogieron esa etiqueta porque era la más rentable. A los viejos socialistas se fueron o los hicieron irse. Y el jefazo de los comunistas: vaya don Santiago Carrillo si ha dado bandazos. Y el califa que llegó después, Julio Anguita. El más digno de respeto, Gerardo Iglesias, de Asturias. Pero de los que perdieron, de esos nadie se acordó, todos dispuestos a un miserable abrazo de Vergara. Después que los vencedores se habían ensañado durante cuarenta años arañando en las heridas que no dejaron de hacer durante tan negro y largo periodo de crímenes, todo quedaba a su favor: conservaban sus puestos, tanto militares como civiles. Pero lo querían todo. Acabar con la nascente democracia, y nuevamente se levantaban, como es su costumbre en los militares españoles a lo largo del siglo diecinueve y el siglo veinte. Deseamos que las nuevas generaciones sean más respetuosas, para bien de los españoles y de España. Pero ¿por qué no se pidieron responsabilidades a todos los militares y civiles que estaban implicados, que eran muchos? ¿Sólo una media docena eran los del complot? Para reírse, si las cosas no fueran tan serias. En mi tierra hay un refrán que dice que las bestias no tropiezan nunca en la misma piedra. A lo mejor en la tuya dicen lo mismo. ¡Pero la especie humana sí!

El siglo diecinueve fue muy prolífero en acontecimientos en España, pronunciamientos militares, guerras carlistas, cantonales, pérdida de las colonias americanas. Total, catastrófico y con abundante vertido de sangre. Como siempre de los más débiles.

**VAMOS A RETROCEDER MOMENTÁNEAMENTE A 1873. AL 11
DE FEBRERO, ADVENIMIENTO DE LA
PRIMERA REPÚBLICA EN ESPAÑA.
MÁS ADELANTE SEGUIREMOS AL MOMENTO.**

Esta República tuvo una vida muy corta. Llegó un día once y duró once meses. Los prohombres de aquella República: Nicolás Salmerón, Estanislao Figueras, Pi y Margall, Emilio Castelar. Todos hombres de buena fe sin duda.

Se sucedieron tres presidentes, en tan corto periodo. Pero les faltó la energía necesaria para enfrentarse a la nueva situación. Por buena fe que tuviesen, a los once meses de haber nacido aquella República, un general, ¡quién iba a ser!, del nombre no recuerdo, ni falta que hace, Pavía era el apellido, se cuela en el parlamento a caballo y así muere nuestra primera República. Pisoteada por los cascos... de un general montado a caballo. Reaccionario, naturalmente, instala la monarquía absoluta. Y así se va terminando el siglo diecinueve. Después de estos acontecimientos y pasados unos veinticinco años, fue cuando a España la echaron de sus últimas colonias suramericanas. Hartos de soportar su tiranía, y latrocinio.

La monarquía bien instalada y despreocupada de los problemas de la hambruna y del atraso de España en todos los órdenes, seguía su vida placentera. Unas veces con constitución, otras absolutismo, es igual, pero siempre mandando los más reaccionarios. El caciquismo, ya sea rural o urbano, siempre de común acuerdo para amañar las elecciones, y sacar en cada sitio a los caciques designados de antemano, entre los más reaccionarios por supuesto. Así en esas condiciones vamos llegando al siglo veinte. Ya la clase obrera empieza a organizarse con mucha más energía que en las últimas décadas del siglo diecinueve, y a enfrentarse a los caciques y a los patronos, explotadores sin conciencia, pagando sueldos de verdadera miseria y trabajando jornadas interminables en las temporadas de recolección. En invierno de sol a sol, y con jornales miserables, 2,50 ó 3 pesetas por jornada, los que tenían la suerte de trabajar. La España rural, el jornalero en particular, su vida era un calvario en aquellas primeras décadas del siglo veinte. Tres o cuatro meses de trabajo al año, y con suerte algunos jornales salteados. El resto a salir al campo a buscar leña, espárragos, tagarninas, las cosas que se crían por obra de la naturaleza, y que no tienen dueño. Pero las tierras donde se crían sí, y si el dueño no quiere que entren en sus tierras para buscarse algo para comer, y prefiere dejarlas que se marchiten y nadie las aproveche, se exponen a recibir unas cuantas bofetadas si se tropezaban con la pareja de la guardia civil. Así vivían los campesinos andaluces y extremeños. Los más osados se dedicaban a la caza furtiva, pero más expuestos a los castigos. La caza estaba reservada para los señoritos, y la guardia civil a su servicio. Y los guardas rurales también. Lo que se llama una vida de perros. La rebeldía aumentaba, y la propaganda sindical para que todos se afiliaran a los sindicatos. Los sindicatos crecían. El malestar no mejoraba. Ya es 1909.

LA GUERRA DE MARRUECOS ESTÁ EN TODO SU APOGEO.

Esta guerra, como todas: una sangría sin límites. Los hijos de los ricos se libraban pagando una cuota de dos mil pesetas, una fortuna para un jornalero. Los pobres, los trabajadores, éstos tenían que ir a morir a Marruecos, a defender los intereses de los potentados. Una guerra colonialista para enriquecerse más los más ricos y que mueran los pobres trabajadores. Cuando faltaban mozos, echaban mano a los reservistas. Hombres ya casados y con hijos. La rebeldía iba en aumento. Y así llega el lunes 26 de julio de 1909. En Barcelona las mujeres y los hombres se lanzan a las calles se oponen, se ponen en las vías del ferrocarril para que los trenes no arranquen. Levantan barricadas en las calles, quieren impedir que embarquen los más jóvenes para ir a morir donde nada se les ha perdido; la revuelta toma un carácter muy violento: quema de conventos, barricadas en las calles, lucha desesperada. La revuelta dura hasta el 31 de julio con un saldo de más de ochenta muertos y medio millar de heridos. A esta semana se dio en llamar la semana trágica de Barcelona. Se ha escrito bastante sobre estos sucesos. Después llegó la represión, torturas, destierros, fusilamientos, clausura de los sindicatos.

El gobierno, encabezado por Antonio Maura, muy clerical y reaccionario y con la influencia de la Iglesia española, aprovecha la ocasión para montar un proceso muy amañado con todas las piezas necesarias, para encausar a Francisco Ferrer Guardia, el fundador de la escuela moderna, como el organizador de los sucesos ocurridos. Todo esto sin nada probado. La Iglesia no podía perdonarle la fundación de las escuelas modernas que por toda Cataluña se extendieron. Había que fusilar a ese hombre y lo fusilaron.

El juicio sumarísimo tuvo lugar el 12 de octubre de 1909, y al día siguiente, 13 de octubre, fue ejecutado en los fosos del Castillo de Montjuïc de Barcelona. A todo esto el gobierno español presidido por Antonio Maura, reaccionario y clerical, no escuchando para nada desde la detención de Francisco Ferrer Guardia. Las manifestaciones en toda Europa, manifestaciones multitudinarias, se sucedían en favor de Francisco Ferrer, en todas las capitales europeas y grandes ciudades, con París a la cabeza e infinidad de intelectuales progresistas. De nada sirvió, y dicen que el perdón de dios no tiene límites, pero vaya cómo se las gastan los representantes que nos han mandado. Parecen los anticristos; aquél luchaba en favor de los pobres según

dicen, pero estos, salvo excepciones, todos estaban en contra. No quiero dejar de decir aquí lo que me han dicho o he leído en alguna parte; que en Bélgica en aquella época hicieron un monumento a Francisco Ferrer, y que los alemanes en la guerra, 1914-1918, la destruyeron y los belgas volvieron a levantarla. En la Segunda, 1939-1945, también la volvieron a destruir, y los belgas volvieron a levantarla otra vez.

Nunca es tarde si la dicha es buena. Cuando llegó la II República, 1931, habían pasado veintidós años de aquel crimen, del fusilamiento de F. Ferrer. Cuando llegaron los socialistas al poder en 1982 habían pasado setenta y tres años. Por eso digo que nunca es tarde si la dicha es buena. Tengo entendido que en nuestra actual democracia, siendo alcalde de Barcelona un socialista, hicieron levantar un monumento en la montaña de Montjuïc en memoria del fundador de la escuela moderna. Magnífica acción de los socialistas catalanes. Las personas que mueren por una causa justa siempre deben ser recordadas. Los franceses para recordar a sus mártires son muy meticulosos; los que mueren por defender las libertades, a los deportados, para todos tienen un día, una fecha determinada para recordar hechos que nunca deben ser echados en el saco del olvido. Como nosotros hemos vivido muchos años por allí, vivimos en la Haute Vienne, esto es en el macizo central, por allí hubo muchos maquis y muchos muertos; los alemanes donde cogían a los maquis en la mayoría de los casos los llevaban a cualquier rincón y los fusilaban. Pues en todos los sitios donde cometieron esos crímenes encontrarás algo que los recuerde: una piedra muy grande, lo que sea, y si son identificados los nombres de las víctimas, grabados. En muchos sitios he visto nombres de franceses y españoles en el sitio donde fueron inmolados, todos mezclados, murieron por la misma causa. Aquí en España nadie ha muerto por la libertad. Aquí tenemos Cuelgamuros, o el Valle de los Caídos, de los fascistas, de la cruzada hecha a los prisioneros republicanos. Allí tienen metidos a los responsables de miles de crímenes contra los republicanos y contra la democracia. Otros están enterrados en iglesias católicas (Queipo de Llano en la iglesia de la Macarena en Sevilla. Vergüenza cristiana). Los demócratas, esos están esparcidos por todas partes, unos en fosas comunes y otros donde caían, allí quedaban a merced de las alimañas o aves carroñeras, eso lo hacían los de la cruzada, los católicos, las personas de orden como ellos se denominaban, muy católicos, además iban a misa los domingos a confesar y comulgar después de haber estado durante la semana voluntariamente fusilando a padres de familia o chicos jóvenes y chicas, en muchos casos antes las violaban, pero confesaban su hazañas, y los curas o curatos aquellos los

absolvían por los buenos servicios que estaban prestando a la España que empezaba a amanecer, fusilando precisamente al amanecer.

En Francia también tienen un monumento los españoles: los antifranquistas, los exiliados de 1939. En Annecy, a los españoles que lucharon en el maqui, en la resistencia al fascismo y en el ejército francés. En el pedestal dice:

AUX ESPAGNOLS MORTS POUR LA LIBERTÉ DANS LES RANGS DE LA ARMÉE FRANÇAISE ET DE LA RESISTENCE. 1940-1945.

Y las inmortales palabras de Cervantes:

POR LA HONRA Y POR LA LIBERTAD SE DEBE AVENTURAR LA VIDA.

Con el sacrificio de las suyas en el campo de la libertad, los exiliados españoles de 1939 salvaron el honor de España.

Aquí a escala nacional no se ha acordado nadie de los fusilamientos en masa que ha habido, los que han investigado por su cuenta sí, y muchas gracias a todos. Al decir a escala nacional he querido decir oficialmente. El gobierno socialista que gobernó muchos años, demasiado, para desprestigiar al socialismo más y más. Sí he visto en muchos pueblos cosas muy respetables y las dejaré escritas. Y también cosas que mejor sería olvidarlas, pero también las contaré. Duele mucho este olvido tan injusto. Si siempre hubiese estado gobernando el PP, las derechas, nada teníamos que pedir ni queremos nada de ellos, pero nos quejamos a los “socialistas”, que todo el peso de una dictadura como fue el franquismo, insultándonos día a día durante los larguísimo cuarenta años, los que perdimos hemos perdido dos veces. Nadie se acordó de los presos, de los fusilados, de los guerrilleros, de los torturados, nadie levantó una voz a favor de tanta injusticia, nadie se acordó de los vencidos. Y lo lamentable es que han estado mandando mucho tiempo y con mayorías.

Aquí en Sevilla hemos tenido alcaldes del Partido Andalucista, socialistas, en la Junta de Andalucía también creo que hubo un presidente andalucista, del partido que fue su artífice y creador Blas Infante, gran demócrata, cobardemente asesinado por los falangistas, los discípulos del “intelectual”, como han dado en llamarlo, José Antonio Primo de Rivera. Bueno: en el sitio donde fue asesinado Blas Infante, después de esperar unos buenos pocos de años, le han levantado un monumento. Muy modestito, por cierto. Después, por las razones que sean, ha quedado un poco escondido, debido a la auto-

pista que pasa por allí. Ahora hay que saber por qué está allí aquel monumento: no se ve el nombre de Blas Infante ni el de ninguno de los hombres que con él fueron asesinados, ¿porque no se quiere molestar la susceptibilidad de los asesinos? Por el frente en bronce simulan unas palomas y unas rosas. La inscripción dice:

ANDALUCÍA DEBE CUMPLIR UN IDEAL COMO REALIDAD DISTINTA. Y COMPLETA, COMO UN IDEAL ESPIRITUAL, VIVA CONSCIENTE Y LIBRE.

En la parte posterior dice:

ANDALUCÍA POR SÍ, PARA ESPAÑA Y LA HUMANIDAD: VIVA ANDALUCÍA LIBRE.

¿Por qué no se dice la razón de haber levantado en ese lugar un monumento? No se ve el nombre de Blas Infante escrito por ninguna parte. ¿Por qué no se dice: aquí fueron asesinados en tal fecha tantos hombres, y sus nombres correspondientes? Eso honraría a todos los antifranquistas y sus familiares. En todas partes están los nombres de las víctimas si son identificados. ¿Qué pasa en esta España? ¿Por qué tanto querer ocultar las cosas que pasaron? Siempre hemos tenido una izquierda timorata, sin decisión, nunca se han atrevido a poner las cosas en su sitio. Si hubiesen de verdad sentido el peso del franquismo, a lo mejor cuando tuvieron la oportunidad hubiesen dicho: nosotros también contamos y para algo nos ha puesto aquí una mayoría de españoles. Las oportunidades no se deben dejarlas pasar. Es vergonzoso ver las calles de infinidad de pueblos y capitales rotuladas con nombres de personajes que fueron responsables de cientos de asesinatos. Estatuas que debieran haber desaparecido por decreto cuando los nuevos izquierdistas conquistaron el poder democráticamente, con un pueblo que los respaldaba. Todos los símbolos del franquismo y del fascismo, que era la misma cosa, debieran haberse fundido, pero la cobardía, y más antifranquismo les hubiese hecho falta. Y falta... bueno, diré de empuje, es lo que ha caracterizado siempre a la izquierda española. Y así seguimos.

Pero en vez de cuando el papa polaco, como si fuera japonés o turco o de otra parte, ése sí viene a canonizar mártires, mártires que se levantaron con las armas en las manos para aplastar un régimen legalmente constituido, y que lo aplastaron con la ayuda de los nazis alemanes y los fascistas italianos. Pero no recuerda a los mártires demócratas, ni falta que hace, que fueron ejecutados con la colaboración y la delación de los católicos y el clero español

en general, curas, obispos, cardenales, todos contra la democracia. Y a favor de los crímenes y criminales que desde los primeros momentos del movimiento, empezó la escabechina de las personas de izquierdas, todos aplaudían. Siendo demócrata, por muy pacífico que fuesen, eran una buena pieza para ser asesinados. El papa que estaba al frente de la Iglesia Católica cuando se sublevaron los militares traidores, desde el primer momento estuvo de acuerdo con Franco, cabecilla del alzamiento y sus crímenes, y los que le fueron sucediendo, todos muy de acuerdo. Cuando llegó Juan XXIII algo cambió, éste era diferente.

El que sucedió a Juan XXIII, éste no interesaba nada a la cúpula mafiosa que imperaba en el Vaticano en aquella época, el arzobispo Marcinkus y su equipo de colaboradores, Marcinkus, presidente del Banco Vaticano. El que sucedió a Pablo VI, Juan Pablo I, quería tirar de la manta y poner en claro los negocios oscuros del Banco Vaticano. Pero murió de repente... y a toda prisa fue embalsamado para impedir que se le hiciese la autopsia (Davis Yallop en su libro *En nombre de Dios*, muy documentado, pone en duda la muerte natural de Juan Pablo I. Su reinado sólo duró 33 días. La noche anterior a su muerte, según el libro antes mencionado, tuvo un altercado muy violento con Marcinkus, quería tirar de la manta y poner las cuentas claras. Pero al parecer, las cuentas se las ajustaron a él, según el libro *En nombre de Dios*. ¡Vaya cómo se las gasta esta gente! Por ahí hay un refrán antiguo que dice que “no hay mejor cuña que la de la misma madera.” (Tenía razón Don Quijote o Don Cervantes o Miguel, cuando le dijo a Sancho: “Con la Iglesia hemos topado”). Cuánta razón tenía; la Iglesia es una telaraña tan bien tupida desde que ostenta tanto poder, que quien cae en sus mallas difícilmente escapa. Antes, durante y después de los siglos que duró la inquisición. En siglos pasados con la influencia de los jesuitas, con mentalidad de la época de las cavernas. En la actualidad es el Opus Dei quien ejerce su influencia, y con este Juan Pablo II tienen el camino libre.

El Opus Dei con sus tentáculos llega a todas partes, lo alcanza todo, en todas partes está presente. En la gran banca, en las empresas más potentes, todo lo acaparan. Hasta en el deporte, particularmente los grandes clubes de fútbol, todo lo importante donde se maneja dinero, allí están.

Hace poco tiempo, en una entrevista que le hicieron a un gran escritor y muy demócrata, que vive en España y lo queremos todos los demócratas porque es de los nuestros, y la libertad no tiene fronteras y nos honra que viva en España, le preguntaron que si era creyente, y dijo que no, y que por eso no tenía que pedir perdón a nadie; extraordinario, magnífica respuesta. Yo tam-

poco lo soy y digo lo mismo, respeto a los creyentes. Pero en nombre de todas las religiones se han derramado torrentes de sangre, aún sigue empañándose la tierra del mismo líquido.

Cuando le preguntaron “¿Usted qué opina de la Iglesia?”, qué contestación más adecuada fue su respuesta: “Eso es una multinacional.” Qué verdad más absoluta dijo este hombre. Al hablar de esta religión, la cristiana, Cristo dicen ellos mismos que era un modelo de hombre, que luchaba contra la injusticia, contra los poderosos, que eran como siempre los explotadores. ¿Por qué ellos no han seguido su doctrina? Todos aquí, salvando las excepciones, han sido todo lo contrario. Los curas siempre han estado de parte de los caciques, de los que exprimían y explotaban a los obreros y campesinos sin ningún miramiento. Al decir esto que acabo de decir me refiero a muchos años atrás, desde siempre hasta la llegada de 1936. Después ha seguido aún peor, siempre salvando las excepciones. Así cuando llegó esa fecha fatídica provocada en gran parte por ellos mismos, pagaron justos por pecadores en algunos casos, fueron ellos los que pusieron todo al servicio de los militares traidores y sanguinarios y, claro está, tuvieron que sufrir las consecuencias. Pero (en) los vencidos la diferencia fue de uno por diez. Ya lo decía Queipo de Llano: Por cada uno de los míos, caeréis diez. Y así fue largamente.

La verdad es que desde que la Iglesia se hizo con el poder, los malos cristianos la que nos están dando. Antes durante y después de los siglos que duró la Inquisición desgraciado el infeliz que le pusieran los puntos. Se adelantaron a Hitler en algunos siglos en la especialidad de quemar a seres humanos. Con la particularidad de que Hitler los asfixiaba antes de meterlos al horno. Estos malos cristianos los quemaban a fuego lento. A los científicos, a los astrónomos, a todos los que discrepaban con ellos, porque eran más inteligentes. El caso de Miguel Servet, médico aragonés, quemado a fuego lento, creo que fue en Bélgica. Hasta fuera de nuestras fronteras llegaban sus tentáculos. No se les escapaba el que le pusieran los puntos. Y para vergüenza de esos cristianos: un Hospital de Zaragoza lleva el nombre de Miguel Servet, que fue quemado a fuego lento, y un sinnúmero de hombres científicos calificados por ellos de herejes. Y no precisamente solo a las personas de más o menos saber. Basta que discreparan de ellos para desposeerlos de sus bienes, apoderarse de todo y después a la hoguera, por hereje.

Y dicen que aquí en España vivieron tres culturas, o tres religiones. Cuando se fue el mariscal Tito se terminó la convivencia, y el más fuerte trató de liquidar al más débil, lo hemos visto claro. Las masacres de seres inocentes, algo vergonzoso en las postrimerías del siglo veinte. Y seguimos con la vergonzante canallada criminal que hacen los judíos con los abandonados a su

suerte palestinos, masacrándolos sin que nadie los defienda. Mandan las derechas.

Volviendo a lo nuestro, a España. Las tres culturas vivieron aquí hasta que uno se sintió más fuerte que los otros. En ese momento se acabó la convivencia. Porque no se pudo seguir viviendo como se vivió durante siglos. Se impusieron los cristianos.

A los árabes que se querían adaptar a la nueva situación, se quedaron aquí, en España. Habían nacido aquí y para ellos eran de aquí. Seguían sus labores del campo o en la artesanía, en sus oficios. ¿Por qué eran tratados de diferente forma que los cristianos? ¿Por qué se les imponían más impuestos que a los españoles y eran peor tratados? Con esa actitud daban lugar con razón a que se enfrentaran a las injusticias que con ellos cometían. Y los cristianos no vieron mejor solución que expulsarlos, y los expulsaron. Allí tampoco los querían porque se quedaron en España. (Me estoy refiriendo a después de la reconquista del último bastión, de Granada). No sabían ni hablar el árabe. Su situación fue sin patria. Un expolio sin porvenir. Aquí, desposeídos de todos sus bienes, y allí sin nada. Las tierras que labraban, abandonadas, sin ninguna producción, para los terratenientes que vivían lejos de Andalucía.

Después, o al mismo tiempo, antes y después, les tocaba a los judíos, las tres religiones que habían convivido durante siglos en amor y compañía. ¡Mentira! Habían convivido porque ninguna se encontraba con más fuerza que la otra. La prueba: cuando la cristiana se sintió más fuerte, se acabó la convivencia. A los judíos los cristianos les buscaban pretextos para acusarlos de herejes o lo que fuera y expulsarlos de España, les decían que se podían llevar todo lo suyo excepto dinero y joyas, las casas y las tierras podían cargar con ellas. Como los árabes, el dinero y las joyas, aquí. El resto llevároslo.

Los herejes, esos no iban a ninguna parte; la Santa Inquisición, la Iglesia los desposeía de todo, se quedaba con todo lo que poseían y los asaban, por herejes. Hacía mil quinientos años que habían crucificado a Jesucristo y lo tenían que pagar.

Cuánta, sangre, cuánto dolor, cuántas lágrimas, cuántos sufrimientos en nombre de las religiones y de Dios está soportando esta desgraciada humanidad. Bueno, en nuestra “santa cruzada” también a nosotros, a los sindicalistas, nos pasó igual. Nos robaron nuestros sindicatos, que eran de nuestra propiedad, y nuestras Casas del Pueblo. Todo hecho con miles de sacrificios por nuestros trabajadores. Esto ocurría unos cuatrocientos y pico años más

tarde, en la “cruzada” de 1936. Seguían los mismos que en cuatrocientos años atrás: mentalidad de cavernas.

Los judíos se fueron donde los admitían, con todos sus defectos y sus malas condiciones (salvando como siempre los muchos que hay con mejores intenciones). Muchos se fueron a los Países Bajos y otros sitios. Como eran gente mejor preparada que los de aquí de aquella época, las materias primas salían de aquí y llegaban a donde los habían admitido por su saber, aprovechaban su sabiduría, y las materias primas que de aquí habían salido en bruto volvían aquí manufacturadas, pagándolas a buenos precios, listos que eran aquellos políticos, muy cristianos.

VOLVEMOS A LA SEMANA TRÁGICA. LA REPRESIÓN SEGUÍA SU CURSO.

Sobre todo, los que se llevaron la peor parte fueron los militantes anarcosindicalistas. Militantes de las sociedades Solidaridad Obrera de Cataluña. Pero que sus militantes con visión clara del momento, la Organización Regional Catalana, la transformarían en una organización a escala nacional, de acuerdo con las demás sociedades afines de las diferentes regiones de España. En lo sucesivo, por acuerdo mutuo, sería la Confederación Nacional del Trabajo (C.N.T.). Y que a pesar de la incesante represión continuaba en la clandestinidad y se extendía por toda la geografía nacional. En el norte, en Asturias, en Madrid, en Extremadura y muy particularmente, en Andalucía. Más adelante, pasados algunos años de clandestinidad, los sindicatos pudieron abrir sus puertas y el número de afiliados crecía en grandes proporciones. Todo esto me lo contaban militantes mucho mayores que yo y a través de los libros que he leído sobre movimientos sociales.

Durante la Primera Guerra Mundial (1914-1918) la burguesía española hizo su agosto con los dos bandos en disputa. A los que le compraban, vendían; alemanes o aliados. El dinero es el que se impone en las sociedades corruptas, y lo peor del caso es que esto va cada vez peor. El dinero no conoce amigos ni enemigos. El que hoy es amigo mañana puede ser enemigo irreconciliable, es de lamentar a dónde llegará esta humanidad.

Cuando terminó aquella guerra, aquella carnicería, los sindicalistas de Barcelona, C.N.T. y en toda España, estaban muy fuertes, en Andalucía crecían en número de afiliados.

En Barcelona, la patronal y la policía, viendo la fuerza que la C.N.T. iba adquiriendo a partir de la terminación de la Guerra (1919), aumentaron la represión. El gobernador militar era Martínez Anido, general célebre por su antiobrerismo y antisindicalismo. El jefe de la policía político-social era otro militar, creo que con el grado de general, Arlegui. Dos elementos con odio selvático a la clase obrera.

El sindicato libre eran bandas organizadas de pistoleros que en colaboración con la patronal y la policía, le señalaban a los militantes que tenían que eliminar de la C.N.T., a los más destacados se entiende.

Entre 1919 y 1923 se cargaron algo más de quinientos, quinientos asesinatos, de los hombres más destacados del sindicalismo. Entre los muchos asesinados se cuenta Salvador Seguí y el compañero que siempre lo acompañaba.

Salvador Seguí, hombre moderado y orador sin igual, la muerte de Salvador Seguí (Noy de Sucre) y el que lo acompañaba, no recuerdo en este momento su nombre, ocurría en marzo de 1923. Está claro que también por parte de la C.N.T. intentaron defenderse, pero nada en comparación: por un pistolero que cayera, caían diez militantes de la C.N.T. Los otros estaban protegidos desde la A a la Z.

En esas condiciones de inseguridad muchos hombres destacados de los sindicatos, sobre todo los más activos, tuvieron que buscar refugio en otras regiones de España o en el extranjero. La represión era feroz, deportación a los lugares más inhóspitos, conducidos esposados a pie por las carreteras en cuerdas de presos conducidos por la guardia civil a caballo. Todo esto ocurría por los primeros años de la década de los veinte y finales de la década anterior.

Y ASÍ SE LLEGA AL 13 DE SEPTIEMBRE DE 1923. GOLPE DE ESTADO.

El capitán general de la IV Región Militar, de Cataluña, Miguel Primo de Rivera, con el acuerdo del rey de España, Alfonso XIII, da un golpe de estado. Implanta una dictadura que durará siete años. Ni que decir tiene que... vuelta a la clandestinidad, los sindicatos de la C.N.T. nuevamente clausurados, más militantes sindicalistas a expatriarse... Los sindicalistas de la UGT

siguen funcionando con algunas restricciones, son más adaptables; tuvieron alguna colaboración en los jurados mixtos que funcionaban durante la dictadura para arreglar litigios entre patrones y obreros.

A todo esto, los sindicatos de la C.N.T. seguían funcionando pero no podían desarrollarse como en la legalidad, así todo el tiempo que duró la dictadura, sosteniéndose con miles de sacrificios y de vez en cuando nuevos encarcelamientos y militantes que se tienen que ausentar para no caer.

Esta situación de clandestinidad durará hasta el 28 de enero de 1930 que dimite el dictador Primo de Rivera, dice que por razones de salud, y con él todos sus ministros. Se marcha a París, donde muere el 16 de marzo. Lo sustituye otro general por mandato del rey Alfonso XIII. Este otro general es el jefe de la casa militar del rey, general Dámaso Berenguer (también, dicho sea de paso, implicado en la sublevación de 1936).

Éste, al sustituir a Primo de Rivera en el nuevo gobierno, promete restituir la normalidad. El gobierno que éste forma, como no podía ser de otra manera, está compuesto por aristócratas, gentes selectas. Promete elecciones a su debido tiempo.

Los sindicatos vuelven a la legalidad, la C.N.T. vuelve a la legalidad, los sindicatos vuelven a abrir sus locales. Regresan muchos de sus militantes que tuvieron que exiliarse al inicio de la dictadura. Los sindicatos se fortalecen y crece el número de afiliados increíblemente.

Los republicanos y socialistas se reorganizan, cada partido político por su parte va tomando fuerza, los republicanos se sienten muy eufóricos, creen que lo tienen al alcance de la mano, lástima que fueran de verdad republicanos de corazón. Y llegamos así a agosto de 1930.

EL 17 DE AGOSTO DE 1930: PACTO DE SAN SEBASTIÁN

Se han reunido representantes de todas las fuerzas republicanas del país, con el fin de reunificar sus acciones frente al gobierno y a la monarquía.

Se reunieron Fernando Sansisin, Alejandro Lerroux, Manuel Azaña, Marcelino Domingo, Álvaro de Albornoz y Ángel Galarza, Niceto Alcalá Zamora, Miguel Maura, Manuel Carrasco Formiguera, Matías Mallol Bosch, Jaime Ayguadé, y Santiago Casares Quiroga y como invitados, Indalecio

Prieto, Felipe Sánchez Román, Eduardo Ortega y Gasset. Contaron con la adhesión del Dr. Marañón.

El objetivo de la reunión es alcanzar un máximo de cohesión con todas las fuerzas de izquierdas y republicanas. También acordaron iniciar gestiones para atraerse al pacto de San Sebastián a las fuerzas políticas y sociales: PSOE, UGT y a la C.N.T. A título particular, si no me equivoco, asistieron dos representantes de la C.N.T. Uno fue Juan Peiró, del otro no recuerdo su nombre. En el periodo de la Guerra Civil, cuando la C.N.T. forma parte en el gobierno de Largo Caballero, Juan Peiró fue ministro de comercio. Pasó a Francia al término de la Guerra Civil. Cuando la ocupación de Francia por los alemanes, a petición del fascismo español, con el beneplácito de los fascistas franceses y el mariscal Petain, fascista como Franco, Juan Peiró fue extraditado.

En todas esas fechorías de las extradiciones intervenía el embajador de España en Francia, un tal Lequerica, y el cuñadísimo, Serrano Súñer y demás esbirros del franquismo, falangistas policías y toda la recua de criminales. Juan Peiró fue fusilado en Paterna (Valencia). Y los demás extraditados cada uno fue fusilado en su lugar de origen, que para eso los extraditaban.

No tenía aquella banda de criminales bastante con los que diariamente estaban asesinando en todo el territorio español. ¿Esos hombres que extraditaban tenían las manos llenas de sangre? Impostores, falsantes, ¿cristianos ustedes? ¡Judas!

Me he salido un poco del tema del pacto de San Sebastián al recordar las malas artes del franquismo y sus fechorías.

TODOS LOS REUNIDOS EN EL PACTO DE SAN SEBASTIÁN

Serían en los próximos gobiernos republicanos presidentes algunos, primeros ministros, y todos ocuparían cargos en los gobiernos republicanos.

A todo esto, se preparaba un levantamiento militar de tendencia republicana (dicho sea de paso, uno de los implicados fue el muy miserable, cobarde, cri-

minal y traidor general Queipo de Llano, célebre por la cantidad de crímenes que perpetró por toda Andalucía a partir del 18 de julio de 1936).

Entre los políticos implicados en el levantamiento militar que se preparaba parece ser que no había la suficiente coordinación o buen entendimiento. El capitán Fermín Galán, uno de los más impulsivos, y el capitán Ángel García Fernández acordaron el levantamiento para el 12 de diciembre de 1930. Los políticos, sin contar con los militares, acordaron que el levantamiento fuera para el 15. Mandaron una delegación a Jaca, provincia de Huesca, que sería donde empezaría el levantamiento, para entrevistarse con Fermín Galán. Cuando llegaron a Jaca, en vez de por todos los medios intentar contactar con Galán, se fueron a dormir. La delegación estaba compuesta por el célebre Casares Quiroga (que en 1936, cuando el levantamiento del franquismo dijo las célebre palabras: Si los militares se levantan, yo me voy a dormir. Entonces era ministro de la Gobernación. Y dicen que los burros no tropiezan dos veces en la misma piedra). Cuánto, quizás, nos hubiésemos ahorrado si no se hubiesen perdido aquellas horas tan importantes en aquellos momentos. Haber entregado las armas que más tarde se vieron en la necesidad de poner en las manos del pueblo para que los defendiera.

Pero las órdenes que dieron, nada de armas a los sindicatos, órdenes a todos los gobernadores de provincias y que ellos obedecieron al pie de la letra. Pero a casi todos les costó la vida aquella obediencia tan ciega como estúpida. Este político se durmió en dos ocasiones, el 12 de diciembre de 1930 y el 17 de julio de 1936, y si la primera vez se saldó con sangre, la segunda fue con torrentes y martirologio de cuarenta años de oprobio y miseria, atraso y España sembrada de cadáveres por toda la geografía nacional y fosas comunes en todo el territorio.

El levantamiento de Jaca tuvo lugar, como en principio estaba previsto, el 12 de diciembre de 1930. Los demás militares comprometidos, ya sea porque recibieron órdenes de los políticos o por otras causas, no respondieron y el alzamiento fracasó. Los capitanes Fermín Galán y Ángel García Hernández pudieron pasar a Francia y refugiarse, pero había habido muertos en el intento y no quisieron rehuir su responsabilidad tras el fracaso. Se rindieron los dos capitanes, dos héroes por la libertad.

De inmediato les forman consejo de guerra, son condenados a muerte, a la última pena el 14 de diciembre de 1930 y ejecutados en el mismo día a las cuatro de la tarde. Era domingo, recuerdo que era un día lluvioso. El camión que los transportaba pasó cerca de un campo de fútbol donde se jugaba un partido (tenía yo 15 años y lo recuerdo perfectamente).

El rey Alfonso XIII se encontraba en París y allí firmó las penas de muerte. El 14 de febrero de 1931 dimite el general Dámaso Berenguer. El rey Alfonso XIII encarga de formar gobierno al almirante Juan Bautista Aznar. El gobierno que forma está compuesto enteramente por los “nobles de España,” como no podía ser de otra manera. Convocan elecciones para el 12 de abril de 1931 elecciones municipales. Se celebran sin incidentes, resultando un triunfo apoteósico de las candidaturas republicanas en todas las grandes ciudades y capitales de toda España. El rey es obligado a abandonar España, con todas las garantías de seguridad. El 14 de abril de 1931 es proclamada la II República en España. Todos los pueblos y capitales de España lo celebran apoteósicamente, manifestaciones de alegría en todas partes, abrazos y apretones de manos, regocijo general, la clase obrera pensó que su situación mejoraría de inmediato. Primer desengaño. Lógicamente no podía cambiar de un día para otro un malestar endémico, el caciquismo tan arraigado, tan arraigado en esta sociedad española, de tan malas costumbres. Pero iban pasando meses y no se veían buenas disposiciones de parte de los nuevos gobernantes, no se ponían manos a la obra con la energía necesaria antes de que los reaccionarios empezaran a perderle el respeto a la nueva situación, a los gobernantes. Los nuevos gobernantes eran los republicanos y los socialistas, que formaban un gobierno de coalición. El pueblo, los trabajadores, se impacientaban, los que necesitaban soluciones. La burguesía reaccionaria empezaba a perderle el respeto a la nueva situación. Cuando les pedían trabajo, los patronos reaccionarios y enemigos de la República, cuando se manifestaban pidiendo soluciones, se encargaba la guardia civil de apaciguar los ánimos a estacazo limpio, ordenado por los gobernantes, o al menos consentido. Y siempre era preferible que fuera a estacazo limpio que a tiro sucio, porque no tardo en que las cosas empezaran a arreglarse a pistoletazos. Los terratenientes, y los menos terratenientes, empezaron por no labrar las tierras, a dejarlas sin producción, y naturalmente, no había jornales; los campesinos al paro, el malestar en aumento.

¿Por qué en ese momento no se acometió sin titubeos la reforma agraria? Haberlos indemnizado con lo que fuera a los propietarios, si de todas formas en la mayoría de los casos eran tierras heredadas de generaciones anteriores, desde el tiempo de la reconquista, no les había costado nada, fueron ganadas con la sangre de los trabajadores, que peleaban a las órdenes de los “nobles.” Y las tierras iban a parar a los que no se acercaban a las batallas, y en la mayoría de los casos, no vivían ni en Andalucía ni en Extremadura. Vivían en las grandes capitales, viviendo de las rentas sin quebraderos de cabeza. Los momentos oportunos no se pueden dejar pasar, antes de que reaccionen hay que coger el toro por los cuernos, las etapas hay que quemarlas sin titu-

beos, si no se hace así, nos cogen la vez. Vienen las lamentaciones cuando ya es tarde. Así nos ha pasado una y otra vez. Muchas veces hemos tropezado en la misma piedra. Y aún no aprendemos. Nuestra clase política, las izquierdas.

Con los republicanos y los socialistas en el poder, consideraban a los trabajadores los más enemigos de la República, y con ellos empleaban la más brutal contundencia, cuando los verdaderos enemigos de la República estaban en los caciques pueblerinos y no pueblerinos, en la burguesía con mentalidad de la era de la caverna. La patronal reaccionaria, acostumbrada a toda clase de atropellos, no podía soportar que la clase obrera defendiera sus derechos y se enfrentara con ellos por medio de los sindicatos que se fortalecían cada vez más, a pesar de los obstáculos que les ponía el propio gobierno republicano. La burguesía en general, cada vez más envalentonados, los más reaccionarios sabotando por todos los medios a su alcance a la República.

Qué poca visión tuvieron aquellos gobernantes republicanos de lo que les esperaba, de lo que nos esperaba a todos, nunca estuvieron a la altura de las circunstancias que se veían venir. No veían más enemigos que en los sindicatos y en los sindicalistas, y en la clase obrera en general, los únicos que los defendieron a ellos y a la República cuando llegó el momento de la verdad. Así se iba apurando el año 1931, sin nada claro para los más necesitados de soluciones positivas. La reforma agraria estaba en punto muerto, no querían que se enfadaran los enemigos de la República. Sus tierras eran suyas, se las habían ganado en la reconquista, y ya hemos dicho que eran heredadas de generación en generación, pero los que murieron peleando fueron el pueblo llano, pero las tierras fueron a parar a manos de los parásitos; los que regaron las tierras con su sangre se quedaron sin tierras y sin sangre. Así es la historia de España.

Se terminó el año 1931 desilusionados, con pocas perspectivas. Cuando los trabajadores del campo se manifestaban pidiendo soluciones, lo mismo que los de las ciudades, a los más destacados, los que dirigían los sindicatos, iban a parar a la cárcel por orden gubernativa, esto era, por orden del gobernador de la provincia y el ministerio de gobernación. Cuando pasaba cierto tiempo los liberaban.

Los militares más reaccionarios ya empezaban a moverse; los políticos de izquierdas, como siempre, timoratos, sin atreverse a enfrentar la situación sin titubeos y con la contundencia que el caso requería para dar un escarmiento que sirviera de ejemplo para lo sucesivo. Cuando se trata de los trabajadores,

son muy contundentes en reprimirlos. Ya estamos en 1932. Sin perspectivas de nada positivo para solucionar los problemas más acuciantes.

Y llegó agosto de 1932. El general José Sanjurjo, reaccionario como gran parte de los generales, no todos, se lanza a la calle a acabar con la República. Esta intentona tuvo lugar en Sevilla. El pueblo sevillano, los trabajadores y los sindicatos se lanzan a la calle para defender la República, que pocas satisfacciones les había dado. Pero allí estuvo para regar una vez más las calles con su sangre en defensa de la República y de los gobernantes republicanos. Sin armas, o muy escasas, pero allí estuvo a morir defendiendo la República, que hasta la fecha nada tenía de deuda con el nuevo régimen. Y una vez más, con la ayuda de los que nunca tuvieron la más mínima consideración con sus peticiones de justicia, salvaron la República dejando las calles regadas de sangre.

El general Sanjurjo era el cabecilla en Sevilla. Con los jefes de la guardia civil y muchos más militares y civiles, de inmediato proclamó el estado de guerra. La C.N.T. de inmediato inundó Sevilla de panfletos declarando la huelga general y haciendo un llamamiento para defender la legalidad republicana, ni que decir tiene que surtió el efecto deseado dicho llamamiento, el pueblo se lanzó a la calle con los medios de que disponía. El levantamiento tuvo lugar en Madrid también, con intento de asalto al Ministerio de la Guerra, que se saldó con varias personas muertas en defensa de la legalidad republicana.

En total unos setenta militares implicados, implicados que se sepa, y civiles, para qué contar, un sinfín. Pero la II República, la de 1931, muy benevolente. Como la de 1873. Muy generosa con los enemigos de la democracia y de las libertades y de los derechos del hombre. Perdón por la frase: no tuvieron los suficientes cojones para dar un escarmiento como se merecían. Tenían un pueblo a su disposición que los respaldaba, y había habido bastantes muertos por defender la República de aquellos enemigos irreconciliables. De 1932. Habían pasado desde el 14 de diciembre de 1930 al 10 de agosto de 1932 veinte meses.

Para aquellos heroicos capitanes progresistas y republicanos no hubo clemencia. Para Fermín Galán y Ángel García Hernández. Se rindieron, dieron la cara pudiendo haber pasado a Francia y eludir responsabilidad, pero se entregaron. Y el 14 de diciembre por la mañana, era domingo, fueron juzgados y por la tarde a las cuatro fueron ejecutados. No respetaron el descanso

dominical, tenían mucha prisa, pedirían permiso a su dios omnipotente para cometer el crimen, porque dicen que el perdón de dios no tiene límites. Pero sus representantes tratándose de demócratas no perdonan, y dicen que Cristo era defensor de los pobres, y por tanto demócrata, pero estos falsos cristianos no tienen nociones de democracia.

1873, 1931, entre la I y la II República habían transcurrido 58 años. La primera ya hemos dicho que once meses después la liquidó un general reaccionario. La segunda, a escasamente 17 meses de igual forma otros generales quisieron acabar con ella. Ya lo he dicho antes. Ese refrán que dicen que los burros no tropiezan nunca en la misma piedra. Es una lástima que a los humanos nos falte ese sentido, esa intuición, para evitar tropezar una y otra vez en el mismo sitio. Porque los políticos de 1873 y los de 1932, 58 años más tarde sí tropezaron en el mismo sitio. Y cuatro años más tarde, 1936, sí volvieron a tropezar en el mismo sitio. Veinte meses después de haber ejecutado a los capitanes republicanos Fermín Galán y Ángel García Hernández, artífices de la II República española. ¿Qué mérito tenía Sanjurjo y los demás implicados en la criminal intentona de acabar con la República ganada en las elecciones legales para que no se les hubiese aplicado el mismo castigo que ellos habían aplicado veinte meses antes a los dos capitanes republicanos?

Las elecciones del 12 de abril de 1931 fueron unas elecciones libres y ganadas limpiamente. No como ellos tenían por norma desde siempre, ganarlas con toda clase de artimañas y juegos sucios. ¿Por qué una vez que se levantaron con la peor y más mala intención criminal todos aquellos militares y civiles no se les dio el mismo trato que ellos dieron a los dos capitanes republicanos? ¿Por qué? Una vez que fracasaron huían como ratas inmundas. Si en esa ocasión los republicanos y socialistas que estaban en el poder hubiesen actuado como hacen los otros, los enemigos de la democracia y la libertad, como actúa la derecha española, reaccionaria siempre, antes como ahora y siempre, enemigos de las libertades, otro gallo nos hubiese cantado. Así terminó 1932, con el descontento general de parte de los más necesitados. Paro y hambre en el campo. Paro en las ciudades. Los enemigos de la República siguen su labor de sabotaje contra la República por todos los medios a su alcance. Los campesinos andaluces y extremeños los más perjudicados, debido a la actitud de los terratenientes, de no laborar las tierras. La C.N.T. lanza un movimiento revolucionario con poco éxito, tuvo reper-

3 Seis Dedos era un militante destacado del movimiento libertario en Casas Viejas y en los pueblos de la comarca. Tenía seis dedos en una mano, de ahí el sobrenombre (MVÁ).

cusión en Aragón, Cataluña, algo en Asturias y Andalucía. Esto en enero de 1933, concretamente el 10 de enero.

En Jerez, estallido de alguna bomba y muchas detenciones y buenas palizas, y en más pueblos de la provincia. Pero en Casas Viejas, pueblo de la provincia de Cádiz, los campesinos se lanzan a la calle, la guardia civil se enfrenta a ellos, muere algún guardia y algunos campesinos resultan heridos. El gobierno republicano socialista manda fuerzas de asalto para reprimir el alzamiento campesino con la máxima contundencia. Seis Dedos¹, hombre de más de sesenta años, aconseja que se vayan al campo hasta que pase el primer envite de las fuerzas represivas, él se refugia en su choza, algunos lo acompañan. Las fuerzas represivas las mandaba un capitán, el capitán Rojas (Célebre en la represión de Granada al estallido de la Guerra Civil, un carnicero). La choza es asediada, se niegan a rendirse los campesinos y se defienden con las escopetas. El capitán Rojas, un criminal profesional, no ve mejor solución que incendiar la choza, y la incendia con sus moradores dentro, mueren carbonizados, una chica muy joven, de unos 17 años, intenta escapar de la choza huyendo de las llamas, pero las fuerzas de orden público, los guardias de asalto, la acribillan a balazos. Manolita Lagos Silva, nieta de Seis Dedos. El resto de los moradores de la choza mueren carbonizados y a balazos. El capitán Rojas con ayuda de los guardias civiles y los caciques manda buscar a sus casa más campesinos, de los hombres más destacados del sindicato, y los traen a los restos de la choza, aún humeante, y allí los van asesinando, en total 23 ó 24 hombres, algunos enfermos que para nada habían intervenido en los sucesos, los sacaron de la cama y allí fueron asesinados. Se escapó una nieta de Seis Dedos, María Cruz Silva. Se casaría algún año después con un militante del movimiento libertario, C.N.T., de Medina Sidonia, pueblo próximo a Casa Viejas (hoy en la actualidad no se llama Casa Viejas, se llama Benalup de Sidonia).

El compañero con el que se casó María Cruz Silva se llamaba Miguel Pérez Cordón. Escapó al estallido de la Guerra Civil en 1936, murió al término de la guerra fusilado. María no pudo escapar, estaba en un estado muy avanzado de gestación. Esperaron a que diera a luz y ocho días después fue asesinada por unos falangistas y la guardia civil.

HABÍAN PASADO SEIS MESES DESDE AGOSTO DE 1932 HASTA ENERO DE 1933.

Aquellos campesinos hambrientos, sin tierras y sin trabajo y sin esperanzas, desesperados sólo pedían tierras para trabajar, reformas sociales para mejorar su situación. Y lo pagaron con el precio más alto, con la vida. ¿Con cuatro escopetas viejas eran tan peligrosísimos para la República que los tuvieron que reprimir tan bárbaramente? Y seis meses antes a aquellos mismos gobernantes les faltó esa contundencia para reprimir a Sanjurjo. Lo que les faltó es lo que les falta siempre, un par de cojones como la copa de un pino. Sanjurjo a cañonazos contra la República y toda la caterva que le seguía, y qué consideración tuvieron con ellos. Y qué malos fueron con aquellos infelices campesinos. Pero aquellos que se salvaron de ser fusilados en Casa Viejas, de ser fusilados por el capitán Rojas, que traía órdenes muy precisas de Madrid, pasaron un par de años algo más de presidio, algunos salieron cuando el triunfo del Frente Popular el 16 de febrero de 1936. Y aquellos hombres que tan mal los habían tratado los republicanos y compañía... Cuando llegó el 18 de julio de 1936. Le sobraron lo que les faltó a los otros y se pasaron a la zona republicana a luchar en defensa de la república, y fueron tenientes, capitanes, comandantes, y casi todos murieron peleando, unos antes y otros después. Lo dieron todo, y lo mejor que dieron después de la vida fue el ejemplo de hombres defendiendo un ideal.

LAS CONSECUENCIAS DE TODAS LAS FECHORÍAS DE AQUELLOS POLÍTICOS TIMORATOS.

El descontento en la clase trabajadora era un hecho latente, no se decidían a emprender el camino más recto los políticos sin miedo, y las derechas se daban cuenta y perdían el miedo a los políticos gobernantes. Se aproximaban elecciones que tendrían lugar el 19 de noviembre de 1933. Campaña de abstención por parte de la C.N.T. Debido a la represión tan feroz contra los campesinos de Casa Viejas y de otras partes, por toda España donde había protestas por parte de los trabajadores la represión no se hacía esperar. Y a nadie se le olvidaba la represión de Casas Viejas, y la benevolencia que tuvieron los sublevados de 1932.

Consecuencia de la abstención: el triunfo de la derecha en las elecciones que tuvieron lugar el 19 de noviembre de 1933. A este periodo de mandato de las derechas, se dio en llamar el viento negro, se caracterizó por la ola de despidos de los sindicalistas más destacados. Deshacer lo poco bueno que la

República había hecho. Las pocas parcelas que habían dado a los campesinos se las quitaron. La condición de maestros de escuelas que la República había dignificado fue perdiendo valor. (Aquí en España siempre se había dicho: pasas más hambre que un maestro de escuela). Se caracterizaron, como es la derecha española, antidemocrática, reaccionaria, represiva.

CONSECUENCIAS DE DESMANES Y ATROPELLOS: LLEGÓ OCTUBRE DE 1934

Y como consecuencia de tantos desmanes, llegó octubre de 1934. La insurrección en Asturias que tuvo muy poca repercusión en el resto de España. El gran pueblo asturiano se lanzó en busca de las libertades perdidas, pero el resto de España no respondió. Quince días de lucha. Consecuencia: rendición pactada. Pero como siempre que se pacta con miserables como aquellos militares reaccionarios y fascistas y traidores, por supuesto. La represión fue atroz, fusilamientos sin formación de causa, torturas terribles a los que se habían rendido. Fue Franco el encargado de sofocar el movimiento y la guardia civil de entonces, los legionarios se cebaron con los mineros asturianos. La represión se extendió por toda España. Las cárceles españolas estaban a rebosar. Mandaban las derechas de España, como son, como siempre han sido, sin evolucionar, de la época de la caverna, reaccionarias, altaneras y groseras y con los peores instintos.

A partir del triunfo de las derechas del 19 de noviembre de 1933, empiezan a liberar a los implicados en la sanjurjada del 10 de agosto de 1932, por unas o por otras razones los van liberando.

Y a poner dificultades de todas clases a los sindicatos, hay treinta mil presos políticos en España. ¿Sirvió de algo la benevolencia que tuvieron aquellos políticos con los sublevados del 10 de agosto de 1932? Que se lo pregunten a los campesinos de Casa Viejas en enero de 1933 y a los mineros asturianos en octubre de 1934.

Pero la ocasión una y otra vez la dejaron escapar, y el enemigo se preparaba, y se veía venir, nadie ignoraba lo que se nos venía encima. Y el gobierno también lo sabía, pero no se decidía a tomar las medidas necesarias, tenía miedo a los sindicatos. Y llegó lo que se esperaba, gracias a los sindicatos y a pesar del gobierno se frenaron los golpistas. La C.N.T. y la UGT dieron la cara y salvaron al gobierno. Pero si el gobierno hubiese dado las armas a su debido tiempo a los sindicatos el golpe hubiese sido un alboroto. Pero los

gobernantes fueron muy cobardes, cuando reaccionaron a viva fuerza, se perdieron las horas más críticas e importantes.

España se sembró de cadáveres por todas partes, a fusilar a todo el que oliera a demócrata. Así dijo el general Mola: hay que sembrar el terror por todas partes, ya sean civiles o militares, no importa, todos lo que hayan apoyado al Frente Popular, por muy pacíficos que sean, el terror tenemos que imponerlo de inmediato. Y así lo hicieron. Fosas comunes por todas partes, matar y matar demócratas. Fosas donde hay miles de cadáveres y lo saben el sitio exacto y lo callan.

Los que hace mucho tiempo que debían haber levantado la voz. Todos callan ¿Por qué? No quieren recordarle a los descendientes de aquellos asesinos su pasado, eso está ahí y no hay quien lo quite, ni por muchas vueltas que le den no dejará de estar en la memoria. Qué solos se quedan los muertos, como dijo el poeta. Sí, se quedan solos pero no se olvidan. Están en nuestra memoria, en nuestro pensamiento, en nuestro recuerdo permanente. Los que nos tocó vivir aquellos días de angustia de tanto crimen a nuestro alrededor y la suerte nos ayudó, con lo que pusimos de nuestra parte, podemos seguir recordando a tantos amigos, compañeros y compañeras de nuestra juventud que no les acompañó la suerte de poder escapar a aquella atrocidad. Qué triste y qué negra la historia de este nuestro pueblo que se llama España. No creo que haya habido un pueblo en los tiempos modernos, una nación que haya soportado tantos asesinatos a manos de los militares como los que ha soportado España y todo ha quedado impune. Con la colaboración de todos, y muy particularmente con los socialistas en el poder durante unos doce años y con mayoría absoluta. Lástima de buena fe que depositó el pueblo en ellos. Fue un abuso de confianza. Nadie esperaba un proceder tan injusto, simplemente tenían muy poco de socialistas. Casi todos habían nacido en la era franquista y habían vivido mucho mucho el franquismo. Jamás pensaron en una reivindicación seriamente a los represaliados de aquel régimen infame. A los guerrilleros que fueron tratados de bandoleros. Y eran los verdaderos anti-franquistas. Los que nunca se rindieron y tuvieron cojones para morir matando defendiendo sus ideas y la democracia que hoy tenemos. Fueron tios machos. No fueron conspiradores de oficinas. Y los había con capacidad intelectual. Aun cuando fueran tratados como bandidos. Fueron la honra del antifranquismo auténtico. Y nunca se olvidarán, su memoria perdurará por encima del silencio ruin de unos y el trato, el mal trato y la cobardía de los que no han sido capaces de reivindicar su memoria. Pero pese a quien pese, esos hombres pasarán a la historia del antifranquismo como lo que fueron, héroes verdaderos que nunca se rindieron y pelearon hasta la muerte defendiendo la libertad de todos.

La historia los colocará aun cuando tarde muchos años en su sitio. El tiempo da la razón al que la tiene. Y ese puñado de hombres que pelearon hasta su aniquilamiento tiene un sitio honorífico en nuestra historia.

EL 28 DE OCTUBRE DE 1982, ELECCIONES LIBRES Y TRIUNFO DE LOS SOCIALISTAS.

Todos lo celebramos con alegría y satisfacción. Para nosotros, los antifranquistas, ¿cómo no nos íbamos a alegrar? Fue un triunfo contra la mentira del franquismo. La España verdadera nunca fue franquista. Fue el periodo más sucio y repelente, sanguinario, donde los asesinos vivían y se enriquecían a sus anchas. Fue la verdadera España NEGRA.

Pero con los nuevos socialistas, qué poco se notó el cambio. Pronto nos dimos cuenta que nada cambiaba, todo seguía más o menos igual. Seguía la Administración en general en las mismas manos que colaboraron con el franquismo. Los jueces del franquismo seguían en sus puestos, los que habían condenado a los antifranquistas a largos años de presidios y a penas de muerte injustas, seguían en sus puestos. Los policías torturadores seguían donde estaban las brigadillas políticosociales que se dedicaban a la tortura se antifranquistas se quedaron donde estaban, todo seguía como antes como siempre, como siempre ha pasado cuando las izquierdas titubeantes han llegado al poder, o se corrompen o les falta agallas, o las dos cosas al mismo tiempo. Con una mayoría y un pueblo que de verdad los respalda se puede hacer mucho más de lo que hicieron, ¡que fue nada! Olvidaron por completo ese antifranquismo que parecía; que engañaban a los que depositaron en ellos su confianza. Se olvidaron de todo. Y de todos los mártires antifranquistas.

Los símbolos del franquismo seguían abofeteándonos con su presencia en todas partes, las flechas del falangismo que representan a aquellas bandas de criminales aún siguen todavía en muchos sitios. Vergüenza ajena cuando se ven esos símbolos y muchas cosas por el estilo. Con tantos años en el poder los socialistas.

(A nosotros, cuando digo nosotros siempre quiero decir Mary, mi inseparable compañera desde que nos conocimos. Y madre de nuestros hijos). Nos gusta ir por los pueblos serranos y por los que no son serranos. Pero ese refrán que dice la cabra siempre tira al monte. Nos gusta mucho ir por la serranía, nuestras raíces son serranas, será por eso, nos gusta curiosear las cosas que nos interesan, ya llevaban los socialistas en el poder con mayoría

algunos años: llegamos una vez a un pueblo muy pintoresco y muy bonito, de la provincia de Cádiz, Ubrique concretamente. Paseábamos por sus calles, llegamos a un sitio donde había como una fuente, no recuerdo si decía fuente o glorieta. Qué vergüenza y qué indignación. Glorieta de “Queipo de Llano.” Seguimos nuestro paseo, y por todas partes un montón de calles rotuladas con nombres de personajes falangistas de lo más detestable de toda esa canalla de matarifes. Da pena recordar a las personas honradas y buenas que conocimos de aquel y de otros pueblos que murieron vilmente asesinadas cobardemente por aquellos personajes tan miserables con cuyos nombres las calles están rotuladas. ¡Y los socialistas en el poder con mayoría! Y montones de pueblos y capitales en las mismas condiciones, con nombres de personajes del fascismo; ¡qué vergüenza! No ser capaces de quitar todo lo que simbolizase ese periodo tan largo negro y sucio detestable como fueron los cuarenta años del franquismo sanguinario para España. Lástima de tanta sangre vertida en defensa de la democracia y olvidada; sin una voz reivindicando el sacrificio de tantos mártires luchadores por las libertades de todos. Con los socialistas en el poder. Recuerdo que vinieron unos viejos brigadistas norteamericanos, de las brigadas de voluntarios que vinieron a España a ayudarnos a defender la República. Vinieron a Madrid al cementerio a rendir homenaje a sus compañeros muertos en defensa de la República en el frente de Madrid. Y nadie de la plana mayor del partido socialista los acompañó. Y aquellos viejos, jóvenes cuando nuestra tragedia, vinieron voluntarios a defender nuestra República y nuestra democracia, y a morir, porque en la guerra es muy posible encontrar la muerte.

Que le hagan ese desprecio las derechas, los franquistas es lógico, las derechas siempre han sido y lo seguirán siendo nuestros enemigos. Las derechas españolas jamás serán demócratas, su mentalidad es de reaccionarios y por lo tanto enemigos de las libertades. Eso sería como pedirle a un león que (se)haga vegetariano. Pero que aquellos jóvenes socialistas que nos gobernaban cuando vinieron aquellos viejos brigadistas hagan ese desprecio, ¿dónde queda la dignidad socialista?

**¿CÚANTAS COSAS DEJARON SIN HACER
QUE PODÍAN HABER HECHO?
Y CÚANTAS HICIERON, QUE NUNCA
DEBIERON DE HACER, NUNCA JAMÁS.
SE OLVIDARON A QUIENES REPRESENTABAN.**

¿Recuerdan el paseíto del presidente del gobierno socialista, en el Buque Azor? El buque de Franco y el franquismo, que servía para pescar, para reunirse el gobierno fascista y todos los ministros fascistas, y para firmar penas de muerte de los demócratas que luchaban por la democracia y la libertad de todos. Servía para todo. Y por último para que se diera un paseíto el presidente del gobierno socialista. En lugar de haberlo destruido para chatarra como se debiera haber hecho con todos los símbolos del fascismo, las estatuas y todo, y haberse liquidado de una vez. Pero nunca habérselo entregado a los militares para ningún museo militar. Fundirlos, todos los símbolos del franquismo, que sirvan para algo útil. Ya que el régimen aquel no sirvió para nada más que para fomentar el crimen y las torturas a todos los que se enfrentaban con las escasas posibilidades que se encontraban para luchar contra aquellas bandas de asesinos. Pero todo quedó como estaba. Y el flamante secretario general del partido socialista español y presidente del gobierno socialista no se le ocurrió otra cosa más desafortunada que hacerse a la mar en el buque Azor. Es lo que faltaba para ensuciar aún más de lo que ya habían ensuciado los más de cien años de lucha de los verdaderos socialistas honrados. En fin, así es nuestra triste historia, y nuestros políticos. Y lo peor es que se llaman de izquierdas.

No hubo ningún atisbo de reivindicación para los cientos de miles de fusilados. Ni para los guerrilleros que nunca se rindieron.

**LOS OTROS, LAS DERECHAS,
NO OLVIDAN A LOS SUYOS**

De vez en cuando viene por aquí el Papa, el polaco, a canonizar a los mártires de la Cruzada. En el lado republicano no hubo mártires, eran demócratas rojos inmolados injustamente, pero no mártires. Yo por mi parte no necesito nada, ni quiero que venga de parte de la Iglesia. Serán muy cristianos, pero muy alejados de Cristo. Cristo estaba con los pobres, y estos están contra los pobres. Salvo las excepciones, que los hay también. Y mueren al lado de los pobres. A Escrivá de Balaguer si se descuida (en morirle; éste es el fundador

del Opus Dei), lo canoniza el polaco en vida. Y dicen los que estuvieron obligados a convivir con él que no parecía ni mucho menos cristiano, según sus modales bastante violentos y el trato con sus semejantes despectivo, altanero, mandón a estilo cuartel. Como buen cristiano no era. Pero sí ayudó mucho a la Iglesia y al gran capital. Tenía el cielo más que ganado. Ya andará por ahí haciendo milagros.

A mi manera voy a seguir contando lo que vemos. Porque es lo que buscamos. Siempre en nuestros paseos por los pueblos (al hablar en plural es porque siempre (a) mi inseparable compañera Mary le gusta tanto como a mí buscar cosas de nuestro pasado) nos gusta ir por los pueblos donde tuve amigos que ya en mayoría, en mayoría casi absoluta no viven. Todos o casi todos de una u otra forma pasaron a la otra orilla. En Carmona el antiguo cementerio lo cerraron. Al hacer uno nuevo hubo traslado de restos al nuevo cementerio. Los hombres de izquierda de todas las tendencias, no sé si el Ayuntamiento tomó parte, seguramente es posible, por lo menos tendría que dar permiso. Un amigo que en esos años todavía se contaba entre los vivos me telefoneó para decirme que en el nuevo cementerio habían preparado un panteón para sacar lo que se pudiera de la fosa donde estaban nuestros compañeros fusilados de la época franquista. En Carmona se cargaron unos ochocientos y un buen pico. Esto censados. Los que quedaban en los campos tirados a merced de las alimañas y aves carroñeras estos no están en ningún censo. Cuando se entra en el cementerio a la izquierda de la entrada hay como un panteón y allí están los restos de lo que se pudo recuperar, cráneos agujereados, huesos de todas partes del cuerpo, unos restos de zapatos de mujer, todo lo que iba apareciendo, un portamonedas con algunas monedas de la época. Fusilaban a las mujeres porque sus maridos eran de izquierdas y no los habían podido coger, o a las hermanas, o a novias, incluso a las madres de los hijos por ser de izquierdas. Así era el franquismo y los franquistas, los falangistas de José Antonio Primo de Rivera, algunos chistosos dicen que era un intelectual, pero tirar de la pistola le gustaba lo suyo. La manejaba como cualquier pistolero.

En Constantina también tienen en el cementerio un panteón recordando a los fusilados republicanos. Cuando entramos preguntamos a un hombre que estaba en el cementerio que dónde estaba el panteón de los fusilados.

—¿De qué fusilados?— nos preguntó.

—De los de izquierdas, de los republicanos —le dijimos.

—Es que como hay dos panteones de fusilados.

Y es verdad. Los de derechas que fusilaron las izquierdas también tienen el suyo, pero ése hace ya mucho tiempo que está hecho y, los que hay en uno y otro, el de los republicanos muy bien se puede multiplicar por ocho o nueve. Siempre nos llevamos la peor parte. Y la inscripción que le han puesto no es la más adecuada. Dice “Muertos por España.” Pero abusaron tanto de ese vocablo los fascistas. En todas partes tenían esas mismas palabras en el sentido más agresivo y repugnante, porque esas gentes son repugnantes. En todas las lápidas, que en las fachadas de las iglesias ponían “Muertos por España.” Y como a los republicanos, a los que defendían o defendíamos la libertad y la democracia nos decían “la anti España”; y ahora se les llena la boca de constitución, democracia, libertad. ¡Judas! Parece que cuando hicieron ese monumento en Constantina aún el miedo no lo habían superado. Y cuando lo hicieron ya estábamos en democracia. Muy bien podían haber puesto “Republicanos que murieron por España en defensa de la libertad y la Constitución.” Son los hijos y los nietos de los causantes de aquella Cainada, Pero ellos siguieron, hasta la muerte de aquel infame que llamaban el caudillo, fusilando, y ya habían pasado, desde que empezaron a fusilar en 1936, cuarenta años, y aún no estaban todavía ahitos de sangre.

Hay pueblos que merecen ser mencionados, y muy particularmente a las autoridades municipales porque esto más pronto pertenece a dichas autoridades y al pueblo que los ha elegido. Pueblos que no han olvidado a los hombres que lucharon y murieron defendiendo la República y la libertad.

Uno de estos pueblos serranos es Montejaque, bonito pueblo, y muy acogedoras personas sus habitantes, al menos las personas con las que yo he entablado conversación. Pregunté una vez. (Mejor dicho preguntamos, porque esta mi media naranja, o esta mi otra mitad, no se separa de mí donde yo vaya. Y muy a gusto que vamos.) Nos acercamos a un hombre, desconocido, por supuesto. Lo buscamos de nuestra quinta, quiero decir de nuestra edad, que son los que mejor nos pueden informar de nuestra curiosidad.

Estábamos en la plaza, y frente a nosotros está el Ayuntamiento. Le pregunté a aquel hombre:

—¿Este pueblo tuvo un alcalde que se llamaba Pedro López Calle cuando aún teníamos república?

Me señaló con el dedo en dirección al Ayuntamiento y nos dijo:

—Aquel reloj que está allí lo puso él siendo alcalde de Montejaque.

Lo dijo con mucha simpatía hacia su antiguo alcalde. Me preguntó si yo lo había conocido.

—Una vez solamente hablé con él en Barcelona, pero siempre he escuchado a sus paisanos que era un hombre muy cabal.

Él tenía, se notaba, gran simpatía por Pedro López. Le pregunté que qué sabían de él. Me dijo:

—Cuando murió el dictador volvió a España y se quedó a vivir en Algeciras y allí murió. Pero nos lo trajimos aquí.

Buenas personas. Cómo nos alegramos cuando vemos que no se ha perdido del todo la memoria, que aún quedan sentimientos de solidaridad hacia los que dieron todo cuanto tenían que dar por la buena causa. Nos despedimos de aquel buen hombre. Era de los que no han perdido la memoria. Seguimos marchando por Montejaque, por sus calles estrechas y empinadas. Pedro López tenía otro hermano guardia civil, Bernabé López Calle, comandante de puesto del cuartel de la guardia civil de Ubrique. Desde el primer momento cuando empezó la sublevación de los miserables militares judas de África, Bernabé López se puso al lado del pueblo con los números de la guardia civil que estaban a sus órdenes. Cuando los fascistas atacaron Ubrique le hicieron una buena resistencia causándole bastantes bajas y haciéndoles retroceder, pero al día siguiente con más pertrechos no pudieron pararlos y tomaron el pueblo. Y la correspondiente represión, como en todos los pueblos que iban sometiendo. Bernabé ni que decir tiene que se marchó con el pueblo para Málaga. Hizo la guerra en nuestra zona republicana. Creo que mandaba una brigada por la parte de Huesca. Había algunos amigos míos de Jerez de la Frontera en esa brigada que mandaba Bernabé.

Cuando terminó la guerra, aquí no sé si lo cogieron y se escapó de un campo de concentración, alguien me dijo que se había escapado y que se marchó a la guerrilla. Yo no lo conocí, pero sabía que tenía una formación de guerrilleros bastante importante por la provincia de Cádiz y Málaga hasta que fue abatido a tiros en la provincia de Cádiz, en el término de Medina Sidonia. Unos seis meses después cayó su hijo Miguel, que también estaba en la guerrilla antifranquista con su padre. (Aquí en esto que (digo) en este párrafo a lo mejor me he desviado algo, pero bien lo merece cuando se hace mención a hombres de la talla como la de Bernabé López. Pero qué satisfacción cuando vemos pueblos como Montejaque, que no han olvidado a sus héroes y víctimas del franquismo. Al decir esto, es porque seguimos nuestro paseo cuando dejamos de conversar con aquel hombre, vimos en un rinconcito, pero muy a la vista, una placa en cerámica (lástima que no fuera en bronce para que durara una eternidad). Nombres de guerrilleros que lucharon contra la invasión napoleónica. No sé por qué, cuando empecé a leer pensé que esto iba a llegar hasta nuestros días.

Y efectivamente. Allí está el nombre de Bernabé López Calle. Con la mención de guerrillero por la libertad que no se sometió a la tiranía de la dictadura franquista y luchó en defensa de la libertad hasta que fue vilmente asesinado por el régimen franquista. Magnífico, los pueblos que no han olvidado a los hombres que dieron su vida por la democracia y nunca se rindieron. Bravo los montejaqueños, que no olvidan y reivindican a sus paisanos. Lástima que no hubiese cundido ese ejemplo por todas partes. Ha habido antifranquistas desde antes de que llegara el franquismo. Y antifranquistas de última hora cuando no era peligroso serlo, y algo se podía pescar... Una vez, ya hace bastantes años, en nuestros viajes por esas serranías, llegamos a Grazalema, por allí nos gusta ir (allí hay raíces nuestras) vi el rótulo de una calle, José Sánchez Rosa, le dije a mi acompañante, que no es otra persona que mi inseparable compañera:

—¿Tú ves el nombre de esta calle? Es el nombre de un luchador del movimiento anarcosindicalista.

Es del tiempo de mi abuelo materno, fueron compañeros en su juventud, esto es en los últimos decenios del siglo XIX, mis abuelos maternos son de Grazalema. Bueno, este hombre vivía en Sevilla, tenía una librería, yo conocí a su hija Paca, era maestra, a su marido y a la nieta, hija de este matrimonio. Algunas veces fuimos con toda esta familia juntos al cine, esto en los años 1934-1935. Mi amigo y compañero, entre otros, era un tal Antonio Narbona, que también venía con nosotros, fusilado en julio de 1936 en Jerez. José Sánchez Rosa tendría unos 75 ó 76 años, la edad de mi abuelo, en 1936. Los de la España que empezaba a amanecer lo asesinaron en la puerta de su librería en Sevilla; y como cosa lógica en esta clase de personajes, los libros los embarcaron y les pegaron fuego. Este asesinato lo cometieron en los últimos días de julio o primeros de agosto de 1936 (en un barrio de Sevilla hay un grupo escolar que lleva el nombre de José Sánchez Rosa). Bueno, a todo esto, le dije a mi mujer:

—Vamos a preguntar por aquí qué saben de este hombre.

Naturalmente preguntábamos a personas mayores, que podían tener más o menos algún conocimiento de este hombre; pero nada, nadie sabía quién era, pasaba por allí un municipal y le pregunté también, me dijo: yo no sé, he escuchado decir que era un poeta. Total, que me quedé con las ganas de que alguien en Grazalema me diera norte de Sánchez Rosa. Este hombre seguramente cuando la Guerra Civil ya haría 25 ó 30 años que no vivía en Grazalema.

Al cabo de algún tiempo, cuando vi a mi hermano Cristóbal, le dije:

—¿No has visto en Grazalema que hay una calle con el nombre de Sánchez Rosa?

—Pues no, no la he visto.

Le dije por dónde está y en el próximo viaje la vio, naturalmente. Fue, me supongo, a hablar con el alcalde, una excelente persona, lo conocí después de todo esto, es del partido socialista.

Total, que entre ellos acordarían hacer un busto de José Sánchez Rosa, previo acuerdo de la Corporación Municipal, y ponerlo en una plaza que llaman Plaza de la Asamblea, que es donde se reunían los campesinos y los demás gremios para celebrar sus reuniones. Mi hermano se encargó, por encargo del alcalde de Grazalema, de hacer las gestiones para que hicieran el busto de Sánchez Rosa, para después colocarlo en un pedestal en aquella bonita plaza. Lo hicieron en Córdoba, lo trajeron a Sevilla, y nosotros lo llevamos Grazalema, lugar de su nacimiento y juventud, su tierra natal. Y allí está en aquella plaza donde se reunían los campesinos y los demás gremios en las últimas décadas del siglo XIX y principio del XX. Ni que decir tiene que Sánchez Rosa, rodeado de unos amigos y compañeros, era el artífice de aquel movimiento que se iniciaba. Cuando el caciquismo cerril e influyente era el que se imponía, y tan difícil era imponerse a la situación, como caro lo pagaban aquellos abnegados luchadores. Al hacer referencia a estos detalles lo hago a mi manera, como puedo, para recordar a los cientos de miles de víctimas del franquismo y el fascismo asesino. Pero también mi reconocimiento y simpatía para todos los pueblos y sus ayuntamientos que, importándoles un comino lo que otros opinen, han tenido un par de cojones para reivindicar lo que otros con más poder les ha hecho falta precisamente. Pero decir “Eso ya pasó, hay que olvidar.” ¡Miserables! ¡Complicidad con los crímenes! Es nuestra triste historia y debe ponerse en claro todo lo que se pueda. Fueron cuarenta años seguidos de crímenes, asesinatos con impunidad y complicidad de aquel estado repelente que se apoderó y humilló a toda una nación con ayuda de otros criminales de su misma talla, como Hitler y Mussolini, pero aquellos, con más suerte para sus respectivos pueblos, terminaron como se merecían. La España perdedora no tuvimos esa suerte. Hemos perdido dos veces, nuestros compañeros inmolados injustamente por capricho de cualquier cobarde, sin ningún delito y sin ninguna reivindicación.

¿Años y años con democracia? Y por todas partes estatuas y signos de aquel régimen, es vergonzoso. Arrasar todo eso es lo primero que debía haber

hecho quien pudo, o quienes pudieron, pero para eso tenía que haber sufrido el franquismo, simplemente ser verdaderos antifranquistas de verdad y tener un par de cojones como la copa de un pino, pero en España queda todavía mucho franquismo, parece que está bastante arraigado, incluso en muchos personajes que se llaman demócratas, los políticos de la derecha, esos son franquistas, por supuesto. Pero es que los que se llaman izquierdistas, muchos son dudosos, o tienen miedo, les falta algo en muchos aspectos; cuando para nombrar a aquel régimen de crímenes y humillaciones para España, para la España de verdad, para la democrática ¿por qué no lo llaman por su verdadero nombre? Y dicen el régimen anterior ¡Digan el franquismo! La dictadura aquella que padecimos los españoles, y dejen ese vocabulario tan dulce y tan cariñoso para las derechas, que lo digan ellos, pero los demócratas, como mínimo, digan la dictadura.

Cuando se hizo la Constitución, había bastantes simpatizantes del franquismo que tomaron parte en las ponencias. En lo que respecta a los perdedores, nadie se acordó de ellos para nada. De los asesinados canallescamente no se habló para nada. Fue una Constitución para que los franquistas y los que se dedicaron a asesinar a republicanos y demócratas siguieran viviendo en la nueva democracia y con la nueva y flamante Constitución sin ser molestados por nadie. Nadie les pidió cuentas de sus crímenes. Y los de la Constitución, los viejos y nuevos demócratas, se vanagloriaban diciendo la capacidad del pueblo español para hacer la transición. Fue una cobardía de los que se llamaban de izquierdas y demócratas, de los que llegaron al gobierno con mayoría absoluta. Todo quedó como estaba, a medida de los vencedores.

No tuvieron las suficientes agallas, con mayoría absoluta, para quitarle el miedo a todos los españoles del régimen aquel que habíamos padecido durante cuarenta años, de aquel régimen de crímenes y criminales. Haber dicho, con un par de cojones, con hombría de verdaderos antifranquistas: ¡Españoles, el franquismo ha muerto para siempre, nosotros estamos aquí para que no levante cabeza jamás! Aquí nos ha puesto el pueblo porque está harto del franquismo y sus crímenes.

Le faltó esa hombría que es tan necesaria en los momentos adecuados. Todo quedó como estaba, el franquismo siguió su rumbo. Los asesinos siguieron viviendo en la nueva democracia. Los torturadores en sus puestos, los jueces que se dedicaban a pedir injustas penas de muerte seguían y siguen en sus puestos. Los militares y los falangistas, que tienen el territorio español por todas las provincias de España con cantidades de fosas comunes de demó-

cratas enterrados clandestinamente. Y asesinados con impunidad. Por todas partes, mártires enterrados clandestinamente, que lucharon por la democracia. De éstos nadie se acordó al hacer la Constitución. Cuando terminó la guerra en abril de 1939, el gobierno fascista dio toda clase de facilidades para que los que habían muerto “por dios, por la patria” y estaban enterrados en diferentes sitios, sus familiares pudiesen recuperarlos y llevarlos a sus respectivos pueblos por cuenta del gobierno. De los demócratas nadie se acordó. Al contrario, poner toda clase de impedimentos para que sus familiares no los puedan recuperar y darles una sepultura digna. Por parte del gobierno socialista ninguna reivindicación a los tantos miles de mártires. Si los ayuntamientos por su parte han hecho algo, gracias a los que lo hayan hecho.

Qué personajes más ruines los que quieren olvidar nuestro pasado reciente, cobardes y miserables, y cómplices con los crímenes del franquismo. Miramos al futuro como el que más. Pero los crímenes del franquismo, jamás los olvidaremos, es nuestra historia reciente y la hemos vivido muy intensamente para ni por un momento poder olvidarla.

No quiero terminar esto que he escrito, quizás con muy poca estética, es la verdad. Pero también es verdad todo lo escrito. Nadie en España, y para bien de la verdad fuera de España se sabe de los crímenes del franquismo. Se sabe quizás tanto o más que aquí en España. Fue tal cantidad de asesinatos los que cometieron con los demócratas españoles Franco y el franquismo, los falangistas, los militares, la guardia civil de aquella época también tomó parte muy activa en aquella masacre. También hubo excepciones en la guardia civil dignas de tener en cuenta, por su lealtad a la República, y que pagaron con su vida como cualquier demócrata: nuestra admiración por su lealtad y por su buena conducta.

Pero lo triste de todo esto es el olvido oficial de nuestros mártires. Que no se hayan preocupado de buscar datos para hacer un censo lo más aproximado de todos aquellos crímenes. Y en aquellos años hubiese sido fácil, había vivos muchos allegados a las víctimas. Ya cada vez van quedando menos, por lo tanto cada vez más difícil. Y mejor para los herederos del franquismo, los hijos y los nietos de aquellos criminales, que viven muy bien en esta Constitución democrática que no querían, que la detestaban, pero que se están aprovechando. Ellos, los franquistas, han aprovechado todas las ocasiones para destruir los archivos de los crímenes. Y los socialistas en el poder, sabían lo que estaban haciendo. He leído en algún libro de los muchos que leo sobre el tema, que cuando estuvo de Ministro del Interior Martín Villa mandaron a pedir a todos los cuarteles de la guardia civil que tuvieran

relación con la represión. Pero toda esa documentación fue pedida para destruirla, para en lo posible borrar al máximo todos los crímenes, todo lo que estaba escrito y archivado en los cuarteles de la guardia civil, de los pueblos y de las capitales. Para eso pidieron esos archivos, porque la represión en la mayoría de los casos en los pueblos la hacían sin formación de causa, a capricho de los falangistas y los caciques de los respectivos pueblos. Para eso pidieron los archivos de la represión.

Pero jamás podrán borrar del todo tantos asesinatos, son miles, y muchos testigos. El franquismo y los franquistas pasarán a la historia como el más criminal de los tiempos modernos. Y aún quedan en España bastantes descendientes y simpatizantes de aquellos criminales, se les ve en sus maneras y no quieren condenar aquel régimen, siguen franquistas, y por tanto no condenan aquella barbarie, son los descendientes directos.

Pero lo que más duele a los demócratas, a los antifranquistas, es el tiempo que el partido llamado socialista, estuvo en el poder con mayoría absoluta, y jamás se le escuchó una sola vez hablar en alta voz en defensa de los miles de mártires asesinados y tirados en las cunetas como perros, en fosas comunes, en minas abandonadas, en barrancos, por todas partes, y había muchas de aquellas mujeres y hombres del partido socialista. No se le ocurrió a aquel gobierno socialista con mayoría absoluta tratar de saber la verdad, estábamos en el Tratado Atlántico (OTAN), en la Comunidad Europea, en todos los organismos internacionales, no había miedo a otro tejerazo.

¿Por qué no se trató de averiguar algo de verdad? Tenías miedo, parece que eras de los que dicen aquello de “ya pasó”, eso en los demócratas es complicidad y cobardía. No fuiste capaz de quitar el miedo a los españoles del franquismo, es lo primero que tenías que haber hecho. Ya lo he dicho antes pero vale la pena repetirlo, es lo primero decirle a los españoles, Franco ha muerto y el franquismo también y para siempre. Sabías que contabas con una mayoría, no había problema de pucherazo. A nadie había que tener miedo. Los franquistas tenían ya su Constitución, una Constitución posfranquista; los pistoleros falangistas y los demás asesinos seguían viviendo muy tranquilos en sus pueblos, paseándose por delante de las familias a las que les habían asesinado a sus padres o a hermanos. Una transición ejemplar, sin trauma, los asesinos seguían en sus puestos, muy tranquilos se pasa del franquismo al posfranquismo. Qué bien se hizo la transición. Y el partido socialista con su mayoría en el poder, y los fascistas pasándolo estupendamente, y España entera aguantando las provocaciones de los franquistas. Y un gobierno socialista en el poder con mayoría absoluta.

Qué lástima de confianza que el pueblo depositó en quien no se lo merecía, buscasteis la etiqueta más rentable, pero vosotros no os plateabais nada de socialismo, pero qué menos que nombrar siquiera una vez a los inmolados tan injustamente. A los presos, a los guerrilleros tratados de bandidos, que fueron los que en todo momento lucharon por la democracia.

Todo lo olvidasteis, ustedes, vuestra meta era alcanzar el poder, y a vivir. Lástima de partido socialista. Os lo cargasteis, esperemos que resurja, pero con mejores socialistas.